Meditaciones sobre los Evangelios

Mateo

J.C. Ryle

EDITORIAL PEREGRINO

Meditaciones sobre los Evangelios. Mateo

Publicado por Editorial Peregrino, S.L.
La Almazara, 19
13350 Moral de Calatrava (Ciudad Real) España

Publicado por primera vez en inglés bajo el título
Expository Thoughts on the Gospels. Matthew, 1856

© Editorial Peregrino, S.L. 2001
para la presente versión española

Traducción del inglés: Pedro Escutia González
Diseño de la cubierta: René Rodríguez González

Las citas bíblicas están tomadas de la Versión Reina-Valera 1960
© Sociedades Bíblicas Unidas, excepto cuando se cite otra
LBLA = Biblia de las Américas © The Lockman Foundation

ISBN: 978-84-86589-55-4
Depósito legal: B 50061-2001

Esta edición se publica con el patrocinio de:
Peter Allmond-Smith, Chelford House Christian Fellowship Trust

Índice

Prefacio a la versión original

1	1–17	La genealogía de Cristo
	18–25	La encarnación y el nombre de Cristo
2	1–12	Los magos del Oriente
	13–23	La huida a Egipto y subsiguiente vida en Nazaret
3	1–12	El ministerio de Juan el Bautista
	13–17	El bautismo de Cristo
4	1–11	La tentación
	12–25	El comienzo del ministerio de Cristo y el llamamiento de los primeros discípulos
5	1–12	Las bienaventuranzas
	13–20	El carácter de los verdaderos cristianos; la relación entre la enseñanza de Cristo y el Antiguo Testamento
	21–37	La espiritualidad de la Ley, demostrada en tres ejemplos
	38–48	Exposición de la ley cristiana del amor
6	1–8	Prohibición de la ostentación al dar limosna y al orar
	9–15	El Padre nuestro y el deber de perdonarse unos a otros
	16–24	La forma correcta de ayunar; tesoros en el cielo; el ojo bueno
	25–34	Prohibición de la preocupación excesiva por las cosas de este mundo
7	1–11	Prohibición de la actitud de censura hacia los demás; exhortación a la oración
	12–20	La regla del deber hacia los demás; las dos puertas; advertencia sobre los falsos profetas
	21–29	Inutilidad de profesar sin practicar; los dos edificadores
8	1–15	Curación milagrosa de una lepra, una parálisis y una fiebre
	16–27	La sabiduría de Cristo en su trato con los escribas; la tempestad en el lago, calmada
	28–34	El diablo, echado de un hombre en la tierra de los gadarenos
9	1–13	Curación de un paralítico; llamamiento de Mateo el publicano
	14–26	Vino nuevo y odres nuevos; la hija de un principal, resucitada
	27–38	Curación de dos ciegos; Cristo se compadece de la multitud; el deber de los discípulos
10	1–15	La comisión de los primeros predicadores cristianos
	16–23	Instrucciones a los primeros predicadores cristianos
	24–33	Advertencias a los primeros predicadores cristianos
	34–42	Palabras de ánimo a los primeros predicadores cristianos

11	1–15	El testimonio de Cristo acerca de Juan el Bautista
	16–24	La irracionalidad de los no creyentes, hecha pública; el peligro de no utilizar la luz
	25–30	La grandeza de Cristo; el alcance de las invitaciones del Evangelio
12	1–13	La auténtica doctrina del día de reposo, limpiada de errores judíos
	14–21	Maldad de los fariseos; descripción alentadora del carácter de Cristo
	22–37	Blasfemia de los enemigos de Cristo; pecados contra el conocimiento; palabras ociosas
	38–50	El poder de la incredulidad; el peligro de una reforma imperfecta e incompleta; el amor de Cristo por sus discípulos
13	1–23	Parábola del sembrador
	24–43	Parábola del trigo y la cizaña
	44–50	Parábolas del tesoro, de la perla y de la red
	51–58	El trato que Cristo recibió en su propia tierra; el peligro de la incredulidad
14	1–12	Martirio de Juan el Bautista
	13–21	Milagro de los panes y los peces
	22–36	Cristo anda sobre el mar
15	1–9	Hipocresía de los escribas y fariseos; el peligro de las tradiciones
	10–20	Falsos maestros; el corazón, fuente del pecado
	21–28	La madre cananea
	29–39	Milagros de curación por parte de Cristo
16	1–12	Enemistad de los escribas y fariseos; advertencia de Cristo sobre ellos
	13–20	La noble confesión de Pedro
	21–23	Pedro es reprendido
	24–28	La necesidad de negarse a sí mismo; el valor del alma
17	1–13	La transfiguración
	14–21	Curación de un muchacho poseído por un demonio
	22–27	El pez y el dinero del tributo
18	1–14	La necesidad de la conversión y de la humildad; la realidad del Infierno
	15–20	Regla para arreglar las diferencias entre cristianos; la naturaleza de la disciplina en la Iglesia
	21–35	Parábola del siervo inmisericorde
19	1–15	Juicio de Cristo en cuanto al divorcio; el amor de Cristo por los niños
	16–22	El joven rico
	23–30	El peligro de las riquezas; exhortación a dejarlo todo por Cristo
20	1–16	Parábola de los obreros de la viña
	17–23	Cristo anuncia su muerte; la mezcla de ignorancia y fe en los verdaderos discípulos
	24–28	La regla para medir la auténtica grandeza entre cristianos
	29–34	Curación de dos ciegos
21	1–11	Entrada pública de Cristo en Jerusalén
	12–22	Cristo echa del Templo a los compradores y vendedores; la higuera estéril
	23–32	Respuesta de Cristo a los fariseos que cuestionaban su autoridad; los dos hijos
	33–46	Parábola de los labradores malvados
22	1–14	Parábola de la fiesta de bodas
	15–22	La pregunta de los fariseos sobre el pago del tributo
	23–33	La pregunta de los saduceos sobre la resurrección
	34–46	La pregunta del intérprete de la Ley sobre el gran mandamiento; la

		pregunta de Cristo a sus enemigos
23	1–12	Advertencia de Cristo sobre la enseñanza de los escribas y los fariseos
	13–33	Ocho acusaciones contra los escribas y los fariseos
	34–39	Últimas palabras públicas de Jesús dirigidas a los judíos
24	1–14	Profecías en el monte de los Olivos respecto a la destrucción de Jerusalén, la Segunda Venida de Cristo y el fin del mundo
	15–28	Continuación de la profecía, respecto a las desgracias venideras en el primer y segundo sitios de Jerusalén
	29–35	Descripción de la Segunda Venida de Cristo
	36–51	Descripción de los tiempos precedentes a la Segunda Venida; la necesidad de velar
25	1–13	Parábola de las diez vírgenes
	14–30	Parábola de los talentos
	31–46	El Juicio Final
26	1–13	La mujer que ungió la cabeza de nuestro Señor
	14–25	El falso apóstol y su gran pecado
	26–35	La Cena del Señor y los primeros comulgantes
	36–46	La angustia sufrida en el huerto
	47–56	El beso del falso apóstol; Cristo se entrega voluntariamente
	57–68	Cristo ante el concilio judío
	69–75	Pedro niega a su Señor
27	1–10	El fin de Judas Iscariote
	11–26	Cristo es condenado ante Pilato
	27–44	Sufrimientos de Cristo a manos de los soldados; su crucifixión
	45–56	Muerte de Cristo y señales que la acompañaron
	57–66	Sepultura de Cristo; las vanas precauciones de sus enemigos para impedir su resurrección
28	1–10	Resurrección de Cristo
	11–20	Comisión de Cristo a sus discípulos antes de su partida

Prefacio a la versión original

Al sacar a la luz el primer volumen de una nueva obra expositiva sobre los Evangelios, creo que es necesario ofrecer, para evitar malentendidos, una explicación del carácter y propósito de la misma.

Las “Meditaciones” que el lector tiene ahora ante sí no constituyen un comentario crítico erudito. No pretendo exponer todos y cada uno de los versículos de los Evangelios, afrontar todas las dificultades, intentar buscar la solución de todos los pasajes difíciles y examinar todas las interpretaciones y traducciones objeto de debate.

Las “Meditaciones” no son una exposición continua y homilética que contenga observaciones prácticas sobre cada versículo, como los comentarios de Brentius y Gaulter.

El plan que he adoptado en la elaboración de las “Meditaciones” es el siguiente. He dividido el texto sagrado en secciones o pasajes, de una media de doce versículos. A continuación he hecho una serie de “exposiciones” continuas de cada pasaje, breves y sencillas. En cada

exposición he comenzado, por lo general, indicando tan brevemente como ha sido posible el alcance y objetivo principales del pasaje en consideración. Luego he seleccionado dos, tres, o cuatro puntos prominentes en el pasaje, los he destacado de entre los demás, me he concentrado en ellos exclusivamente y he procurado fijarlos de forma clara y enérgica en la mente del lector. Los puntos escogidos, como se verá, son a veces doctrinales y a veces prácticos. La única regla para la selección ha sido prestar atención a los puntos principales que verdaderamente lo son en el pasaje.

En cuanto a estilo y composición, puedo decir francamente que he procurado, en la medida de lo posible, ser claro y directo, y elegir lo que un viejo teólogo llama "palabras escogidas y concisas". He intentado ponerme en la situación de alguien que está *leyendo en voz alta para otros* y debe captar su atención, si le es posible. Al escribir cada exposición, me he dicho a mí mismo: "Me estoy dirigiendo a un grupo muy variado, y no tengo mucho tiempo". Teniendo esto siempre presente, constantemente he dejado sin decir muchas cosas que se podrían haber dicho, y he tratado de concentrarme principalmente en las que son necesarias para la salvación. He pasado por alto muchos temas de importancia secundaria deliberadamente, para decir cosas que tuvieran un impacto en las conciencias y se grabaran en ellas. He creído que unos pocos puntos, bien recordados y apuntalados, son mejores que una gran cantidad de verdad esparcida suelta y muy dispersa sobre la mente.

De vez en cuando se han añadido a la exposición algunas notas que explican los pasajes complicados. He creído oportuno añadir dichas notas para aquellos lectores que sientan el deseo de saber lo que se puede decir acerca de las "cosas más profundas" de la Escritura, pero que no tengan un comentario propio.

No puedo esperar, por supuesto, que las opiniones expresadas en estas exposiciones, ya sean sobre doctrina, práctica, o profecía, sean del agrado de todos, ni aceptadas por todos. Lo único que puedo decir es que he hablado abiertamente, y no he guardado nada que me pareciera que es cierto. No he escrito sino lo que creo sinceramente que es el verdadero significado de lo que quería decir el autor inspirado, y la mente del Espíritu. Siempre he defendido que cuando existe la mayor posibilidad de alcanzar la verdad es cuando los hombres de ambas partes no esconden nada, sino que dicen todo lo que piensan. Ya sea acertado o equivocado, el caso es que he procurado decir lo que pienso. Es mi firme convicción que no he afirmado nada en estas exposiciones que no esté en perfecta armonía con los Treinta y Nueve Artículos de mi iglesia y que no concuerde en lo esencial con todas las confesiones de fe protestantes. Las palabras de un viejo teólogo servirán para explicar el tipo de teología a la que siempre deseo adherirme y ajustarme: "No conozco ninguna religión verdadera sino el cristianismo; ningún cristianismo verdadero sino la doctrina de Cristo: de su persona divina (Colosenses 1:15), de su oficio divino (1 Timoteo 2:5), de su justicia divina (Jeremías 23:6) y de su Espíritu divino, que todos los que son suyos reciben (Romanos 8:9). No conozco verdaderos ministros de Cristo sino los que adoptan como su propósito, en su vocación, presentar a Jesucristo en su salvadora plenitud de gracia y gloria a la fe y al amor de los hombres. No conozco ningún cristiano verdadero sino el que está unido a Cristo por la fe, y permanece en Él por la fe y el amor, para glorificar el nombre

de Jesucristo, en la hermosura de la santidad del Evangelio. Los ministros y cristianos de este mismo sentir han sido desde hace muchos años mis hermanos y amigos, y espero que lo serán siempre, por dondequiera que me guíe la mano del Señor".

Soy muy consciente de las muchas imperfecciones y defectos del volumen que ahora se presenta. Nadie, probablemente, las verá con mayor claridad que yo. Al mismo tiempo creo que no es sino justo afirmar que ninguna exposición de este volumen ha sido hecha sin una pausada reflexión, ni sin un laborioso estudio de las opiniones de otros autores. Muy pocos son los pasajes tratados en estas exposiciones sobre los cuales no haya al menos *consultado* las opiniones de los siguientes autores: Crisóstomo, Agustín, Teofilacto, Eutimio, Calvino, Brentius, Bucero, Musculus, Gaulter, Beza, Bullinger, Pellican, Ferus, Calovius, Cocceius, Baxter, Poole, Hammond, Lightfoot, Hall, Du Veil, Piscator, Paroeus, Jansen, Leigh, Ness, Mayer, Trapp, Henry, Whitby, Gill, Doddridge, Burkitt, Quesnel, Bengel, Scott, A. Clarke, Pearce, Adams, Watson, Olshausen, Alford, Barnes y Stier. Puedo decir sinceramente que he pasado horas, días y semanas estudiando las opiniones de estos autores, y que cuando discrepo de ellos no es porque no conozca sus ideas.

Existen tantos comentarios y exposiciones de la Escritura en nuestros días que creo necesario decir algo acerca de la clase de lectores que de manera especial he tenido en mente al presentar estas "Meditaciones".

En primer lugar, abrigo la esperanza de que la obra demuestre ser *adecuada para su uso en la oración familiar*. La oferta de obras adaptadas para este fin nunca ha sido igual a la demanda.

En segundo lugar, no puedo sino desear que la obra sirva de *ayuda para quienes visitan a los enfermos y a los pobres*. El número de personas que visitan hospitales, clínicas y casas, con el sincero deseo de hacer un bien espiritual, ha aumentado mucho. Hay razones para creer que hacen mucha falta libros apropiados para leer en tales ocasiones.

Por último, pero no por ello menos importante, confío en que la obra no deje de ser provechosa *para la lectura privada, como acompañamiento de los Evangelios*. No son pocos quienes, por sus trabajos y responsabilidades, no pueden leer grandes comentarios y exposiciones de la Palabra de Dios. He pensado que a esas personas quizá les sea de utilidad, para recordar lo que leen, tener unos pocos puntos principales expuestos ante sus mentes en relación con lo leído.

Presento ahora el volumen, con una ferviente oración para que sirva para el fomento de la religión pura y sin mácula, ayude a extender el conocimiento de Cristo y sea un humilde instrumento que asista en la gloriosa obra de convertir y edificar almas inmortales.

J.C. Ryle

Mateo 1:1–17

Estos versículos dan comienzo al Nuevo Testamento. Siempre que los leamos, hagámoslo con seriedad y solemnidad. El libro que tenemos ante nosotros contiene “no la palabra de los hombres, sino de Dios” (cf. 1 Tesalonicenses 2:13). Cada versículo que hay en él se escribió por la inspiración del Espíritu Santo.

Demos gracias a Dios cada día por habernos dado las Escrituras. El más pobre de los hombres que comprende su Biblia sabe más de religión que los filósofos más sabios de Grecia y de Roma.

No olvidemos nunca la gran responsabilidad que nos confiere la posesión de la Biblia. En el día final seremos juzgados según la luz que hayamos recibido. A quienes se da mucho, se les pedirá mucho.

Leamos la Biblia reverente y diligentemente, con la sincera determinación de creer y practicar todo lo que encontremos en ella. Cómo utilizamos este libro no es un asunto trivial. Ante todo, nunca leamos la Biblia sin antes pedir en oración que el Espíritu Santo nos enseñe. Solo Él puede aplicar la Verdad a nuestros corazones y hacer que lo que leemos nos sea de provecho.

El Nuevo Testamento comienza con la historia de la vida, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Ninguna otra parte de la Biblia es tan importante como esta, ni tan detallada y completa. Cuatro Evangelios distintos nos cuentan la historia de los hechos y la muerte de Cristo. Cuatro veces leemos el preciado relato de sus obras y palabras. ¡Qué agradecidos deberíamos estar por ello! Conocer a Cristo es vida eterna. Creer en Cristo es tener paz con Dios. Seguir a Cristo es ser un verdadero cristiano. Estar con Cristo será un Cielo en sí mismo. Nunca podremos escuchar demasiado acerca del Señor Jesucristo.

El Evangelio de S. Mateo comienza con una larga lista de nombres. Se dedican dieciséis versículos a trazar el linaje desde Abraham a David, y desde David a la familia en la que nació Jesús. Que nadie piense que estos versículos no sirven para nada. No hay nada en la creación que no sirva para algo. El musgo más pequeño, y los insectos más diminutos, sirven para un buen fin. No hay nada en la Biblia que no sirva para algo. Todas sus palabras han sido inspiradas. Los capítulos y versículos que a primera vista no parecen tener mucha utilidad han sido, todos ellos, dados con un buen propósito. Quien observe con atención estos dieciséis versículos descubrirá en ellos, sin lugar a dudas, lecciones útiles e instructivas.

En esta lista de nombres aprendemos, en primer lugar, que *Dios siempre cumple su palabra*. Dios había prometido que “en la descendencia de Abraham serían benditas todas las familias de la tierra”. Había prometido levantar a un Salvador de la familia de David (Génesis 12:3; Isaías 11:1). Estos dieciséis versículos demuestran que Jesús era hijo de David e hijo de Abraham, y que la promesa de Dios se había cumplido. La gente insensata e impía debería recordar esta lección, y temer. Cualquiera que sea lo que ellos piensen, Dios cumplirá su palabra. Si no se arrepienten, ciertamente perecerán. Los verdaderos cristianos deberían recordar esta lección, y hallar en ella consuelo. Su Padre celestial será fiel a todas sus promesas. Él ha dicho que salvará a todos los que crean en Cristo. Si Él lo ha dicho, con toda certeza lo hará. “Dios no es hombre, para que mienta”; “él permanece fiel; él no puede negarse a sí mismo” (Números 23:19; 2 Timoteo 2:13).

En segundo lugar, aprendemos en esta lista de nombres *la pecaminosidad y la corrupción de la naturaleza humana*. Es muy

instructivo observar cuántos padres piadosos de esta lista tuvieron hijos malvados e impíos. Los nombres de Roboam, Joram, Amón y Jeconías deberían enseñarnos una lección de humildad. Todos ellos tuvieron padres muy piadosos. Pero todos ellos fueron hombres malvados. La gracia no le viene a uno de familia. Hace falta algo más que buenos ejemplos y buenos consejos para hacernos hijos de Dios. Quienes han nacido de nuevo no son nacidos de sangre, ni de voluntad humana, sino de Dios (Juan 1:13). Las personas que tienen hijos deberían orar por ellos día y noche, pidiendo que sean nacidos del Espíritu.

Aprendemos, por último, en esta lista de nombres, *lo grande que es la misericordia y la compasión de nuestro Señor Jesucristo*. Pensemos en lo degradada e impura que es la naturaleza humana, y entonces pensemos qué gran condescendencia fue la suya al nacer de una mujer, y ser hecho "semejante a los hombres" (Filipenses 2:7). Algunos de los nombres que leemos en esta lista nos recuerdan historias tristes y vergonzosas. Algunos nombres son de personas que no se mencionan en ninguna otra parte de la Biblia. Pero después de todos ellos viene el nombre del Señor Jesucristo. Aunque Él es el Dios eterno, se humilló a sí mismo haciéndose hombre, para así obtener la salvación de los pecadores. "Por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico" (2 Corintios 8:9).

Siempre deberíamos leer esta lista con gratitud. En ella vemos que nadie que tenga parte en la naturaleza humana puede estar fuera del alcance de la conmiseración y compasión de Cristo. Nuestros pecados quizá hayan sido tan graves y tan grandes como los de cualquiera de los hombres que cita S. Mateo, pero no pueden cerrarnos la puerta del Cielo si nos arrepentimos y creemos en el Evangelio. Si al Señor Jesús no le avergonzó nacer de una mujer cuyo linaje contenía tales nombres como los que hemos leído hoy, no debemos pensar que vaya a avergonzarle llamarnos hermanos suyos, y darnos vida eterna.

Mateo 1:18–25

Estos versículos empiezan diciéndonos dos grandes verdades. Nos explican cómo el Señor Jesucristo adoptó nuestra naturaleza y se hizo hombre. También nos dicen que su nacimiento fue milagroso. Su madre, María, era virgen.

Estos temas son muy misteriosos. Son profundidades para las que no tenemos cuerda con que sondearlas. Son verdades para las que no tenemos suficiente entendimiento con que comprenderlas. No intentemos explicar cosas que están por encima de nuestra débil razón. Contentémonos creyendo reverentemente, y no conjeturemos acerca de asuntos que no podemos entender. Nos basta saber que para Aquel que hizo el mundo, nada es imposible. Podemos confiar seguros en las palabras del Credo de los Apóstoles: "Jesucristo fue concebido por el Espíritu Santo y nació de la virgen María".

Fijémonos en *la conducta de José*, descrita en estos versículos. Es

un hermoso ejemplo de sabiduría divina y de una amorosa consideración para con los demás. Vio una "apariencia de mal" (cf. 1 Tesalonicenses 5:22 LBLA) en la mujer que estaba desposada con él. Pero no hizo nada precipitadamente. Esperó con paciencia a que se le aclarara cuál era su deber. Lo más probable es que le presentara el caso a Dios en oración. "El que creyere, no se apresure" (Isaías 28:16).

Por la gracia de Dios, la paciencia de José fue recompensada. Recibió un mensaje directo de parte de Dios en cuanto a lo que le preocupaba, y se le descargó de inmediato de todos sus temores. ¡Qué bueno es esperar a Dios! ¿Ha dejado alguien alguna vez sus preocupaciones en manos de Dios con una efusiva oración, y ha visto que Él no pudiera hacer algo al respecto? "Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas" (Proverbios 3:6).

Observemos, en estos versículos, *los dos nombres que se le pusieron a nuestro Señor*. Uno es "Jesús"; el otro, "Emanuel". Uno describe su oficio; el otro, su naturaleza. Ambos son sumamente interesantes.

El nombre Jesús significa "Salvador". Es el mismo nombre que "Josué" en el Antiguo Testamento. Se le da este nombre a nuestro Señor porque "él [salva] a su pueblo de sus pecados". Ese es su oficio especial. Salva a los suyos de la culpa del pecado, lavándolos en su propia sangre expiatoria. Los salva del dominio del pecado, poniendo en sus corazones el Espíritu santificador. Los salva de la presencia del pecado, cuando se los lleva de este mundo a descansar junto a Él. Los salvará de todas las consecuencias del pecado, cuando en el día final les dé un cuerpo de gloria. ¡Bienaventurado y santo es el pueblo de Cristo! No se les ha salvado de aflicción, cruz y conflicto, pero son "salvos de pecado" para la eternidad. La sangre de Cristo los limpia de su culpa. El Espíritu de Cristo los hace aptos para el Cielo. ¡Esto es la salvación! Aquel que se aferra al pecado, aún no es salvo.

"Jesús" es un nombre que da mucho ánimo a los pecadores cuya carga es pesada. Aquel que es Rey de reyes y Señor de señores pudo haber tomado para sí, con todo derecho, un título más eminente. Pero no lo hizo. Muchas veces, los gobernantes de este mundo se han hecho llamar "Grande", "Conquistador", "Valiente", "Magnífico" y cosas así. El Hijo de Dios se conformó haciéndose llamar "Salvador". Las almas que desean la salvación pueden acercarse al Padre sin temor, y acceder a ella con confianza por medio de Jesucristo. Es su oficio y su placer, ser misericordioso. "No envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él" (Juan 3:17).

Jesús es un nombre de particular dulzura y valor para los creyentes. Muchas veces les ha hecho bien, cuando el favor de reyes o de príncipes habría sido recibido con indiferencia. Les ha dado lo que el dinero no puede comprar, la paz interior. Ha aliviado sus conciencias cargadas, y ha dado descanso a sus corazones pesados. El Cantar de los cantares describe la experiencia de muchos cuando dice: "Tu nombre es como ungüento derramado" (Cantares 1:3). Dichoso aquel que no confía meramente en difusas nociones de la bondad y misericordia de Dios, sino en "Jesús".

El nombre "Emanuel" apenas aparece en la Biblia. Pero no es menos interesante que el nombre "Jesús". Es el nombre que se le da a nuestro Señor por su naturaleza de Dios-hombre, como "Dios manifestado en carne" (cf. 1 Timoteo 3:16). Significa "Dios con nosotros".

Asegurémonos de entender claramente que hubo una unión de dos

naturalezas, la divina y la humana, en la persona de nuestro Señor Jesucristo. Es una cuestión de crucial importancia. Debemos tener muy firme en nuestras mentes que nuestro Salvador es perfectamente hombre así como perfectamente Dios, y perfectamente Dios así como perfectamente hombre. Si olvidamos siquiera una vez esta gran verdad fundamental, podemos caer en temibles herejías. El nombre "Emanuel" envuelve este misterio por completo. Jesús es "Dios con nosotros". Tenía una naturaleza como la nuestra en todos los sentidos, exceptuando únicamente el pecado. Pero aunque Jesús estaba "con nosotros" en carne y hueso humanos, al mismo tiempo seguía siendo Dios.

Al leer los Evangelios hallaremos con frecuencia que nuestro Salvador se cansaba y tenía hambre y sed; que lloraba, gemía y sentía dolor como cualquiera de nosotros. En todo esto vemos a Jesucristo "*hombre*". Vemos la naturaleza que adoptó cuando nació de la virgen María.

Pero también hallaremos en esos mismos Evangelios que nuestro Salvador sabía lo que había en el corazón de los hombres, y conocía sus pensamientos; que tenía poder sobre los demonios, y podía hacer los más grandiosos milagros con una sola palabra; que fue atendido por ángeles; que permitió que uno de sus discípulos le llamara "Dios mío", y que dijo: "Antes que Abraham fuese, yo soy", y también: "Yo y el Padre uno somos". En todo esto vemos "*el Dios eterno*". Vemos a Aquel que "es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén" (Romanos 9:5).

Si queremos tener un cimiento fuerte para nuestra fe y nuestra esperanza, debemos tener siempre presente la *divinidad* de nuestro Salvador. Aquel en cuya sangre se nos invita a confiar es el Dios todopoderoso. Todo el poder en el Cielo y en la Tierra es suyo. Nadie puede arrebatarnos de su mano. Si de veras creemos en Jesús, nuestro corazón no debe tener preocupación ni temor.

Si queremos recibir un dulce consuelo en nuestros sufrimientos y pruebas, debemos tener siempre presente la *humanidad* de nuestro Salvador. Él es Jesucristo hombre, quien estuvo en el regazo de la virgen María cuando era un bebé, y conoce el corazón del hombre. Él puede compadecerse de nuestras debilidades. Él mismo ha experimentado las tentaciones de Satanás. Ha pasado hambre. Ha derramado lágrimas. Ha sentido dolor. Podemos confiarle absolutamente todas nuestras aflicciones. Él no nos rechazará. Podemos derramar nuestros corazones en oración delante de Él sin temor, sin guardarnos nada. Él puede compadecerse de su pueblo.

Dejemos que estos pensamientos penetren hasta lo más profundo de nuestras mentes. Bendigamos a Dios por las alentadoras verdades que contiene el primer capítulo del Nuevo Testamento. Nos habla de uno que "salva a su pueblo de sus pecados". Pero eso no es todo. Nos dice que este Salvador es "Emanuel", Dios mismo y, no obstante, Dios con nosotros: Dios, manifestado en carne humana, como la nuestra. Esto son buenas noticias. Esto ciertamente son buenas noticias. Nutramos nuestros corazones de estas verdades, por la fe, con acción de gracias.

Mateo 2:1–12

No se sabe quiénes eran estos magos. Sus nombres y su lugar de procedencia también se nos han ocultado. Lo único que se nos dice es que venían “del oriente”. Si eran caldeos, o si eran árabes, no podríamos afirmarlo. Si aprendieron que habían de esperar la venida de Cristo de las diez tribus que estuvieron en la cautividad, o de las profecías de Daniel, no lo sabemos. Poco importa quiénes eran. Lo que más nos atañe de su historia es la profusa instrucción que contiene.

Estos versículos nos enseñan que *puede haber verdaderos siervos de Dios en lugares donde no esperaríamos encontrarlos*. El Señor Jesús tiene muchos “escondidos” (*), como estos magos. Sus historias terrenales quizá sean tan poco conocidas como las de Melquisedec, Jetro o Job. Pero sus nombres están en el libro de la vida, y cuando sea manifestado Jesucristo ellos serán hallados con Él. Es bueno que recordemos esto. No debemos recorrer la Tierra y apresurarnos a decir: “No hay fruto en ella”. La gracia de Dios no pertenece exclusivamente a ciertos lugares, ni a ciertas familias. El Espíritu Santo puede conducir almas a Cristo sin la ayuda de ningún medio externo. Los hombres pueden nacer en lugares de la Tierra que están en tinieblas, como estos magos, y aun así ser hechos, como ellos, “sabios para la salvación”. En este mismo momento hay algunos en camino hacia el Cielo de los que la Iglesia y el mundo no saben nada. Florecen en lugares secretos “como el lirio entre los espinos” (Cantares 2:2), y parecen “malgastar su dulzura en el aire del desierto”. Pero Cristo los ama, y ellos aman a Cristo.

Estos versículos nos muestran, en segundo lugar, que *no son siempre los que tienen los mayores privilegios religiosos quienes le dan más honor a Cristo*. Podríamos haber pensado que los escribas y los fariseos habrían sido los primeros en dirigirse rápidamente a Belén, al oír el más mínimo rumor de que había nacido el Salvador. Pero no fue así. Unos pocos extranjeros desconocidos de una tierra lejana fueron los primeros, salvo los pastores que menciona S. Lucas, en regocijarse por su nacimiento. “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11). ¡Qué imagen tan lúgubre de la naturaleza humana! ¡Cuántas veces vemos suceder esto mismo entre nosotros! ¡Cuántas veces son precisamente quienes viven más cerca de los medios de gracia los que más los descuidan! Qué gran verdad la del viejo refrán: “Cuanto más cerca de la iglesia, más lejos de Dios”. La familiaridad con las cosas sagradas tiene una terrible tendencia a hacer que los hombres las desprecien. Hay muchos que, por la situación y conveniencia de los lugares donde viven, deberían ser los primeros en la adoración de Dios y, sin embargo, son siempre los últimos. Hay muchos de quienes se podría esperar, con razón, que fuesen los últimos, que siempre son los primeros.

Estos versículos nos muestran, en tercer lugar, que *puede haber conocimiento de la Escritura en la mente sin haber gracia en el corazón*. Se nos dice que el rey Herodes convocó a los principales sacerdotes y a los escribas para averiguar “dónde había de nacer el Cristo”. Se nos dice que le dieron una respuesta inmediata, y demostraron tener un conocimiento muy preciso del texto de la Escritura. Pero jamás fueron a Belén a buscar al Salvador que había de venir. No creyeron en Él cuando llevó a cabo su ministerio entre ellos.

Sus mentes eran mejores que sus corazones. Tengamos cuidado de no estar satisfechos con nuestro conocimiento intelectual. Es una cosa excelente, cuando se utiliza debidamente. Pero un hombre puede tener mucho, y aun así perecer eternamente. ¿En qué posición se encuentran nuestros corazones? Esta es la gran pregunta. Un poco de gracia es mejor que muchos dones. Los dones por sí solos no salvan a nadie, pero la gracia conduce hasta la gloria.

Estos versículos nos muestran, en cuarto lugar, *un espléndido ejemplo de diligencia espiritual*. ¡Cuánto les debió de costar a estos magos viajar desde sus países hasta la casa donde nació Jesús! ¡Cuántos fatigosos kilómetros de viaje! Las molestias que se toma un viajero oriental son mucho mayores que las que nosotros en nuestros países podemos comprender siquiera. La cantidad de tiempo que llevaría hacer semejante viaje debía de ser, por fuerza, enorme. Los peligros del camino no eran pocos ni pequeños. Pero ninguna de esas cosas los detuvo. Se habían propuesto en sus corazones ver a "el rey de los judíos, que había nacido", y no descansaron hasta que lo vieron. Son una prueba para nosotros de la realidad del viejo refrán: "El que la sigue, la consigue".

Bueno sería para todos aquellos que profesan ser cristianos estar más dispuestos a seguir el ejemplo de estos buenos hombres. ¿Dónde está nuestra disposición a negarnos a nosotros mismos? ¿Qué molestias nos tomamos por los medios de gracia? ¿Qué diligencia mostramos al seguir a Cristo? ¿Qué nos cuesta nuestra religión? Estas son preguntas serias. Merecen ser consideradas seriamente. Los verdaderos "sabios" (*), es de temer, son muy pocos.

Estos versículos nos muestran, por último, *un tremendo ejemplo de fe*. Estos magos creyeron en Cristo aunque no lo habían visto nunca; pero eso no es todo. Creyeron en Él aunque los escribas y los fariseos dudaban; pero, de nuevo, eso no es todo. Creyeron en Él cuando lo vieron, siendo un bebé en el regazo de María, y lo adoraron como Rey. Este fue el acto supremo de su fe. No vieron ningún milagro que los convenciera. No oyeron ninguna enseñanza que los persuadiera. No vieron ninguna señal de divinidad ni grandeza que les hiciera estremecerse. No vieron nada más que a un niño recién nacido, indefenso y débil, que necesitaba ser cuidado por su madre, como cualquiera de nosotros. ¡Y, sin embargo, cuando vieron a aquel niño, creyeron ver al divino Salvador del mundo! "Postrándose, lo adoraron".

No encontramos una fe mayor que esta en toda la Biblia. Es una fe que merece ponerse a la misma altura que la del ladrón arrepentido. El ladrón vio a uno que moría como un malhechor y, sin embargo, se dirigió a Él en oración y "le llamó Señor". Los magos vieron a un bebé recién nacido en el regazo de una mujer pobre y, sin embargo, lo adoraron y confesaron que Él era el Cristo. ¡Bienaventurados en verdad quienes creen de tal forma!

Esta clase de fe es la que Dios se complace en honrar. Vemos prueba de ello aun en este día. Dondequiera que se lea la Biblia, se da a conocer el modo en que se comportaron estos magos, y se cuenta en memoria suya. Sigamos los pasos de su fe. No nos avergoncemos de creer en Jesús y confesarlo, aunque todos los que nos rodeen permanezcan indiferentes y escépticos. ¿Acaso no tenemos mil veces más pruebas que las que tuvieron los magos, para creer que Jesús es el Cristo? Las tenemos, sin lugar a dudas. Entonces, ¿dónde está nuestra fe?

Mateo 2:13–23

Observemos en este pasaje cuán cierto es que *los gobernantes de este mundo rara vez son simpatizantes de la causa de Dios*. El Señor Jesús baja del Cielo a salvar a pecadores, y acto seguido se nos dice que el rey Herodes “busca al niño para matarlo”.

Grandeza y riqueza son posesiones peligrosas para el alma. Aquellos que procuran tenerlas no saben lo que hacen. Son cosas que hacen caer a los hombres en muchas tentaciones. Suelen llenar el corazón de orgullo y encadenar nuestros afectos a las cosas terrenales. “No […] muchos poderosos, ni muchos nobles […] escogió Dios”; “¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!” (1 Corintios 1:26–27; Marcos 10:23).

¿Envidiamos a los ricos o a los grandes? ¿Dice alguna vez nuestro corazón de alguien: “Ojalá estuviera yo en su lugar, y fuera lo que él es, y tuviera lo él tiene”? Tengamos cuidado de no ceder a tales sentimientos. La misma riqueza que admiramos quizá esté hundiendo poco a poco a sus propietarios en el Infierno. Un poco más de dinero podría ser nuestra ruina. Como Herodes, podríamos caer en todo tipo de excesos de impiedad y crueldad. “Mirad, y guardaos de toda avaricia”; “[…] contentos con lo que tenéis ahora” (Lucas 12:15; Hebreos 13:5).

¿Pensamos que la causa de Cristo depende del poder y el patrocinio de los príncipes? Si es así, nos equivocamos. Rara vez han hecho algo por la extensión de la verdadera religión; con mucha mayor frecuencia han sido enemigos de la Verdad. “No confiéis en los príncipes” (Salmo 146:3). Como Herodes hay muchos. Como Josías o Eduardo VI de Inglaterra hay pocos.

Observemos además cómo *el Señor Jesús fue un “varón de dolores” aun desde su infancia*. Los problemas le esperan desde el primer momento en que llega al mundo. Su vida corre peligro por el odio de Herodes. Su madre y José tienen que llevárselo de noche y “huir a Egipto”. Esto no era sino un símbolo y un anuncio de lo que sería su experiencia en la Tierra. Las olas de la humillación empezaron a pasar sobre Él aun antes de ser destetado.

El Señor Jesús es justo el Salvador que necesitan quienes sufren y están afligidos. Él sabe bien lo que queremos decir cuando le contamos nuestros problemas en oración. Puede compadecerse de nosotros cuando clamamos a Él al sufrir una persecución cruel. No le ocultemos nada. Hagámoslo nuestro amigo íntimo. Derramemos nuestros corazones delante de Él. Él ha experimentado grandemente la aflicción.

Observemos también cómo *la muerte puede llevarse a los reyes de este mundo igual que al resto de los hombres*. Quienes reinan sobre millones de personas no tienen poder para conservar su vida, cuando llega la hora de su partida. El asesino de bebés indefensos también tiene que morir. José y María oyen la noticia de que “Herodes ha muerto”, e inmediatamente regresan seguros a la tierra de la que procedían.

Los verdaderos cristianos nunca deberían angustiarse por la persecución de otros hombres. Puede que ellos sean débiles y que sus enemigos sean fuertes, pero aun así no deberían tener miedo. Tendrían que recordar que “la alegría de los malos es breve” (Job 20:5). ¿Qué

fue de los faraones, de los Nerones y Dioclecianos que una vez persiguieron ferozmente al pueblo de Dios? ¿Dónde está la enemistad de Carlos IX de Francia, y la de “María la Sanguinaria” (*) de Inglaterra? Se esforzaron cuanto pudieron por derruir la Verdad hasta el polvo. Pero la Verdad se levantó del polvo una vez más y hoy continúa viva, mientras que ellos están muertos y pudriéndose en la tumba. Que no decaiga el corazón de ningún creyente. La muerte es una poderosa igualadora, y puede eliminar cualquier montaña que se ponga en el camino de la Iglesia de Cristo. “El Señor vive” para siempre. Sus enemigos son meramente hombres. la Verdad prevalecerá siempre.

Observemos, por último, *qué lección de humildad nos enseña el lugar donde habitó el Hijo de Dios*, cuando estuvo en la Tierra. Vivió con su madre y con José “en la ciudad que se llama Nazaret”.

Nazaret era una ciudad pequeña de Galilea. Era un lugar oscuro y apartado, que no se menciona en el Antiguo Testamento ni una sola vez. Hebrón, y Silo, y Gabaón, y Ramá y Bet-el eran lugares mucho más importantes. Pero el Señor Jesús los pasó por alto a todos, y escogió Nazaret. ¡Eso era humildad!

El Señor Jesús vivió en Nazaret treinta años. Fue allí donde creció y pasó de la infancia a la niñez, de la niñez a la adolescencia, de la adolescencia a la juventud y de la juventud a la madurez. No sabemos mucho acerca de cómo pasó esos treinta años. Lo que sí se nos dice expresamente es que “estaba sujeto a María y José” (Lucas 2:51). Es muy probable que trabajara en la carpintería de José. Solo sabemos que casi cinco sextas partes del tiempo que el Salvador del mundo estuvo en la Tierra las pasó entre los pobres de este mundo y totalmente apartado. ¡Ciertamente, eso era humildad!

Aprendamos la sabiduría del ejemplo de nuestro Salvador. La mayoría de nosotros tenemos demasiado interés en “buscar grandezas” en este mundo; “no las busquemos” (Jeremías 45:5). Tener un lugar y un título y una cierta posición en la sociedad no es ni la mitad de importante que la gente cree. Es un grave pecado ser codicioso y mundano y orgulloso; pero ser pobre no es ningún pecado. El dinero que tengamos y el sitio donde vivamos no importa tanto como lo que somos a los ojos de Dios. ¿Adónde iremos cuando muramos? ¿Viviremos para siempre en el Cielo? Estas son las cosas primordiales a las que debemos prestar atención.

Ante todo, esforcémonos diariamente por imitar la humildad de nuestro Salvador. El orgullo es el pecado más antiguo y más común; la humildad es la virtud más escasa y más hermosa. Trabajemos duro por la humildad; oremos pidiendo humildad. Nuestro conocimiento podrá ser limitado, nuestra fe podrá ser débil y nuestra fuerza podrá ser poca, pero si somos discípulos de Aquel que “habitó en Nazaret”, al menos seamos humildes.

Mateo 3:1–12

Estos versículos describen el ministerio de Juan el Bautista, el precursor de nuestro Señor Jesucristo: es un ministerio que merece toda nuestra atención. Pocos predicadores han producido el mismo efecto que Juan el Bautista: “Salía a él Jerusalén, y toda Judea, y toda la provincia de alrededor del Jordán”. Nadie recibió jamás el mismo elogio de parte de la gran Cabeza de la Iglesia: Jesús lo llamó “antorcha que ardía y alumbraba” (Juan 5:35); el mismo gran Obispo de las almas declaró que “entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista”. Consideremos, pues, las características principales de su ministerio.

Juan el Bautista habló claramente *sobre el pecado*. Enseñó la absoluta necesidad de “arrepentimiento” para que alguien pueda ser salvo; predicó que el arrepentimiento ha de ser probado por sus “frutos”; advirtió a los hombres que no confiaran en los privilegios externos, ni en una unión externa a la Iglesia.

Esta es precisamente la enseñanza que todos necesitamos. Por naturaleza estamos muertos, ciegos y dormidos en el ámbito espiritual; estamos dispuestos a contentarnos con una religión meramente ritual, y a engañarnos a nosotros mismos con la idea de que si vamos a la iglesia seremos salvos: es necesario que se nos diga “arrepentíos y convertíos” (Hechos 3:19), y que a menos que lo hagamos, todos pereceremos.

Juan el Bautista habló claramente *sobre nuestro Señor Jesucristo*. Enseñó a la gente que venía uno “más poderoso que él” a morar entre ellos. Él no era más que un siervo; el que venía era el Rey. Él solo podía “bautizar en agua”; el que venía podía “bautizar en Espíritu Santo” y quitar los pecados, y un día juzgaría al mundo.

Esta, una vez más, es exactamente la enseñanza que le hace falta a la naturaleza humana. Necesitamos que se nos dirija directamente a Cristo, pues todos estamos dispuestos a hacer cualquier cosa, menos eso; queremos confiar en nuestra unión con la Iglesia, nuestra participación de los sacramentos con regularidad y nuestra rigurosa asistencia a un ministerio establecido. Necesitamos que se nos diga que es absolutamente esencial la unión con Cristo por la fe: Él es el que ha sido designado como nuestra fuente de misericordia, gracia, vida y paz; todos y cada uno de nosotros debemos tener un trato con Él en cuanto a nuestras almas. ¿Cuánto conocemos al Señor Jesús? ¿Qué hemos recibido de Él? Estas preguntas forman el eje de nuestra salvación.

Juan el Bautista habló claramente *sobre el Espíritu Santo*. Predicó que existía un bautismo del Espíritu Santo. Enseñó que era un oficio especial del Señor Jesús dar este bautismo a los hombres.

Esta, de nuevo, es una enseñanza que nos hace mucha falta. Es necesario que se nos diga que el perdón del pecado no es lo único que se requiere para la salvación. Aún falta algo más, que es el bautismo de nuestros corazones por el Espíritu Santo. No tiene que haber solo una obra de Cristo *por* nosotros, sino también una obra del Espíritu Santo *en* nosotros; no tiene que haber solo un derecho a entrar en el Cielo, comprado para nosotros por la sangre de Cristo, sino también una preparación para el Cielo desarrollada en nosotros por el Espíritu de Cristo. No descansemos hasta que conozcamos en nuestra experiencia algo del bautismo del Espíritu. El bautismo de agua es un gran privilegio, pero asegurémonos de obtener también el bautismo del Espíritu Santo.

Juan el Bautista habló claramente *sobre el terrible peligro que corren los impenitentes e incrédulos*. Les dijo a sus oyentes que había una “ira venidera”; predicó sobre un “fuego que nunca se apagará” en el que un día se quemaría la “paja”.

Esta también es una enseñanza extremadamente importante. Es necesario que se nos advierta claramente que la cuestión de si nos arrepentimos o no, no es un asunto trivial; es necesario que se nos recuerde que hay un Infierno además de un Cielo, y un castigo eterno para los impíos además de vida eterna para los piadosos. Tenemos una temible tendencia a olvidar esto; hablamos sobre el amor y la misericordia de Dios, y no nos acordamos lo suficiente de su justicia y su santidad. Tengamos mucho cuidado con esta cuestión. En realidad, no le hacemos un favor a nadie ocultando el temor del Señor: es bueno para todos nosotros que se nos enseñe que la posibilidad de perderse para siempre existe, y que todo inconverso está colgando del borde del abismo.

En último lugar, Juan el Bautista habló claramente *sobre la seguridad de los verdaderos creyentes*. Enseñó que había un “granero” para todos los que son el “trigo” de Cristo, y que serían juntados allí en el día de su venida.

Esta, una vez más, es una enseñanza que le hace mucha falta a la naturaleza humana. Aun los mejores creyentes necesitan mucho ánimo: aún están en el cuerpo; viven en un mundo impío; a menudo los tienta el diablo. Habría que recordarles con frecuencia que Jesús nunca los desamparará ni los dejará: Él los mantendrá a salvo mientras los guía en esta vida, y al final les dará la gloria eterna. Serán puestos a cubierto en el día de la ira; estarán tan seguros como Noé lo estuvo en el arca.

Dejemos que estas cosas penetren hasta lo más profundo de nuestros corazones. Vivimos en una época en que hay mucha enseñanza falsa; no olvidemos nunca cuáles son los rasgos característicos de un ministerio fiel. ¡Bueno habría sido para la Iglesia de Cristo que todos sus ministros se hubieran parecido más a Juan el Bautista!

Mateo 3:13–17

Tenemos aquí el relato del bautismo de nuestro Señor Jesucristo. Esto es lo primero que hizo al comenzar su ministerio. Cuando los sacerdotes judíos se consagraban a su oficio, eran lavados con agua (Éxodo 29:4); cuando nuestro gran Sumo Sacerdote empieza la gran obra que vino a llevar a cabo en el mundo, es bautizado públicamente.

Debemos apreciar, en primer lugar, en estos versículos, *el honor que se le concede al sacramento del bautismo*. Un decreto en el que el propio Señor Jesús tomó parte no puede ser subestimado; un decreto al que se sometió la gran Cabeza de la Iglesia debiera ser siempre honrado por quienes profesan ser cristianos.

En pocos asuntos de la religión se han originado mayores errores

que en el del bautismo: pocos asuntos tienen tanta necesidad de ser amurallados y protegidos. Armemos nuestras mentes con dos advertencias generales.

Guardémonos, por un lado, de atribuir una importancia supersticiosa al agua del bautismo. No debemos esperar que esa agua actúe como un talismán: no debemos suponer que todo aquel que se bautiza recibe, automáticamente, la gracia de Dios en el momento mismo de su bautismo. Decir que todos los que acuden a bautizarse obtienen el mismo beneficio, y que no importa en absoluto si lo hacen con fe y oración o con total desidia, parece contradecir las más obvias lecciones de la Escritura.

Guardémonos, por otro lado, de deshonrar el sacramento del bautismo. Se deshonra al bautismo cuando se desecha precipitadamente como un mero formalismo, o se aparta fuera de la vista y no se hace públicamente entre la congregación. Un sacramento ordenado por el propio Cristo no tendría que recibir semejante trato. La admisión de cada nuevo miembro en la Iglesia visible, ya sea joven o mayor, es un acontecimiento que debería suscitar un vivo interés en una asamblea cristiana; es un acontecimiento que debería producir la ferviente oración de todos aquellos que oran. Cuanto mayor sea nuestro convencimiento de que el bautismo y la gracia no van atadas inseparablemente, más deberíamos sentirnos obligados a unirnos en oración a los que piden la bendición divina, cuando alguien vaya a bautizarse.

Debemos apreciar, en segundo lugar, en estos versículos, *las circunstancias particularmente solemnes que rodearon el bautismo de nuestro Señor Jesucristo*. Nunca habrá un bautismo igual, mientras dure este mundo.

Se nos indica que estaban presentes las tres personas de la bendita Trinidad. Dios Hijo, manifestado en carne, es bautizado; Dios Espíritu desciende como paloma y viene sobre Él; Dios Padre habla desde el Cielo con voz audible. En resumen, tenemos aquí la presencia manifiesta del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Podemos considerar esto como un anuncio público de que la obra de Cristo era el resultado del consejo eterno de las tres personas de la bendita Trinidad. Fue la Trinidad en su conjunto quien al principio de la creación dijo: “Hagamos al hombre”; también fue la Trinidad en su conjunto quien al principio del Evangelio pareció decir: “Salvemos al hombre”.

Se nos dice que hubo “una voz de los cielos” en el bautismo de nuestro Señor: “los cielos fueron abiertos” y se oyeron unas palabras. Este fue un milagro tremendamente significativo. No encontramos en el texto bíblico ninguna voz anterior a esta procedente del Cielo, excepto cuando se entregó la Ley en Sinaí. Ambas ocasiones fueron de particular importancia; a nuestro Padre celestial le pareció oportuno, por consiguiente, otorgar a ambas un honor particular. En el prólogo tanto de la Ley como del Evangelio, Dios mismo habló. “Habló Dios todas estas palabras” (Éxodo 20:1).

Qué impactantes y cuán enormemente instructivas son las palabras del Padre: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”. Dios declara con estas palabras que Jesús es el Salvador divino que desde la eternidad había sido designado y ratificado para llevar a cabo la obra de la redención; proclama que lo acepta como el mediador entre Él y los hombres; hace público al mundo que está satisfecho con Él como propiciación, como sustituto, como quien había de pagar el

rescate por la familia perdida de Adán y como la Cabeza de un pueblo redimido. En Él, Dios hace “magnificar la Ley y engrandecerla”; por medio de Él, puede ser “justo, y al mismo tiempo el que justifica a los impíos” (Isaías 42:21; cf. Romanos 3:26).

Meditemos en estas palabras cuidadosamente. Están llenas de sólido alimento para nuestras mentes; están llenas de paz, gozo, ánimo y consuelo para todos los que han acudido a refugiarse en el Señor Jesucristo y le han encomendado sus almas para salvación. Tales personas pueden regocijarse pensando que, aunque en sí mismas son pecadoras, a los ojos de Dios son consideradas justas. El Padre las tiene por miembros de su Hijo amado: no ve en ellas mancha alguna y, por su Hijo, “tiene en ellas complacencia” (cf. Efesios 1:6).

Mateo 4:1–11

El primer acontecimiento en el ministerio de nuestro Señor que S. Mateo relata después de su bautismo es su tentación. Este es un asunto profundo y misterioso; hay muchas cosas en este suceso que no podemos explicar, pero en la superficie de dicho suceso se hallan lecciones prácticas muy claras, a las cuales haremos bien en prestar atención.

Aprendamos, en primer lugar, *qué enemigo tan real y poderoso tenemos en el diablo*. No teme asaltar ni aun al mismísimo Señor Jesús. En tres ocasiones ataca al Hijo de Dios: nuestro Salvador fue “tentado por el diablo”.

Fue el diablo quien trajo el pecado al mundo en su comienzo. Él es quien afligió a Job, engañó a David y causó la grave caída de Pedro; él es aquel a quien la Biblia llama “homicida”, “mentiroso” y “león rugiente” (Juan 8:44; 1 Pedro 5:8); él es aquel cuya enemistad con nuestras almas nunca se cansa y nunca duerme; él es quien durante cerca de 6000 años ha estado ocupado con un solo objetivo: ocasionar la ruina de hombres y mujeres y arrastrarlos al Infierno; él es aquel cuya astucia y sutileza sobrepasan el entendimiento del hombre, y quien muchas veces se disfraza como un “ángel de luz” (2 Corintios 11:14).

Velemos y oremos cada día contra sus maquinaciones. No hay un enemigo peor que aquel al que nunca se puede ver y nunca muere, y que se encuentra cerca de nosotros dondequiera que vivamos y va con nosotros dondequiera que vayamos. No menos importante es que nos guardemos de ese hábito de hablar neciamente y bromear respecto al diablo, que por desgracia es tan común. Recordemos que si hemos de ser salvos, no solo debemos crucificar la carne y vencer al mundo, sino también “resistir al diablo”.

Aprendamos, en segundo lugar, *que no debemos considerar la tentación como algo extraño*. “El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor”. Si Satanás le hizo esto a Cristo, también se lo hará a los cristianos.

Bueno sería para los creyentes que recordaran esto; lo olvidan con

demasiada facilidad. A menudo encuentran que surgen en sus mentes malos pensamientos, que en verdad pueden decir que odian; se les presentan dudas, preguntas y pecaminosas imaginaciones, que todo su ser interior repudia. Pero que estas cosas no destruyan su paz, ni les quiten su reposo. Que recuerden que hay un diablo, y que no se sorprendan de hallarlo cerca de ellos. Ser tentado no es en sí mismo pecado; lo que debemos temer es ceder a la tentación, y hacerle un hueco en nuestros corazones.

Aprendamos, en tercer lugar, *que el arma principal que debemos utilizar para resistir a Satanás es la Biblia*. Tres veces le ofreció el gran enemigo tentaciones a nuestro Señor. Tres veces su ofrecimiento fue rechazado, con un texto de la Escritura como razón: “Escrito está”.

Aquí tenemos una de las muchas razones por que debiéramos ser lectores diligentes de nuestras Biblias: la Palabra es “la espada del Espíritu”; nunca pelearemos una buena batalla si no la empleamos como arma principal. La Palabra es la “lámpara” de nuestros pies; nunca podremos seguir el camino del Rey que lleva al Cielo si no caminamos bajo su luz (Efesios 6:17; Salmo 119:105). Es de temer que no nos dedicamos suficientemente a la lectura de la Biblia. No basta tener el Libro: debemos leerlo, y orar por nuestra lectura. No nos servirá de nada si siempre está cerrado en nuestras casas: debemos estar familiarizados con su contenido, y conservar sus textos en nuestra memoria y en nuestra mente. El conocimiento de la Biblia nunca se produce por intuición; solo se consigue mediante una lectura concienzuda, regular, diaria, atenta y despierta. El tiempo y el esfuerzo que esto nos lleva, ¿los damos de mala gana? Si es así, aún no somos aptos para el Reino de Dios.

Aprendamos, por último, *qué Salvador tan compasivo es el Señor Jesucristo*. “En cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Hebreos 2:18).

La compasión de Jesús es una verdad que debería tener especial valor para los creyentes, pues en ella encontrarán una mina de gran consuelo. No deberían olvidar nunca que tienen un poderoso Amigo en el Cielo, que se compadece de ellos en todas sus tentaciones y puede compartir todas sus ansiedades espirituales. ¿Son tentados alguna vez por Satanás a desconfiar del amor y la bondad de Dios? También lo fue Jesús. ¿Son tentados alguna vez a dar por supuesta la misericordia de Dios y ponerse en peligro de forma injustificada? También lo fue Jesús. ¿Son tentados alguna vez a cometer un pecado personal por lo que parece ser una buena consecuencia? También lo fue Jesús. ¿Son tentados alguna vez a prestar su oído a una aplicación incorrecta de la Escritura, como excusa para hacer algo malo? También lo fue Jesús. Él es justo el Salvador que necesita un pueblo que es tentado. Que acudan a Él por ayuda, y expongan delante de Él todos sus problemas; hallarán su oído siempre preparado para escuchar, y su corazón siempre preparado para tener compasión: Él puede comprender sus aflicciones.

¡Ojalá todos lleguemos a conocer, en nuestra experiencia, el valor de un Salvador compasivo! No hay nada en este frío y engañoso mundo que se le pueda comparar. Aquellos que buscan su felicidad solamente en esta vida, y rechazan la religión de la Biblia, no tienen ni idea de lo que se están perdiendo: el verdadero bienestar.

Mateo 4:12–25

En estos versículos encontramos el comienzo del ministerio de nuestro Señor entre los hombres. Empieza su tarea entre gentes sumidas en la oscuridad y la ignorancia; escoge a hombres como compañeros y discípulos suyos; confirma su ministerio mediante milagros, que despiertan la atención de “toda Siria” y atraen a multitudes que quieren oírle hablar.

Advirtamos *el modo en que nuestro Señor inició su poderosa obra*. “Comenzó a predicar”.

No hay un oficio tan honroso como el de predicador; no hay un trabajo tan importante para las almas de los hombres. Es un oficio que al Hijo de Dios no le avergonzó hacer; es un oficio para el que designó a sus doce apóstoles; es un oficio al que S. Pablo, siendo ya de edad avanzada, pide a Timoteo que preste especial atención; le encarga, con lo que es casi su último aliento, que predique la Palabra (cf. 2 Timoteo 4:2). Es el medio primordial que ha agradado a Dios utilizar siempre para la conversión y edificación de almas. Los días más gloriosos de la Iglesia han sido aquellos cuando se ha honrado la predicación; los días más tenebrosos de la Iglesia han sido aquellos cuando se la ha tenido en poca estima. Honremos los sacramentos y las oraciones públicas de la Iglesia, y utilicémoslos con reverencia, pero tengamos cuidado de no situarlos por encima de la predicación.

Advirtamos cuál fue *la primera doctrina que el Señor Jesús proclamó al mundo*. “Comenzó a decir: Arrepentíos”.

La necesidad del arrepentimiento es una de las grandes piedras que constituyen los cimientos del cristianismo; es una verdad que debe presentarse insistentemente a toda la Humanidad sin excepción. Los de elevada y los de baja posición social, ricos y pobres, todos han pecado y son culpables ante Dios; y todos tienen que arrepentirse y convertirse para ser salvos. Es una verdad que no recibe la atención que merece. El verdadero arrepentimiento no es un asunto trivial: es un cambio fundamental de corazón respecto al pecado, un cambio que se muestra en un piadoso pesar por el pecado, en una confesión sincera del pecado, en un abandono radical de las costumbres pecaminosas y un permanente aborrecimiento de todo pecado. Tal arrepentimiento es el inseparable compañero de la fe salvadora en Cristo. Estimemos esta doctrina como sumamente valiosa. Ninguna enseñanza cristiana puede ser calificada como buena si no da testimonio constantemente “del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 20:21).

Advirtamos *la clase de hombres que el Señor Jesús escogió para que fueran sus discípulos*. Pertenecían al rango más pobre y humilde que había. Pedro y Andrés, y Jacobo y Juan, eran “pescadores”.

La religión de nuestro Señor Jesucristo no estaba destinada únicamente a los ricos y los estudiosos: estaba destinada a todo el mundo. Y la mayor parte del mundo siempre la constituirán los pobres. La pobreza y el desconocimiento de obras escritas excluyeron a miles de personas de la atención de los presuntuosos filósofos del mundo pagano, pero no excluyen a nadie del más alto lugar en el servicio a Cristo. ¿Hay algún hombre que sea humilde? ¿Siente pesar por sus pecados? ¿Está dispuesto a escuchar la voz de Cristo y a seguirle? Si es así, ya puede ser el más pobre de los pobres, que será hallado tan

alto como el que más en el Reino de los cielos. Intelecto, dinero y posición social no tienen ningún valor si no van acompañados de gracia divina.

La religión de Cristo tiene que haber procedido del Cielo, o no habría podido jamás prosperar y extenderse por la Tierra como lo ha hecho. Los infieles intentan rebatir este argumento en vano: no puede refutarse. Una religión que no halagaba a los ricos, los poderosos y los estudiosos; una religión que no ofrecía ninguna tregua a las inclinaciones carnales del corazón humano; una religión cuyos primeros maestros fueron pescadores pobres, sin riqueza, posición social ni poder; una religión así nunca podría haber transformado el mundo de arriba abajo, si no hubiera procedido de Dios. Pensemos, por una parte, en los emperadores romanos y los sacerdotes paganos, con sus espléndidos templos. Pensemos, por otra parte, en unos pocos obreros iletrados, con el Evangelio. ¿Hubo alguna vez dos contendientes tan desiguales? Sin embargo, los débiles demostraron ser fuertes, y los fuertes demostraron ser débiles. El paganismo cayó, y el cristianismo ocupó su lugar. El cristianismo tiene que haber procedido de Dios.

Advirtamos, por último, *el carácter general de los milagros con los que nuestro Señor confirmó su misión*. Aquí se describen en conjunto; más adelante encontraremos muchos de ellos descritos de forma individual. ¿Y cuál es su carácter? Eran milagros de misericordia y bondad. Nuestro Señor “anduvo haciendo bienes”.

El propósito de estos milagros es enseñarnos el poder de nuestro Señor. Aquel que podía sanar a enfermos con tan solo tocarlos, y echar fuera demonios con una sola palabra, “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios”. Él es todopoderoso.

El propósito de estos milagros es ser ejemplos y emblemas de la aptitud de nuestro Señor como médico espiritual. Aquel en cuya presencia ninguna enfermedad del cuerpo resultaba incurable es poderoso para curar todo mal de nuestras almas: no hay un corazón dolido que Él no pueda sanar; no hay una conciencia herida que Él no pueda curar. Caídos, aplastados, magullados y apestados como estamos por causa del pecado, Jesús puede, por su sangre y Espíritu, restablecernos por completo. Lo único que tenemos que hacer es pedírselo.

Estos milagros tienen el propósito no menos importante de revelarnos el corazón de Cristo. Él es un Salvador infinitamente compasivo: no rechazó a ninguno de cuantos se acercaron a Él; no repudió a ninguno, por muy repugnante o enfermizo que fuera su estado; tenía oídos para escuchar a todos, y manos para ayudar a todos, y un corazón para compadecerse de todos. No hay bondad como la suya. Sus misericordias nunca decaen.

Ojalá recordemos todos que el Señor Jesús es “el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8). Exaltado en el Cielo a la derecha de Dios, no ha cambiado en absoluto. Sigue teniendo la misma capacidad de salvar, la misma disposición a recibirnos, la misma voluntad de ayudar, que hace 1800 años. ¿Habríamos expuesto ante Él nuestras peticiones en aquel entonces? Hagamos lo mismo ahora. Él puede “sanar toda enfermedad y toda dolencia”.

Mateo 5:1–12

Los tres capítulos que empiezan con estos versículos merecen una atención especial por parte de todo lector de la Biblia. Contienen lo que se suele denominar “el Sermón del Monte”.

Toda palabra del Señor Jesús tendría que ser de sumo valor para quienes profesan ser cristianos. Es la voz del Pastor Jefe; es el mensaje del gran Obispo y Cabeza de la Iglesia; es el Maestro dirigiéndose a nosotros; son las palabras de Aquel que habló “como jamás hombre alguno [había] hablado”, y por quien todos seremos juzgados en el día final.

¿Nos gustaría saber qué clase de personas deberían ser los cristianos? ¿Nos gustaría saber cuál es el carácter que los cristianos deberían cultivar? ¿Nos gustaría saber cómo es el comportamiento exterior y el pensamiento interior que corresponden a un seguidor de Cristo? Entonces estudiemos con regularidad el Sermón del Monte. Meditemos cada frase con regularidad, y pongámosla a prueba en nuestras vidas. Por último, pero no menos importante, consideremos con regularidad a quiénes se llama “bienaventurados” al principio del Sermón. ¡Aquellos a quienes el gran Sumo Sacerdote pronuncia bienaventurados son verdaderamente bienaventurados!

El Señor Jesús llama “bienaventurados” a los que son *pobres en espíritu*. Se refiere a los humildes, los sencillos, los que no se dan importancia a sí mismos; se refiere a aquellos que tienen una profunda convicción de su naturaleza pecadora ante los ojos de Dios; estos son quienes no se creen “sabios en sus propios ojos y prudentes delante de sí mismos”. No son “ricos y enriquecidos”; no les gustaría estar en una posición en la que poder decir: “de ninguna cosa tengo necesidad”; se consideran “desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos”. ¡Bienaventuradas son tales personas! La humildad es como la primera letra del alfabeto cristiano. Para edificar muy alto debemos empezar muy abajo (cf. Isaías 5:21; Apocalipsis 3:17).

El Señor Jesús llama “bienaventurados” a los que *lloran*. Se refiere a los que lamentan su pecado, y se duelen a diario por sus defectos. Estos son quienes se afligen más por su pecado que por ninguna otra cosa sobre la Tierra; solo pensar en él los llena de pesar; cargar con él les es insoportable. ¡Bienaventuradas son tales personas! “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado [y un] corazón contrito” (Salmo 51:17). Un día dejarán de llorar para siempre: “Recibirán consolación”.

El Señor Jesús llama “bienaventurados” a los que son *mansos*. Se refiere a los que tienen un espíritu de paciencia y contentamiento. Son quienes están dispuestos a conformarse con una honra muy pequeña aquí abajo; saben sufrir heridas sin tener rencor y nunca se ofenden. Como el Lázaro de la parábola, se contentan esperando sus “bienes”. ¡Bienaventuradas son tales personas! A la larga, nunca son los perdedores. Un día “reinarán sobre la tierra” (cf. Apocalipsis 5:10).

El Señor Jesús llama “bienaventurados” a los que *tienen hambre y sed de justicia*. Se refiere a los que por encima de todo desean conformarse plenamente a la mente de Dios. No desean ser ricos o cultos tanto como ser santos. ¡Bienaventuradas son tales personas! Un día serán saciados. “Se despertarán a la semejanza de Dios, y estarán satisfechos” (cf. Salmo 17:10).

El Señor Jesús llama “bienaventurados” a los que son *misericordiosos*. Se refiere a los que abundan en compasión por los demás. Se compadecen de todos los que sufren, ya sea a causa del pecado o de un mal físico, y amorosamente procuran aliviar sus sufrimientos; “abundan en buenas obras” y en intenciones benéficas (cf. Hechos 9:36). ¡Bienaventuradas son tales personas! Tanto en esta vida como en la venidera segarán una gran recompensa.

El Señor Jesús llama “bienaventurados” a los *de limpio corazón*. Se refiere a aquellos cuyo objetivo no es meramente lo que es correcto de cara al exterior, sino su santidad interior. No se contentan con una mera apariencia externa de religión; se esfuerzan por mantener siempre una conciencia libre de ofensas, y por servir a Dios con su espíritu y “el hombre interior”. ¡Bienaventuradas son tales personas! El corazón es el todo del hombre. “El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (1 Samuel 16:7). Quien tenga la mente más espiritual será el que mayor comunión tendrá con Dios.

El Señor Jesús llama “bienaventurados” a los que son *pacificadores*. Se refiere a los que utilizan todo su poder para fomentar la paz y el amor en la Tierra, en privado y en público, en sus casas y fuera de ellas. Se refiere a los que se esfuerzan por hacer que todos los hombres se amen unos a otros, enseñando ese Evangelio que dice: “El cumplimiento de la ley es el amor” (Romanos 13:10). ¡Bienaventuradas son tales personas! Están haciendo el mismo trabajo que el Hijo de Dios comenzó cuando vino a la Tierra por primera vez, y que terminará cuando regrese por segunda vez.

En último lugar, el Señor Jesús llama “bienaventurados” a los que *padecen persecución por causa de la justicia*. Se refiere a los que soportan que se rían de ellos, se burlen de ellos, los desprecien y los maltraten porque procuran vivir como verdaderos cristianos. ¡Bienaventuradas son tales personas! Beben del mismo vaso que bebió su Señor. Ellos le confiesan ahora delante de los hombres, y Él les confesará delante de su Padre y de los ángeles en el día final. “Su galardón es grande”.

Estas son las ocho piedras angulares que el Señor coloca al principio del Sermón del Monte. Ocho grandes verdades que componen una prueba que ha sido puesta ante nosotros. Ojalá sepamos observar bien cada una de ellas, y aprendamos sabiduría.

Aprendamos aquí qué absoluta es la oposición entre los principios de Cristo y los principios del mundo. No sirve de nada negarlo: están opuestos casi diametralmente. El carácter mismo que el Señor Jesús alaba, el mundo lo desprecia; el orgullo, la insensatez, el mal genio, la mundanalidad, el egoísmo, la falsedad y la falta de amor que abundan en todas partes, el Señor Jesús los condena.

Aprendamos lo tristemente distintas que son la enseñanza de Cristo y la práctica de muchos que profesan ser cristianos. ¿Dónde encontraremos hombres y mujeres, de entre los que van a las iglesias, que se esfuercen por vivir según el modelo que acabamos de leer? Hay demasiadas razones para temer que muchas personas bautizadas desconocen la enseñanza del Nuevo Testamento por completo.

Aprendamos, ante todo, la santidad y la mente espiritual que todos los creyentes deberían tener. Nunca debieran tener unas metas inferiores a las del Sermón del Monte. El cristianismo es una religión de carácter eminentemente práctico: su raíz y su base son la doctrina, pero su fruto siempre debería ser una vida santa; y si queremos saber

lo que es una vida santa, recordemos a menudo quiénes son los que Jesús llama “bienaventurados”.

Mateo 5:13–20

Estos versículos nos enseñan, en primer lugar, *el carácter que los verdaderos cristianos deben tener y mantener en el mundo*.

El Señor Jesús nos dice que los verdaderos cristianos han de ser como “sal” en el mundo. “Vosotros sois la sal de la tierra”. Ahora bien, la sal tiene un sabor muy particular, distinto de absolutamente todo. Cuando se mezcla con otras sustancias, la sal las preserva de corromperse; da parte de su sabor a todo aquello con lo que se junta. Es útil mientras conserva su sabor, pero nada más. ¿Somos auténticos cristianos? ¡Entonces reconozcamos aquí nuestro oficio y nuestros deberes!

El Señor Jesús nos dice que los verdaderos cristianos han de ser como “luz” en el mundo. “Vosotros sois la luz del mundo”. Ahora bien, lo que caracteriza a la luz es ser completamente distinta de la oscuridad. La más pequeña chispa se ve claramente en una habitación oscura. De todas las cosas creadas, la luz es la más útil: da vida; sirve de guía; da alegría. Fue lo primero que se creó (Génesis 1:3). Sin ella, el mundo sería un vacío lúgubre. ¿Somos auténticos cristianos? ¡Entonces advirtamos de nuevo nuestra posición y su responsabilidad!

Sin duda, si las palabras tienen el más mínimo significado, lo que se pretende que aprendamos de estas dos comparaciones es que tiene que haber algo que destaque, algo distinto y peculiar en nuestro carácter, si somos verdaderos cristianos. No se puede aceptar que pasemos nuestras vidas ociosamente, pensando y actuando como los demás, si afirmamos pertenecer a Cristo, como pueblo suyo. ¿Tenemos la gracia? Entonces se debe poder *ver*. ¿Tenemos el Espíritu? Entonces tiene que haber *fruto*. ¿Tenemos una religión salvadora? Entonces debe haber una diferencia entre nuestras costumbres, gustos y actitudes y las de quienes solamente piensan en el mundo. Está perfectamente claro que el cristianismo auténtico es algo más que bautizarse e ir a la iglesia. “Sal” y “luz” son términos que evidentemente implican una *peculiaridad* tanto de corazón como de vida, y tanto de fe como de práctica. Tenemos que atrevernos a ser singulares, y distintos del mundo, si pretendemos ser salvos.

Estos versículos nos enseñan, en segundo lugar, *la relación entre la enseñanza de Cristo y la del Antiguo Testamento*.

Esta es una cuestión de gran importancia, y respecto a la cual existen graves errores. Nuestro Señor aclara la cuestión con una frase sorprendente; dice esto: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir”. Estas palabras son extraordinarias. Tuvieron una enorme importancia cuando fueron pronunciadas, como satisfacción de la ansiedad natural de los judíos sobre este asunto, y tendrán una enorme importancia mientras permanezca este mundo, como testimonio de que la religión del

Antiguo Testamento y del Nuevo es una armoniosa unidad.

El Señor Jesús vino a cumplir las predicciones de los profetas, que desde hacía mucho tiempo habían anunciado que un día vendría un Salvador. Vino a cumplir la Ley ceremonial, convirtiéndose en el gran Sacrificio por el pecado, al cual señalaban todas las ofrendas instituidas por Moisés; vino a cumplir la Ley moral, mediante una obediencia perfecta, que nosotros no podríamos haber tenido jamás, y mediante el pago de la pena que corresponde a nuestra infracción de tal Ley con su sangre expiatoria, que nosotros no podríamos haber pagado jamás. De todas estas maneras exaltó la Ley de Dios e hizo su importancia más evidente aún de lo que ya había sido. En resumen, "magnificó la ley y la engrandeció" (cf. Isaías 42:21).

Hay lecciones de profunda sabiduría que aprender de estas palabras de nuestro Señor acerca de "la ley y los profetas". Fijémonos bien en ellas, y pongámoslas en nuestros corazones.

En primer lugar, guardémonos de despreciar el Antiguo Testamento, bajo ningún pretexto. No escuchemos nunca a aquellos que nos dicen que debemos ponerlo a un lado por ser un libro obsoleto, anticuado e inútil. La religión del Antiguo Testamento es el germen del cristianismo. El Antiguo Testamento es el Evangelio aún en su capullo; el Nuevo Testamento es el Evangelio ya florecido. El Antiguo Testamento es el Evangelio aún en su tallo; el Nuevo Testamento es el Evangelio ya espigado. Los santos del Antiguo Testamento vieron muchas cosas a través de un cristal oscuro, pero todos ellos miraron por fe hacia el mismo Señor, y fueron guiados por el mismo Espíritu, que nosotros. No son temas triviales. Mucha infidelidad comienza por un desprecio ignorante del Antiguo Testamento.

En segundo lugar, guardémonos de despreciar la ley de los Diez Mandamientos. No pensemos ni por un momento que el Evangelio la pone a un lado, ni que los cristianos no tienen nada que ver con ella. La venida de Cristo no cambió la posición de los Diez Mandamientos ni un ápice. Si acaso, exaltó y elevó su autoridad (Romanos 3:31). La ley de los Diez Mandamientos es la regla eterna de Dios para medir el bien y el mal. Por ella tenemos conocimiento del pecado; por ella el Espíritu muestra a los hombres su necesidad de Cristo, y los lleva hasta Él; Cristo se la señala a su pueblo como modelo y guía para una vida santa. En su justo lugar, es igual de importante que "el glorioso evangelio". No puede salvarnos: no podemos ser justificados por ella; pero nunca, nunca, hemos de despreciarla. Cuando se le da poca importancia a la Ley, es un síntoma de un ministerio poco sabio y de un estado nada saludable de la religión. El verdadero cristiano se deleita "en la ley de Dios" (Romanos 7:22).

Por último, guardémonos de suponer que el Evangelio haya bajado el listón en cuanto a santidad personal, y que no se pretende que el cristiano sea tan estricto y cuidadoso en su vida diaria como el judío. Este es un error inmenso, pero por desgracia muy común. Lejos de ser así, la santificación del santo del Nuevo Testamento debiera ser mayor que la del que no tiene más que el Antiguo Testamento como guía. Cuanta más luz tengamos, más debemos amar a Dios; cuanto mayor sea la claridad con la que vemos la totalidad y la plenitud de nuestro perdón en Cristo, mayor debe ser el esmero con el que nos esforzamos para su gloria. Nosotros conocemos mucho mejor el coste de nuestra redención que los santos del Antiguo Testamento. Nosotros hemos leído lo que sucedió en Getsemaní y en el Calvario, y ellos solo lo

vieron difusa y borrosamente como algo que aún había de llegar. ¡Que no se nos olviden nunca nuestras obligaciones! El cristiano que se contenta con un nivel bajo de santidad personal tiene mucho que aprender.

Mateo 5:21–37

Estos versículos merecen la mayor atención por parte de todo lector de la Biblia. Una comprensión correcta de las doctrinas que contienen forma la raíz misma del cristianismo. El Señor Jesús explica aquí en mayor detalle el significado de sus palabras: “No he venido para abrogar la ley, sino para cumplirla”. Nos enseña que su Evangelio engrandece la Ley y enaltece su autoridad; nos muestra que la Ley, tal y como Él la expuso, era una regla mucho más espiritual y profunda de lo que suponía la mayoría de los judíos; y demuestra esto seleccionando tres mandamientos de entre los diez como ejemplos de lo que quiere decir.

Jesús expone *el sexto mandamiento*. Muchos pensaban que guardaban esta parte de la Ley de Dios con tal de no cometer un asesinato físicamente. El Señor Jesús muestra que el requisito de esta ley va mucho más lejos. Condena todo lenguaje airado y apasionado, sobre todo cuando se utiliza sin motivo. Tengamos esto bien claro: podemos ser perfectamente inocentes de asesinato, ¡y, sin embargo, ser culpables de infringir el sexto mandamiento!

Jesús expone *el séptimo mandamiento*. Muchos suponían que guardaban esta parte de la Ley de Dios si no cometían adulterio físicamente. El Señor Jesús enseña que podemos infringirla en nuestros pensamientos, corazones e imaginaciones, aun cuando nuestra conducta externa sea muy moral y correcta. Nuestro Dios mira mucho más allá de los actos. Para Él, aun el más ligero vistazo puede ser pecado.

Jesús expone *el tercer mandamiento*. Muchos se hacían la ilusión de que guardaban esta parte de la Ley de Dios con tal de no jurar falsamente, y si cumplían sus juramentos. El Señor Jesús prohíbe todo acto de jurar en vano y a la ligera. Jurar por cualquiera de las cosas creadas, aunque no se invoque el nombre de Dios, así como poner a Dios por testigo, excepto en las ocasiones más solemnes, es un grave pecado.

Todo esto es muy instructivo. Debería hacer que reflexionemos seriamente sobre ello en nuestras mentes; nos llama a voces a que nos examinemos cuidadosamente a nosotros mismos. ¿Y qué es lo que enseña?

Nos enseña *la suma santidad de Dios*. Él es un Ser de infinita pureza y perfección, que ve faltas e imperfecciones donde muchas veces los ojos del hombre no ven ninguna. Él conoce nuestros motivos interiores; se fija en nuestras palabras y nuestros pensamientos, además de nuestras acciones: “Él ama la verdad en lo íntimo” (cf. Salmo 51:6). ¡Bueno sería que los hombres pensaran en esta faceta del carácter de

Dios más de lo que lo hacen! No habría lugar para el orgullo, ni para la justicia propia, ni para la negligencia, si los hombres tan solo vieran a Dios “tal como él es” (1 Juan 3:2).

Nos enseña *la suma ignorancia del hombre en el terreno espiritual*. Es de temer que hay decenas y cientos de miles de personas que profesan ser cristianas, que no saben más acerca de los requisitos de la Ley de Dios que los más ignorantes de los judíos; conocen bien la letra de los Diez Mandamientos; como el joven rico, se dicen a sí mismos: “Todo esto lo he guardado desde mi juventud” (Mateo 19:20), pero ni se les pasa por la imaginación que sea posible quebrantar el sexto y séptimo mandamientos a no ser por un acto externo. Y así, siguen con sus vidas, satisfechos consigo mismos, bien contentos con su poquito de religión. ¡Dichosos en verdad aquellos que comprenden de veras la Ley de Dios!

Nos enseña *nuestra suma necesidad de la sangre expiatoria del Señor Jesucristo para ser salvos*. ¿Qué hombre o qué mujer de esta Tierra podrá ponerse en pie delante de semejante Dios y declararse “inocente”? ¿Quién ha llegado a la edad de la madurez sin haber infringido los mandamientos miles de veces? “No hay justo, ni aun uno” (Romanos 3:10). Sin un poderoso Mediador, todos y cada uno de nosotros seríamos condenados en el día del Juicio. El desconocimiento del significado real de la Ley es un claro motivo por el que tantas personas no valoran el Evangelio, y se contentan con un poco de liturgia cristiana. No aprecian el carácter estricto y santo de los Diez Mandamientos de Dios; si lo hicieran, no descansarían hasta encontrarse a salvo en Cristo.

En último lugar, este pasaje nos enseña *la suma importancia de evitar toda ocasión de pecar*. Si de verdad queremos ser santos, debemos “atender a [nuestros] caminos, para no pecar con [nuestra] lengua” (cf. Salmo 39:1). Debemos estar dispuestos a resolver disputas y desacuerdos, para que no crezcan y lleguen a causar males mayores. “El que comienza la discordia es como quien suelta las aguas” (Proverbios 17:14). Debemos esforzarnos por crucificar nuestra carne y “hacer morir lo terrenal en nosotros”, por hacer cualquier sacrificio y sufrir cualquier molestia física, antes que pecar; debemos poner bridas, como quien dice, a nuestros labios, y vigilar nuestras palabras rigurosamente y con regularidad. Que nos llamen “estrictos”, si quieren, por ser nosotros así; que digan, si quieren, que somos unos “exagerados”. No dejemos que esto nos afecte. Estamos haciendo sencillamente lo que nuestro Señor Jesucristo nos manda, y, si tal es el caso, no tenemos ningún motivo para avergonzarnos.

Mateo 5:38–48

Tenemos aquí las reglas de nuestro Señor Jesucristo para nuestra conducta los unos con los otros. Quien quiera saber cuál debiera ser su actitud y su comportamiento para con sus semejantes, tendría que repasar a menudo estos versículos. Merecen ser escritos en letras de

oro: han arrancado alabanzas aun de los enemigos del cristianismo. Fijémonos bien en lo que nos dicen.

El Señor Jesús *prohíbe todo aquello que tenga relación con una actitud rencorosa y vengativa*. "Yo os digo: No resistáis al que es malo". La disposición a estar resentido por un mal que se nos ha causado, la precocidad en sentirse ofendido, la actitud rebelde y contenciosa, el deseo de hacer constar nuestros derechos; todas estas cosas son contrarias a la mente de Cristo. Puede que el mundo no vea nada malo en estas diversas formas de ser, pero no son propias del carácter del cristiano. Nuestro Maestro dice: "No resistáis al que es malo".

El Señor Jesús *exige de nosotros una actitud de amor universal*. "Yo os digo: Amad a vuestros enemigos". Deberíamos desechar toda malicia; deberíamos devolver bien por mal, y bendición por maldición. Además no hemos de amar solo de palabra, sino de hecho; debemos negarnos a nosotros mismos, y tomarnos ciertas molestias, y de ese modo ser amables y corteses: si alguien "te obliga a llevar carga por una milla, vé con él dos". Tenemos que aguantar mucho y sufrir mucho, antes que hacer daño a otros, u ofenderlos. En todo debemos obrar desinteresadamente. Nunca debemos pensar: "¿Cómo se portan los demás conmigo?", sino: "¿Qué querrá Cristo que yo haga?".

Un concepto de conducta como este puede parecer, a primera vista, exorbitantemente alto. Pero nunca debemos conformarnos con uno más bajo. Tenemos que considerar los dos importantes argumentos con los que nuestro Señor refuerza esta parte de su instrucción. Son dignos de que les dediquemos nuestra atención.

Por un lado, si no es nuestro objetivo tener la actitud y el carácter que aquí se recomiendan, *aún no somos hijos de Dios*. ¿Qué hace nuestro "Padre que está en los cielos"? Es generoso con todos: envía lluvia tanto sobre los buenos como sobre los malos, y hace que "su sol" brille sobre todos sin distinción alguna. Un hijo debiera ser como su padre; ¿pero dónde está nuestro parecido a nuestro Padre celestial si no nos mostramos misericordiosos y amables con todo el mundo? ¿Dónde está la prueba de que somos criaturas nuevas, si nos falta amor? Lo que nos falta es algo esencial. Aún tenemos que "nacer de nuevo" (Juan 3:7).

Por otro lado, si no es nuestro objetivo tener la actitud y el carácter aquí recomendados, *es evidente que aún somos del mundo*. "¿Qué hacéis de más?", es la solemne pregunta de nuestro Señor. Aun quienes no son religiosos pueden "amar a los que los aman"; pueden ser bondadosos y amables cuando los mueven sus afectos o intereses. Pero un cristiano debería ser impulsado por principios más altos que esos. ¿Retrocedemos ante la prueba? ¿Nos resulta imposible hacer bien a nuestros enemigos? Si es así, podemos estar seguros de que aún necesitamos convertirnos. Aún no hemos "recibido el Espíritu que proviene de Dios" (cf. 1 Corintios 2:12).

Muchas de estas cosas nos invitan, con urgencia, a reflexionar seriamente. Hay pocos pasajes en la Escritura tan calculados como este para despertar en nuestras mentes un sentimiento de humildad. Tenemos aquí una hermosa imagen del cristiano tal y como debería ser. No podemos mirarla sin sentir dolor: todos hemos de reconocer que es muy distinta del cristiano como es en la realidad. Saquemos de aquí dos lecciones generales.

En primer lugar, si el espíritu de estos once versículos fuese

recordado más a menudo por los creyentes que de verdad lo son, *presentarían el cristianismo al mundo de forma mucho más atractiva de lo que lo hacen*. No debemos permitirnos suponer que las palabras más simples de este pasaje sean frívolas o poco importantes: no lo son. El cuidado del espíritu de este pasaje es lo que hace a nuestra fe hermosa; el descuido de las cosas que describe es la causa de la deformación de nuestra fe. Cortesía, amabilidad, amor y consideración para con los demás, cuando se practican continuamente, son algunos de los mejores ornatos del carácter de un hijo de Dios. Un mundo que no puede entender la doctrina puede, no obstante, entender estas cosas. No hay religiosidad en la grosería, la tosquedad, la rudeza y la descortesía. El perfeccionamiento del cristianismo práctico consiste en prestar atención a los pequeños deberes de la santidad así como a los grandes.

En segundo lugar, si el espíritu de estos once versículos tuviera más influencia y poder en el mundo, *cuánto más feliz sería el mundo de lo que es ahora*. ¿Hay alguien que no sepa que las disputas, los conflictos, el egoísmo y la crueldad son la causa de la mitad de los males que sufre el mundo? ¿Habrá alguien que no se dé cuenta de que nada ayudaría tanto a aumentar la felicidad como la extensión del amor cristiano, tal como lo presenta aquí nuestro Señor? Recordemos esto. Aquellos que piensan que la religión auténtica hace, de algún modo, infelices a los hombres, se equivocan radicalmente: es la ausencia de ella la que produce infelicidad, no su presencia. El efecto de la religión auténtica es justo todo lo contrario: fomenta la paz, y el amor, y la amabilidad, y la buena voluntad, entre los hombres. Cuanto más se extienda entre los hombres la enseñanza del Espíritu Santo, más se amarán los unos a los otros, y mayor será su felicidad.

Mateo 6:1–8

En esta sección del Sermón del Monte, el Señor Jesús nos enseña acerca de dos cosas: una es dar limosna, y la otra es la oración. Ambas eran cuestiones a las que los judíos daban mucha importancia; ambas merecen la mayor atención de quienes profesan ser cristianos.

Advirtamos que nuestro Señor da por hecho *que todos aquellos que dicen ser sus discípulos darán limosna*. Da por supuesto que tales personas considerarán su solemne deber dar, según sus posibilidades, para aliviar las necesidades de los demás; el único asunto al que hace referencia es el modo en que se debe cumplir el deber. Esta es una lección importante; condena la tacañería egoísta de muchos a la hora de dar de su dinero. ¡Cuántos hay que “hacen para sí tesoros, pero no son ricos para con Dios”! ¡Cuántos hay que nunca dan ni unas pocas monedas para el bien de los cuerpos y de las almas de otros hombres! ¿Y tienen derecho tales personas a llamarse cristianas mientras siguen con esa actitud? No sería incorrecto ponerlo en duda. Un Salvador generoso debería tener discípulos generosos.

Advirtamos también que nuestro Señor da por hecho *que todos*

aquellos que dicen ser sus discípulos orarán. También da esto por supuesto; lo único que hace es dar instrucciones para la mejor forma de orar. Esta es otra lección que merece recordarse continuamente; nos enseña claramente que las personas que no oran no son verdaderos cristianos. No basta tomar parte en las oraciones de la congregación los domingos, ni dirigir las oraciones familiares todos los días: también tiene que haber oración privada. Si no la hay, puede que seamos miembros de la Iglesia de Cristo de cara al exterior, pero no somos miembros vivos de Cristo.

¿Pero cuáles son las reglas que se establecen para nuestra orientación en cuanto a la limosna y la oración? Son solo unas pocas, y muy sencillas, pero contienen mucho material de reflexión.

En el acto de dar, *todo parecido con la ostentación ha de ser aborrecido y evitado*. "Cuando des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti". No debemos dar como si quisiéramos que todo el mundo viera lo generosos y caritativos que somos, y deseando la alabanza de nuestros semejantes. Hemos de evitar todo lo que suponga una demostración pública: debemos dar sin que nadie se entere, hablando lo menos posible acerca de nuestros actos de caridad; debemos procurar tener el espíritu del dicho proverbial: "No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha".

En la oración, *el objetivo principal que se ha de buscar es estar a solas con Dios*. "Cuando ores, entra en tu aposento". Deberíamos procurar encontrar un lugar donde ningún ojo humano pueda vernos, y donde podamos derramar nuestros corazones sabiendo que no nos está observando nadie excepto Dios. Esta es una regla que a muchos les resulta muy difícil cumplir; para los pobres y los criados suele ser casi imposible estar verdaderamente solos; pero es una regla que debemos esforzarnos mucho por cumplir. La necesidad es muchas veces, en tales casos, la madre de la invención. Cuando una persona desea de veras hallar un lugar donde poder estar secretamente con su Dios, normalmente encuentra el modo de hacerlo.

En todos nuestros deberes, tanto en el de dar como en el de orar, lo más importante a tener en cuenta es *que el nuestro es un Dios que conoce los corazones y sabe todas las cosas*. "Nuestro Padre ve en lo secreto". Cosas como el formalismo, la afectación y el servicio meramente externo, son abominables y sin valor alguno a los ojos de Dios. Él no se fija en la cantidad de dinero que damos, ni en la cantidad de palabras que utilizamos: en lo único que se fija su ojo que todo lo ve es la naturaleza de nuestros motivos y el estado de nuestros corazones.

Ojalá todos recordemos estas cosas. Esta es una roca en la que muchos sufren continuamente un naufragio espiritual. Se engañan a sí mismos creyendo que todo irá bien con sus almas, con tal de cumplir ciertos "deberes religiosos"; olvidan que Dios no presta atención a la cantidad, sino a la calidad, de nuestro servicio. Su favor no se consigue, como muchos parecen suponer, repitiendo mecánicamente unas cuantas palabras, ni con el pago engreído de cierta cantidad de dinero a una institución benéfica. ¿Dónde se encuentran nuestros corazones? ¿Estamos haciendo todo, ya sea dar u orar, "como para el Señor y no para los hombres"? ¿Somos conscientes de la presencia del ojo de Dios? ¿Deseamos sencilla y únicamente agradar a Aquel que "ve en lo secreto" y a quien "toca el pesar las acciones"? (1 Samuel 2:3). ¿Somos sinceros? Este es el tipo de preguntas con que deberíamos

interrogar a menudo a nuestras almas.

Mateo 6:9–15

Estos versículos son pocos en número y se leen rápidamente, pero son de una importancia inmensa. Contienen ese maravilloso ejemplo de oración que el Señor Jesús ha provisto para su pueblo, comúnmente llamada el “Padre nuestro”.

Quizá no haya otra porción de la Escritura tan conocida como esta; en todo lugar donde se halla el cristianismo, sus palabras son familiares; decenas y cientos de miles de personas que nunca han visto una Biblia ni han oído el Evangelio puro, conocen el “Padre Nuestro” o “Paternoster”. Bueno sería para el mundo que se conociera el espíritu de esta oración tan bien como se conoce su texto.

Ninguna otra parte de la Escritura es tan rica en su contenido, siendo al mismo tiempo tan sencilla; es la primera oración que aprendemos a decir cuando somos niños: tal es su simplicidad. Contiene el germen de todo lo que el más maduro de los santos pueda desear: tal es su riqueza. Cuanto más meditemos cada una de sus palabras, más pensaremos: “Esta oración proviene de Dios”.

El Padre nuestro consta de diez partes o frases. Hay en ella una declaración respecto al Ser al que oramos; hay tres pequeñas oraciones acerca de su nombre, su Reino y su voluntad; hay cuatro oraciones acerca de nuestras necesidades diarias, nuestros pecados, nuestra debilidad y nuestros peligros; hay una afirmación de nuestros sentimientos por los demás; como conclusión, hay una atribución de alabanza. En todas estas partes se nos enseña a decir “nosotros” y “nuestro”. Hemos de recordar a otros, además de a nosotros mismos. Sobre cada una de estas partes se podría escribir un libro. Pero ahora debemos conformarnos con tomar las frases una por una y destacar las lecciones que cada una de ellas contiene.

La primera frase declara *a quién tenemos que orar*: “Padre nuestro que estás en los cielos”. No debemos orar a santos ni a ángeles, sino al Padre eterno, el Padre de los espíritus, el Señor de Cielo y Tierra. Le llamamos “Padre” en su sentido más simple, como nuestro Creador; como S. Pablo les dijo a los atenienses: “en él vivimos, y nos movemos, y somos; [...] linaje suyo somos” (Hechos 17:28). Le llamamos “Padre” en su sentido más elevado, como Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos reconcilia consigo por medio de la muerte de su Hijo (Colosenses 1:20–22). Nosotros profesamos aquello que los santos del Antiguo Testamento solo vieron borrosamente y de lejos; profesamos ser hijos suyos por la fe en Cristo, y tener “el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” (Romanos 8:15). Esta, no lo olvidemos nunca, es la filiación que debemos desear, para ser salvos. Sin fe en la sangre de Cristo, y sin unión con Él, de nada servirá hablar de nuestra confianza en la “paternidad” de Dios.

La segunda frase es *una petición respecto al nombre de Dios*: “Santificado sea tu nombre”. Al hablar del “nombre” de Dios nos

referimos a todos aquellos atributos bajo los cuales Él se ha revelado a nosotros: su poder, sabiduría, santidad, justicia, misericordia y verdad. Al pedir que sean “santificados” nos referimos a que se den a conocer y sean glorificados. La gloria de Dios es lo primero que deben desear los hijos de Dios. Es el objetivo de una de las oraciones de nuestro Señor mismo: “Padre, glorifica tu nombre” (Juan 12:28). Es el propósito con que fue creado el mundo; es el fin con que se llama y se convierte a los santos; es lo que debiera ser nuestra meta primordial: “Que en todo sea Dios glorificado” (1 Pedro 4:11).

La tercera frase es *una petición acerca del Reino de Dios*: “Venga tu reino”. Al hablar de su “reino” nos referimos, en primer lugar, al Reino de gracia que Dios crea y sostiene en los corazones de todos los miembros vivos de Cristo, por medio de su Espíritu y su Palabra. Pero también, y principalmente, nos referimos al Reino de gloria que será instituido un día, cuando Jesús venga por segunda vez, y cuando “todos le conocerán, desde el menor hasta el mayor” (cf. Hebreos 8:11). Ese será el momento en que el pecado, y el dolor y Satanás serán expulsados del mundo. Es el momento en que se convertirán los judíos y entrará la plenitud de los gentiles (cf. Romanos 11:25), un momento que se debe desear antes que ninguna otra cosa. Es por eso por lo que ocupa un lugar prominente en el Padre nuestro. Estamos pidiendo lo mismo que se expresa en las palabras de las Exequias: “que agrade a Dios apresurar la venida de su Reino” (*).

La cuarta frase es *una petición acerca de la voluntad de Dios*: “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”. Pedimos en esta oración que las leyes de Dios sean obedecidas por los hombres de forma tan perfecta, dispuesta e incesante como lo son por los ángeles del Cielo. Pedimos que aquellos que no obedecen sus leyes sean enseñados a hacerlo, y que aquellos que ya las obedecen las obedezcan mejor. La auténtica felicidad es una sumisión perfecta a la voluntad de Dios, así que la mayor muestra de amor es pedir en oración que toda la Humanidad pueda conocerla, obedecerla y someterse a ella.

La quinta frase es *una petición respecto a nuestras necesidades diarias*: “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”. Se nos enseña aquí a reconocer nuestra total dependencia de Dios para la obtención de nuestras necesidades de cada día. Igual que Israel necesitaba el maná a diario, nosotros necesitamos “pan” a diario. Admitimos que somos criaturas pobres, débiles y necesitadas, y le rogamos a Aquel que es nuestro Creador que cuide de nosotros. Pedimos “pan”, que es la más simple de nuestras necesidades, y en esa palabra incluimos todo lo que nuestros cuerpos necesitan.

La sexta frase es *una petición respecto a nuestros pecados*: “Perdónanos nuestras deudas”. Confesamos que somos pecadores y que necesitamos concesiones diarias de indulto y de perdón. Esta es una parte de la oración del Señor que merece recordarse de manera especial. Condena toda aprobación de uno mismo y toda justificación de uno mismo. Se nos enseña aquí a mantener una rutina continua de confesión ante el trono de la gracia, y una rutina continua de solicitud de misericordia y perdón. No olvidemos esto nunca. Necesitamos “lavar nuestros pies” cada día (Juan 13:10).

La séptima frase es *una afirmación de nuestros sentimientos por los demás*: le pedimos a nuestro Padre que nos perdone nuestras deudas “como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Esta es la

única afirmación en toda la oración, y la única parte de esta sobre la cual nuestro Señor hace unos comentarios al terminarla. Lo hace con el propósito de recordarnos que no debemos esperar que nuestras oraciones por el perdón vayan a ser escuchadas, si oramos habiendo en nuestros corazones rencor y ojeriza hacia otros. Orar en esas circunstancias es puro formalismo e hipocresía; aún peor que hipocresía: es como decirle a Dios: “No me perdones en absoluto”. Sin amor, nuestras oraciones no son nada. No podemos esperar que se nos vaya a perdonar, si nosotros no perdonamos.

La octava frase es *una petición respecto a nuestra debilidad*: “No nos metas en tentación”. Nos enseña que en cualquier momento podemos desviarnos del buen camino, y caer; nos enseña a confesar nuestra debilidad, y a rogarle a Dios que nos sostenga y no nos deje caer en pecado. Le pedimos a Aquel que ordena todas las cosas en el Cielo y en la Tierra, que nos aparte de situaciones que podrían hacer daño a nuestras almas, y que no permita nunca que seamos “tentados más de lo que podemos resistir” (cf. 1 Corintios 10:13).

La novena frase es *una petición respecto a nuestros peligros*: “Líbranos del mal”. Se nos enseña aquí a pedirle a Dios que nos libre del mal que hay en el mundo, del mal que hay en nuestros propios corazones y de algo no menos importante: del maligno, el diablo. Confesamos que, entre tanto que estamos en el cuerpo, constantemente vemos, oímos y sentimos la presencia del mal. Está sobre nosotros, dentro de nosotros y en todas partes a nuestro alrededor; y le rogamos a Aquel que es el único que puede protegernos, que nos guarde continuamente de su poder (Juan 17:15).

La última frase es *una atribución de alabanza*: “Tuyo es el reino, y el poder, y la gloria”. Con estas palabras declaramos nuestra creencia de que los reinos de este mundo son la legítima propiedad de nuestro Padre, que solo a Él le pertenece todo el “poder” y que solo Él merece recibir toda la “gloria”. Así, terminamos ofreciéndole lo que creemos en nuestros corazones: que Él es digno de toda honra y alabanza, y nos regocijamos de que sea Rey de reyes y Señor de señores.

Y ahora examinémonos a nosotros mismos, para ver si verdaderamente deseamos tener las cosas que se nos enseña a pedir en la oración del Señor. Es de temer que miles de personas repiten estas palabras a diario como una fórmula, pero nunca se paran a pensar en lo que están diciendo. No les preocupa para nada la “gloria”, el “reino” ni la “voluntad” de Dios; no tienen ninguna noción de dependencia, pecaminosidad, debilidad ni peligro; no tienen amor ni bondad para con sus enemigos; ¡y, sin embargo, siguen repitiendo la oración del Señor! Esto no debería ser así. ¡Ojalá podamos tomar la decisión, con la ayuda de Dios, de aunar siempre nuestro corazón con nuestros labios! Dichoso aquel que en verdad puede llamar “Padre” a Dios, por medio de Jesucristo como Salvador suyo, y puede, por tanto, exclamar un sincero “amén” a todo lo que dice el Padre nuestro.

Mateo 6:16–24

Hay tres temas que se nos presentan en esta parte del Sermón del Monte de nuestro Señor. Son el ayuno, la mundanalidad y la resolución en cuanto a la fe.

El ayuno, o abstinencia ocasional de comida con el propósito de poner el cuerpo bajo el dominio del espíritu, es una práctica que se menciona a menudo en la Biblia y, por lo general, en el contexto de la oración. David ayunó cuando su hijo estuvo enfermo; Daniel ayunó cuando buscó una iluminación especial de Dios; Pablo y Bernabé ayunaron cuando escogieron ancianos; Ester ayunó antes de presentarse ante Asuero. Es un asunto para el que no encontramos órdenes concretas en el Nuevo Testamento. Parece haber sido dejado al criterio de cada uno, si quiere ayunar o no. En esta ausencia de órdenes concretas apreciamos una gran sabiduría. Mucha gente pobre nunca tiene suficiente que comer, y sería un insulto decirles que ayunaran; muchos enfermos apenas se encuentran bien aun con una dieta muy vigilada, y no podrían ayunar sin que ello supusiera un empeoramiento de su enfermedad. Es un asunto sobre el que cada uno debe estar convencido en su propia mente, sin condenar precipitadamente a otros que piensen de otra forma. Lo único que se ha de recordar siempre es que quienes ayunan deben hacerlo discretamente, secretamente, sin ostentación. No han de “mostrar a los hombres” que están ayunando. No han de ayunar para los hombres, sino para Dios.

La mundanalidad es uno de los mayores peligros que acosan al alma del hombre. No es sorprendente que nuestro Señor hable sobre ella con tanta firmeza; es un enemigo insidioso, engañoso y convincente. ¡Parece tan inocente que se preste atención a los asuntos personales! ¡Parece tan inofensivo procurar ser felices en este mundo, sin cometer pecados abiertamente! Sin embargo, esta es una roca en la que muchos sufren un naufragio que durará toda la eternidad. Se hacen “tesoros en la tierra” y olvidan hacerse “tesoros en el cielo”. ¡Ojalá todos recordemos bien esto! ¿Dónde se encuentran nuestros corazones? ¿A qué le tenemos más apego? Las cosas que más amamos, ¿son de la Tierra, o del Cielo? La vida o la muerte dependen de la respuesta que demos a estas preguntas. Si nuestro tesoro es terrenal, nuestros corazones también serán terrenales. “Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”.

La resolución es uno de los grandes secretos de la prosperidad espiritual. Si nuestros ojos no ven claramente, no podemos andar sin tropezar y caer. Si intentamos trabajar para dos señores distintos, sucederá con toda seguridad que ninguno de los dos estará satisfecho con nosotros. Exactamente lo mismo ocurre con nuestras almas. No podemos servir a Cristo y al mundo al mismo tiempo: intentarlo siquiera sería en vano. Sencillamente, no puede lograrse; el arca de Dios nunca podrá estar junto a Dagón. Dios tiene que ser el rey de nuestros corazones: su Ley, su voluntad y sus preceptos deben tener el primer lugar en nuestras vidas; entonces, y solo entonces, todo lo demás que concierne al hombre interior ocupará el lugar que le corresponde. A menos que haya este orden en nuestros corazones, todo estará muy confuso. “Todo tu cuerpo estará en tinieblas”.

Aprendamos de las instrucciones que nuestro Señor dio en cuanto al ayuno, *la gran importancia de tener alegría* en nuestra vida espiritual. Las palabras “unge tu cabeza y lava tu rostro” están llenas de un profundo significado. Deberían enseñarnos a hacer nuestro objetivo

mostrar a quienes nos rodean que el cristianismo nos hace felices. Que nunca se nos olvide que no hay nada de religiosidad en una apariencia melancólica y sombría. ¿Estamos descontentos con lo que Cristo nos paga, o con el trabajo que hacemos para Él? ¡Claro que no! Entonces no demos la impresión de que lo estamos.

Aprendamos de la advertencia de nuestro Señor sobre la mundanalidad, *qué grande es nuestra necesidad de velar y orar para no tener un espíritu mundano*. ¿Qué es lo que hace la inmensa mayoría de quienes profesan ser cristianos a nuestro alrededor? Están haciéndose "tesoros en la tierra"; no nos puede caber duda: sus gustos, sus comportamientos, sus costumbres denotan una realidad temible. No están haciéndose "tesoros en el cielo". Guardémonos de hundirnos en el Infierno por prestar demasiada atención a cosas que en sí son lícitas. La transgresión manifiesta de la Ley de Dios es la perdición de miles, pero la mundanalidad lo es de decenas de miles.

Aprendamos de las palabras de nuestro Señor sobre el "ojo bueno", *el verdadero motivo secreto de los fracasos* que tantos cristianos parecen tener en sus profesiones de fe. Fracasos los hay en todas partes. Hay miles de personas en nuestras iglesias que no se encuentran a gusto, que están incómodas e insatisfechas consigo mismas, y apenas saben por qué. La razón se revela en este pasaje: están intentando mantener su relación con ambas partes; están tratando de agradar a Dios y también agradar a los hombres, servir a Cristo y al mismo tiempo servir al mundo. No cometamos este error. Seamos seguidores de Cristo decididos, persuadidos, inflexibles. Tomemos por lema el mismo de Pablo: "Una cosa hago" (Filipenses 3:13). Entonces seremos cristianos felices; sentiremos el Sol brillar en nuestros rostros; tanto nuestro corazón como nuestra mente y nuestra conciencia estarán llenos de luz. La resolución es el secreto para ser felices en nuestra fe. Sé resuelto por la causa de Cristo, y "todo tu cuerpo estará lleno de luz".

Mateo 6:25–34

Estos versículos son un magnífico ejemplo de la combinación de sabiduría y compasión en la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo. Él conoce el corazón del hombre; sabe que estamos siempre listos para bajar la guardia ante la mundanalidad, argumentando que no podemos evitar estar ansiosos por las cosas de este mundo. "¿Acaso no tenemos familias que cuidar? ¿Acaso no debemos suplir para nuestras necesidades físicas? ¿Cómo vamos a poder vivir pensando en primer lugar en nuestras almas?" El Señor Jesús previó tales pensamientos, y proporcionó una respuesta.

El Señor Jesús nos prohíbe *estar ansiosos* por las cosas de este mundo. En cuatro ocasiones dice: "No os afanéis". Por la vida, por la comida, por el vestido y por el día de mañana, "no debemos afanarnos". No debemos prestarles una atención excesiva; no debemos tener una preocupación excesiva. Ser prudentes y proveer

para el futuro es correcto; dejarnos consumir, corroer y atormentar por la ansiedad es erróneo.

El Señor Jesús nos insta a recordar *el cuidado providencial que Dios tiene continuamente de todo lo que ha creado*. ¿Nos ha dado "vida"? Entonces no puede haber duda de que no dejará que nos falte nada necesario para conservarla. ¿Nos ha dado un "cuerpo"? Entonces no puede haber duda de que no nos dejará morir por falta de abrigo. Aquel que nos ha creado encontrará, sin duda, alimento para darnos.

El Señor Jesús expone que *la ansiedad excesiva no sirve para nada*. Nuestra vida está ciertamente en manos de Dios; toda la preocupación del mundo no hará que vivamos ni un minuto más del tiempo que Él ha fijado para nosotros. No podemos añadir una hora a nuestras vidas; no moriremos hasta que hayamos cumplido nuestra labor.

El Señor Jesús señala a *las aves del cielo* para enseñarnos. Ellas no hacen planes para el futuro: "No siembran, ni siegan"; no almacenan alimento para más adelante: no "recogen en graneros"; viven literalmente día a día de lo que encuentran, utilizando el instinto que Dios les ha dado. Deberíamos aprender de ellas que no se permitirá jamás que ningún hombre que cumple con su deber en el puesto al que Dios le ha llamado caiga en la pobreza.

El Señor Jesús nos manda que nos fijemos en *las flores del campo*. Año tras año son ataviadas con los más alegres colores, sin ningún trabajo ni esfuerzo por su parte: "No trabajan ni hilan". Dios, por su infinito poder, las viste de hermosura en cada estación. Ese mismo Dios es el Padre de todos los creyentes: ¿por qué habrían de dudar que Él sea capaz de darles vestido, igual que hace con "los lirios del campo"? Aquel que se preocupa por las flores perecederas no desatenderá, sin duda, los cuerpos en los que habitan almas inmortales.

El Señor Jesús nos dice que la preocupación excesiva por las cosas de este mundo es algo *totalmente impropio de un cristiano*. Una característica fundamental del paganismo es vivir para el presente. Que el pagano esté todo lo ansioso que quiera: no tiene un Padre en los cielos; pero el cristiano, que tiene una luz y un conocimiento más claros, ha de demostrarlo mediante su fe y su contentamiento. Cuando perdamos a un ser querido, no debemos "entristecernos como los otros que no tienen esperanza" (cf. 1 Tesalonicenses 4:13). Cuando nos acosen preocupaciones por cosas de esta vida, no debemos estar ansiosos, como si no tuviéramos un Dios, ni un Cristo.

El Señor Jesús nos ofrece *una promesa de gracia divina* como remedio para la ansiedad de espíritu. Nos asegura que si "buscamos primeramente" y principalmente tener un lugar en el Reino de la gracia y la gloria, todo lo que realmente necesitamos en este mundo nos será dado: será "añadido", además de nuestra herencia celestial. "A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien"; "No quitará el bien a los que andan en integridad" (Romanos 8:28; Salmo 84:11).

Por último, el Señor Jesús pone fin a toda su enseñanza sobre este asunto pronunciando *una máxima de inmensa sabiduría*. "El día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal". No debemos cargarnos de preocupaciones que aún están por llegar; tenemos que concentrarnos en las tareas de hoy, y dejar las inquietudes de mañana hasta que amanezca ese mañana. Quizá muramos antes de que llegue mañana; no sabemos lo que puede suceder mañana; solo de una cosa podemos estar seguros: que si el mañana trae consigo una cruz, Aquel

que la ha enviado puede también enviar, y enviará, gracia para cargarla.

En todo este pasaje hay un tesoro de lecciones áureas. Procuremos emplearlas en nuestra vida diaria; no las leamos solamente, sino démosles una utilidad práctica; velemos y oremos para guardarnos de un espíritu de ansiedad y de preocupación excesiva. Es muy importante para nuestra felicidad que así lo hagamos. La mitad de nuestras penas son causadas por imaginar cosas que pensamos que nos van a pasar; la mitad de las cosas que esperamos que nos van a pasar nunca llegan. ¿Dónde está nuestra fe? ¿Dónde está nuestra confianza en las palabras de nuestro Salvador? Bien puede ser que nos avergoncemos al leer estos versículos y a continuación mirar a nuestros corazones. Podemos estar seguros de que las palabras de David dicen la verdad: “Joven fui, y he envejecido, y no he visto justo desamparado, ni su descendencia que mendigue pan” (Salmo 37:25).

Mateo 7:1–11

La primera parte de estos versículos es uno de esos pasajes de la Escritura cuya interpretación debemos tener cuidado de no forzar, lo cual cambiaría su auténtico significado. Es un pasaje que con mucha frecuencia los enemigos de la verdadera religión manipulan y sacan fuera de contexto. Es posible presionar las palabras de la Biblia hasta un punto en que ya no destilan medicina, sino veneno.

Cuando nuestro Señor dice: “No juzguéis”, no quiere decir que esté mal, en toda circunstancia, hacer un juicio desfavorable sobre la conducta u opinión de otros. Debiéramos tener opiniones firmes: tenemos que “examinarlo todo”; tenemos que “probar los espíritus” (cf. 1 Tesalonicenses 5:21; cf. 1 Juan 4:1). Ni tampoco quiere decir que esté mal reprobar los pecados y faltas de otros a menos que nosotros mismos seamos perfectos y sin falta. Tal interpretación supondría una contradicción de otras partes de la Escritura; haría imposible la condenación del error y de la falsa doctrina; excluiría toda vocación de ser ministro o juez. La Tierra sería “entregada en manos de los impíos” (Job 9:24); se multiplicaría la herejía; abundaría el mal.

Lo que nuestro Señor pretende condenar es una *actitud condenatoria y crítica*. La disposición a culpar a los demás por ofensas insignificantes o cuestiones de poca importancia, el hábito de expresar opiniones negativas precipitadamente, el estar siempre listo para recalcar los errores y defectos de nuestros semejantes, y de ese modo rebajarlos; esto es lo que nuestro Señor prohíbe. Era algo común entre los fariseos; ha seguido siendo común desde su época hasta nuestros días. Debemos guardarnos de tal cosa. Tenemos que creerlo todo y esperarlo todo de los demás, y no apresurarnos a buscar faltas. Esto es el amor cristiano (cf. 1 Corintios 13:7).

La segunda parte de estos versículos nos enseña *la importancia de ejercitar la discreción al escoger las personas con las que hablar acerca de la fe*. Todo es hermoso en su tiempo y en su lugar. Nuestro

celo ha de atemperarse con una prudente consideración del tiempo, el lugar y la persona. “No reprendas al escarnecedor —dice Salomón— para que no te aborrezca” (Proverbios 9:8). No es sabio abrir nuestras mentes en cuanto a asuntos espirituales con todo el mundo. Hay muchos que, por tener un carácter violento, o unas costumbres abiertamente disolutas, son totalmente incapaces de apreciar lo relativo al Evangelio; hasta se ponen furiosos, y cometen mayores excesos en su pecado si intentamos hacerle bien a sus almas; mencionarle el nombre de Cristo a tales personas ciertamente es “echar perlas delante de cerdos”. No les hace bien, sino daño; despierta toda su corrupción, y provoca su ira; en resumen, son como los judíos en Corinto (Hechos 18:6), o como Nabal, del cual está escrito que era “tan perverso, que no hay quien pueda hablarle” (1 Samuel 25:17).

La lección que tenemos ante nosotros es particularmente difícil de utilizar como es debido. Para ponerla en práctica de forma correcta hace falta mucha sabiduría. La mayoría de nosotros caeríamos mucho más probablemente en el error de tener demasiado cuidado que en el de tener demasiado celo; por lo general estamos mucho más dispuestos a recordar el “tiempo de callar” que el “tiempo de hablar”. Es una lección, no obstante, que debiera suscitar un espíritu de autoexamen en todos nuestros corazones. ¿No impedimos alguna vez a nuestros amigos que nos den un buen consejo, por culpa de nuestro carácter malhumorado e irritable? ¿Nunca hemos obligado a otros a guardar silencio y no decir nada, por nuestro orgullo y nuestro impaciente desprecio de todo consejo? ¿Nunca nos hemos vuelto contra nuestros amables consejeros y les hemos hecho callar a causa de nuestra violencia y acaloramiento? Bien puede que sea de temer que hayamos errado a menudo en este sentido.

La última parte de estos versículos nos enseña *el deber de la oración, y las buenas razones de ánimo que tenemos para orar*. Existe una hermosa relación entre esta lección y la que la precede. ¿Queremos saber cuándo “callar” y cuándo “hablar”, cuándo presentar “lo santo” y sacar nuestras “perlas”? Entonces debemos orar. Este es un asunto al que el Señor Jesús evidentemente da mucha importancia; el lenguaje que utiliza es una prueba clara de ello. Emplea tres palabras distintas para expresar la idea de orar: “pedir”, “buscar” y “llamar”. Ofrece la más amplia y rica de las promesas a quienes oran: “Todo aquel que pide, recibe”. Da un ejemplo de la disposición de Dios para escuchar nuestras oraciones, utilizando un argumento del conocido mundo de la paternidad humana: aunque son “malos” y egoístas por naturaleza, los padres no descuidan las necesidades físicas de sus hijos; ¡cuánto más escuchará un Dios de amor y misericordia los clamores de aquellos que son sus hijos por gracia!

Prestemos especial atención a estas palabras de nuestro Señor acerca de la oración. Pocos de sus dichos son, quizá, tan conocidos, y tan a menudo repetidos, como este. Los más pobres y los más iletrados normalmente saben que “el que no busca, no encuentra”. ¿Pero de qué sirve saberlo, si no lo ponemos en práctica? Si el conocimiento no se ejercita y se emplea bien, solo hará aumentar nuestra condenación en el día final.

¿Conocemos, siquiera en parte, este “pedir, buscar y llamar”? Si no es así, ¿por qué no? No hay nada que sea tan sencillo y tan fácil como orar, si alguien verdaderamente desea hacerlo. Pero, por desgracia, no

hay nada que a los hombres les cueste tanto; practicarán muchas de las formas de la religión, asistirán a muchos de los actos religiosos y harán muchas cosas buenas, antes que hacer esto; ¡y, sin embargo, sin esto no podrá salvarse ningún alma!

¿Oramos de veras alguna vez? Si no es así, en el día final no tendremos excusa que presentar ante Dios, a menos que nos arrepintamos. No seremos condenados por no haber hecho lo que no pudimos hacer, ni por no saber lo que no podríamos haber sabido; pero hallaremos que una de las principales razones por que estaremos perdidos será esta: que nunca "pedimos" que se nos salvara.

¿Sí que oramos? Entonces sigamos haciéndolo, sin desmayar. No es un esfuerzo en vano; no es inútil: dará fruto después de mucho tiempo. Nunca han resultado baldías esas palabras: "Todo aquel que pide, recibe".

Mateo 7:12–20

En esta sección del Sermón del Monte, nuestro Señor comienza a elaborar la conclusión de su discurso. Las lecciones que nos presenta aquí son amplias, generales y llenas de la más profunda sabiduría. Fijémonos en ellas por turno.

Nuestro Señor establece *un principio general para nuestra orientación* en toda materia en que haya dudas entre los hombres. Debemos "hacer con los hombres lo mismo que querríamos que ellos hicieran con nosotros". No debemos tratar a los demás como ellos nos tratan; esto sería mero egoísmo y paganismo. Tenemos que tratar a los demás como a nosotros nos gustaría que ellos nos trataran; esto es el cristianismo auténtico.

¡Esta es verdaderamente una regla de oro! No prohíbe simplemente todo pequeño acto de malicia y venganza, de engaño y ambición; hace mucho más que eso. Zanja centenares de cuestiones difíciles, que, en un mundo como este, surgen continuamente entre los hombres; elimina la necesidad de establecer un sinfín de pequeñas reglas de conducta para casos específicos; arrasa todo el campo de lo debatible con un único y poderoso principio; nos muestra un equilibrio y una regla, que cualquiera puede utilizar para saber rápidamente cuál es su deber en determinada situación. ¿Hay algo que no nos gustaría que nuestro prójimo nos hiciera? Entonces recordemos siempre que eso es lo que nunca debemos hacerle a él. ¿Hay algo que sí que nos gustaría que nos hiciera? Entonces eso es precisamente lo que debemos hacerle a él. ¡Cuántas disputas complicadas se resolverían inmediatamente si se empleara con honradez esta regla!

En segundo lugar, nuestro Señor nos da *una advertencia general sobre el camino que sigue la mayoría en el aspecto de la religión*. No basta con pensar como los demás y actuar como los demás. No debemos estar satisfechos siguiendo las modas y dejándonos llevar por la corriente de aquellos entre quienes vivimos. Nuestro Señor nos dice que el camino que lleva a la vida eterna es "angosto", y que son

“pocos” los que andan por él; nos dice que el camino que lleva a la perdición eterna es “espacioso”, y que está lleno de caminantes: “muchos son los que entran en él”.

¡Estas son verdades temibles! Deberían producir un profundo examen de conciencia en las mentes de todos los que las escuchan. “¿Por qué camino ando yo? ¿En qué dirección voy?” Todos y cada uno de nosotros nos encontramos en uno u otro de estos dos caminos que aquí se describen. ¡Que Dios nos conceda un espíritu de sinceridad y de autoexamen, y nos muestre lo que somos!

Bien podemos temblar y temer, si nuestra religión es la de las masas. Si lo único que podemos decir es que “vamos donde van los demás, y asistimos a los cultos a que asisten los demás, y esperamos que al final se pueda decir que no hemos sido peores que los demás”, estamos pronunciando literalmente nuestra propia condenación. ¿Qué es esto sino andar por el “camino espacioso”? ¿Qué es esto sino dirigirse hacia la “perdición”? Nuestra religión actual no es la religión salvadora.

No tenemos motivos para desanimarnos y entristecernos si la religión que profesamos no es popular, y hay pocos que estén de acuerdo con nosotros. Debemos recordar las palabras de nuestro Señor Jesucristo en este pasaje: “la puerta es estrecha”. El arrepentimiento, y la fe en Cristo y la vida de santidad nunca han estado de moda. El verdadero rebaño de Cristo siempre ha sido pequeño. No debe inquietarnos descubrir que se nos considera gente rara, y peculiar, e intolerante y de mentalidad cerrada. Este es “el camino angosto”. Sin duda, es mejor entrar en la vida eterna con unos pocos, que ir a la “perdición” rodeado de muchos.

Por último, el Señor Jesús nos da *una advertencia general sobre los falsos maestros en la Iglesia*. Tenemos que “guardarnos de los falsos profetas”. La relación entre este pasaje y el que le precede es sorprendente. ¿Queremos mantenernos alejados de ese “camino espacioso”? Entonces debemos guardarnos de falsos profetas. Se levantarán entre nosotros; comenzaron a hacerlo en los días de los Apóstoles; ya en aquel tiempo se sembraron las semillas del error. Han seguido apareciendo desde aquel entonces. Debemos estar preparados para enfrentarnos a ellos, y estar vigilantes.

Esta es una advertencia que hace mucha falta. Hay miles de personas que parecen dispuestas a creer cualquier cosa en el ámbito de la religión, con tal de oírlo de la boca de alguien que haya sido ordenado como ministro. Olvidan que los clérigos se pueden equivocar, tanto como los legos; no son infalibles. Su enseñanza se debe pesar en la balanza de la Santa Escritura; se les debe escuchar y creer siempre que su doctrina concuerde con la Biblia, pero no si se desvía siquiera un centímetro. Debemos ponerlos a prueba “por sus frutos”. La buena doctrina y una vida santa son las señales de los verdaderos profetas. Recordemos esto. Los errores de nuestros ministros no servirán de excusa para los nuestros. “Si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo” (Mateo 15:14).

¿Cuál es la mejor defensa contra la enseñanza falsa? No puede caber duda de que es el estudio regular de la Palabra de Dios, pidiendo en oración que el Espíritu Santo nos enseñe. La Biblia nos fue entregada para que fuese una lámpara a nuestros pies y una luz para nuestro camino (Salmo 119:105). Al hombre que la lea bien, nunca se le dejará errar mucho. El descuido de la Biblia es lo que hace a tantos

ser una presa fácil para el primer falso maestro al que escuchan. Tales personas querrían que creyésemos lo que nos dicen: “No soy un erudito, y no pretendo tener opiniones categóricas”; la pura verdad es que son perezosos y pasivos para la lectura de la Biblia, y no les gusta tomarse la molestia de pensar por sí mismos. No hay nada que proporcione tantos seguidores a los falsos profetas como la pereza espiritual cubierta por un manto de humildad.

¡Ojalá recordemos todos la advertencia de nuestro Señor! El mundo, el diablo y la carne no son los únicos peligros en el camino del cristiano; hay otro, que es el “falso profeta”, el lobo vestido de oveja. ¡Dichoso aquel que encomienda en oración la lectura de su Biblia, y conoce la diferencia entre la verdad y el error en la religión! Existe una diferencia, y se espera de nosotros que la conozcamos, y que utilicemos nuestro conocimiento.

Mateo 7:21–29

El Señor Jesús pone fin al Sermón del Monte con un pasaje cuya aplicación práctica penetra hasta lo más profundo del corazón. Pasa de referirse a profetas falsos a hablar de creyentes falsos; de maestros deficientes a oyentes deficientes. Aquí tenemos un mensaje para todo el mundo. ¡Ojalá tengamos suficiente gracia para aplicarlo a nuestros propios corazones!

La primera lección de este pasaje es *la inutilidad de una profesión cristiana meramente externa*. No todo aquel que dice “Señor, Señor” entrará en el Reino de los cielos. No todos los que se comportan como cristianos, y afirman serlo, serán salvos.

Fijémonos bien en esto. Hace falta mucho más que lo que la mayoría de la gente parece creer que es necesario, para salvar un alma. Podemos haber sido bautizados en el nombre de Cristo, y presumir, confiados, de nuestros privilegios eclesiásticos; podemos tener conocimiento en nuestras mentes, y estar bien satisfechos con nuestra situación; puede que hasta seamos predicadores, y maestros de otras personas, y que hagamos “muchos milagros” en la obra de nuestra iglesia; pero, en todo esto, ¿estamos haciendo, en la práctica, la voluntad de nuestro Padre que está en los cielos? ¿Nos arrepentimos de veras, creemos en Cristo de veras, y vivimos de forma santa y humilde? Si no es así, en el día final no entraremos en el Cielo, a pesar de todos nuestros privilegios y de nuestra profesión de fe, y estaremos perdidos para siempre. Oiremos esas terribles palabras: “Nunca os conocí; apartaos de mí”.

El día del Juicio revelará cosas inesperadas. Las esperanzas de muchos, que fueron considerados grandes cristianos durante sus vidas, serán desbaratadas totalmente. La mentira de su religiosidad será hecha pública, y se expondrá su vergüenza delante de todo el mundo. Entonces se demostrará que ser salvo es algo más que “hacer una profesión”. Debemos hacer una “práctica” de nuestro cristianismo, además de una “profesión”. Pensemos con frecuencia en aquel gran

día; juzguémonos a nosotros mismos con frecuencia, “para que no seamos juzgados” y condenados por el Señor. Al margen de cualquier otra cosa que seamos, hagamos nuestro objetivo el ser auténticos, veraces y sinceros.

La segunda lección de este pasaje es *una impactante descripción de dos clases de oyentes cristianos*. Por un lado, quienes oyen pero no hacen nada, y por otro, quienes oyen y, además de oír, hacen; ambos casos se presentan ante nosotros, y sus historias se relatan hasta sus respectivos finales.

El hombre que oye la enseñanza cristiana y practica lo que oye es como “un hombre prudente, que edifica su casa sobre la roca”. No se contenta con oír exhortaciones a arrepentirse, creer en Cristo y llevar una vida santa, sino que lo hace: se arrepiente, cree, deja de hacer el mal y aprende a hacer el bien, aborrece todo lo que es pecado y sigue lo bueno (cf. Romanos 12:9). Es un hacedor además de un oidor (Santiago 1:22).

¿Y cuál es el resultado? Cuando llega la prueba, su religión no le falla; los ríos de la enfermedad, el dolor, la pobreza, los desengaños y las pérdidas de seres amados golpean contra él en vano. Su alma se mantiene inamovible; su fe no cede; su consuelo no le abandona en absoluto. Quizá su religión le haya costado problemas en el pasado; quizá echara sus cimientos con mucho trabajo y muchas lágrimas; descubrir en su corazón un interés en Cristo quizá le costara muchos días de ferviente búsqueda y muchas horas de vehemente oración. Pero su esfuerzo no ha sido en balde: ahora siega una valiosa recompensa. La religión que puede soportar la prueba es la verdadera religión.

El hombre que oye la enseñanza cristiana y nunca pasa de ahí es como “un hombre insensato, que edifica su casa sobre la arena”. Se conforma escuchando y dando su aprobación, pero no da ni un paso más. Se engaña a sí mismo, quizá, pensando que todo va bien en lo referente a su alma, porque tiene sentimientos, y convicciones y deseos de tipo espiritual. Y en esas cosas deposita su confianza. En realidad, nunca se separa del pecado, ni se aparta del espíritu del mundo; en realidad, nunca toma a Cristo para sí; en realidad, nunca carga con la cruz: es un oidor de la Verdad, pero nada más.

¿Y cuál será el fin de la religión de este hombre? Se vendrá abajo completamente con la primera riada de tribulación; le falla totalmente, como una fuente seca en verano, cuando es más necesaria. Deja a su propietario en la estacada, como una nave encallada en un banco de arena: un escándalo para la Iglesia, un refrán para el impío y una ruina para sí mismo. ¡Qué gran verdad es eso de que lo que cuesta poco vale poco! Una religión que no nos cueste nada, y que no consista más que en oír sermones, al final siempre demostrará ser una cosa inservible.

Así termina el Sermón del Monte. Nunca se había predicado un sermón semejante; es posible que nunca se haya vuelto a predicar un sermón semejante desde entonces. Asegurémonos de conservar en nuestras almas su influencia durante mucho tiempo. Es un sermón que se nos dirige a nosotros igual que a aquellos que lo escucharon por primera vez; nosotros somos quienes tendrán que rendir cuentas de sus profundas lecciones. Lo que opinemos de ellas no es un asunto trivial. La palabra que Jesús ha hablado “[nos] juzgará en el día postrero” (Juan 12:48).

Mateo 8:1–15

El capítulo 8 del Evangelio de S. Mateo está repleto de milagros de nuestro Señor: se recogen en él cinco de ellos nada menos. Lo cual es perfectamente apropiado. Era apropiado que al sermón más grande jamás predicado le siguieran inmediatamente pruebas irrefutables de que el predicador era el Hijo de Dios. Quienes oyeran el Sermón del Monte se verían obligados a admitir que, del mismo modo que "jamás hombre alguno había hablado como este hombre", tampoco había hecho hombre alguno obras semejantes.

Los versículos que acabamos de leer contienen tres grandes milagros: un leproso es sanado al tocarlo Jesús con la mano; un paralítico es restablecido por una palabra; a una mujer enferma y con fiebre se le devuelve su salud y sus fuerzas en un instante. En estos tres milagros podemos apreciar tres lecciones importantes. Examinémoslas y guardémoslas en nuestro corazón.

Aprendamos, por un lado, *lo grande que es el poder de nuestro Señor Jesucristo*. La lepra es la enfermedad más temible que puede padecer el cuerpo de un hombre. El que la tiene es como un muerto viviente; es un mal que los médicos consideran incurable (cf. 2 Reyes 5:7). Sin embargo, Jesús dice: "Sé limpio", y "al instante su lepra desapareció". Sanar a una persona de su parálisis sin esta verle siquiera, solamente diciendo una palabra, nuestras mentes no lo pueden ni aun concebir; pero Jesús da la orden, y sucede en el acto. Que se le pueda dar a una mujer postrada en cama con fiebre, no ya alivio, sino fuerzas para ponerse a trabajar inmediatamente, sobrepasa el conocimiento de todos los médicos del mundo; no obstante, Jesús se acercó a la suegra de Pedro y "tocó su mano", y ella "se levantó, y les servía". Estos son actos de uno que es todopoderoso. No se puede llegar a otra conclusión. Esto lo hizo "el dedo de Dios" (cf. Éxodo 8:19).

¡He aquí una amplia base para la fe de un cristiano! Se nos pide en el Evangelio que nos acerquemos a Jesús, que creamos en Jesús, que vivamos la vida de la fe en Jesús; se nos anima a apoyarnos en Él, a dejar todo lo que nos preocupe en sus manos, a depositar todo el peso de nuestras almas sobre Él. Podemos hacerlo sin miedo: Él puede soportarlo todo; Él es una roca fuerte; Él es todopoderoso. Llevaba razón el viejo santo que decía: "Mi fe no puede conciliar el sueño en ninguna almohada que no sea la omnipotencia de Cristo". Él puede dar vida a los muertos; puede dar vigor a los débiles; puede "multiplicar las fuerzas al que no tiene ningunas". Confiemos en Él y no temamos. El mundo está lleno de trampas, y nuestros corazones son débiles; pero para Jesús no hay nada imposible.

Aprendamos, por otro lado, *la misericordia y la compasión de nuestro Señor Jesucristo*. Las circunstancias de los tres casos que estamos considerando eran todas ellas diferentes. Nuestro Señor escuchó el lastimoso clamor del leproso: "Señor, si quieres, puedes limpiarme"; le hablaron del siervo del centurión, pero nunca lo vio; vio a la suegra de Pedro "postrada en cama, con fiebre", y no se nos dice que pronunciara ni una palabra; pero en todos estos casos el corazón del Señor Jesús era el mismo. En los tres casos no tardó en mostrar misericordia, y estaba preparado para sanarlos. Cada uno de los pobres enfermos recibió de Él una tierna compasión y un eficaz alivio.

¡He aquí otra fuerte base para nuestra fe! Nuestro gran Sumo

Sacerdote tiene abundancia de gracia; Él puede “compadecerse de nuestras debilidades”; nunca se cansa de hacernos bien. Sabe que somos un pueblo débil y endeble, en mitad de un mundo agotador y turbulento; está tan dispuesto a compartir nuestra carga y a ayudarnos como lo estaba hace 1800 años. Es tan cierto ahora como lo era entonces que “no desestima a nadie” (Job 36:5). Ningún corazón puede compadecerse tanto por nosotros como el corazón de Cristo.

Aprendamos, por último, *lo preciosa que es la virtud de la fe*. No sabemos mucho acerca del centurión descrito en estos versículos; su nombre, su lugar de procedencia, la historia de su vida pasada se han ocultado a nuestro conocimiento; pero sabemos una cosa, y es que este hombre creyó. “Señor —dice— no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente dí la palabra, y mi criado sanará”. Creyó, no lo olvidemos, cuando los escribas y los fariseos no creyeron; creyó aunque nació entre los gentiles, mientras que el pueblo de Israel estaba ciego; y nuestro Señor pronunció refiriéndose a él el elogio que ha sido leído en todo el mundo desde aquel entonces hasta ahora: “Ni aun en Israel he hallado tanta fe”.

Fijemos bien en nuestras mentes esta lección. Merece ser recordada. Creer en el poder de Cristo para socorrernos, y en su voluntad de hacerlo, y utilizar en la práctica esta creencia es un don escaso y muy valioso: si lo tenemos, estemos por ello eternamente agradecidos. Estar dispuestos a acudir a Jesús como pecadores impotentes y perdidos, y a encomendar nuestras almas en sus manos, es un gran privilegio: si tal disposición es nuestra, bendigamos a Dios eternamente, pues es un don que proviene de Él. Esta fe es mejor que todos los demás dones y conocimientos del mundo. Muchos pobres paganos convertidos, que solo saben que tienen la enfermedad del pecado y confían en Jesús, se sentarán en el Cielo, mientras que muchos sabios eruditos serán rechazados para siempre. ¡Ciertamente bienaventurados son los que creen!

¿Cuánto conocemos nosotros esta fe? Esa es la gran pregunta. Nuestra educación puede haber sido escasa, ¿pero creemos? Nuestras oportunidades de dar y trabajar para la causa de Cristo pueden ser pocas, ¿pero creemos? Puede que no seamos capaces de predicar, ni de escribir, ni de disputar en defensa del Evangelio, ¿pero creemos? ¡Ojalá que no tengamos descanso hasta que podamos responder a esta pregunta! A los hijos de este mundo la fe en Cristo les parece una cosa nimia y simple. No ven en ella nada grandioso ni especial. Pero la fe en Cristo es preciosísima a los ojos de Dios, y, como la mayoría de las cosas preciosas, es poco común. Por ella viven los verdaderos cristianos; por ella se mantienen en pie; por ella vencen al mundo. Sin esta fe, nadie podrá ser salvo.

Mateo 8:16–27

En la primera parte de estos versículos vemos un magnífico ejemplo de *la sabiduría de nuestro Señor en su forma de tratar a quienes*

profesaban estar dispuestos a ser sus discípulos. Este pasaje clarifica tanto un asunto frecuentemente malinterpretado en nuestros días, que merece una atención especial.

Un escriba se ofrece a seguir a nuestro Señor adondequiera que vaya. Era un ofrecimiento extraordinario si tenemos en cuenta la clase social a que pertenecía este hombre, y el momento en que se hizo. Pero el ofrecimiento recibe una respuesta extraordinaria. No es aceptado directamente, ni tampoco rechazado rotundamente. Nuestro Señor se limita a responder solemnemente que "las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza".

Otro seguidor de nuestro Señor se acerca a continuación y pide que se le permita "enterrar a su padre" antes de continuar en su camino como discípulo. La petición, a primera vista, parece natural y legítima. Pero produce en los labios de nuestro Señor una respuesta no menos solemne que la ya referida: "Sígueme; deja que los muertos entierren a sus muertos".

Hay algo muy impactante en estas dos frases. Deberían ser sopesadas con mucho cuidado por todos aquellos que profesan ser cristianos. Nos enseñan claramente que a las personas que manifiestan un deseo de acercarse a Cristo y hacerse discípulos suyos, habría que advertirles de forma clara y directa que "calculen el costo" antes de comenzar. ¿Están preparados para soportar la adversidad? ¿Están listos para cargar con la cruz? Si no es así, aún no son aptos para comenzar. Nos enseñan también claramente que hay veces en que un cristiano debe, literalmente, dejarlo todo por Cristo, y en que aun deberes como el de dar sepultura a un padre han de dejarse al cuidado de otros. Siempre habrá alguien que pueda ocuparse de tales deberes, los cuales en ningún momento se pueden comparar con el más importante deber de predicar el Evangelio y llevar a cabo la obra de Cristo en el mundo.

Bueno sería para las iglesias de Cristo que estas frases de nuestro Señor se recordasen más a menudo. Es de temer que con demasiada frecuencia los ministros del Evangelio pasan por alto la lección que contienen, y que se permite a miles participar de la Cena del Señor sin que se les haya advertido previamente en ningún momento sobre la necesidad de "calcular el costo". De hecho, nada ha causado tanto daño al cristianismo como la práctica de llenar las filas del ejército de Cristo de todo voluntario que esté dispuesto a hacer una pequeña profesión y a hablar con denuedo sobre su "experiencia". Ha habido un olvido lamentable del hecho de que las cifras no constituyen la fuerza, y que puede haber una gran cantidad de mera religiosidad externa aunque la gracia auténtica sea muy escasa. Recordemos esto. No nos dejemos en el tintero nada al hablar a quienes hace poco tiempo que han hecho una profesión de fe y a aquellos que buscan a Cristo; no los alistemos con pretextos falsos. Digámosles claramente que hay una corona de gloria al final, pero digámosles también, y no menos claramente, que hay una cruz que cargar diariamente por el camino.

En la segunda parte de estos versículos aprendemos que *la auténtica fe salvadora muchas veces va acompañada de gran debilidad y flaqueza*. Es una lección de humildad, pero al mismo tiempo una lección muy saludable.

Se nos dice que nuestro Señor y sus discípulos cruzan el mar de Galilea en una barca; se levanta una tempestad, y la barca corre

peligro de hundirse a causa de las olas que dan contra ella. Mientras tanto, nuestro Señor está dormido. Los discípulos, asustados, lo despiertan y le suplican su ayuda. Él atiende a su ruego, y calma las aguas con una palabra, de manera que se produce una “grande bonanza”. Al mismo tiempo, reprende suavemente la ansiedad de sus discípulos: “¿Por qué teméis, hombres de poca fe?”.

¡Qué imagen tan gráfica e instructiva tenemos aquí de los corazones de miles de creyentes! ¡Cuántos hay que tienen suficiente fe y amor como para dejarlo todo por Cristo y seguirle adondequiera que vaya y, sin embargo, se llenan de temores cuando les llega una prueba! ¡Cuántos hay que tienen suficiente gracia para acudir a Jesús en cualquier situación difícil, rogándole: “Señor, sálvanos” y, sin embargo, no parece suficiente para permanecer en su sitio y creer, cuando llega la hora tenebrosa, que todo está bajo control!

Asegurémonos de que la oración “Señor, auméntanos la fe” forme parte siempre de nuestras peticiones diarias. No conocemos, quizá, lo débil que es nuestra fe hasta que se nos mete en el horno de la prueba y la ansiedad. Bienaventurado y dichoso aquel que aprende en la práctica que su fe puede resistir el fuego, y que puede hacer suyas las palabras de Job: “Aunque él me matare, en él esperaré” (Job 13:15).

Tenemos muchos motivos para dar gracias a Dios, por cuanto Jesús, nuestro gran Sumo Sacerdote, es muy compasivo y bondadoso. Él conoce nuestra situación; Él tiene en cuenta nuestras debilidades. Él no rechaza a su pueblo porque tenga defectos; Él tiene compasión aun de aquellos a quienes reprende. La oración, aun la de “poca fe”, es escuchada, y obtiene una respuesta.

Mateo 8:28–34

El asunto que tratan estos siete versículos es profundo y misterioso. El acto de la expulsión de un demonio se describe aquí de forma especialmente detallada. Este es uno de esos pasajes que aclaran mucho un asunto enigmático y difícil.

Grabemos firmemente en nuestras mentes que *existe un ser que es el diablo*. Es una verdad terrible, y que se pasa por alto demasiado a menudo. Hay un espíritu invisible siempre cerca de nosotros, muy poderoso, y cuya ilimitada malicia, la cual dirige contra nuestras almas, llena todo su ser. Desde el principio de la creación ha estado procurando hacer daño a los hombres; hasta que el Señor venga por segunda vez y entonces lo sujete con una cadena, no dejará de tentar y de cometer maldades. Es evidente que en los días en que nuestro Señor estuvo en la Tierra, el diablo tenía un poder especial sobre los cuerpos de algunos hombre y mujeres, así como sobre sus almas. Aun en nuestros días es posible que haya más casos de posesión corporal de lo que algunos creen, aunque hay que reconocer que en mucha menor medida que cuando Cristo estuvo encarnado. Pero que el diablo está siempre cerca de nosotros, y siempre preparado para acosar a nuestros corazones con tentación, no debemos olvidarlo nunca.

Grabemos también firmemente en nuestras mentes, en segundo lugar, que *el poder del diablo es limitado*. Aunque es poderoso, hay uno que lo es aún más. Aunque pone todo su empeño en causar daño en el mundo, solo puede actuar cuando se le da permiso. Estos versículos nos enseñan que los espíritus malos saben que solo pueden rodear la Tierra y causar estragos en ella hasta que termina el tiempo que les ha concedido el Señor de señores. "¿Has venido para atormentarnos —le preguntan— antes de tiempo?". Aun en su petición misma se nos muestra que no podían ni siquiera herir a uno solo de los cerdos de los gadarenos sin que Jesús, el Hijo de Dios, se lo permitiera: "Permítenos —le dicen— ir a aquel hato de cerdos".

Grabemos, a continuación, en nuestras mentes que *nuestro Señor Jesucristo es el gran libertador del hombre del poder del diablo*. Él puede redimirnos, no solo "de toda iniquidad" y "del presente siglo malo", sino también del diablo. Hace mucho tiempo se profetizó que Él había de herir la cabeza de la serpiente. Comenzó a hacerlo cuando nació de la virgen María, alcanzando su triunfo cuando murió en la Cruz. Demostró su absoluto dominio sobre Satanás "sanando a todos los oprimidos por el diablo" mientras estuvo en la Tierra (Hechos 10:38). Nuestro gran remedio contra todos los asaltos del diablo es clamar al Señor Jesús, y pedirle su ayuda. Él puede romper las cadenas con que Satanás nos rodea, y dejarnos en libertad. Puede echar todo demonio que atormente nuestros corazones igual que lo hiciera antaño. Sería verdaderamente amargo saber que hay un diablo que está siempre cerca de nosotros y no saber que Cristo "puede también salvar perpetuamente, [...] viviendo siempre para interceder por [nosotros]" (Hebreos 7:25).

No dejemos este pasaje sin considerar *la lamentable mundanalidad de los gadarenos* entre quienes se hizo este milagro de expulsión de un demonio. Le rogaron al Señor Jesús "que se fuera de sus contornos"; no tenían en su corazón sino la pérdida de sus cerdos; no les importaba que dos hombres como ellos, dos almas inmortales, hubieran sido libradas de la opresión de Satanás; no les importaba que estuviera entre ellos uno que era mayor que el diablo, Jesús el Hijo de Dios. No les importaba nada, excepto que sus cerdos se habían ahogado y "había salido la esperanza de su ganancia" (Hechos 16:19). En su ignorancia, vieron en Jesús un obstáculo para sus beneficios, y lo único que deseaban era deshacerse de Él.

Como estos gadarenos hay muchos, demasiados. Hay miles de personas a las que no les preocupa lo más mínimo ni Cristo ni Satanás, mientras puedan ganar algo más de dinero y disfrutar un poco más de las cosas de este mundo. ¡Ojalá que se nos libre de tal actitud! ¡Ojalá podamos velar y orar siempre para guardarnos de ella! Es una actitud muy común: es terriblemente contagiosa. Recordemos cada mañana que tenemos almas que salvar, y que un día moriremos y después seremos juzgados. Guardémonos de amar al mundo más que a Cristo.

Mateo 9:1–13

Advirtamos, en la primera parte de este pasaje, *el conocimiento que tiene nuestro Señor de los pensamientos de los hombres*.

Hubo algunos de los escribas que criticaron las palabras que Jesús dirigió a un paralítico; se dijeron secretamente entre ellos: “Este blasfema”. Probablemente suponían que nadie sabía lo que pasaba por sus mentes; aún tenían que aprender que el Hijo de Dios podía leer los corazones y discernir las intenciones. Su mal pensamiento fue sacado a la luz; se les hizo pasar vergüenza públicamente. Jesús “conoció los pensamientos de ellos”.

Aquí hay una lección importante para nosotros. “Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13). A Cristo no se le puede ocultar nada. ¿En qué pensamos cuando estamos solos y nadie nos ve? ¿En qué pensamos cuando estamos en la iglesia con un gesto grave y serio? ¿En qué estamos pensando ahora mismo, mientras pasan bajo nuestros ojos estas palabras? Jesús lo sabe. Jesús lo ve. Jesús lo recuerda. Jesús nos llamará un día para que demos cuenta. Está escrito que “Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio” (Romanos 2:16). Sin duda, considerar estas cosas debiera producir en nosotros una gran humildad; tendríamos que dar gracias a Dios a diario porque la sangre de Cristo puede limpiarnos de todo pecado; tendríamos que clamar a menudo diciendo: “Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti” (Salmo 19:14).

Advirtamos, en segundo lugar, *el maravilloso llamamiento del apóstol Mateo a ser un discípulo de Cristo*.

Encontramos al hombre que más tarde habría de ser el primer autor de un Evangelio, sentado al banco de los tributos públicos; lo vemos ocupado en su tarea mundana, seguramente pensando solo en el dinero y la ganancia; pero de repente el Señor Jesús le llama, pidiéndole que le siga y sea su discípulo. Mateo obedece inmediatamente; “se apresura y no se retarda en cumplir el mandamiento” de Cristo (cf. Salmo 119:60). Se levanta, y le sigue.

De este llamamiento de Mateo deberíamos aprender que para Cristo no hay nada imposible. Él puede tomar a un recaudador de impuestos y convertirlo en un apóstol; Él puede cambiar cualquier corazón, y hacer nuevas todas las cosas. No demos por imposible la salvación de nadie. Sigamos orando, y hablando y trabajando por el bien de las almas, aun por las de los peores. “La voz del Señor es poderosa” (Salmo 29:4 LBLA). Cuando Él dice, por el poder del Espíritu: “Sígueme”, puede hacer que aun los más duros y más pecadores obedezcan.

Debemos fijarnos en la decisión de Mateo. No esperó a nada; no se demoró hasta tener otra oportunidad (cf. Hechos 24:25); y por ello segó una gran recompensa. Escribió un libro que es conocido en toda la Tierra; él mismo llegó a ser una bendición para otros, así como su propia alma fue bendita; dejó tras de sí un nombre que es más conocido que los de príncipes y reyes. El hombre más rico del mundo será olvidado muy pronto cuando muera, pero mientras dure este mundo habrá millones que conocerán el nombre de Mateo el publicano.

Advirtamos, en último lugar, *la valiosa declaración de nuestro Señor en cuanto a su misión*.

Los fariseos criticaron a nuestro Señor porque permitía que le acompañaran publicanos y pecadores. Se imaginaban, en la ceguera

de su orgullo, que un maestro enviado del Cielo no habría de mezclarse con semejante gente. Ignoraban por completo el gran propósito con que el Mesías había de venir al mundo: ser un Salvador, un médico, un sanador de almas enfermas de pecado; y produjeron en los labios de nuestro Señor una severa reprimenda, acompañada de las benditas palabras: “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento”.

Asegurémonos de entender bien la doctrina que contienen estas palabras. La primera cosa que hace falta para que se despierte un interés en Cristo es conocer nuestra corrupción, y estar dispuestos a acudir a Él para que nos libre de ella. No debemos mantenernos apartados de Cristo, como en su ignorancia hacen muchos, porque sintamos que somos malos, y perversos e indignos; debemos recordar que son pecadores los que vino a salvar, y que si sentimos que nosotros lo somos, es buena cosa. ¡Dichoso aquel que comprende de veras que un requisito primordial para acercarse a Cristo es un profunda sensación de pecado!

Finalmente, si por la gracia de Dios hemos entendido de veras la gloriosa verdad de que son pecadores lo que Cristo vino a llamar, tengamos cuidado de *no olvidarlo nunca*. Que ni se nos pase por la cabeza que los verdaderos cristianos puedan llegar a tal estado de perfección en este mundo que ya no necesiten la mediación y la intercesión de Jesús. Pecadores somos el día en que por primera vez acudimos a Cristo. Pobres y necesitados pecadores seguimos siendo mientras vivimos, obteniendo toda la gracia que tenemos, cada minuto, de la plenitud de Cristo. Pecadores seremos en la hora de nuestra muerte, y moriremos debiéndole tanto a la sangre de Cristo como el día en que creímos por primera vez.

Mateo 9:14–26

Fijémonos, en este pasaje, en el nombre tan misericordioso que el Señor Jesús utiliza para hablar de sí mismo. Se llama a sí mismo “*el esposo*”.

Lo que el esposo es para la mujer, el Señor Jesús lo es para las almas de todos los que creen en Él. Él los ama con un amor profundo y eterno; les concede que tengan una unión con Él; ellos son “uno con Cristo, y Cristo en ellos”. Él le paga a Dios todas sus deudas; provee para todas sus necesidades diarias; se compadece de ellos en todos sus problemas; les ayuda a sobrellevar todos sus achaques, y no los rechaza por unas cuantas debilidades. Los considera parte de sí mismo; quienes les persiguen y hacen daño lo persiguen a Él. La gloria que ha recibido de su Padre la compartirán un día con Él, y donde Él está, allí estarán ellos también. Tales son los privilegios de todos los verdaderos cristianos. Ellos son la esposa del Cordero (Apocalipsis 19:7). Tal es la parte que la fe hace que nos corresponda. Por ella, Dios une nuestras pobres almas pecadoras a un preciado Marido; y aquellos que Dios junta de este modo no serán separados jamás.

¡Bienaventurados en verdad los que creen!

Fijémonos, a continuación, en *el sabio principio que el Señor Jesús dispone respecto al trato de los discípulos más jóvenes en la fe*.

Hubo algunos que criticaron a los seguidores de nuestro Señor porque no ayunaban, como hacían los discípulos de Juan. Nuestro Señor defiende a sus discípulos con un argumento lleno de profunda sabiduría. Les muestra que no sería apropiado que ayunaran mientras Él, su Esposo, estuviera entre ellos; pero no se detiene ahí: les muestra acto seguido, por medio de dos parábolas, que a los principiantes en la escuela del cristianismo se les debe tratar con delicadeza. Se les tiene que enseñar según su capacidad; no se debe esperar de ellos que reciban todo de golpe. No tener en cuenta esta regla sería tan poco sabio como "echar vino nuevo en odres viejos" o "poner un remiendo de paño nuevo en un vestido viejo".

En este principio hay una mina de profunda sabiduría, que todos harían bien en recordar a la hora de impartir enseñanza espiritual a los que son jóvenes en experiencia. Hemos de tener cuidado de no dar demasiada importancia a aspectos secundarios de la religión; no debemos apresurarnos a requerir una minuciosa conformidad a una regla estricta en cuestiones poco importantes hasta que hayan aprendido bien los principios primordiales del arrepentimiento y de la fe. Tenemos una gran necesidad de orar pidiendo gracia y un sentido común cristiano que nos guíen en este sentido. El tacto en el trato con los discípulos más jóvenes es un don escaso, pero muy útil. Saber qué recalcar como absolutamente necesario desde el principio, y qué reservar como una lección a aprender cuando el alumno haya perfeccionado su conocimiento, es uno de los mayores talentos que puede alcanzar un maestro de almas.

Fijémonos, a continuación, en *el ánimo que nuestro Señor da aun a la fe más humilde*.

Leemos en este pasaje que una mujer gravemente afligida por una enfermedad se acercó por detrás a nuestro Señor entre la multitud y "tocó el borde" de su manto, con la esperanza de que al hacerlo sería sanada. No dijo ni una palabra para pedir ayuda, ni hizo ninguna confesión pública de su fe, pero confiaba en que si tan solo "tocaba su manto" su salud sería restablecida. Y así fue. Escondida en ese acto suyo había una semilla de preciosa fe, que obtuvo el elogio de nuestro Señor. Fue restablecida inmediatamente, y regresó a su casa teniendo paz. Utilizando las palabras de un buen escritor de los antiguos: "Vino temblando y volvió triunfando".

Guardemos esta historia en nuestras mentes; tal vez nos sea de mucha ayuda en algún momento de necesidad. Puede que nuestra fe sea débil; puede que nuestro valor sea escaso; puede que nuestro entendimiento del Evangelio y de sus promesas sea flojo y tembloroso, pero al fin y al cabo, la gran pregunta es: ¿Confiamos de veras solamente en Cristo? ¿Buscamos en Jesús, y solo en Jesús, nuestro perdón y nuestra paz? Si es así, estamos a salvo. Si bien nosotros no podemos tocar su manto, podemos tocar su corazón. Esta es la fe que salva el alma. Una fe débil nos proporciona un consuelo menor que una fe fuerte, pues nos llevará hasta el Cielo con mucho menos gozo que si tuviéramos una completa seguridad; pero una fe débil nos hace partícipes del amor de Cristo tanto como una fe fuerte. Quien solamente toque el borde del manto de Cristo no perecerá jamás.

Por último, fijémonos en este pasaje en *el infinito poder de nuestro*

Señor. Devuelve a la vida a una persona que estaba muerta.

¡Qué maravillosa debió de ser aquella escena! ¿Quién, que haya visto alguna vez un muerto, podrá olvidar la quietud, el silencio y el frío de un cuerpo del que ha salido el último aliento? ¿Quién puede olvidar la horrible sensación de que ha tenido lugar un gran cambio, y que un gran abismo ha sido puesto entre nosotros y el que ha partido? Pero he aquí que nuestro Señor entra en la habitación donde yace la muerta, y llama al espíritu de vuelta a su tabernáculo terrenal. El pulso vuelve a latir; los ojos vuelven a ver; el aliento vuelve a entrar y a salir del cuerpo. La hija del principal está viva de nuevo, y es devuelta a sus padres. ¡Esto fue ciertamente omnipotencia! Nadie podría haber hecho esto, salvo Aquel que en un principio creó al hombre y tiene toda potestad en el Cielo y en la Tierra.

Este es el tipo de verdad que nunca podremos conocer demasiado bien. Cuanto más claramente veamos el poder de Cristo, más cerca estaremos de alcanzar la paz del Evangelio. Puede que nuestra situación sea difícil; puede que nuestros corazones sean débiles; puede que nuestro caminar por este mundo sea duro; nuestra fe puede parecer demasiado pequeña para llevarnos al hogar celestial; pero cobremos fuerzas cuando pensemos en Jesús, y no nos desalentemos. Mayor es el que está por nosotros que todos los que están contra nosotros. Nuestro Salvador puede resucitar a los muertos: nuestro Salvador es todopoderoso.

Mateo 9:27–38

Hay cuatro lecciones en este pasaje que merecen ser analizadas detenidamente. Señalemos cada una de ellas por orden.

Señalemos, en primer lugar, que *a veces se puede encontrar una gran fe en Cristo donde menos se podría haber esperado*. ¿Quién hubiera imaginado que dos ciegos iban a llamar a nuestro Señor “Hijo de David”? No pudieron, por supuesto, ver los milagros que había hecho; solo podían conocerle por lo que la gente hablara. Pero los ojos de su entendimiento fueron iluminados, aunque los ojos de su cuerpo estuvieran en tinieblas; vieron la verdad que escribas y fariseos no podían ver; vieron que Jesús de Nazaret era el Mesías. Creyeron que Él podía sanarlos.

Un ejemplo como este nos enseña que no debemos perder la esperanza respecto a la salvación de alguien simplemente porque viva en una situación desfavorable para su alma. La gracia es más poderosa que las circunstancias; la vida de la religión no depende meramente de ventajas externas. El Espíritu Santo puede dar fe, y mantener la fe viva, sin necesidad de estudiar libros, ni de dinero, y con pocos medios de gracia. Sin el Espíritu Santo, un hombre puede conocer todos los misterios y vivir a la luz del Evangelio, y aun así estar perdido. En el día final veremos muchas escenas insólitas. Se descubrirá entonces que humildes granjeros creyeron en el Hijo de David, mientras que hombres ricos, llenos de erudición universitaria, demostrarán haber

vivido y haber muerto como los fariseos, en una endurecida incredulidad. Muchos que son últimos serán primeros, y muchos primeros, últimos (cf. Mateo 20:16).

Señalemos, en segundo lugar, que nuestro Señor Jesucristo *ha tenido mucha experiencia en cuanto a enfermedades y dolencias*. "Recorría todas las ciudades y aldeas" haciendo el bien; fue un testigo directo de todos los males de los que la carne es heredera; vio enfermedades de todo tipo, clase y descripción; estuvo en contacto con toda clase de sufrimiento corporal. Ningún caso fue tan repugnante que Él no lo atendiera; ninguno fue tan horrendo que Él no lo sanara. Él podía sanar "toda enfermedad y toda dolencia".

De este hecho podemos obtener mucho consuelo. Todos y cada uno de nosotros vivimos en un cuerpo endeble y frágil; nunca sabemos cuánto sufrimiento quizá tengamos que presenciar, sentados junto a las camas de aquellos que amamos, ya sean familiares o amigos; nunca sabemos qué dolor atroz quizá tengamos que sufrir nosotros mismos antes de caer postrados también y morir. Pero armémonos antes de que llegue la hora con el precioso pensamiento de que Jesús está especialmente capacitado para ser el amigo de los enfermos. El gran Sumo Sacerdote a quien debemos acudir por perdón y paz con Dios, está eminentemente cualificado para compadecerse de un cuerpo dolido, así como para sanar una conciencia enferma. Los ojos de Aquel que es Rey de reyes miraron muchas veces con compasión a los aquejados por la enfermedad. Al mundo le preocupan poco los enfermos, y suele guardar la distancia con ellos; pero al Señor Jesús le preocupan de forma especial, y es el primero en visitarlos y decir: "Estoy a la puerta y llamo". ¡Dichosos aquellos que escuchan su voz y abren la puerta! (Apocalipsis 3:20).

Señalemos, en tercer lugar, *la amorosa preocupación de nuestro Señor por las almas desatendidas*. "Al ver las multitudes" de gente cuando estuvo en este mundo, dispersas "como ovejas que no tienen pastor", sintió compasión. Las vio desatendidas por quienes en aquel tiempo tendrían que haber sido sus maestros. Las vio ignorantes, sin esperanza, indefensas, moribundas pero sin estar preparadas para morir. Aquella visión le hizo sentir una profunda lástima. Su amoroso corazón no podía ver una cosa semejante sin que le doliera.

Ahora bien, ¿cuáles son nuestros sentimientos cuando vemos una escena como esa? Esta es la pregunta que debería surgir en nuestras mentes. Se ven muchas personas así por todas partes. Hay millones de idólatras y paganos en la Tierra, millones de mahometanos engañados, millones de católicos romanos supersticiosos; hay miles de protestantes ignorantes e inconversos que viven en nuestras propias calles; ¿tenemos una amorosa preocupación por sus almas? ¿Sentimos una lástima profunda por su miseria espiritual? ¿Deseamos ver esa miseria aliviada? Estas son preguntas muy serias, y a las que se debe dar una respuesta. Es fácil burlarse de las misiones a los paganos, y de quienes trabajan en ellas; pero el hombre que no siente compasión por las almas de todos los inconversos no posee, sin duda, "la mente de Cristo" (1 Corintios 2:16).

Señalemos, por último, que *existe un solemne deber que atañe a todos los cristianos* que deseen el bien para la parte inconversa del mundo. Deben pedir en oración que más hombres sean llamados a trabajar para la conversión de almas. Parece que esta hubiera de ser una de nuestras oraciones diarias. "Rogad al Señor de la mies, que

envíe obreros a su mies".

Si tenemos la más mínima idea de lo que es la oración, grabemos en nuestra conciencia que no debemos olvidar nunca esta solemne orden de nuestro Señor. Fijemos bien en nuestras mentes que es una de las maneras más eficaces de hacer el bien y de detener el avance del mal. Trabajar personalmente por las almas es bueno; dar dinero es bueno; pero la oración es lo mejor de todo. Por la oración tenemos acceso a Aquel sin el cual tanto el trabajo como el dinero son en vano: obtenemos la ayuda del Espíritu Santo. El dinero puede pagar a obreros; las universidades pueden impartir conocimiento; los obispos pueden ordenar; las congregaciones pueden elegir; pero solo el Espíritu Santo puede hacer ministros del Evangelio, y llamar a trabajadores laicos para la siega espiritual, que no habrán de avergonzarse. ¡Nunca jamás olvidemos que si deseamos hacerle bien al mundo, nuestro primer deber es orar!

Mateo 10:1–15

Este es un capítulo de especial solemnidad. Aquí se encuentra el relato de la primera ordenación que tuvo lugar en la Iglesia de Cristo. El Señor Jesús escoge y envía a los doce apóstoles. Aquí se encuentra la descripción del primer encargo dado a un ministro cristiano recién ordenado. El Señor Jesús mismo da el encargo. ¡Nunca ha habido una ordenación tan importante! ¡Nunca ha habido un encargo tan solemne!

Hay tres lecciones que destacan claramente al considerar los primeros quince versículos de este capítulo. Veámoslas por orden.

Se nos enseña, en primer lugar, que *no todos los ministros son necesariamente hombres buenos*. Vemos aquí que nuestro Señor escoge a un tal Judas Iscariote para que sea uno de sus apóstoles. No podemos dudar que Aquel que conocía todos los corazones, no supiera bien cómo eran los hombres que escogió; no obstante, ¡incluye en la lista de sus apóstoles a uno que era un traidor!

Bueno será que tengamos en cuenta este hecho. Las órdenes ministeriales no conceden la gracia salvadora del Espíritu Santo; los hombres ordenados no son necesariamente hombres convertidos. No debemos considerarlos infalibles ni en doctrina ni en práctica; no debemos hacer de ellos papas ni ídolos, colocándolos así, insensatamente, en el lugar de Cristo. Debemos considerarlos "hombres de pasiones semejantes" a las nuestras, que pueden tener las mismas debilidades y que necesitan diariamente la misma gracia; no debemos pensar que sea imposible que tales hombres hagan cosas muy malas, ni creer que no les pueda afectar el orgullo, la codicia, ni el mundo. Hemos de poner a prueba su enseñanza mediante la Palabra de Dios, y seguirlos en todo aquello en lo que ellos mismos sigan a Cristo, pero nada más. Ante todo, debiéramos orar por ellos, para que no sean sucesores de Judas Iscariote, sino de Santiago y de Juan. ¡Ser un ministro del Evangelio es una gran responsabilidad! Los ministros necesitan muchas oraciones.

Se nos enseña, en segundo lugar, que *el principal trabajo de un ministro de Cristo es hacer el bien*. El ministro es enviado a buscar "ovejas perdidas", a anunciar buenas noticias, a aliviar a los que sufren, a combatir las penas y a fomentar el gozo. Se espera de él que su vida consista en "dar" más que en recibir.

Este es un requisito muy riguroso y muy especial. Se debe sopesar bien, y analizar cuidadosamente. Es evidente, por una parte, que la vida de un ministro de Cristo fiel no puede ser una vida cómoda. Tiene que estar dispuesto a invertir su cuerpo y su mente, su tiempo y sus fuerzas, en la obra a la que ha sido llamado; la pereza y la frivolidad son malas en cualquier trabajo, pero en ninguno son peores que en el de guardián de almas. Es evidente, por otra parte, que el puesto de un ministro de Cristo no es el que le asignan a veces personas ignorantes, y que por desgracia en ocasiones ellos mismos reclaman para sí. Más que para regir, se les ordena para servir; más que ejercer el control de la Iglesia, su papel es el de atender a sus necesidades y servir a sus miembros (2 Corintios 1:24). ¡Bueno sería para la causa de la verdadera religión que hubiera una mejor comprensión de estas cosas! La mitad de los males del cristianismo han derivado de nociones erróneas acerca del oficio del ministro.

Se nos enseña, en último lugar, que *es peligrosísimo descuidar los ofrecimientos del Evangelio*. En el día del Juicio será "más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma y de Gomorra" que para aquellos que han escuchado la verdad acerca de Cristo y no la han recibido.

Esta es una doctrina que se pasa por alto con aterradora frecuencia, y que merece ser considerada seriamente. Los hombres olvidan enseguida que no es necesario cometer abiertamente pecados graves para ocasionar la perdición eterna de un alma. Lo único que tienen que hacer es seguir oyendo sin creer, escuchando sin arrepentirse, yendo a la iglesia sin acudir a Cristo, y así se encontrarán muy pronto en el Infierno. Todos seremos juzgados según la luz que tengamos; tendremos que dar cuenta del uso que hayamos hecho de nuestros privilegios religiosos; oír el mensaje de la "gran salvación" y no obstante descuidarlo, es uno de los peores pecados que puede cometer el hombre (Juan 16:9; cf. Hebreos 2:3).

¿Qué estamos haciendo nosotros con el Evangelio? Esta es la pregunta que todo aquel que lee este pasaje debería hacerle a su conciencia. Supongamos que llevamos una vida decente y respetable, manejándonos en todos sus aspectos de forma correcta y moral, asistiendo regularmente a los medios de gracia; todo, en sí, muy correcto, ¿pero es esto todo lo que puede decirse de nosotros? ¿Estamos recibiendo de veras el amor a la Verdad? ¿Habita Cristo en nuestros corazones por la fe? Si no es así, estamos en un terrible peligro; nuestra culpa es mucho mayor que la de los hombres de Sodoma, los cuales nunca oyeron el Evangelio; puede que nos despertemos y descubramos que a pesar de nuestra regularidad, moralidad y corrección, hemos perdido nuestras almas para toda la eternidad. No nos salvará el haber vivido a la luz de muchos privilegios cristianos, ni el haber escuchado el Evangelio predicado fielmente todas las semanas: tiene que haber en nuestra experiencia una relación con Cristo; tiene que haber una recepción personal de su verdad; tiene que haber una unión vital con Él: debemos convertirnos en sus siervos y discípulos. Sin estas cosas, la predicación del Evangelio solo agranda nuestra responsabilidad, aumenta nuestra

culpa y, al final, nos hunde más profundamente en el Infierno. ¡“Dura es esta palabra”! Pero las palabras de la Escritura que hemos leído son claras e inequívocas. Y todas ellas son ciertas.

Mateo 10:16–23

Las verdades contenidas en estos versículos debieran meditarlas todos aquellos que procuran hacer el bien en el mundo. Al hombre egoísta, cuya única preocupación es su propia comodidad y bienestar, le puede parecer que no dicen gran cosa; al ministro del Evangelio, y a todo el que se afane por salvar almas, estos versículos deberían interesarles grandemente. No cabe duda de que hay mucho en ellos que corresponde de forma particular a los tiempos de los Apóstoles, pero también hay mucho que se puede aplicar a todas las épocas.

Vemos aquí, por un lado, que *quienes quieran trabajar al servicio de las almas deben ser comedidos en sus expectativas*. No deberían pensar que sus esfuerzos obtendrán un éxito universal; deben contar con el hecho de que encontrarán mucha oposición; deben tener en cuenta que serán “aborrecidos”, perseguidos y maltratados, y esto aun por sus familiares más cercanos. Muchas veces se sentirán como “ovejas en medio de lobos”.

Tengamos esto siempre presente. Ya sea que prediquemos, o que enseñemos, o que visitemos casas puerta por puerta, o bien que escribamos, o que demos consejo, o que hagamos cualquier otra cosa, un principio que debemos tener claro ha de ser no esperar más de lo que la Escritura y la experiencia justifican. La naturaleza humana es mucho más perversa y corrupta de lo que creemos; el poder del mal es mucho mayor de lo que suponemos. Es inútil imaginar que todo el mundo entenderá qué es lo que les conviene, y que creerán lo que les digamos; esto sería esperar algo que no sucederá, y no resultaría más que en decepción. ¡Dichoso el obrero de Cristo que sabe esto antes de empezar su trabajo, y no tiene que aprenderlo por amarga experiencia! Esta es la causa secreta por que muchos que una vez parecieron llenos de celo por hacer el bien, se han vuelto atrás. Comenzaron con expectativas demasiado grandes; no “calcularon el costo”; cayeron en el mismo error que aquel gran reformador alemán que confesó haber olvidado una vez que “el viejo Adán era demasiado fuerte para el joven Melanchton”.

Vemos aquí, por otro lado, que *quienes quieran hacer el bien necesitan pedir en oración sabiduría, sensatez y sentido común*. Nuestro Señor ordena a sus discípulos que sean “prudentes como serpientes, y sencillos como palomas”. Les dice que cuando sean perseguidos en una ciudad, podrán legítimamente “huir a otra”.

Pocas instrucciones de nuestro Señor son tan difíciles de utilizar correctamente como esta. Se nos señala una línea entre dos extremos, pero hace falta mucho buen juicio para definir esa línea. Evitar la persecución, manteniendo la boca cerrada y guardando nuestra fe en el más absoluto secreto, es uno de los extremos; no debemos

desviarnos en esa dirección. Buscar la persecución, arremetiendo con nuestra religión contra todo aquel que nos encontramos, sin tener en cuenta el lugar, el momento ni las circunstancias, es el otro extremo; en esta dirección también se nos advierte que no nos desviemos, ni más ni menos que en la otra. Ciertamente podemos decir: “Para estas cosas, ¿quién es suficiente?”. Necesitamos clamar “al único y sabio Dios” pidiéndole sabiduría.

El extremo en el que es más probable que caigan la mayoría de los hombres en este tiempo presente es el del silencio, la cobardía y “dejar a los demás en paz”. Lo que nosotros llamamos “prudencia” puede fácilmente degenerar en un comportamiento contemporizador o en una patente infidelidad. Tenemos demasiada predisposición a suponer que no servirá de nada intentar hacerles bien a ciertas personas; para no esforzarnos en beneficiar a sus almas, ponemos la excusa de que sería, por nuestra parte, indiscreto, o imprudente o que causaría una ofensa innecesaria, o que aun podría causar un auténtico daño. Velemos todos y guardémonos de esa forma de pensar; la pereza y el diablo suelen ser la explicación real que hay detrás de tal actitud. Ceder a ella es indudablemente agradable para nuestra carne y sangre, y nos ahorra muchos problemas; pero quienes ceden a ella desaprovechan muchas veces buenas oportunidades de ser de ayuda.

Por otro lado, no se puede negar que existe un celo justo y santo “no conforme a ciencia”. Verdaderamente es posible causar muchas ofensas innecesarias, cometer grandes errores y despertar mucha oposición, cosas todas ellas que podrían haberse evitado con un poco de prudencia, manejando las situaciones con sabiduría y utilizando el buen juicio; tengamos cuidado todos de no incurrir en culpa en este aspecto. Podemos estar seguros de que existe una sabiduría cristiana, la cual es muy distinta de la sutileza jesuítica y de la prudencia carnal; tal sabiduría es la que debemos buscar. Nuestro Señor Jesús no nos pide que nos deshagamos de nuestro sentido común cuando nos comprometemos a trabajar para Él. Cualquiera que sea lo que hagamos, siempre habrá quienes verán en nuestra religión algo que les supondrá una ofensa; no obstante, no la aumentemos sin causa. Esforcémonos por examinar con diligencia cómo andamos, “no como necios sino como sabios” (Efesios 5:15).

Es de temer que muchos que creen en el Señor Jesús no oran lo suficiente pidiendo el Espíritu de conocimiento, buen juicio y sensatez. Tienen tendencia a imaginar que, si han recibido gracia, ya tienen todo lo que necesitan; se les olvida que un corazón que ha recibido gracia debería pedir en oración ser lleno de sabiduría, así como del Espíritu Santo (Hechos 6:3). Recordemos esto todos. Una gran gracia y sentido común es probablemente una de las combinaciones que suceden con menos frecuencia; la vida de David y el ministerio del apóstol Pablo constituyen una prueba magnífica de que sí que pueden coexistir. Sin embargo, en esto como en cualquier otro aspecto, nuestro Señor Jesucristo es nuestro más perfecto ejemplo: nadie fue jamás tan fiel como Él, pero tampoco fue nadie jamás tan verdaderamente sabio. Hagámosle nuestro modelo, y caminemos en sus pasos.

Mateo 10:24–33

Trabajar para el bien de las almas en este mundo es muy duro. Todos los que lo intentan, descubren en su experiencia una cosa: que hace falta una gran cantidad de valor, fe, paciencia y perseverancia. Satanás luchará enérgicamente para conservar su reino; la naturaleza humana es tremendamente perversa: hacer daño resulta fácil; hacer el bien, difícil.

El Señor Jesús era bien consciente de esto cuando envió a sus discípulos a predicar el Evangelio por primera vez. Sabía lo que les esperaba, si bien ellos no lo sabían. Se aseguró de entregarles una lista de motivos de ánimo, con la que podrían alentarse cuando se sintieran desanimados. Los misioneros en países extranjeros que se sientan cansados, o los ministros en sus propios países que a veces crean que van a desmayar, así como los maestros de escuela descorazonados y los trabajadores sociales desanimados, harían bien en repasar a menudo los diez versículos que acabamos de leer. Fijémonos en lo que contienen.

Por un lado, quienes procuran el bien de las almas *no deben esperar que las cosas les vayan a ir mejor que a su gran Maestro*. “El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor”. El Señor Jesús fue calumniado y rechazado por aquellos cuyo bien Él vino a buscar. No hubo ningún error en su enseñanza; no hubo ningún defecto en su método de impartirla; sin embargo, muchos le odiaron y “le llamaron Beelzebú”. Fueron pocos los que creyeron en Él y prestaron atención a sus palabras. Sin duda, pues, no tenemos derecho a sorprendernos si nosotros, cuyos mejores esfuerzos están mezclados con mucha imperfección, recibimos el mismo trato que recibió Cristo. Si dejamos al mundo en paz, es probable que el mundo nos deje en paz; pero si tratamos de hacerle un bien espiritual, nos odiará como odió a nuestro Maestro.

Por otro lado, quienes procuran el bien de las almas *deben esperar con paciencia la llegada del día del Juicio*. “Nada hay encubierto, que no haya de ser manifestado; ni oculto, que no haya de saberse”. Deben aceptar que en este mundo presente serán malentendidos, criticados falsamente, vilipendiados, calumniados e insultados. No deben dejar de trabajar porque sus motivos sean malinterpretados, o porque sus personas mismas sean atacadas ferozmente. Deben recordar continuamente que todo será enmendado en el día final: entonces se revelarán los secretos de todos los corazones. “Exhibirá tu justicia como la luz, y tu derecho como el mediodía” (Salmo 37:6). La pureza de sus intenciones, la sabiduría de sus obras y la justicia de su causa serán al final manifestadas al mundo entero. Sigamos trabajando, con constancia y con calma; puede que los hombres no nos comprendan, y aun que se opongan a nosotros radicalmente, pero el día del Juicio se acerca, y al fin se nos justificará. El Señor, cuando venga otra vez, “aclarará [...] lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios” (1 Corintios 4:5).

Por otro lado, quienes procuran el bien de las almas *deben temer a Dios más que a los hombres*. El hombre puede herir el cuerpo, pero ahí termina necesariamente el alcance de su enemistad: no puede hacer nada más. Dios “puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno”. Si

continuamos en el camino del deber religioso, se nos amenazará con que vamos a perder nuestro carácter, o cosas materiales que poseamos, o aun todo lo que disfrutamos de la vida; no debemos prestar atención a tales amenazas, cuando tenemos claro el camino que hemos de recorrer. Como Daniel y los tres judíos, debemos someternos a cualquier cosa antes que desagradar a Dios y herir así nuestras conciencias. La ira del hombre puede ser difícil de soportar, pero la ira de Dios es mucho peor; el temor al hombre ciertamente "pone lazo", pero tenemos que dejar que lo aparte de nosotros el poder de un principio más importante, que es el temor a Dios. Bien decía el buen coronel Gardiner: "Yo temo a Dios y, por tanto, no hay nadie más a quien deba temer".

También, por otro lado, quienes procuran el bien de las almas *deben recordar siempre el cuidado providencial que Dios tiene de ellos*. No puede ocurrir nada en este mundo sin su permiso: en realidad, no existen ni la casualidad, ni los accidentes ni la suerte. "Aun sus cabellos están todos contados". El camino del deber quizá los conduzca a veces a un gran peligro; puede parecer que, si siguen adelante, peligrarán su salud y su vida. Que se consuelen pensando que todo lo que les rodea está en las manos de Dios. Sus cuerpos, sus almas, sus mentes, están todos ellos a su cuidado: no puede alcanzarles ninguna enfermedad, ni puede mano alguna hacerles daño, a menos que Él lo permita. A cada cosa temible que salga a su encuentro, podrán decirle con gran confianza: "Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba".

Por último, quienes procuran el bien de las almas *deberían recordar continuamente el día en que se encontrarán con su Señor y recibirán su recompensa final*. Si quieren que Él los reconozca como hermanos y los confiese delante del trono de su Padre, no deben avergonzarse de reconocerlo a Él y "confesarlo" delante de los hombres de este mundo. Hacerlo tal vez nos cueste caro. Puede que nos haga el objeto de risas, burlas, persecución y desprecio; pero no dejemos que estas cosas estorben nuestra entrada al Cielo: pensemos en el día grande y terrible en el que habrá que rendir cuentas, y no temamos mostrar a los hombres que amamos a Cristo y que queremos que ellos también le conozcan y amen.

Estos motivos de ánimo deben guardarlos como un tesoro todos aquellos que trabajan para la causa de Cristo, cualquiera que sea su parte en ella. El Señor conoce sus pruebas, y ha dicho estas cosas para su consuelo. Él ama a todos los creyentes que componen su pueblo, pero a ninguno tanto como a aquellos que trabajan para su causa e intentan hacer el bien. ¡Procuremos ser uno de ellos! Cada creyente puede hacer algo, si lo intenta. Siempre hay algo que hacer para todos. ¡Ojalá todos y cada uno de nosotros tengamos ojos para ver lo que es en nuestro caso, y voluntad para hacerlo!

Mateo 10:34–42

En estos versículos, la gran Cabeza de la Iglesia pone fin a su primer encargo para aquellos a quienes envía a anunciar su Evangelio. Declara tres grandes verdades, que forman una adecuada conclusión del discurso en su totalidad.

En primer lugar, nos ordena que recordemos que *su Evangelio no producirá paz y armonía por todo lugar donde se extienda*. "No he venido para traer paz, sino espada". El objeto de su primera venida a la Tierra no fue instaurar un reinado milenario en el que todos los hombres serían de un mismo sentir, sino traer el Evangelio, el cual había de causar disputas y divisiones. No tenemos derecho a sorprendernos si vemos esto cumpliéndose continuamente; no nos debe parecer extraño que el Evangelio destroce familias y cause separaciones aun entre los familiares más cercanos. Es seguro que lo hará en muchos casos, debido a la arraigada corrupción del corazón del hombre. Mientras haya un hombre que crea y otro que permanezca en su incredulidad, y mientras un hombre decida seguir en sus pecados y otro desee dejar los suyos, el resultado de la predicación del Evangelio será forzosamente una división. La culpa de esto no la tiene el Evangelio, sino el corazón humano.

En todo esto hay una verdad muy profunda que se suele olvidar y pasar por alto constantemente. Muchos hablan de forma imprecisa acerca de "unidad", "armonía" y "paz" en la Iglesia de Cristo, ¡como si fueran cosas que debiéramos esperar tener siempre, y por las cuales se debería sacrificar todo! Tales personas harían bien en recordar las palabras de nuestro Señor. No cabe duda de que la unidad y la paz son grandiosas bendiciones; deberíamos buscarlas, pedirlas en oración y dejarlo todo para obtenerlas, *exceptuando* la Verdad y una buena conciencia, pero es pura ilusión suponer que las Iglesias de Cristo vayan a disfrutar mucha unidad y paz antes de la llegada del milenio.

En segundo lugar, nuestro Señor nos dice que *los verdaderos cristianos deben hacerse a la idea de la presencia de problemas en este mundo*. Si somos ministros o si somos oyentes, si enseñamos o si somos enseñados, no supone mucha diferencia: debemos cargar "una cruz". Debemos estar dispuestos a perder aun la vida misma por Cristo. Debemos someternos a la pérdida del favor de los hombres, debemos soportar dificultades, debemos negarnos a nosotros mismos en muchas cosas, o no llegaremos al final al Cielo. Mientras el mundo, el diablo y nuestros propios corazones sigan siendo lo que son, esto tendrá que ser así.

Nos resultará muy útil recordar esta lección, así como convencer a otros de su importancia. Pocas cosas son tan dañinas en materia de religión como las expectativas exageradas. Las personas buscan un cierto grado de comodidad mundana en su servicio a Cristo, que no tienen derecho a esperar, y al no encontrar lo que buscaban son tentados a dejar la religión, indignados. Dichoso aquel que comprende bien que aunque el cristianismo ofrece al final una corona, también trae consigo una cruz para el camino.

En último lugar, nuestro Señor nos anima diciendo que *Dios observa y recompensa aun el acto más pequeño de servicio hecho para quienes trabajan en su obra*. Quien le dé a un creyente algo tan insignificante como "un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto [...] no perderá su recompensa".

Hay algo muy hermoso en esta promesa. Nos enseña que la mirada del gran Maestro está siempre sobre aquellos que trabajan para Él y

procuran hacer el bien. Es posible que parezca que trabajan día tras día sin que nadie se dé cuenta y sin que su trabajo sea apreciado; las obras de predicadores y misioneros, de maestros y de quienes visitan a los pobres, pueden parecer muy poca cosa e insignificantes comparadas con las actividades de reyes y parlamentos, de ejércitos y estadistas, pero no son insignificantes a los ojos de Dios. Él se fija en quién se opone a sus siervos y quién les ayuda; Él observa quién los trata con amabilidad, como Lidia hizo con Pablo, y quién pone obstáculos en su camino, como Diótrefes hizo con Juan (Hechos 16:15; 3 Juan 9). Toda su actividad diaria queda constatada, mientras ellos trabajan en su mies; todo queda escrito en el gran "libro de memoria" (Malaquías 3:16), y será sacado a la luz en el día final. El jefe de los coperos se olvidó de José cuando recuperó su puesto de trabajo, pero el Señor Jesús nunca se olvida de ninguno de los suyos. En la mañana de la resurrección, les dirá a muchos que no se lo esperan: "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber" (Mateo 25:35).

Hagámonos esta pregunta, al finalizar este capítulo: ¿Bajo qué luz miramos la obra de Cristo y la causa de Cristo en el mundo? ¿Somos sus colaboradores, o sus entorpecedores? ¿Ayudamos de algún modo a los "profetas" y "justos" del Señor? ¿Damos alguna ayuda a sus "pequeñitos"? ¿Estorbamos a sus obreros, o les animamos a seguir? Estas son preguntas serias. Quienes dan el "vaso de agua fría" siempre que tienen la oportunidad hacen bien y hacen algo sabio; quienes trabajan activamente en la viña del Señor hacen aún mejor. ¡Ojalá todos nos esforcemos por dejar el mundo mejor de lo que era cuando nacimos! Esto es tener la mente de Cristo. Esto es descubrir el valor de las lecciones que contiene este maravilloso capítulo.

Mateo 11:1–15

Lo primero que exige nuestra atención en este pasaje es *el mensaje que Juan el Bautista envía a nuestro Señor Jesucristo*. Juan "le envió dos de sus discípulos, para preguntarle: ¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?".

Esta pregunta no provino de una duda o de incredulidad por parte de Juan. No le hacemos justicia a aquel santo hombre si la interpretamos de ese modo. La pregunta fue hecha para el beneficio de sus discípulos; su propósito era darles la oportunidad de escuchar de la boca del mismísimo Cristo la prueba de su misión divina. Con toda seguridad, Juan el Bautista sentía que su ministerio había llegado a su fin; algo dentro de él le decía que nunca saldría de la prisión de Herodes, sino que iba a morir allí. Se acordó de los ignorantes celos que sus discípulos ya habían mostrado tener de los discípulos de Cristo. Optó por hacer lo que más probablemente disiparía esos celos para siempre: envió a sus seguidores a "oír y ver" por sí mismos.

La conducta de Juan el Bautista en este asunto es un magnífico ejemplo para ministros, maestros y padres, cuando se acercan al final

de sus caminos. Su principal preocupación debería corresponder a las almas de aquellos que van a dejar detrás de sí; su gran deseo debería ser persuadirlos a aferrarse a Cristo. La muerte de quienes nos han guiado e instruido en este mundo tendría que producir siempre ese efecto. Debería hacernos asir con más fuerza a Aquel que ya no muere, sino que "permanece para siempre" y "tiene un sacerdocio inmutable" (Hebreos 7:24).

La segunda cosa que exige nuestra atención en este pasaje es *el honroso testimonio que nuestro Señor da del carácter de Juan el Bautista*. Ningún hombre mortal recibió jamás un elogio semejante al que Jesús otorga aquí a su amigo encarcelado. "Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista". Tiempo atrás, Juan había confesado a Jesús con denuedo delante de los hombres como "el Cordero de Dios"; ahora, Jesús declara públicamente a Juan como uno que es "más que profeta".

Había algunos, sin duda, con una cierta disposición a subestimar a Juan el Bautista, en parte por ignorancia de la naturaleza de su ministerio, y en parte por haber malinterpretado la pregunta que había enviado a hacer. Nuestro Señor Jesús acalla a tales impertinentes con la declaración que hace aquí; les dice que no deben suponer que Juan fuera un hombre tímido, vacilante e inestable —"una caña sacudida por el viento"—; si eso es lo que creían, estaban totalmente equivocados: Juan era un audaz y resuelto testigo de la Verdad. Les dice que no deben suponer que Juan fuera, en el fondo, un hombre mundano, al que le gustara codearse con reyes y vivir en el lujo; si eso es lo que creían, estaban cometiendo un gran error: Juan era un abnegado predicador del arrepentimiento, que preferiría arriesgarse a provocar la ira de un rey antes que abstenerse de reprender sus pecados. En resumen, quería hacerles ver que Juan era "más que un profeta". Era alguien a quien Dios había dado un honor mayor que el de todos los profetas del Antiguo Testamento: ellos ciertamente profetizaron acerca de Cristo, pero murieron sin haberlo visto; Juan no solamente profetizó acerca de Él, sino que además lo vio cara a cara. Ellos anunciaron que habían de venir los días del Hijo del Hombre, y que el Mesías aparecería; Juan fue un testigo presencial de tales días, y un honrado instrumento en la preparación de los hombres para ellos. A los profetas del Antiguo Testamento les fue dado que predijeran que el Mesías sería "llevado al matadero" "como cordero" y que se le quitaría la vida (Isaías 53:7; cf. Daniel 9:26); a Juan le fue dado poder señalarle y decir: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29).

Hay algo muy hermoso y de mucho consuelo para los verdaderos cristianos en este testimonio que nuestro Señor da de Juan el Bautista. Nos muestra el amoroso interés que nuestra gran Cabeza siente por las vidas de todos sus miembros, y por ellos mismos; nos muestra el honor que está dispuesto a conceder a la obra y al esfuerzo que llevan a cabo para su causa. Es un dulce anticipo de la confesión que hará de ellos delante de la congregación de todo el mundo, cuando los presentará sin mancha ante el trono de su Padre en el día final.

¿Sabemos lo que es trabajar para Cristo? ¿Nos hemos sentido alguna vez desanimados y sin fuerzas, creyendo que no estamos logrando nada y que nadie se preocupa por nosotros? ¿Somos tentados alguna vez, cuando nos ha apartado de nuestra actividad habitual la enfermedad o la providencia, a pensar: "Por demás he trabajado, en

vano y sin provecho he consumido mis fuerzas”? Enfrentémonos a esos pensamientos recordando este pasaje. Recordemos que hay Uno que escribe cada día todo lo que hacemos para Él, y que ve más hermosura en la obra de sus siervos que ellos mismos. La misma boca que dio testimonio de Juan cuando estuvo en la cárcel, dará testimonio de todo su pueblo en el día final, diciendo: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25:34). Y entonces sus testigos fieles descubrirán, para su asombro y su sorpresa, que no hubo nunca ninguna palabra dicha por la causa de su Maestro que haya de quedar sin recompensa.

Mateo 11:16–24

Fue el estado en que se encontraba la nación judía cuando el Señor Jesús estuvo en la Tierra lo que hizo que pronunciara estas palabras. Pero también nos hablan a nosotros, con la misma fuerza con que hablaron a los judíos; revelan mucho acerca de varios aspectos de la naturaleza del hombre; nos enseñan el peligroso estado en que se encuentran muchas almas inmortales en nuestros días.

La primera parte de estos versículos nos enseña *la irracionalidad de muchos hombres inconversos en cuanto a la religión*. Los judíos, en la época de nuestro Señor, criticaron a todos los maestros que Dios les envió. Primero llegó Juan el Bautista, predicando el arrepentimiento: un hombre austero, que se apartaba de la sociedad y vivía como un asceta. ¿Satisfizo esto a los judíos? ¡No! Le criticaron, y dijeron: “Demonio tiene”. Entonces llegó Jesús el Hijo de Dios, predicando el Evangelio: vivía como el resto de los hombres, y no practicaba ninguna de las peculiares costumbres austeras de Juan el Bautista. ¿Y satisfizo esto a los judíos? ¡No! A Él también le criticaron, diciendo: “He aquí un hombre comilón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores”. En resumen, eran tan perversos y tan difíciles de agradar como niños rebeldes.

Es un hecho lamentable que haya siempre miles que profesan ser cristianos que son igual de irrazonables que aquellos judíos. Son igual de perversos, e igual de difíciles de agradar: cualquiera que sea lo que enseñemos y prediquemos, lo critican; cualquiera que sea nuestro modo de vida, no les satisface. ¿Les hablamos de la salvación por la gracia y la justificación por la fe? Inmediatamente arremeten contra nuestra doctrina, diciendo que es licenciosa y antinómica. ¿Les hablamos de la santidad que el Evangelio exige? Inmediatamente exclaman que somos demasiado estrictos y perfeccionistas, y que tenemos un aire de superioridad moral. ¿Somos gente alegre? Nos acusan de frivolidad. ¿Somos serios? Nos llaman sombríos y amargados. ¿Nos abstenemos de ir a fiestas, de hacer apuestas y de asistir a ciertas obras (*)? Dicen por ahí que somos unos puritanos, exclusivistas y estrechos de miras. ¿Comemos, bebemos y vestimos como los demás, y prestamos atención a los aspectos mundanos de nuestra vida y nos mezclamos con la sociedad? Insinúan con un tono

de desprecio que no ven ninguna diferencia entre nosotros y quienes no son religiosos en absoluto, y que no somos mejores que nadie. ¿Qué es todo esto, sino la repetición del comportamiento de los judíos? "Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no lamentasteis". ¡El que pronunció estas palabras conocía los corazones de los hombres!

La pura verdad es que los verdaderos creyentes no deben esperar que los inconversos vayan a estar satisfechos ni con su fe ni con sus actos. Si lo hacen, esperan algo que no sucederá. Tienen que hacerse a la idea de que escucharán objeciones, reparos y excusas, por muy santas que sean sus vidas. Bien dice Quesnel: "Cualesquiera que sean las medidas que tomen los hombres piadosos, nunca se librarán de las críticas del mundo. Lo mejor es no preocuparse por ellas". Al fin y al cabo, ¿qué dice la Escritura? "Los designios de la carne son enemistad contra Dios"; "El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios" (Romanos 8:7; 1 Corintios 2:14). Esto lo explica todo.

La segunda parte de estos versículos nos enseña *la perversión extrema que es no querer arrepentirse*. Nuestro Señor declara que "en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón" y para Sodoma que para aquellas ciudades donde la gente había oído sus sermones y visto sus milagros, pero no se habían arrepentido.

Hay algo muy solemne en esta declaración. Examinémosla bien; pensemos por un momento en lo tenebrosas, idólatras, inmorales y disolutas que debían de ser Tiro y Sidón; acordémonos de la indescriptible perversión de Sodoma; recordemos que las ciudades que menciona nuestro Señor (Corazín, Betsaida y Capernaum) probablemente no eran peores que cualquier otra ciudad judía, y en todo caso eran mucho mejores y más morales que Tiro, Sidón y Sodoma. Y entonces pensemos en que la gente de Corazín, de Betsaida y de Capernaum estarán en lo más profundo del Infierno, porque escucharon el Evangelio pero no se arrepintieron; porque tuvieron grandes ventajas religiosas y no las aprovecharon. ¡Qué terrible suena esto!

Sin duda, estas palabras deberían hacer que a todo aquel que escucha el Evangelio regularmente y no obstante permanece inconverso, le zumben los oídos. ¡Qué grande es la culpa de tal hombre delante de Dios! ¡Qué grave es el peligro que corre cada día que pasa! Por muy moral, decente y respetable que sea su vida, en realidad es más culpable que un idólatra de Tiro o de Sidón, o que un disipado habitante de Sodoma. Ellos no tenían ninguna luz espiritual; él sí que la tiene, pero no le presta atención. Ellos no escucharon el Evangelio; él sí que lo escucha, pero no lo obedece. Sus corazones quizá se habrían ablandado, si hubieran disfrutado de los privilegios que él tiene: Tiro y Sidón "se habrían arrepentido" y Sodoma "habría permanecido hasta el día de hoy"; el corazón de tal hombre permanece duro e impasible aun bajo el resplandor mismo del Evangelio. Solo hay una dolorosa conclusión que se pueda sacar: su culpa será declarada mayor que la de ellos en el día final. La observación de cierto obispo inglés es ciertísima: "De entre todos los agravantes de nuestros pecados, ninguno es tan nefasto como el oír frecuentemente cuál es nuestro deber".

¡Ojalá pensemos todos a menudo en Corazín, Betsaida y Capernaum! Grabemos en nuestras mentes que no sirve de nada contentarse simplemente escuchando y apreciando el Evangelio; debemos ir más lejos que eso: tenemos que "arrepentirnos y

convertirnos” (cf. Hechos 3:19). Tenemos que asirnos de Cristo y unirnos a Él; hasta que no lo hagamos, estaremos en un terrible peligro. Será más tolerable el castigo para quienes vivieran en Tiro, Sidón y Sodoma que para los que hayan escuchado el Evangelio en su propio país y al final mueran sin haberse convertido.

Mateo 11:25–30

Hay pocos pasajes en los cuatro Evangelios que sean más importantes que este. Pocos pasajes contienen tantas valiosas verdades en un espacio tan reducido. ¡Que Dios nos dé ojos para ver y corazones para apreciar su valor!

Aprendamos, en primer lugar, *la excelencia de tener una disposición como la de un niño, y humildad para recibir enseñanza*. Nuestro Señor le dice a su Padre: “Escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños”.

No nos corresponde a nosotros intentar explicar por qué algunos reciben y creen el Evangelio y otros no. La soberanía de Dios en este asunto es un misterio tan profundo que no podemos sondearlo. No obstante, hay algo que, en cualquier caso, destaca en la Escritura como una gran verdad práctica que se debe recordar perpetuamente: que aquellos a los que se les oculta el Evangelio son normalmente “los sabios en sus propios ojos, y los que son prudentes delante de sí mismos”, y a quienes se les revela el Evangelio son normalmente personas humildes, sencillas y dispuestas a aprender. Las palabras de la virgen María son una realidad que se cumple constantemente: “A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos” (Lucas 1:53).

Guardémonos del orgullo en cualquiera de sus formas: orgullo intelectual, orgullo por las riquezas, orgullo por la bondad que tenemos, orgullo por lo que creemos merecer. No hay nada que con mayor probabilidad vaya a ser lo que le cierre a un hombre la puerta del Cielo, y le impida ver a Cristo, que el orgullo; mientras pensemos que somos algo, no podremos ser salvos. Pidamos en oración humildad, y cultivémosla; procuremos conocernos bien a nosotros mismos y descubrir cuál es nuestra situación ante los ojos de un Dios santo. El principio del camino al Cielo es darse cuenta de que se está en el camino al Infierno, y estar dispuesto a ser enseñado por el Espíritu. Uno de los primeros pasos del cristianismo salvador es poder decir, como Saulo: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” (Hechos 9:6). Pocos dichos de nuestro Señor son tan populares como este: “El que se humilla será enaltecido” (Lucas 18:14).

Aprendamos, en segundo lugar, de estos versículos, *la grandeza y la majestad de nuestro Señor Jesucristo*.

El lenguaje que nuestro Señor utiliza al hablar de este asunto es profundo y maravilloso. Dice: “Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”. Leyendo estas palabras, en verdad podemos decir que “tal conocimiento es

demasiado maravilloso para mí; alto es, no lo puedo comprender” (Salmo 139:6). Vemos aquí algo de la unión perfecta que existe entre la primera y la segunda personas de la Trinidad; vemos algo de la inconmensurable superioridad del Señor Jesús sobre todos aquellos que no son más que hombres; pero aun así, después de considerar todo esto, debemos admitir que hay cosas muy elevadas y muy profundas en este versículo, fuera del alcance de nuestro débil entendimiento. Lo único que podemos hacer es admirarlas como haría un niño pequeño; debemos apreciar que la mitad de ellas sigue estando velada a nuestros ojos.

Saquemos de estas palabras, no obstante, la gran verdad práctica de que todo el poder sobre todas las cosas concernientes a las necesidades de nuestras almas, ha sido puesto en las manos de nuestro Señor Jesucristo. “Todas las cosas [le] fueron entregadas”. Él tiene las llaves: es a Él a quien debemos acudir para que se nos deje entrar en el Cielo. Él es la puerta: es por Él por donde hemos de entrar. Él es el Pastor: debemos oír su voz y seguirle si no queremos perecer en el desierto. Él es el Médico: a Él debemos pedir ayuda para ser sanados de la enfermedad del pecado. Él es el pan de vida: debemos alimentarnos de Él para saciar nuestras almas. Él es la luz: debemos caminar en sus pasos si no queremos perdernos en la oscuridad. Él es la fuente: debemos lavarnos en su sangre si queremos estar limpios y preparados para el gran día en que habrá que rendir cuentas. ¡Benditas y gloriosas son estas verdades! Si tenemos a Cristo, tenemos todas las cosas (1 Corintios 3:22).

Aprendamos, por último, de este pasaje, *el alcance y la plenitud de las invitaciones del Evangelio de Cristo*.

Los últimos tres versículos del capítulo, en los que se recoge esta lección, son realmente preciosos. Al tembloroso pecador que pregunta: “¿Revelará Cristo el amor de su Padre a alguien como yo?”, le dan un ánimo rebosante de gracia. Son versículos que merecen leerse con especial atención. Durante 1800 años han sido una bendición para el mundo, y le han hecho bien a un sinnúmero de almas. No hay en ellos ni una frase que no contenga una mina de pensamientos.

Debemos fijarnos bien en quiénes son los que Jesús invita. No se dirige a aquellos que se creen justos y dignos; se dirige a “todos los que están trabajados y cargados”. Es una descripción muy amplia: abarca a multitudes de personas en este trabajoso mundo. Todos los que sienten una carga en sus corazones, de la que desean librarse, ya sea una carga de pecado o una carga de tristeza, una carga de ansiedad o una carga de remordimiento, todos ellos, quienesquiera que sean y cualquiera que haya sido su vida anterior, son los que reciben la invitación a venir a Cristo.

Debemos fijarnos bien en la gran gracia del ofrecimiento que hace Jesús: “Yo os haré descansar [...] Hallaréis descanso para vuestras almas”. ¡Cuánto animo y consuelo dan estas palabras! La inquietud es una de las principales características del mundo: las prisas, los disgustos, el fracaso, las decepciones nos acosan por todos lados. Pero aquí se nos presenta una esperanza; hay un arca en la que quienes están cansados pueden refugiarse, tan real como la que hubo para la paloma de Noé. Hay descanso en Cristo, descanso para nuestra conciencia y descanso para nuestro corazón, descanso cuya base es el perdón de todo pecado, descanso que fluye de la paz con Dios.

Debemos fijarnos bien en lo sencillo que es lo que Jesús pide a

quienes están trabajados y cargados. “Venid a mí […] Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí”. No interpone ninguna condición difícil; no dice nada sobre una obra que tenga que hacerse antes, ni sobre una necesidad de establecer si se es merecedor o no de su dádiva; lo único que nos pide es que vayamos a Él tal y como somos, con todos nuestros pecados, y que nos sometamos como niños pequeños a su enseñanza. “No vayáis —parece decirnos— al hombre en busca de alivio. No esperéis a que aparezca un medio de ayuda en algún otro lugar. Tal y como sois en este mismo día, venid a mí”.

Debemos fijarnos bien en lo alentadora que es la descripción que Jesús da de sí mismo. Dice: “Soy manso y humilde de corazón”. La certeza de tal afirmación la han corroborado a menudo las experiencias de todos los santos de Dios. María y Marta en Betania, Pedro después de su caída, los discípulos después de la resurrección, Tomás después de manifestar su fría incredulidad; todos ellos gustaron “la mansedumbre y ternura de Cristo”. Este es el único lugar de la Escritura donde se menciona el “corazón” de Cristo. Es una frase que nunca deberíamos olvidar.

Debemos fijarnos bien, en último lugar, en la alentadora descripción que Jesús da de su servicio. Dice: “Mi yugo es fácil, y ligera mi carga”. Sin duda hay una cruz que cargar si seguimos a Cristo; sin duda hay pruebas que soportar y batallas que luchar; pero los beneficios del Evangelio compensan de sobra esa cruz. Comparado con el servicio del mundo y del pecado, comparado con el yugo de las ceremonias judías y la esclavitud de la superstición humana, el servicio de Cristo es, en el más elevado de los sentidos, fácil y ligero. Su yugo no es una carga mayor que lo que son las plumas para un ave; sus mandamientos no son gravosos; sus caminos son caminos deleitosos, y todas sus veredas paz (1 Juan 5:3; Proverbios 3:17).

Ahora nos toca hacernos las solemnes preguntas: “¿Hemos aceptado esta invitación para nosotros mismos? ¿No tenemos pecados que han de ser perdonados, dolores que han de ser eliminados, una conciencia herida que ha de ser sanada?”. Escuchemos la voz de Cristo: Él nos habla a nosotros igual que habló a los judíos. Dice: “Venid a mí”. Aquí está la clave de la auténtica felicidad; aquí está el secreto para quitarle peso a nuestro corazón. Todo se apoya y tiene su eje en la aceptación de este ofrecimiento que nos hace Cristo.

No nos sintamos satisfechos hasta que sepamos y sintamos que hemos venido a Cristo, por fe, a por nuestro descanso, y que seguimos haciéndolo cada día en busca de nuevos suministros de gracia. Si ya hemos venido a Él, aprendamos a acercarnos a Él cada vez más. Si aún no hemos venido a Él, comencemos a hacerlo en este mismo día. Su promesa nunca podrá ser quebrantada: “Al que a mí viene, no le echo fuera” (Juan 6:37).

Mateo 12:1–13

El tema más importante que destaca de manera particular en este

pasaje de la Escritura es el día de reposo. Es un tema acerca del cual prevalecían opiniones extrañas entre los judíos en tiempos de nuestro Señor. Los fariseos habían añadido cosas a la enseñanza de la Escritura al respecto, situando por encima de la verdadera naturaleza de dicho día las tradiciones de los hombres. Es un tema acerca del cual las iglesias de Cristo han tenido frecuentemente diversas opiniones, y existen grandes diferencias entre los hombres en nuestros días. Veamos qué podemos aprender sobre él, a partir de la enseñanza de nuestro Señor recogida en estos versículos.

Aprendamos, en primer lugar, de este pasaje que *nuestro Señor Jesucristo no anula la regla del día de reposo semanal*. No la anula ni aquí ni en ninguna otra parte de los cuatro Evangelios. Hallamos que en varias ocasiones expresó su opinión en cuanto a los errores de los judíos en el tema del día de reposo, pero no hallamos ni una palabra que nos indique que sus discípulos no tuvieran que guardar el día de reposo.

Es muy importante que nos fijemos en esto. No son pocos, ni pequeños, los errores que ha causado la consideración superficial de las instrucciones de nuestro Señor acerca de la cuestión del día de reposo; miles se han precipitado a concluir que a los cristianos no les afecta para nada el cuarto mandamiento, y que no se nos puede aplicar ni más ni menos que, por ejemplo, la Ley de Moisés respecto a los sacrificios. Pero no hay nada en el Nuevo Testamento que justifique semejante conclusión.

La pura verdad es que nuestro Señor no abolió la ley del día de reposo semanal; lo único que hizo fue liberarla de interpretaciones incorrectas, y purificarla de las añadiduras de los hombres. No arrancó del Decálogo el cuarto mandamiento; lo único que hizo fue despegar las miserables tradiciones que los fariseos habían incrustado en el día de reposo, con las que lo habían convertido, en vez de en una bendición, en una carga. Dejó el cuarto mandamiento en el mismo lugar donde lo encontró: como parte de la Ley eterna de Dios, de la que no habría de pasar jamás ni una jota ni una tilde. ¡Que no se nos olvide esto nunca!

Aprendamos, en segundo lugar, de este pasaje, que *nuestro Señor Jesucristo autoriza que se haga en el día de reposo toda obra que sea de auténtica necesidad o de misericordia*.

Este principio lo deja tremendamente claro el pasaje de la Escritura que estamos considerando. Vemos en él que nuestro Señor justifica que sus discípulos arrancaran espigas de trigo en un día de reposo; era un acto permitido por la Escritura (Deuteronomio 23:25). Tenían “hambre” y no tenían comida, así que no se les podía culpar. Vemos aquí que nuestro Señor defiende la legitimidad de sanar a un hombre enfermo en el día de reposo. El hombre padecía una enfermedad y tenía dolores; en tales circunstancias, concederle alivio no era desobedecer el mandamiento de Dios. Nunca debemos descansar de hacer el bien.

Los argumentos con los que nuestro Señor defiende la legitimidad de toda obra de necesidad y de misericordia en el día de reposo son impresionantes e irrebatibles. Les recuerda a los fariseos, que le acusan a Él y a sus discípulos de quebrantar la Ley, cómo David y sus hombres, a falta de otro alimento, comieron los panes de la proposición que había en el Tabernáculo. Les recuerda cómo a los sacerdotes del Templo se les obliga a trabajar en el día de reposo,

matando animales y ofreciendo sacrificios. Les recuerda cómo cualquiera de ellos ayudaría aun a una oveja a salir de un hoyo en el día de reposo, antes que dejarla sufrir y morir. Ante todo, establece el gran principio de que ningún mandato de Dios debe forzarse en su cumplimiento de una forma tan estricta que nos haga descuidar lo que son claramente deberes de la caridad. “Misericordia quiero, y no sacrificio”. No se debe interpretar la primera tabla de la Ley de tal manera que nos haga desobedecer la segunda; no se debe explicar el cuarto mandamiento de tal manera que nos haga crueles e inmisericordes para con nuestro prójimo. Hay una profunda sabiduría en todo esto. Nos recuerda lo que se dijo una vez: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!”.

Antes de dejar este tema, tengamos cuidado de no ser nunca tentados a subestimar la santidad del día de reposo cristiano. Guardémonos de no convertir la enseñanza de nuestro misericordioso Señor en una excusa para profanar el día de reposo. No abusemos de la libertad que Él nos ha delimitado tan claramente, pretendiendo que hacemos ciertas cosas en el día de reposo “por necesidad” o “como acto de misericordia” que en realidad hacemos para nuestra propia satisfacción egoísta.

Hay muchos motivos por los que hacer esta advertencia a la gente. Los errores de los fariseos en lo referente al día de reposo iban en una dirección; los errores de los cristianos van en otra. El fariseo pretendía hacer mayor la santidad del día; el cristiano tiende, con demasiada frecuencia, a quitarle peso a esa santidad y a guardar el día de forma perezosa, profana e irreverente. ¡Ojalá que todos vigilemos bien nuestra propia conducta en este asunto! El cristianismo salvador va muy unido a la observancia del día de reposo. ¡Que no se nos olvide nunca que nuestro gran objetivo ha de ser *santificar* el día de reposo! (cf. Éxodo 20:8). Pueden hacerse obras que sean necesarias; “es lícito hacer el bien” y mostrar misericordia; pero entregar el día de reposo a la pereza, o a la búsqueda del propio placer, o al mundo, va totalmente contra la Ley. Es contrario al ejemplo de Cristo, y un pecado contra un claro mandamiento de Dios.

Mateo 12:14–21

Lo primero que demanda nuestra atención en este pasaje es *la tremenda perversión del corazón humano*, de la cual nos da un ejemplo. Acallados y derrotados por los argumentos de nuestro Señor, los fariseos se hundieron aún más profundamente en el pecado. “Salieron, y tuvieron consejo contra Jesús para destruirle”.

¿Qué mal había hecho nuestro Señor para que lo trataran así? Ninguno; ninguno en absoluto. No se podía presentar ninguna acusación contra su vida: era santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores (cf. Hebreos 7:26); pasaba sus días haciendo el bien. No se podía presentar ninguna acusación contra su enseñanza: había demostrado que concordaba con la Escritura y con la razón, y nadie

había podido refutar sus pruebas. Pero poco importaba lo perfecta que fuera su vida o su enseñanza: le odiaban.

La naturaleza humana se muestra aquí tal y como es. El corazón inconverso odia a Dios, y revelará su odio cada vez que le venga en gana y tenga la oportunidad; perseguirá a los testigos de Dios; repudiará a todo aquel que tenga algo de la mente de Dios y haya sido renovado conforme a su imagen. ¿Por qué fueron asesinados tantos profetas? ¿Por qué asociaron los judíos los nombres de los Apóstoles con algo despreciable? ¿Por qué mataron a los primeros mártires? ¿Por qué fueron quemados en la hoguera Juan Huss, Jerónimo de Praga, Ridley y Latimer? No por un pecado que hubieran cometido, ni por ninguna mala acción que hubieran hecho. Todos ellos sufrieron por ser hombres piadosos. Y la naturaleza humana inconversa odia a los hombres piadosos, porque odia a Dios.

A los verdaderos cristianos no debe sorprenderles recibir el mismo trato que el Señor Jesús. “No os extrañéis si el mundo os aborrece” (1 Juan 3:13). Ni la más absoluta coherencia en sus vidas, ni la más fiel comunión con Dios, los librará de la enemistad del hombre natural. No deben torturar sus conciencias imaginando que si su comportamiento fuera más intachable, o su vida más coherente, seguro que todo el mundo los amaría; se equivocan por completo. Tendrían que recordar que no ha habido nunca más que un hombre perfecto sobre la Tierra, y que no fue amado, sino odiado. No son las debilidades de un creyente lo que el mundo desprecia, sino su piedad; no es el residuo de la vieja naturaleza lo que causa la enemistad del mundo, sino la exhibición de la nueva. Recordemos estas cosas y seamos pacientes. El mundo odió a Cristo, y el mundo odiará a los cristianos.

La segunda cosa que demanda nuestra atención en este pasaje es *la alentadora descripción del carácter de nuestro Señor Jesucristo*, que S. Mateo toma de la profecía de Isaías. “La caña cascada no quebrará, y el pábilo que humea no apagará”.

¿Qué hemos de suponer que son la caña cascada y el pábilo que humea (*)? El lenguaje que utiliza el profeta es, sin duda, figurado. ¿Qué es lo que significan esas dos expresiones? La explicación más sencilla parece ser que el Espíritu Santo está describiendo aquí a personas cuya gracia es, en este momento, débil, cuyo arrepentimiento es flojo y cuya fe es escasa. Con tales personas, el Señor Jesucristo se mostrará muy amoroso y compasivo. Aunque la caña esté cascada, no se romperá; aunque la chispa de fuego en el pábilo humeante pueda ser pequeña, no será apagada. Es una verdad de eterna vigencia en el Reino de la gracia, que una gracia débil, una fe débil y un arrepentimiento débil, son todos ellos preciosos a los ojos de nuestro Señor. Aunque Él es grande, “no desestima a nadie” (Job 36:5).

La doctrina que se expone aquí está llena de aliento y de consuelo. Hay miles de personas, en todas las iglesias de Cristo, a quienes esta doctrina debería infundirles paz y esperanza. En toda congregación que se reúne para escuchar el Evangelio hay algunos que en cualquier momento podrían perder la esperanza de su propia salvación, porque les parece que sus fuerzas son muy escasas; están temerosos y abatidos, porque les parece que su conocimiento, y su fe, y su esperanza y su amor, son muy pequeños, hasta diminutos. Que beban del consuelo de este texto; que sepan que una fe débil le da a un hombre una parte del amor de Cristo tan real y tan sólida como la que

da una fe fuerte, si bien es posible que no le dé el mismo gozo. En un bebé hay vida igual que en un hombre adulto; en una chispa hay fuego igual que en una llama ardiente. Aun el menor grado posible de la gracia es una posesión para la eternidad. Proviene del Cielo; es precioso a los ojos de nuestro Señor; nunca podrá ser destruido.

¿Tiene Satanás en poco los comienzos de un arrepentimiento ante Dios, y de una fe en nuestro Señor Jesucristo? No, ¡ni mucho menos! Le causan una gran ira, porque se da cuenta de que no le queda mucho tiempo. ¿Creen los ángeles de Dios algo trivial los primeros indicios de contrición y de temor a Dios por medio de Cristo? No; ¡al contrario, "hay gozo" entre ellos cuando presencian tal cosa! ¿Se interesa el Señor Jesús por la fe y el arrepentimiento solamente cuando son grandes y fuertes? No, ¡claro que no! En cuanto esa "caña cascada" que era Saulo de Tarso comienza a clamar al Señor, le envía a Ananías, diciendo: "He aquí, él ora" (Hechos 9:11). Cometeremos una gran equivocación si no estimulamos los primeros pasos de un alma hacia Cristo. Que el mundo ignorante se mofe y se burle, si quiere; podemos estar seguros de que las "cañas cascadas" y los "pábilos que humean" son preciosísimos a los ojos de nuestro Señor.

¡Ojalá todos guardemos estas cosas en el corazón, y las utilicemos en momentos de necesidad, tanto nuestra como de otros! Tendría que ser eternamente uno de los lemas de nuestra religión que una chispa es mejor que una total oscuridad, y una fe pequeña mejor que ninguna. "¿Quién ha menospreciado el día de las pequeñeces?" (Zacarías 4:10 LBLA). Cristo no lo ha menospreciado. Tampoco deberían hacerlo los cristianos.

Mateo 12:22–37

Este pasaje de la Escritura contiene "cosas difíciles de entender". El pecado contra el Espíritu Santo, en particular, no ha sido nunca explicado en profundidad por los hombres piadosos más eruditos. No es difícil enseñar, a partir de la Escritura, lo que no es, pero es difícil enseñar claramente lo que es. Esto no debe sorprendernos. La Biblia no sería el Libro de Dios si no se encontraran en él puntos muy profundos de vez en cuando, para los que el hombre no tiene instrumentos con que sondearlos. Pero demos gracias a Dios por cuanto hay lecciones de sabiduría que recoger de todo pasaje, y aun de este, que hasta los iletrados pueden comprender fácilmente.

Aprendamos de estos versículos, en primer lugar, que *ninguna blasfemia contra la religión es demasiado grande para los hombres endurecidos por el pecado y llenos de prejuicios*. Nuestro Señor echa fuera un demonio, e inmediatamente los fariseos afirman que lo hace "por el príncipe de los demonios".

Esta era una acusación absurda. Nuestro Señor muestra que no era razonable suponer que el diablo fuera a ayudar a derribar su propio reino, y "Satanás [echara] fuera a Satanás". Pero no hay nada demasiado absurdo ni irracional que puedan decir los hombres cuando

adoptan una postura de oposición radical a la religión. Los fariseos no son los únicos que han perdido su lógica, su sentido común y sus "estribos", al atacar al Evangelio de Cristo.

Por extraña que pueda parecer esta acusación, lo cierto es que ha sido muy utilizada contra los siervos de Dios. Sus enemigos se han visto obligados a admitir que están llevando a cabo una obra y que están teniendo una influencia en el mundo. Los resultados de la empresa cristiana están delante mismo de ellos: no pueden negarlos. ¿Qué van a decir, pues? Dicen lo mismo que dijeron los fariseos de nuestro Señor: "Es por el diablo". Los primeros herejes utilizaron un lenguaje parecido acerca de Atanasio; los católicos romanos hicieron circular rumores del mismo tipo sobre Martín Lutero. Comentarios así se seguirán haciendo mientras dure el mundo.

No debe sorprendernos nunca el oír acusaciones terribles presentadas aun contra los mejores hombres, sin causa. "Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?" Es una vieja estratagema. Cuando no se puede contestar a los argumentos del cristiano, ni se pueden negar sus obras, el último recurso de los malos es intentar manchar la reputación del cristiano. Si tal es nuestro caso, sobrellevémoslo con paciencia; teniendo a Cristo y una buena conciencia, podemos estar contentos; las acusaciones falsas no nos impedirán la entrada al Cielo. Nuestra afrenta será borrada en el día final.

En segundo lugar, aprendamos de estos versículos *la imposibilidad de la neutralidad en la religión*. El que no es con Cristo, contra Él es; y el que con Cristo no recoge, desparrama.

En todas las épocas de la Iglesia hay muchas personas que necesitan que se les repita esta lección. Se esfuerzan por mantener, en materia de religión, un rumbo centrado: no son tan malos como muchos otros pecadores, pero tampoco son santos aún. Perciben la verdad del Evangelio de Cristo cuando se presenta ante ellos, pero les da miedo confesar lo que sienten. Como tienen esos sentimientos, se hacen la ilusión de que no son tan malos como otros; no obstante, se echan atrás a la hora de adoptar la regla de fe y de práctica que el Señor Jesús ha establecido. No están luchando valientemente en el bando de Cristo, pero tampoco están en su contra abiertamente. Nuestro Señor advierte a tales personas que se encuentran en una situación peligrosa. Solo hay dos bandos en el asunto de la religión; solo hay dos campamentos; solo hay dos lados. ¿Estamos con Cristo y trabajando por su causa? Si no es así, estamos contra Él. ¿Estamos haciendo el bien en el mundo? Si no es así, lo que estamos haciendo es daño.

El principio que aquí se establece nos incumbe a todos recordarlo bien. Grabemos en nuestras mentes que nunca tendremos paz ni haremos bien a los demás a menos que estemos convencidos y decididos en cuanto a nuestro cristianismo. La actitud de Gamaliel no le ha proporcionado felicidad ni le ha sido de utilidad a nadie hasta la fecha, ni lo hará jamás.

En tercer lugar, aprendamos de estos versículos *la inmensa pecaminosidad de los pecados contra el conocimiento*.

Esta es una conclusión práctica que parece seguirse de forma natural de las palabras de nuestro Señor acerca de la blasfemia contra el Espíritu Santo. Aunque dichas palabras son indudablemente difíciles, parece justo deducir de ellas que existen varios grados de pecado. Las

ofensas debidas al desconocimiento de la verdadera misión del Hijo del Hombre no serán castigadas tan severamente como las que se cometan bajo el esplendor de la luz de los designios del Espíritu Santo. Cuanto más brillante sea la luz, mayor será la culpa del que la rechaza; cuanto más claro sea el conocimiento que un hombre tenga de la naturaleza del Evangelio, mayor será su pecado si voluntariamente se niega a arrepentirse y creer.

La doctrina que aquí se enseña no está sola en la Escritura. S. Pablo les dice a los hebreos (*): “Es imposible que los que una vez fueron iluminados [...] y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento”; “Si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio” (Hebreos 6:4–6; 10:26–27). Es una doctrina de la que se hallan lamentables pruebas por todas partes. Los hijos inconversos de padres creyentes, los sirvientes inconversos de familias cristianas y los miembros inconversos de congregaciones evangélicas son las personas más difíciles de convencer en todo el mundo. Parecen haber perdido la sensibilidad. El mismo fuego que derrite la cera endurece la arcilla. Es una doctrina, además, que obtiene una terrible confirmación en las historias de algunos cuyo final fue eminentemente desesperanzado. Faraón, Saulo, Acab, Judas Iscariote, Juliano y Francis Spira, son temibles ejemplos de lo que nuestro Señor quiere decir. En cada uno de estos casos hubo una combinación de conocimiento claro y rechazo deliberado de Cristo. En cada uno de ellos hubo luz en la mente, pero odio de la Verdad en el corazón. Y el fin de cada uno de ellos parece haber sido “eternamente la oscuridad de las tinieblas”.

¡Que Dios nos dé el deseo de utilizar nuestro conocimiento, ya sea pequeño o grande! ¡Ojalá nos guardemos de descuidar nuestras oportunidades, y de no mejorar nuestros privilegios! ¿Tenemos luz en nosotros? Entonces vivamos plenamente como corresponde a esa luz. ¿Conocemos la Verdad? Entonces andemos en la Verdad. Esa es la mejor protección contra el pecado imperdonable.

En último lugar, aprendamos de estos versículos *la inmensa importancia de cuidar nuestro hablar diario*. Nuestro Señor nos dice que “de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio”. Y añade: “Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado”.

Pocos dichos de nuestro Señor son tan penetrantes como este. Es posible que no haya nada a lo que la mayoría de los hombres presten menos atención que a sus palabras. Hacen su trabajo diario hablando y charlando sin pensar ni reflexionar, y parecen creer que si *hacen* lo correcto, no tiene gran importancia lo que *digan*.

¿Pero es esto así? ¿Son nuestras palabras tan poco importantes, tan insignificantes? Que ni se nos pase por la cabeza decir que sea así, teniendo semejante pasaje de la Escritura delante de nosotros. Nuestras palabras son la prueba del estado de nuestros corazones, tanto como el sabor del agua es la prueba del estado de la fuente. “De la abundancia del corazón habla la boca”. Los labios solo dicen lo que la mente concibe. Nuestras palabras serán objeto de un interrogatorio en el día del Juicio: tendremos que dar cuenta de lo que hayamos dicho, así como de lo que hayamos hecho. Ciertamente, estos son pensamientos muy solemnes. Aun si no hubiera ningún otro texto en la Biblia, este pasaje debería bastar para convencernos de que todos

somos culpables y estamos “bajo el juicio de Dios”, y necesitamos una justicia mejor que la que nosotros mismos poseemos: la justicia de Cristo (Romanos 3:19; cf. Filipenses 3:9).

Que la lectura de este pasaje nos conceda humildad, al hacernos pensar en el pasado. ¡Cuántas cosas ociosas, necias, vanas, precipitadas, frívolas, pecaminosas e inútiles hemos dicho todos nosotros! ¡Cuántas palabras hemos utilizado que, como las semillas de un cardo, han volado lejos y se han dispersado mucho, sembrando en los corazones de los demás cosas perniciosas y que no morirán jamás! Cuántas veces al juntarnos con nuestros amigos, “nuestra conversación —como decía un viejo santo— no ha hecho sino dar más trabajo al arrepentimiento”. Hay una profunda verdad en la observación de Burkitt: “Una burla profana o un chiste ateo pueden permanecer grabados en las mentes de quienes los escuchan, después de que haya muerto la lengua que los pronunció. Una palabra hablada es transitoria físicamente, pero permanente moralmente”. “La muerte y la vida —dice Salomón— están en poder de la lengua” (Proverbios 18:21).

Tras leer este pasaje acerca de las palabras, seamos prudentes en los días venideros; tengamos la determinación, por la gracia de Dios, de ser más cuidadosos con nuestras lenguas, y prestar más atención al uso que hacemos de ellas; pidamos en oración a diario que “nuestra palabra sea siempre con gracia” (cf. Colosenses 4:6). Digamos cada mañana como el santo David: “Atenderé a mis caminos, para no pecar con mi lengua”; clamemos, como él, al Fuerte pidiéndole fuerzas, diciendo: “Pon guarda a mi boca […] guarda la puerta de mis labios”. Bien podía decir Santiago que “si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto” (Salmo 39:1; 141:3; Santiago 3:2).

Mateo 12:38–50

El comienzo de este pasaje es uno de esos lugares donde se da un extraordinario ejemplo de la autenticidad de la historia del Antiguo Testamento. Nuestro Señor habla de la reina del Sur como de una persona real, que vivió y murió. Hace referencia a la historia de Jonás y a su milagrosa preservación en el vientre del gran pez como hechos innegables. Recordemos esto cuando oigamos a hombres que afirmen creer a los autores del Nuevo Testamento y, sin embargo, hablen con desdén de las cosas relatadas en el Antiguo Testamento, como si fueran fábulas; tales hombres olvidan que al hablar así, están despreciando al mismísimo Cristo. La autoridad del Antiguo Testamento y la autoridad del Nuevo Testamento o bien se mantienen en pie juntas, o bien caen juntas; el mismo Espíritu que inspiró a ciertos hombres para que escribieran acerca de Salomón y de Jonás es el que más tarde inspiraría a los evangelistas para que escribieran acerca de Cristo. Estas no son cuestiones irrelevantes para nuestros días: fijémoslas bien en nuestras mentes.

La primera lección práctica que exige nuestra atención en estos

versículos es *el extraordinario poder de la incredulidad*.

Debemos fijarnos en el modo en que los escribas y los fariseos le piden a nuestro Señor que les muestre más milagros. “Maestro, deseamos ver de ti señal”. Fingían que lo único que querían era un poco más de evidencia para convencerse y hacerse sus discípulos; cerraron sus ojos a los muchos actos maravillosos que Jesús ya había efectuado. No era suficiente para ellos que Jesús hubiese sanado a los enfermos, limpiado a los leprosos, resucitado a los muertos y expulsado demonios: aún no estaban convencidos; aún querían más pruebas. No querían ver lo que nuestro Señor les señaló claramente en su respuesta: que no tenían una verdadera *intención* de creer. Había pruebas suficientes para convencerlos, pero ellos mismos no deseaban ser convencidos.

Hay muchos en la Iglesia de Cristo que están exactamente en la misma situación que aquellos escribas y fariseos; se imaginan que solo les hace falta un poco más de evidencia para convertirse en cristianos convencidos; se hacen la ilusión de que si tan siquiera se pudieran proporcionar unos cuantos argumentos adicionales para sus razonamientos y sus intelectos, inmediatamente lo dejarían todo por Cristo, tomarían su cruz y lo seguirían. Pero hasta que eso suceda, se dedican a esperar. ¡Qué desgracia la de su ceguera! No quieren ver que hay abundantes pruebas a su alrededor, por todas partes. La verdad es que no quieren convencerse.

Ojalá todos estemos alerta ante la presencia del espíritu de la incredulidad; es un mal cada vez mayor en estos últimos días. La necesidad de una fe simple como la de un niño es una característica cada vez más distintiva de nuestros tiempos, en todos los niveles de la sociedad. La auténtica explicación de cientos de cosas extrañas que nos sorprende ver en la conducta de líderes tanto de iglesias como de naciones, es sencillamente falta de fe. Los hombres que no creen todo lo que Dios dice en la Biblia tendrán, necesariamente, una opinión vacilante e indecisa en cuanto a asuntos morales y religiosos. “Si vosotros no creyereis, de cierto no permaneceréis” (Isaías 7:9).

La segunda lección práctica que encontramos en estos versículos es *el enorme peligro que supone una reforma religiosa parcial e imperfecta*.

Debemos fijarnos en la horrible imagen que nuestro Señor describe del hombre al que regresa el espíritu inmundo, después de haberlo dejado ya una vez. ¡Qué temibles son esas palabras: “Volveré a mi casa de donde salí”! ¡Qué gráfica es la descripción: “La halla desocupada, barrida y adornada”! ¡Qué tremenda es la conclusión: “Va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él […] y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero”. Es una imagen dolorosamente llena de significado. Examinémosla bien, y aprendamos sabiduría.

Esta imagen refleja, con toda seguridad, *la historia de la Iglesia y la nación judías* en los tiempos de la venida de nuestro Señor. Aunque fueron en un principio sacados de Egipto y llamados a ser el pueblo propio de Dios, parece que nunca se libraron por completo de su tendencia a adorar ídolos. Aunque fueron redimidos más tarde de la cautividad de Babilonia, parece que nunca le devolvieron a Dios el agradecimiento que le debían por su bondad. Aunque los despertó la predicación de Juan el Bautista, parece que su arrepentimiento solamente fue superficial. En la época en que nuestro Señor les habló,

la nación en su conjunto se había vuelto dura, y más perversa que nunca; la irreverencia de la adoración de ídolos había dado lugar a la aridez de un mero formalismo: “Otros siete espíritus peores” que el primero los habían poseído. Su estado final se estaba volviendo rápidamente peor que el primero: en solo cuarenta años más, su iniquidad alcanzaría su cúspide. Se lanzaron alocadamente a una guerra contra Roma; Judea se convirtió en una auténtica Babel, inmersa en la confusión; Jerusalén fue ocupada; el Templo fue destruido; los judíos fueron dispersados sobre la faz de la Tierra.

También es muy probable que esta imagen refleje *la historia de todo el cuerpo de iglesias cristianas*. Aunque fueron liberadas de las tinieblas del paganismo por la predicación del Evangelio, lo cierto es que nunca han vivido como correspondería a la luz que recibieron; aunque muchas de ellas fueron reavivadas en la época de la Reforma protestante, ninguna ha aprovechado sus privilegios como debiera, o dicho de otro modo, ninguna ha ido “adelante a la perfección”: todas ellas, poco más o menos, se han estancado y se han conformado con lo poco que tenían. Todas ellas han estado más que dispuestas a sentirse satisfechas haciendo cambios meramente externos. Y ahora hay en muchos lugares dolorosos síntomas de que “el espíritu inmundo” ha vuelto a su casa y está preparando una oleada de infidelidad y de falsa doctrina nunca vista por las iglesias hasta la fecha. Entre la incredulidad de algunos lugares y la superstición ceremoniosa de otros, todo parece preparado para una temible manifestación del anticristo. Verdaderamente, es de temer que “el postrer estado” de las que dicen ser iglesias cristianas vaya a ser “peor que el primero”.

Lo peor y lo más triste es que esta imagen refleja *la historia de las almas de muchos individuos*. Hay hombres que en un cierto momento de sus vidas parecieron estar bajo la influencia de fuertes sentimientos religiosos, y reformaron su modo de vida, dejando muchas cosas que eran malas y adquiriendo otras que eran buenas; pero se detuvieron ahí y no llegaron más lejos, abandonando al final la religión por completo. El espíritu inmundo volvió a sus corazones, y los halló desocupados, barridos y adornados: ahora están peor de lo que jamás han estado. Sus conciencias parecen estar cauterizadas; su percepción de las cuestiones religiosas parece estar totalmente destruida; son como hombres entregados a una mente reprobada. Da la impresión de que sería “imposible que sean otra vez renovados para arrepentimiento”. Nadie es tan terriblemente malo como aquel que ha vuelto al pecado y al mundo después de haber experimentado una fuerte convicción religiosa.

Si amamos la vida, oremos pidiendo que estas lecciones se graben en lo más hondo de nuestras mentes. No nos contentemos nunca con una reforma parcial de nuestra vida, en la que no haya una conversión total a Dios y una mortificación de todo el cuerpo de pecado. Es bueno esforzarse por expulsar el pecado de nuestros corazones, pero asegurémonos también de recibir la gracia de Dios para que ocupe su lugar. Cerciorémonos no solo de que nos hemos deshecho del antiguo inquilino, el diablo, sino también de que ahora mora en nosotros el Espíritu Santo.

La última lección práctica que encontramos en estos versículos es *el tierno amor que tiene el Señor Jesús por sus verdaderos discípulos*.

Debemos fijarnos en el modo en que habla de todo aquel que hace

la voluntad de su Padre que está en los cielos. Dice: “ése es mi hermano, y hermana, y madre”. ¡Cuánta gracia divina hay en esas palabras! ¿Quién puede concebir cuál sería la profundidad del amor de nuestro querido Señor por sus familiares según la carne? Era un amor puro, que no buscaba lo suyo. Debió de ser un amor fortísimo, un amor que sobrepasa el entendimiento humano. No obstante, vemos aquí que a todos los creyentes que componen su pueblo Él los considera sus familiares: los ama, se compadece de ellos, se preocupa por ellos, como miembros de su familia, huesos de sus huesos y carne de su carne.

Hay aquí una solemne advertencia para todos los que se burlan de los verdaderos cristianos y los persiguen por causa de su fe. No saben lo que hacen: están persiguiendo a los parientes cercanos del Rey de reyes. En el día final sabrán que se han estado burlando de aquellos que el Juez de toda la Tierra considera su “hermano, y hermana, y madre”.

Hay aquí ánimo abundante para todos los creyentes. Son mucho más preciosos a los ojos de su Señor que a los suyos propios. Puede que su fe sea débil, su arrepentimiento flojo y sus fuerzas escasas; puede que sean pobres y necesitados en cuanto a las cosas de este mundo; pero hay un glorioso “todo aquel” en el último versículo de este capítulo que debería animarlos. “Todo aquel” que cree es un pariente cercano de Cristo; el Hermano Mayor cuidará de él ahora y por toda la eternidad, y no lo desechará jamás. No hay ninguna “hermana pequeña” en la familia de los redimidos de la que Jesús no se acuerde (cf. Cantares 8:8). José proveyó abundantemente para todos sus familiares, y el Señor Jesús proveerá para los suyos.

Mateo 13:1–23

El capítulo que comienza con estos versículos destaca por la cantidad de parábolas que contiene. La gran Cabeza de la Iglesia saca aquí del libro de la naturaleza siete extraordinarios ejemplos de verdad espiritual. Al hacerlo, nos muestra que la enseñanza religiosa puede sacar ayudas de todo lo que hay en la creación. Quienes quieran “hallar palabras agradables” no deberían olvidar esto (Eclesiastés 12:10).

La parábola del sembrador, que da comienzo a este capítulo, es una de esas parábolas cuya aplicación es muy variada. Continuamente se está cumpliendo ante nuestros propios ojos. Dondequiera que se predique o exponga la Palabra de Dios y la gente se reúna para escucharla, se ve la realidad de lo que nuestro Señor dice en esta parábola. Describe lo que sucede, en general, en toda congregación.

Aprendamos, en primer lugar, de esta parábola, que *el trabajo de un predicador se parece al de un sembrador*.

Como el sembrador, el predicador debe sembrar buena semilla si quiere ver fruto. Debe sembrar la pura Palabra de Dios, no las tradiciones de la Iglesia ni las doctrinas de los hombres. Sin esto, su

esfuerzo será en vano. Podrá ir de aquí para allá, y parecerá decir muchas cosas, y trabajar mucho en su rutina semanal de deberes ministeriales, pero no habrá una cosecha de almas para el Cielo; no habrá un resultado vivo; no habrá conversiones.

Como el sembrador, el predicador ha de ser diligente. No debe dejar de esforzarse; tiene que utilizar todos los medios a su alcance para hacer prosperar su obra; tiene que sembrar "junto a todas las aguas" pacientemente, y "sembrar con esperanza"; tiene que instar "a tiempo y fuera de tiempo"; no debe desalentarse por los problemas y las desilusiones: "El que al viento observa, no sembrará". Obviamente su éxito no depende solo de su esfuerzo y su diligencia, pero sin esfuerzo y diligencia no se puede obtener el éxito (cf. Isaías 32:20; cf. 1 Corintios 9:10–11; cf. 2 Timoteo 4:2; Eclesiastés 11:4).

Como el sembrador, el predicador no puede dar vida. Puede esparcir la semilla que se le ha confiado, pero no puede ordenarle que crezca; puede ofrecer la Palabra de la verdad a las personas, pero no puede hacer que la reciban y den fruto. Dar vida es la solemne prerrogativa de Dios: "El Espíritu es el que da vida". Solo Dios puede "dar el crecimiento" (Juan 6:63 LBLA; cf. 1 Corintios 3:7).

Dejemos que estas cosas penetren profundamente en nuestros corazones. Ser un verdadero ministro de la Palabra de Dios no es cualquier cosa. Es muy fácil ser un obrero de la Iglesia perezoso y ritual; ser un sembrador fiel es muy duro. Deberíamos recordar de manera especial a los predicadores en nuestras oraciones.

Aprendamos, a continuación, de este pasaje, que *existen varias formas en las que se puede escuchar la Palabra de Dios sin sacarle provecho*.

Podemos escuchar un sermón con un corazón como la tierra dura de "junto al camino": descuidado, irreflexivo y despreocupado. Puede que se nos muestre amorosamente a Cristo crucificado, y que oigamos hablar de sus sufrimientos con una indiferencia absoluta, como de un asunto que no nos interesa lo más mínimo. En cuanto las palabras llegan a nuestros oídos, el diablo puede arrebatarlas, y es posible, pues, que regresemos a nuestros hogares como si no hubiéramos escuchado un sermón en absoluto. ¡Desgraciadamente, son muchos los que escuchan así! Es tan cierto en ellos como lo fue en los ídolos de antaño, que "tienen ojos, y no ven; tienen orejas, y no oyen" (Salmo 135:16–17). La Verdad no parece afectarles más a sus corazones que el agua a una piedra.

Podemos escuchar un sermón con agrado, y aun así puede que el efecto que produzca en nosotros sea transitorio y de muy corta duración. Nuestros corazones, al igual que los "pedregales", tal vez den una gran cosecha de sentimientos agradables y buenos propósitos, pero es posible que durante todo ese tiempo no haya habido una obra bien arraigada en nuestras almas, y así, el primer viento helado de oposición o de tentación puede hacer que nuestra religión de apariencias se marchite y muera. ¡Desgraciadamente, son muchos los que escuchan así! Un mero disfrute de los sermones no es una señal de la presencia de la gracia. Hay miles de personas bautizadas que son como los judíos de la época de Ezequiel: "Tú eres a ellos como cantor de amores, hermoso de voz y que canta bien; y oirán tus palabras, pero no las pondrán por obra" (Ezequiel 33:32).

Podemos escuchar un sermón y asentir a todas y cada una de sus palabras, y aun así no sacarle provecho, debido a la absorbente

influencia de este mundo. Nuestros corazones, al igual que la parte del terreno “entre espinos”, pueden ser ahogados por una exuberante vegetación de preocupaciones, placeres y planes mundanos. Quizá nos guste de veras el Evangelio y deseemos obedecerlo y, sin embargo, es posible que, insensatamente, no le demos ninguna oportunidad de dar fruto, al permitir que otras cosas pasen a formar parte de nuestros gustos, y que terminen acaparando todo nuestro corazón. ¡Desgraciadamente, son muchos los que escuchan así! Conocen bien la Verdad, y esperan ser cristianos decididos un día, pero nunca llegan a dejarlo todo por Cristo. No se deciden nunca a buscar “primeramente el reino de Dios” y, por consiguiente, mueren en sus pecados.

Estas cosas se deben meditar con cuidado. No debemos olvidar nunca que existe más de una forma de escuchar la Palabra sin sacarle provecho. No basta con ir a escucharla: puede que vayamos pero que no le prestemos atención. No basta no ser de los que la escuchan sin prestarle atención: puede que nuestro aprendizaje solo sea transitorio, y que perezca fácilmente. No basta que nuestro aprendizaje no sea meramente transitorio, pues puede que nunca tenga ningún resultado, como consecuencia de nuestra obstinación de aferrarnos al mundo. Ciertamente “engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jeremías 17:9).

Aprendamos, por último, de esta parábola, que *solo hay una prueba de que se ha escuchado la Palabra correctamente*. Esa prueba es dar “fruto”.

El fruto de que se habla aquí es el fruto del Espíritu. Arrepentimiento para con Dios, fe en el Señor Jesucristo, santidad de vida y de carácter, diligencia en la oración, humildad, caridad, espiritualidad de pensamiento: estas son las únicas pruebas válidas que indican que la semilla de la Palabra de Dios está haciendo su obra en nuestras almas. Sin tales pruebas, nuestra religión es vana, por muy grande que sea nuestra profesión de fe; no vale más que un metal que resuena, o un címbalo que retiñe. Cristo ha dicho: “Yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis *fruto*” (Juan 15:16).

Esta es la parte más importante de toda la parábola. No debemos conformarnos nunca con una ortodoxia estéril, manteniendo fríamente una opinión correcta sobre cuestiones teológicas; no debemos contentarnos con un conocimiento claro, unos sentimientos agradables y una profesión de fe correcta: hemos de asegurarnos de que el Evangelio que decimos amar produce un “fruto” positivo en nuestros corazones y en nuestras vidas. Ese es el auténtico cristianismo. Estas palabras de Santiago deberían resonar a menudo en nuestros oídos: “Sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos” (Santiago 1:22).

No dejemos estos versículos sin antes hacernos una pregunta importante: “¿Cómo escuchamos nosotros?” Vivimos en un país cristiano; probablemente vayamos a un lugar de culto domingo tras domingo y escuchemos los sermones; ¿con qué actitud los escuchamos? ¿Qué efecto tienen en nuestro carácter? ¿Podemos señalar alguna cosa que se pudiera denominar “fruto”?

Podemos estar seguros de que para llegar finalmente al Cielo hace falta algo más que ir a la iglesia todos los domingos y escuchar a los predicadores. La Palabra de Dios tiene que ser recibida en nuestros corazones, y tiene que pasar a ser el principal resorte de nuestra

conducta; tiene que producir un aprendizaje práctico en nuestro ser interior que sea visible en nuestro comportamiento exterior. Si no hace esto, no servirá más que para aumentar nuestra condena en el día del Juicio.

Mateo 13:24–43

La parábola del “trigo y la cizaña”, que ocupa la mayor parte de estos versículos, es particularmente importante para nuestros días. Está perfectamente calculada para corregir las extravagantes expectativas con las que muchos cristianos fantasean, respecto a los resultados de obras misioneras en otros países, y de la predicación del Evangelio en el suyo. ¡Ojalá le prestemos la atención que merece!

En primer lugar, esta parábola nos enseña que *el bien y el mal siempre se hallarán juntos entre quienes componen la Iglesia, hasta el fin del mundo*.

La Iglesia visible se nos describe como un conjunto heterogéneo: es un gran “campo” en el que “trigo y cizaña” crecen juntos. Hemos de esperar que encontraremos creyentes y no creyentes, personas convertidas e inconversas, “los hijos del reino y los hijos del malo”, entremezclados en toda congregación de personas bautizadas.

Esto no podrá impedirlo ni la más pura de las predicaciones del Evangelio. La misma situación ha existido en todas las épocas de la Iglesia: fue la experiencia de los padres de la Iglesia; fue la experiencia de los reformadores; es la experiencia de aun los mejores ministros de este tiempo presente. Nunca ha habido una iglesia visible ni una asamblea religiosa en la que todos los miembros hayan sido “trigo”. El diablo, ese gran enemigo de las almas, se ha asegurado siempre de sembrar “cizaña”.

Esto no podrá impedirlo ni la más estricta y prudente de las disciplinas. Así lo han descubierto tanto episcopalianos como presbiterianos e independientes. Hagamos lo que hagamos para purificar la Iglesia, nunca conseguiremos obtener una comunión perfectamente pura: siempre habrá cizaña entre el trigo; siempre habrá hipócritas y engañadores infiltrados. Y lo peor es que si nos esforzamos demasiado por obtener la pureza, causaremos más daño que bien: corremos el riesgo de despertar a más de un Judas Iscariote, y de quebrar más de una caña cascada. En nuestro celo por “arrancar la cizaña”, existe el peligro de que arranquemos “también con ella el trigo”; tal celo no es conforme a ciencia, y ha hecho mucho daño en muchas ocasiones. Aquellos a quienes no les importa lo que le pase al trigo con tal de arrancar la cizaña, demuestran tener muy poco de la mente de Cristo. Al fin y al cabo, hay una gran verdad en las caritativas palabras de Agustín: “Los que hoy son cizaña, mañana tal vez sean trigo”.

¿Somos de los que pretenden conseguir la conversión del mundo entero mediante los esfuerzos de misioneros y ministros? Pongamos esta parábola ante nuestros ojos, y guardémonos de semejante idea.

Tal y como están las cosas, jamás veremos a todos los habitantes de la Tierra convertidos en “trigo” para Dios; la cizaña y el trigo crecerán “juntamente hasta la siega”. Los reinos de este mundo no pasarán a formar parte del Reino de Cristo, y el milenio no comenzará, hasta que regrese el Rey en persona.

¿Nos pone en un aprieto alguna vez el argumento burlesco de los infieles, de que el cristianismo no puede ser una religión verdadera porque hay muchos cristianos falsos? Recordemos esta parábola, y no nos dejemos amedrentar. Digámosle al infiel que esta situación de la que él se burla a nosotros no nos sorprende en absoluto, porque nuestro Maestro nos preparó para ello hace 1800 años. Él previó y predijo que su Iglesia sería un campo en el que no solo habría “trigo”, sino también “cizaña”.

¿Somos tentados alguna vez a dejar una iglesia protestante por otra, al ver que muchos de sus miembros en realidad no se han convertido? Acordémonos de esta parábola, y tengamos mucho cuidado con lo que hacemos. Nunca encontraremos una iglesia perfecta. Podríamos pasarnos la vida yendo de una congregación a otra, y cada día sería una perpetua decepción: vayamos donde vayamos, y en cualquier lugar donde acudamos a adorar a Dios, siempre encontraremos “cizaña”.

En segundo lugar, esta parábola nos enseña que *habrá un día en el que se separará a los miembros piadosos de los impíos en la Iglesia visible, cuando llegue el fin del mundo*.

La situación actual de mezcolanza no durará eternamente: al final se habrán de dividir el trigo y la cizaña. El Señor Jesús “enviará a sus ángeles” en el día de su Segunda Venida, los cuales recogerán a todos los que profesan ser cristianos en dos grandes grupos. Esos gloriosos segadores no se equivocarán; distinguirán con un juicio infalible entre los justos y los malos, y pondrán a cada uno en su lugar. Los santos y fieles siervos de Cristo recibirán gloria, honra y vida eterna; los mundanos, los impíos, los despreocupados y los inconversos serán “echados en el horno de fuego”.

Hay algo especialmente solemne en esta parte de la parábola. Su significado no admite malinterpretación alguna; nuestro Señor mismo la explica con palabras de singular claridad, como queriendo fijarla muy profundamente en nuestras mentes. Bien puede decir al final: “El que tiene oídos para oír, oiga”.

Que el hombre impío tiemble cuando lea esta parábola; que vea en sus temibles palabras la certeza de su propia condenación, a menos que se arrepienta y se convierta; que sepa que está sembrando sufrimiento para sí mismo si sigue rechazando a Dios; que piense en el hecho de que su fin será ser recogido junto con los “manojos de cizaña” y ser quemado. ¡Sin duda, tal porvenir debería hacer a un hombre pensar! Como con razón dice Baxter: “No debemos malinterpretar la paciencia que Dios tiene con los impíos”.

Que el creyente en Cristo se consuele cuando lea esta parábola; que vea que hay alegría y seguridad preparadas para él en “el día de Jehová, grande y terrible”. La voz del arcángel y la trompeta de Dios no anunciarán ningún terror para él, sino que le llamarán a unirse a lo que durante mucho tiempo deseó ver: una Iglesia perfecta, y una comunión perfecta entre los santos. ¡Qué hermosa será la congregación de todos los creyentes cuando por fin se la separe de los impíos! ¡Qué aspecto tan puro tendrá el trigo en el granero de Dios cuando por fin se le haya

quitado la cizaña! ¡Qué brillante será el resplandor de la gracia cuando ya no esté oscurecida por el incesante contacto con los mundanos e inconversos! Los justos no son muy conocidos en este tiempo presente; el mundo no ve ninguna hermosura en ellos, del mismo modo que no la vio en su Maestro. “Por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él” (1 Juan 3:1). Pero un día los justos “resplandecerán como el sol en el reino de su Padre”. Utilizando las palabras de Matthew Henry: “Su santificación será hecha perfecta, y su justificación será hecha pública”. “Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Colosenses 3:4).

Mateo 13:44–50

Las parábolas de “el tesoro escondido en un campo” y de “el mercader que busca buenas perlas” parecen haber sido pensadas para comunicar una misma lección. Se diferencian, como está claro, en un detalle sorprendente: el “tesoro” lo halló uno que no parecía estar buscándolo, y la “perla” la halló uno que precisamente estaba buscando perlas. Pero la reacción de los que encontraron estas cosas es en ambos casos exactamente la misma: los dos “vendieron todo lo que tenían” para poder comprar lo que habían hallado; y es a partir de este punto cuando la enseñanza de ambas parábolas se convierte en una sola.

El propósito de estas dos parábolas es enseñarnos que *las personas que estén realmente convencidas de la importancia de la salvación lo dejarán todo para ganar a Cristo y la vida eterna*.

¿Cuál fue la conducta de los dos hombres que nuestro Señor describe? Uno estaba seguro de que el “tesoro escondido en un campo” le compensaría de sobra la compra del campo, por mucho que le fuera a costar. El otro estaba convencido de que la “perla” que había encontrado era tan inmensamente valiosa que le sería rentable adquirirla a cualquier precio. Ambos estaban convencidos de haber hallado algo de gran valor; ambos estaban seguros de que merecía la pena hacer en ese mismo momento un gran sacrificio para hacerlo suyo. Tal vez otra gente se extrañara por su actitud; otros quizá pensaran que se habían vuelto locos, queriendo pagar semejantes cantidades de dinero por un “campo” o por una “perla”; pero ellos sabían lo que estaban haciendo. Estaban seguros de que aquello era un buen negocio.

En este sencillo ejemplo vemos la conducta de un verdadero cristiano explicada. El cristiano es lo que es, y hace las cosas que hace por su religión, porque *está totalmente convencido* de que merece la pena. Abandona el mundo; se “despoja del viejo hombre”; deja las malas compañías de su vida pasada. Como Mateo, lo deja todo, y como Pablo, lo estima “como pérdida”, por Cristo. ¿Y por qué? Porque está convencido de que Cristo le compensará todo lo que deje. Ve en Cristo un “tesoro” infinito; ve en Cristo una “perla” preciosa; por ganar a

Cristo hará cualquier sacrificio. Esta es la verdadera fe; este es el sello de una obra genuina del Espíritu Santo.

Vemos en estas dos parábolas la auténtica razón detrás de la conducta de muchos inconversos. Son lo que son en cuanto a la religión porque *no están convencidos del todo* de que merezca la pena ser distinto. Se echan atrás cuando toca tomar una decisión; no se atreven a cargar la cruz; vacilan entre dos opiniones; no quieren comprometerse; no dan el paso al frente valientemente para unirse al bando del Señor. ¿Y por qué? Porque no están convencidos de que valga la pena: no tienen fe. No están seguros de que lo que tienen delante de ellos sea un "tesoro"; no les parece que la "perla" valga tanto; aún no se deciden a "venderlo todo" y así ganar a Cristo. ¡Y de ese modo muchos, demasiados, perecen eternamente! Cuando un hombre no arriesga nada por Cristo, debemos sacar la lamentable conclusión de que no posee la gracia de Dios.

La parábola de la red echada en el mar tiene algunos puntos en común con la del trigo y la cizaña. Su propósito es instruirnos acerca de una cuestión importantísima: *la verdadera naturaleza de la Iglesia visible de Cristo*.

La predicación del Evangelio fue como si se hubiera echado una gran red en mitad del mar que es este mundo; la gente que compone la Iglesia, que esa red había de recoger, había de ser un conjunto heterogéneo. Dentro de ella se hallarían peces de todo tipo, tanto buenos como malos; dentro del redil de la Iglesia habían de encontrarse cristianos de varias clases, inconversos así como convertidos, falsos así como auténticos. La separación de los buenos y los malos llegaría con toda certeza al final, pero no antes del fin del mundo. Tal fue la descripción que el gran Maestro dio a sus discípulos de las iglesias que ellos mismos habrían de fundar.

Es sumamente importante tener las lecciones de esta parábola bien grabadas en nuestras mentes. En muy pocos aspectos del cristianismo existen más errores que en el de *la naturaleza de la Iglesia visible*. Es posible que en ninguno de ellos sean tan peligrosos para el alma los errores.

Aprendamos de esta parábola que todas las congregaciones de quienes dicen ser cristianos deberían considerarse *conjuntos heterogéneos*: todas ellas son grupos que contienen "peces buenos y malos", convertidos e inconversos, hijos de Dios e hijos del mundo, y deberían ser descritas y referidas como tales. Decirle a todas las personas bautizadas que han nacido de nuevo, y tienen el Espíritu, y son miembros de Cristo y son santos es, a la luz de esta parábola, completamente injustificable. Referirse a ellas de esa forma quizá sea adulador y agradable, pero es improbable que sirva de provecho o de salvación. Hablar así está dolorosamente calculado para fomentar la confianza en la propia justicia y para adormecer a los pecadores; desbanca la clara enseñanza de Cristo y causa la perdición de las almas. ¿Oímos alguna vez esta doctrina? Si es así, acordémonos de "la red".

Por último, adoptemos como uno de nuestros firmes principios el no contentarnos nunca con ser simplemente *miembros externos de una iglesia*. Se puede estar dentro de la red y, sin embargo, no estar "en Cristo". Las aguas del bautismo se derraman sobre multitudes de personas que nunca se han lavado en el agua de la vida; el pan y el vino de la Cena del Señor lo comen y lo beben miles que nunca han

buscado su alimento en Cristo por la fe. ¿Estamos nosotros convertidos? ¿Pertenecemos al grupo de “peces buenos”? ¡Esta es la gran pregunta! Es una pregunta que habremos de contestar tarde o temprano. La red será sacada “a la orilla” muy pronto; al final se sacará a la luz la verdad de la religión de cada uno. Habrá una separación eterna de los peces buenos y los malos, y habrá un “horno de fuego” para los impíos. Sin duda, como dice Baxter, “estas palabras tan claras, más que ser expuestas, lo que necesitan es ser creídas y meditadas”.

Mateo 13:51–58

Lo primero que debería llamarnos la atención en estos versículos es *la sorprendente pregunta* con que nuestro Señor concluye las siete maravillosas parábolas de este capítulo. Dijo: “¿Habéis entendido todas estas cosas?”.

Se ha dicho de la aplicación personal que es “el alma” de la predicación. Un sermón sin aplicación es como una carta que se echa al correo sin la dirección del destinatario; puede que esté muy bien escrita, que tenga la fecha correcta y que no se haya olvidado el firmarla, pero no servirá de nada, porque nunca llegará a su destino. La pregunta de nuestro Señor es un ejemplo admirable de aplicación que de veras hace a la gente examinar sus corazones: “¿Habéis entendido?”.

El mero acto de escuchar un sermón no puede ser provechoso para un hombre a menos que comprenda lo que significa; si no lo comprende, lo mismo le daría escuchar el sonido de una trompeta o el redoble de un tambor; lo mismo le daría asistir a una misa católica romana en latín. El sermón tiene que poner en marcha su intelecto, y tiene que causar un impacto en su corazón; tiene que producir ideas en su mente, y tiene que despedirlo con semillas de nuevos pensamientos. Sin estas cosas, tal hombre escucha en vano.

Es muy importante entender esto bien; existe mucha ignorancia respecto al asunto. Hay miles que van con regularidad a lugares de adoración y creen haber cumplido con su deber religioso, pero se marchan sin una sola idea en sus mentes, y sin que nada les haya causado la más mínima impresión. Si se les pregunta cuando vuelven a sus casas el domingo por la tarde qué han aprendido, no tienen respuesta. Si se les sometiera a un examen al cabo de un año, sobre el conocimiento religioso que han adquirido, se revelaría que son tan ignorantes como los paganos.

Vigilemos nuestras almas en este sentido. No llevemos a la iglesia solo nuestros cuerpos, sino también nuestras mentes, nuestra capacidad de razonar, nuestros corazones y nuestras conciencias. Preguntémonos a menudo: “¿Qué he sacado de este sermón? ¿Qué he aprendido? ¿Qué verdades han sido impresas en mi mente?”. El intelecto, por supuesto, no lo es todo en religión, pero de ahí no se deduce que no sea nada. El corazón es indiscutiblemente el elemento

principal, pero no debemos olvidar nunca que el Espíritu Santo suele llegar al corazón por medio de la mente. Quienes escuchan adormilados, sin empeño y sin prestar atención, es probable que no se conviertan jamás.

La segunda cosa que debería llamarnos la atención en estos versículos es *el extraño trato que nuestro Señor recibió en su propia tierra*.

Fue a la ciudad de Nazaret, donde se había criado, y "enseñó en la sinagoga de ellos". Su enseñanza, sin duda alguna, fue la misma que siempre había sido. "Jamás hombre alguno [había] hablado como este hombre". Pero no tuvo ningún efecto en la gente de Nazaret. "Se maravillaban", pero sus corazones permanecieron igual de duros. Dijeron: "¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María?". Le aborrecieron porque estaban muy familiarizados con Él. "Se escandalizaron de él". E hicieron que nuestro Señor pronunciara una solemne observación: "No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa".

Debemos ver en esta historia una melancólica página de la naturaleza humana desplegada ante nuestros ojos. Todos tenemos una tendencia a despreciar las muestras de misericordia, si estamos acostumbrados a ellas y las tenemos en poco. Las biblias y los libros religiosos, tan abundantes en nuestro país; los medios de gracia, de los que se nos ha provisto tan generosamente; la predicación del Evangelio, que escuchamos cada semana; todas estas cosas son propensas a ser subestimadas. Es una trágica verdad que en religión, más que en ninguna otra cosa, "la confianza da asco". La gente olvida que la Verdad es la Verdad, al margen de lo vieja y "trillada" que suene, y la desprecian por ser muy antigua. ¡Desgraciadamente, al hacer tal cosa, incitan a Dios a quitársela!

¿Nos sorprende que los familiares, sirvientes y vecinos de creyentes no sean siempre personas convertidas? ¿Nos sorprende que los feligreses de eminentes ministros del Evangelio sean muchas veces los que les escuchan con un corazón más duro e impenitente? No nos sorprendamos más. Fijémonos bien en la experiencia de nuestro Señor en Nazaret, y aprendamos sabiduría.

¿Nos imaginamos alguna vez que si tan siquiera hubiéramos visto y oído a Jesucristo, habríamos sido fieles discípulos suyos? ¿Pensamos que si tan siquiera hubiéramos vivido cerca de Él y hubiéramos presenciado su actividad diaria, no habríamos sido indecisos, vacilantes y tibios respecto a la religión? Si es así, no lo pensemos ya más. Observemos a la gente de Nazaret, y aprendamos sabiduría.

La última cosa que debería llamarnos la atención en estos versículos es *la ruinosa naturaleza de la incredulidad*. El capítulo acaba con las temibles palabras: "No hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos".

Podemos ver en esta pequeña frase el secreto de la ruina eterna de multitudes de almas. Perecen para siempre porque *no quieren* creer. No hay ninguna otra cosa, ni en la Tierra ni en el Cielo, que les impida ser salvos; todos sus pecados, por muchos que sean, se les pueden perdonar; el amor del Padre está preparado para recibirlos; la sangre de Cristo está preparada para limpiarlos; el poder del Espíritu está preparado para renovarlos. Pero se alza en el medio una gran barrera: no quieren creer. "No queréis venir a mí —dice Jesús— para que tengáis vida" (Juan 5:40).

¡Ojalá todos estemos alerta ante los ataques de este pecado maldito! Es el antiguo pecado original que ocasionó la Caída del hombre. Aunque haya sido podado en el auténtico hijo de Dios por el poder del Espíritu, siempre está listo para brotar y crecer de nuevo. Hay tres grandes enemigos contra los que los hijos de Dios deberían orar a diario: el orgullo, la mundanalidad y la incredulidad. De ellos, el mayor es la incredulidad.

Mateo 14:1–12

En este pasaje tenemos una página del libro de los mártires de Dios: la historia de la muerte de Juan el Bautista. La maldad del rey Herodes, la valiente reprobación por parte de Juan, el consiguiente encarcelamiento del fiel reprensor y las deshonrosas circunstancias de su muerte, se recogen aquí para nuestra enseñanza. “Estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos” (Salmo 116:15).

S. Marcos narra la historia de la muerte de Juan el Bautista con más detalle que S. Mateo. Pero por el momento creo que bastará con sacar dos lecciones generales del relato de S. Mateo, y concentrar nuestra atención en ellas exclusivamente.

Aprendamos, en primer lugar, de estos versículos, *el gran poder de la conciencia*.

El rey Herodes oye hablar de “la fama de Jesús” y le dice a sus siervos: “Este es Juan el Bautista; ha resucitado de los muertos”. Se acordó de su mal proceder con aquel santo hombre y sintió que su corazón se hundía dentro de él. Su corazón le dijo que había desechado su piadoso consejo y había cometido un asesinato vil y abominable; y su corazón le dijo también que aunque había matado a Juan, había de llegar un día en el que se ajustarían las cuentas. Aún se habrían de encontrar de nuevo Juan el Bautista y él. Como bien dice el obispo Hall: “Un hombre malvado no necesita más atormentador —sobre todo por pecados de sangre— que su propio corazón”.

Hay una conciencia en todos los hombres por naturaleza. Esto no debe olvidarse nunca. Caídos, perdidos y tremendamente perversos como somos cuando nacemos en este mundo, Dios no obstante se ha asegurado de dejar un testigo de sí mismo en nuestro interior. Sin el Espíritu Santo, no es más que un pobre guía ciego: no puede salvar a nadie; no conduce a nadie a Cristo; puede “cauterizarse” y ser pisoteada. Pero el caso es que existe una conciencia en todos los hombres, la cual los acusa o los justifica, y tanto la Escritura como la experiencia lo declaran (Romanos 2:15).

La conciencia puede hacer sentirse mal aun a los reyes cuando han rechazado su consejo voluntariamente; puede llenar a los príncipes de este mundo de temor y temblor, como hizo con Félix cuando oyó predicar a Pablo. Les resulta más fácil encarcelar y decapitar al predicador que someterse a su sermón, y en sus corazones acallan la voz de su reprensión. A los testigos de Dios se los puede quitar de en medio, pero muchas veces su testimonio sigue vivo y sigue surtiendo

efecto mucho después de su muerte. Los profetas de Dios no viven para siempre, pero sus palabras suelen sobrevivirles a ellos (cf. 2 Timoteo 2:9; Zacarías 1:5).

Que los insensatos y los impíos recuerden esto, y no pequen contra sus conciencias. Que sepan que “sus pecados los alcanzarán”. Puede que se rían y que se lo tomen en broma, y que se burlen de la religión por algún tiempo. Puede que digan: “¿Quién tiene miedo? ¿Dónde está el terrible castigo de nuestro pecado?”. Pueden estar seguros de que están sembrando sufrimiento para sí mismos, y segarán una amarga cosecha tarde o temprano. Su iniquidad los alcanzará un día, y descubrirán, como Herodes, que es “malo y amargo” pecar contra Dios (Jeremías 2:19).

Que los ministros y maestros recuerden que hay una conciencia en los hombres, y sigan trabajando con denuedo. La instrucción no se pierde siempre que parece no dar fruto cuando se imparte; la enseñanza no es siempre en vano, aunque nos parezca que no se le ha prestado atención y se ha perdido y olvidado. Hay una conciencia en los que escuchan los sermones; hay una conciencia en los niños de nuestras escuelas. Muchos sermones y lecciones volverán a levantarse cuando el que los predicó o enseñó esté, como Juan el Bautista, en la tumba. Miles saben que llevamos razón, pero, como Herodes, no se atreven a confesarlo.

Aprendamos, en segundo lugar, que *los hijos de Dios no deben buscar su recompensa en este mundo*.

Si hubo alguna vez un caso de piedad no recompensada en esta vida, es el de Juan el Bautista. Pensemos por un momento en el hombre extraordinario que fue durante su corta carrera, y entonces pensemos en el fin al que llegó. ¡Helo ahí, el que era el “profeta del Altísimo” y “el más grande de entre los nacidos de mujer”, encarcelado como un malhechor! Helo ahí, cortada su vida por una muerte violenta antes de cumplir 34 años; la “antorcha que ardía”, apagada; el fiel predicador, asesinado por hacer lo que debía; y esto, ¡para satisfacer el odio de una mujer adúltera, y por orden de un tirano caprichoso! Ciertamente aquí tenemos un acontecimiento, si alguna vez hubo uno en este mundo, que podría hacer que un hombre ignorante dijera: “¿Qué aprovecha servir a Dios?”.

Pero estas son la clase de cosas que nos muestran que un día habrá un Juicio. El “Dios de los espíritus de toda carne” formará al final de los tiempos un tribunal y recompensará a cada uno conforme a sus obras. Entonces se demandará la sangre de Juan el Bautista, y del apóstol Santiago, y de Esteban, así como la de Policarpo, y Huss, y Ridley y Latimer. Está todo escrito en el Libro de Dios. “La tierra descubrirá la sangre derramada sobre ella, y no encubrirá ya más a sus muertos” (Isaías 26:21). El mundo sabrá que hay un Dios que juzga a la Tierra. “Si opresión de pobres y perversión de derecho y de justicia vieres en la provincia, no te maravilles de ello; porque sobre el alto vigila otro más alto, y uno más alto está sobre ellos” (Eclesiastés 5:8).

Que los verdaderos cristianos recuerden que lo mejor para ellos aún está por llegar. Que no nos parezca extraño si tenemos sufrimientos en este tiempo presente. Es época de exámenes; aún estamos en la escuela. Estamos aprendiendo paciencia, longanimidad, benignidad y mansedumbre; cosas que malamente aprenderíamos si tuviéramos aquí ya nuestra recompensa. Pero hay un período de vacaciones eternas por llegar; esperémoslo con paciencia: lo compensará todo.

“Esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Corintios 4:17).

Mateo 14:13–21

Estos versículos contienen uno de los mayores milagros de nuestro Señor Jesucristo: la alimentación de “cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños” con cinco panes y dos peces. De todos los milagros que hizo nuestro Señor, ninguno aparece tantas veces en el Nuevo Testamento como este. Tanto Mateo como Marcos, Lucas y Juan lo mencionan. Es evidente que se pretende que este acontecimiento de la historia de nuestro Señor reciba una atención especial. Prestémosle tal atención, y veamos lo que podemos aprender.

En primer lugar, este milagro es *una prueba irrefutable del poder divino de nuestro Señor*.

Saciar el hambre de más de 5000 personas con tan poca comida como son cinco panes y dos peces sería obviamente imposible sin multiplicarla de manera sobrenatural. Era algo que ningún mago, ni ningún impostor ni ningún falso profeta habría intentado hacer jamás. Podría ser que uno de ellos fingiera curar a una persona enferma, o resucitar a un muerto, y que mediante trucos y engaños convenciera a gente ingenua de haberlo logrado; pero ninguno de ellos intentaría nunca un prodigio como el que se relata aquí. Sabría muy bien que no podría convencer a 10 000 hombres, mujeres y niños de que estaban saciados cuando en realidad tenían hambre: se descubriría que es un tramposo y un impostor inmediatamente.

Sin embargo, ese es el prodigio que efectuó nuestro Señor, y al hacerlo dio una prueba concluyente de que Él era Dios. Hizo existir lo que antes no existía: proveyó comida material, tangible, visible, para más de 5000 personas, con una provisión que no habría saciado ni a cincuenta. Verdaderamente seríamos ciegos si no viéramos en esto la mano de Aquel que “da alimento a todo ser viviente” (Salmo 136:25) y creó el mundo y todo lo que hay en él. *Crear* es una prerrogativa de Dios solamente.

Deberíamos aprender bien pasajes como este. Tendríamos que atesorar en nuestras mentes todas las pruebas del poder divino de nuestro Señor. Puede que el hombre inconverso, frío y ortodoxo vea poco de valor en esta historia; pero el verdadero creyente debería conservarla en su memoria. Que piense en el mundo, en el diablo y en su propio corazón, y aprenda a dar gracias a Dios por cuanto su Salvador, el Señor Jesucristo, es todopoderoso.

En segundo lugar, este milagro es *un magnífico ejemplo de la compasión de nuestro Señor por los hombres*.

Jesús “vio una gran multitud” en un lugar desierto, a punto de desfallecer a causa del hambre. Sabía que muchos de entre aquella multitud en realidad ni creían en Él ni le amaban; le seguían porque todo el mundo lo hacía, o por curiosidad, o por algún otro motivo igual de vulgar (Juan 6:26). Pero nuestro Señor tuvo compasión de todos

ellos; a todos les alivió su hambre; todos participaron de la comida que se había provisto milagrosamente. Todos “se saciaron”, y ninguno se marchó con hambre.

Apreciemos en esto el amor de nuestro Señor Jesucristo por los pecadores. Él es siempre el mismo. Es ahora, como lo fue antaño, “fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad” (Éxodo 34:6). No hace con los hombres conforme a sus iniquidades, ni les paga conforme a sus pecados. Aun a sus enemigos los colma de beneficios. Nadie será tan inexcusable como aquellos que al final no se hayan arrepentido, pues la benignidad del Señor los guía al arrepentimiento (Romanos 2:4). En todo lo que hizo entre los hombres en la Tierra, demostró ser alguien que “se deleita en misericordia” (Miqueas 7:18). Esforcémonos por ser como Él. “Deberíamos —dice un escritor antiguo— tener mucha lástima y compasión por las almas enfermas”.

En último lugar, este milagro es *un vívido símbolo de la suficiencia del Evangelio para suplir lo que necesitan las almas de toda la Humanidad*.

No puede haber mucha duda de que todos los milagros de nuestro Señor tienen un significado profundo y simbólico, y enseñan grandes verdades espirituales. Deben tratarse con reverencia y discreción. Hemos de tener cuidado de no ver, como muchos de los padres de la Iglesia, alegorías donde el Espíritu Santo no pretendía que hubiera ninguna. Pero, posiblemente, si hay un milagro de los que hizo Cristo que tenga un significado simbólico patente, aparte de las claras lecciones que se puedan sacar a nivel superficial, es el que ahora tenemos ante nosotros.

¿Qué representa para nosotros esta multitud hambrienta en un lugar desierto? Es un símbolo que representa a *toda la Humanidad*. Los hijos de los hombres son un gran conjunto de pecadores moribundos, desfalleciendo por el hambre en mitad de un mundo desierto; sin recursos, sin esperanza y encaminados a la perdición. Todos nos hemos descarriado como ovejas perdidas (Isaías 53:6); estamos, por naturaleza, lejos de Dios. Puede que no apreciemos toda la peligrosidad de nuestra situación, pero lo cierto es que somos desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos (cf. Apocalipsis 3:17). No estamos más que a un solo paso de una muerte eterna.

¿Qué representan estos panes y peces, en apariencia tan incapaces de solucionar la situación, pero gracias a un milagro suficientes para alimentar a 10 000 personas? Son un símbolo de *la doctrina de Cristo crucificado por los pecadores*, como su Sustituto vicario que expía mediante su muerte el pecado del mundo. Al hombre natural esa doctrina le parece pura insensatez. Cristo crucificado era “para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura” (1 Corintios 1:23). Y, sin embargo, Cristo crucificado ha sido “el pan de Dios […] que descendió del cielo y da vida al mundo” (Juan 6:33). La historia de la Cruz ha suplido de sobra para las necesidades espirituales de la Humanidad allí donde ha sido predicada. Miles de personas de toda posición social, edad y nación son testigos de que es “poder de Dios, y sabiduría de Dios”. Han comido de ella y se han “saciado”; han hallado que es “verdadera comida y verdadera bebida”.

Meditemos bien estas cosas. Hay aspectos muy profundos en todos los hechos de nuestro Señor Jesucristo sobre la Tierra recogidos en la Biblia que nadie ha podido nunca comprender plenamente. Hay minas

de instrucción muy valiosa en todas sus palabras y actos que nadie ha explorado en toda su extensión. Muchos pasajes de los Evangelios son como la nube que vio el criado de Elías (1 Reyes 18:44). Cuanto más los miramos, más grandes parecen. Hay una plenitud inagotable en la Escritura. Otros escritos parecen tener una sustancia y una consistencia relativamente escasa cuando nos familiarizamos con ellos; pero cuanto más leamos la Biblia, más sustanciosa la hallaremos.

Mateo 14:22–36

La historia que contienen estos versículos es particularmente interesante. El milagro que se recoge aquí expone de forma muy clara tanto el carácter de Cristo como el de su pueblo. Nos ofrece un hermoso ejemplo del poder y la misericordia del Señor Jesús, así como de la mezcla de fe e incredulidad que hay aun en sus mejores discípulos.

De este milagro aprendemos, en primer lugar, *qué absoluto es el dominio que nuestro Señor tiene sobre todas las cosas creadas*. Le vemos "andando sobre el mar" como si fuera tierra firme. Aquellas olas furiosas que zarandeaban la barca de sus discípulos obedecen al Hijo de Dios y forman un suelo sólido bajo sus pies. Aquella superficie líquida que se agitaba por la más mínima ráfaga de viento sujeta los pies de nuestro Redentor como una roca. Para nuestras pobres y débiles mentes todo este acontecimiento es absolutamente incomprensible. Doddridge dice que un dibujo de dos pies caminando sobre el mar era el emblema que los egipcios utilizaron para representar algo imposible; los científicos nos dirán que es una imposibilidad física que carne y hueso anden sobre el agua; pero a nosotros nos basta con saber que sucedió. Nos basta con recordar que para Aquel que creó los mares al principio, debe de ser perfectamente fácil andar sobre sus olas cuando le plazca.

Aquí se encuentra un motivo de ánimo para todos los verdaderos cristianos. Que sepan que no hay nada creado que no esté bajo el control de Cristo: "Todas las cosas le sirven". Quizá permita que su pueblo pase una prueba durante algún tiempo, y sea zarandeado por tormentas de problemas; quizá se retrase en acudir en su ayuda más de lo que ellos desearían, y no llegue hasta "la cuarta vigilia de la noche"; pero que no olviden nunca que los vientos, las olas y las tormentas son todas ellas sirvientes de Cristo. No pueden ni aun moverse sin el permiso de Cristo. "Jehová en las alturas es más poderoso que el estruendo de las muchas aguas, más que las recias ondas del mar" (Salmo 93:4). ¿Tenemos alguna vez la tentación de clamar, como Jonás: "Me rodeó la corriente; todas tus ondas y tus olas pasaron sobre mí"? (Jonás 2:3). Entonces recordemos que son "sus" olas. Esperemos con paciencia. En su momento veremos a Jesús viniendo hacia nosotros, y "andando sobre el mar".

De este milagro aprendemos, en segundo lugar, *qué gran poder les puede conceder Cristo a quienes creen en Él*. Vemos a Simón Pedro

bajarse de la barca y caminar sobre el agua, igual que su Señor. ¡Qué prueba tan maravillosa fue esta de la divinidad de nuestro Señor! Que Él anduviera sobre el mar fue un milagro grandioso, pero que le diera a un pobre y débil discípulo la capacidad de hacer lo mismo fue un milagro aún más grandioso.

Esta parte de la historia tiene un significado muy profundo: nos enseña cuán grandes cosas puede hacer nuestro Señor por aquellos que oyen su voz y le siguen. Les puede dar la capacidad de hacer cosas que en otro tiempo habrían creído imposibles; puede llevarlos en sus brazos al atravesar dificultades y pruebas a las que, sin Él, jamás se habrían atrevido a enfrentarse; puede darles fuerzas para andar por el fuego y el agua sin hacerse ningún daño, y para vencer a todos sus enemigos. Moisés en Egipto, Daniel en Babilonia y los santos en la casa de Nerón son todos ellos ejemplos de su gran poder. Si seguimos el camino de nuestro deber, no temamos a nada. Puede que las aguas parezcan profundas, pero si Jesús nos dice: "Ven", no tenemos ninguna razón para tener miedo. "El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará" (Juan 14:12).

Aprendamos, en tercer lugar, de este milagro, *cuántos problemas se ocasionan a sí mismos los discípulos por su incredulidad*. Vemos a Pedro andar audazmente sobre el agua un cierto trecho, pero después, cuando ve "el fuerte viento", tiene miedo y comienza a hundirse. La débil carne vence a su decidida voluntad: olvida las maravillosas pruebas de la bondad y poder de su Señor que acababa de recibir; no pensó que el mismo Salvador que le había dado la capacidad de dar el primer paso tenía que poder sujetarlo para siempre; no pensó que estaba más cerca de Cristo una vez en el agua que cuando acababa de bajarse de la barca. El miedo borró su memoria; la sensación de peligro confundió su razón. No pensó más que en el viento y las olas, y en el peligro que corría, y su fe cedió. "¡Señor —gritó—, sálvame!".

¡Qué imagen tan gráfica tenemos aquí de la experiencia de muchos creyentes! Cuántos hay que tienen suficiente fe para dar el primer paso para seguir a Cristo, pero no la suficiente para continuar igual que empezaron. Se asustan de las pruebas y los peligros que parece haber en su camino. Miran a los enemigos que los rodean, y a las dificultades que les parece probable que vayan a salirles al encuentro; miran a estas cosas más que a Jesús, y enseguida sus pies comienzan a hundirse, sus corazones desfallecen dentro de ellos, su esperanza se desvanece y su consuelo desaparece. ¿Y por qué sucede todo esto? Cristo no ha cambiado; sus enemigos no han aumentado. Sucede sencillamente porque, como Pedro, han dejado de mirar a Jesús y han cedido a la incredulidad. Se obcecan pensando en sus enemigos, en vez de pensar en Cristo. ¡Ojalá guardemos esto en nuestro corazón, y aprendamos sabiduría!

Aprendamos, por último, de este milagro, *qué misericordioso es nuestro Señor Jesucristo con los creyentes débiles*. Le vemos extender su mano inmediatamente para salvar a Pedro, en cuanto este le pidió ayuda. No deja que coseche el fruto de su propia incredulidad y se hunda en las profundas aguas; parece pensar solamente en su problema, y no desear nada tanto como librarlo de él. Lo único que dice es un leve reproche: "¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?".

Debemos resaltar, en esta última parte del milagro, la inmensa "benignidad de Cristo". Puede soportar mucho, y perdonar mucho, cuando ve gracia auténtica en el corazón de un hombre. Igual que una

madre trata con amor a su hijo y no lo rechaza por su naturaleza díscola y rebelde, así trata el Señor Jesús a su pueblo. Los amó y se compadeció de ellos antes de que se convirtieran, y después de convertirse los ama y se compadece de ellos aún más. Conoce su debilidad, y es muy paciente con ellos. Quiere hacernos ver que dudar no demuestra que no se tenga fe, sino solo que se tiene una fe pequeña; y aun cuando nuestra fe es pequeña, el Señor está preparado para ayudarnos. “Cuando yo decía: Mi pie resbala, tu misericordia, oh Jehová, me sustentaba” (Salmo 94:18).

¡Cuánto anima todo esto a los hombres a servir a Cristo! ¿Qué hombre va a temer empezar a correr la carrera cristiana, con un Salvador como Jesús? Si nos caemos, Él nos volverá a levantar. Si nos equivocamos, Él nos corregirá. Pero nunca se nos privará totalmente de su misericordia. Él mismo ha dicho: “No te desampararé, ni te dejaré”, y cumplirá su palabra (Hebreos 13:5). Ojalá recordemos tan solo que si bien no hemos de despreciar la “poca fe”, no debemos detenernos ahí y contentarnos con ella. Nuestra oración ha de ser continuamente: “Señor, auméntanos la fe”.

Mateo 15:1–9

Tenemos en estos versículos una conversación entre nuestro Señor Jesucristo y algunos escribas y fariseos. El asunto de la conversación podría parecer, a primera vista, poco pertinente para nuestros días; pero en realidad no es así: los principios acerca de los fariseos son principios inmortales. Se establecen ciertas verdades aquí que son de suma importancia.

Aprendemos, por un lado, que *los hipócritas suelen dar mucha importancia a los aspectos meramente externos de la religión*.

La queja que presentan aquí los escribas y fariseos es sorprendente en cuanto al principio a que se refiere. Vinieron a nuestro Señor con una acusación contra sus discípulos, ¿pero respecto a qué? No era que fueran codiciosos ni que confiasen en su propia justicia; no era que fueran poco honrados ni que no fuesen caritativos; no era que hubieran quebrantado alguna parte de la Ley de Dios; lo que pasaba era que “habían quebrantado la tradición de los ancianos”: “No se lavaban las manos cuando comían pan”. ¡No obedecían una regla de una autoridad meramente humana, que algún viejo judío se había inventado! ¡Esa era la magnitud de su ofensa!

¿No vemos algo de esa actitud de los fariseos en nuestros días? Por desgracia, vemos demasiado. Hay miles que profesan ser cristianos a quienes no parece importarles en absoluto la religión de sus semejantes, con tal de que coincida con la suya de cara al exterior. ¿Adoran ellos siguiendo sus mismas pautas? ¿Pueden repetir su mismo “Shibolet” (cf. Jueces 12:5–6) y hablar un poco acerca de sus doctrinas favoritas? Si pueden hacerlo, se quedan satisfechos, aunque no haya ninguna evidencia de que sus semejantes sean personas convertidas; si no pueden, les encuentran siempre alguna falta y no dicen nada

bueno de ellos, aun cuando podría ser que estén sirviendo a Cristo mejor que ellos mismos. Guardémonos de tal actitud: es la pura esencia de la hipocresía. Nuestro principio ha de ser este: “El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17).

Aprendemos, por otro lado, de estos versículos, *el gran peligro que supone intentar añadirle algo a la Palabra de Dios*. Siempre que un hombre se dedica a hacerle añadidos a las Escrituras, suele terminar valorando sus propios añadidos más que la Escritura misma.

Esto lo vemos expuesto de forma contundente en la respuesta de nuestro Señor a la acusación de los fariseos contra sus discípulos. Dice: “¿Por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición?”. Ataca enérgicamente la idea misma de *añadir* algo a la perfecta Palabra de Dios como si fuera necesario para la salvación. Pone al descubierto la tendencia maliciosa de dicha idea mediante un ejemplo: muestra cómo las vitoreadas tradiciones de los fariseos lo que en realidad estaban haciendo era destruir la autoridad del quinto mandamiento. En definitiva, establece la gran verdad, que nunca deberíamos olvidar, de que existe una tendencia inherente a todas las tradiciones a “invalidar la Palabra de Dios”. Tal vez los autores de esas tradiciones no pretendieran nada parecido, y tal vez sus intenciones fueran buenas, pero la clara enseñanza de Cristo es que hay una tendencia en toda institución religiosa de autoridad meramente humana a usurpar la autoridad de la Palabra de Dios. Bucero hizo esta solemne observación: “Rara vez se hallará entre los hombres que prestan una atención excesiva a las invenciones humanas en materia de religión a uno que no confíe en ellas más que en la gracia de Dios”.

¿Acaso no hemos visto tristes pruebas de esta verdad en la historia de la Iglesia de Cristo? Desgraciadamente, hemos visto demasiadas. Como dice Baxter: “Los hombres creen que las leyes de Dios son demasiadas en número y demasiado estrictas y, sin embargo, crean más leyes propias y se esfuerzan por cumplirlas”. ¿No hemos leído nunca cómo ha habido quienes han exaltado los cánones, las rúbricas y las leyes eclesiásticas por encima de la Palabra de Dios, y han castigado la desobediencia de tales cosas con mucha mayor severidad que pecados manifiestos como la embriaguez y la blasfemia? ¿No hemos oído nunca la exagerada importancia que la Iglesia de Roma concede a los votos monásticos, a los votos de celibato y al acto de guardar las fiestas y los períodos de ayuno, de tal manera que parece situarlos por encima de los deberes familiares y aun de los Diez Mandamientos? ¿No hemos oído hablar nunca de hombres que se escandalizan más porque alguien coma carne en Cuaresma que por una flagrante impureza, o aun por un asesinato? ¿No hemos advertido nunca en nuestro propio país cuántos hay que parecen creer que la adhesión al episcopado es la cuestión más importante del cristianismo, y que la “feligresía”, como ellos la llaman, sobrepasa en importancia con mucho al arrepentimiento, a la fe, a la santidad y a las bendiciones de gracia del Espíritu? Estas son preguntas a las que solo se puede dar una triste respuesta. El espíritu de los fariseos aún vive, después de 1800 años; la tendencia a invalidar la Palabra de Dios por las tradiciones se halla entre los cristianos, así como entre los judíos; la proclividad a prácticamente exaltar las invenciones del hombre por encima de la Palabra de Dios sigue estando temiblemente vigente. ¡Ojalá nos guardemos de ella y estemos alerta! Ojalá recordemos que

ninguna tradición ni institución religiosa humana puede excusar la negligencia de los deberes familiares, ni justificar la desobediencia de ninguno de los claros mandamientos de la Palabra de Dios.

Aprendemos, en último lugar, de estos versículos, que *la adoración religiosa que Dios desea es la adoración del corazón*. Vemos que nuestro Señor dispone esto utilizando una cita de Isaías: “Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí”.

El corazón es el elemento principal en la relación entre un marido y su mujer, entre un hombre y su amigo, entre un padre y su hijo. El corazón tiene que ser el punto principal en el que centremos toda relación entre Dios y nuestras almas. ¿Qué es lo primero que necesitamos para ser cristianos? Un corazón nuevo. ¿Cuál es el sacrificio que Dios nos pide que le ofrezcamos? Un corazón contrito y humillado. ¿Cuál es la verdadera circuncisión? La circuncisión del corazón. ¿Qué es la obediencia auténtica? Obedecer de corazón. ¿Qué es la fe salvadora? Creer con el corazón. ¿Dónde debería morar Cristo? En nuestros corazones, por medio de la fe. ¿Qué es lo que, antes que ninguna otra cosa, pide la Sabiduría a todo el mundo? “Dame, hijo mío, tu corazón”.

Terminemos la lectura de este pasaje con un examen sincero del estado de nuestros corazones. Grabemos en nuestras mentes que toda ceremonia de adoración a Dios, ya sea en público o en privado, será completamente en vano si nuestros corazones “están lejos” de Él. Arrodillarse, agachar la cabeza, decir “amén” bien alto, la lectura del capítulo diario, la participación regular en la Cena del Señor son todas ellas cosas inútiles e inservibles mientras nuestros deseos sigan clavados al pecado, o al placer, o al dinero o al mundo. Para poder ser salvos, primero hemos de responder a la pregunta de nuestro Señor satisfactoriamente. Él nos dice a todos y cada uno de nosotros: “¿Me amas?” (Juan 21:17).

Mateo 15:10–20

Hay dos declaraciones del Señor Jesús en este pasaje que son impactantes. Una de ellas se refiere a la falsa doctrina; la otra, al corazón humano. Ambas merecen nuestra mayor atención.

En lo referente a la falsa doctrina, nuestro Señor declara que *es nuestro deber oponernos a ella*, que *su destrucción final está asegurada* y que *debemos abandonar a sus maestros*. Dice: “Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada. Dejadlos”.

Es evidente, si se examina el pasaje, que a los discípulos les sorprendió el duro lenguaje que nuestro Señor utilizó al hablar de los fariseos y de sus tradiciones. Probablemente estarían acostumbrados desde su juventud a considerar a los fariseos como los más sabios y mejores de entre los hombres. Se quedarían estupefactos al oír a su Maestro denunciarlos como hipócritas y acusarlos de infringir el mandamiento de Dios. “¿Sabes —le dijeron— que los fariseos se ofendieron?”. Debemos estar agradecidos por esa pregunta, pues

nuestro Señor dio una respuesta aclaratoria; una respuesta que quizá no haya recibido nunca la atención que merece.

El significado de las palabras de nuestro Señor es sencillamente que la falsa doctrina, como la de los fariseos, era una planta con la que no había que tener la más mínima misericordia. Era una "planta que no había plantado su Padre celestial" y que se debía "desarraigar" a pesar de las ofensas que esto pudiera ocasionar. Dejarla vivir no sería un acto de caridad, pues era una planta maligna para las almas de los hombres. De poco importaba que quienes la habían plantado fueran personas con un rango muy alto, o eruditas: si contradecía la Palabra de Dios, había que detenerla, refutarla y rechazarla. Sus discípulos debían, por tanto, comprender que era apropiado oponerse a toda enseñanza que no fuera bíblica, y "dejar" y aislar a todos los maestros que persistieran en impartirla. Tarde o temprano habían de descubrir que toda doctrina falsa terminará siendo derrocada y avergonzada, y que nada permanecerá en pie salvo lo que se haya construido sobre la base de la Palabra de Dios.

Hay lecciones de profunda sabiduría en esta declaración de nuestro Señor que ayudan a aclararles su deber a muchos que profesan ser cristianos. Fijémonos bien en ellas, y veamos cuáles son. Fue una obediencia de tipo práctico a esta declaración lo que originó la bendita Reforma protestante. Así que sus lecciones merecen la mayor atención.

¿No vemos aquí el deber de oponerse con firmeza a la enseñanza falsa? Lo vemos, sin lugar a dudas. Ningún temor a causar una ofensa, ni ningún miedo a la censura eclesiástica, debería hacernos callar cuando la Verdad de Dios se encuentra en peligro. Si somos verdaderos seguidores de nuestro Señor, tendríamos que ser testigos francos y resueltos en la lucha contra el error. "La Verdad —dice Musculus— no debe ser suprimida porque los hombres sean perversos y ciegos".

¿No vemos, además, el deber de abandonar a los falsos maestros, si no dejan sus engaños? Lo vemos, sin lugar a dudas. Ninguna falsa delicadeza, ni ninguna humildad hipócrita, debería impedir apartarnos del ministerio de un ministro que contradiga la Palabra de Dios. El riesgo lo corremos nosotros si nos sometemos a una enseñanza que no sea bíblica: nuestra sangre será sobre nuestras propias cabezas. Utilizando las palabras de Whitby: "Nunca puede ser bueno seguir al ciego hasta el hoyo".

¿No vemos, por último, el deber de tener paciencia al ver que la enseñanza falsa abunda? Lo vemos, sin lugar a dudas. Podemos consolarnos con el pensamiento de que no será así por mucho tiempo: Dios mismo defenderá la causa de su propia verdad; tarde o temprano, toda herejía "será desarraigada". No debemos luchar con armas carnales, sino esperar, y predicar, y exponer nuestras razones y orar. Tarde o temprano, como dijo Wyclife, "la Verdad prevalecerá".

En lo referente al corazón humano, nuestro Señor declara en estos versículos que *este es la verdadera fuente de todo pecado y corrupción*. Los fariseos enseñaban que la santidad dependía de ciertos alimentos y bebidas, de lavamientos corporales y de purificaciones. Afirmaban que todos aquellos que cumplían con sus tradiciones en estos aspectos eran puros y estaban limpios delante de Dios, y que todos los que las incumplían eran impuros y estaban inmundos. Nuestro Señor abolió esta vil doctrina mostrándoles a sus discípulos que la verdadera fuente de toda corrupción no se hallaba fuera del

hombre, sino dentro. “Del corazón —les dice— salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre”. Quien desee servir a Dios como es debido, necesita algo mucho más importante que los lavamientos corporales. Tiene que procurar tener “un corazón limpio”.

¡Qué imagen tan terrible tenemos aquí de la naturaleza humana, descrita además por uno que “sabía lo que había en el hombre”! ¡Qué temible recuento de las cosas que contiene nuestro ser! ¡Qué triste lista de semillas del mal la que saca a la luz nuestro Señor, ocultas en lo profundo de cada uno de nosotros y preparadas para entrar en acción en cualquier momento! ¿Qué podrán decir los orgullosos y quienes confían en su propia justicia, al leer un pasaje como este? No es un retrato del corazón de un ladrón o un asesino: es la descripción real y fidedigna de los corazones de toda la Humanidad. ¡Que Dios nos conceda poder meditar en esto bien, y aprender sabiduría!

Que sea nuestra firme resolución que en nuestra vida religiosa lo más importante ha de ser el estado de nuestros corazones. Que no nos haga sentirnos satisfechos el ir a la iglesia y cumplir con los formalismos de la religión: miremos mucho más allá, y deseemos tener un “corazón […] recto delante de Dios” (Hechos 8:21). El corazón recto es el que ha sido rociado con la sangre de Cristo, renovado por el Espíritu Santo y purificado por la fe. No descansemos jamás hasta encontrar, en nuestro testimonio del Espíritu, que Dios ha creado en nosotros un corazón limpio y ha hecho todas las cosas nuevas (cf. Salmo 51:10; 2 Corintios 5:17).

Que sea también, por último, nuestra firme resolución “guardar nuestro corazón, sobre toda otra cosa guardada” todos los días de nuestra vida (cf. Proverbios 4:23). Aun después de haber sido nosotros renovados, sigue siendo débil; aun después de habernos vestido del nuevo hombre, sigue siendo engañoso. No olvidemos nunca que nuestro principal peligro proviene de nuestro interior. El mundo y el diablo, unidos, no pueden hacernos tanto daño como el que puede hacernos nuestro propio corazón si no velamos y oramos. Dichoso aquel que recuerda diariamente las palabras de Salomón: “El que confía en su propio corazón es necio” (Proverbios 28:26).

Mateo 15:21–28

Se recoge en estos versículos otro de los milagros de nuestro Señor. Las circunstancias que lo rodean son particularmente interesantes: considerémoslas por orden, y veamos cuáles son. Cada palabra de estas historias tiene una abundante instrucción.

Vemos, en primer lugar, que *una fe auténtica se puede hallar en ocasiones donde menos se podría haber esperado*.

Una mujer cananea clama pidiéndole ayuda a nuestro Señor, para que sane a su hija. “¡Señor, Hijo de David —le dice—, ten misericordia de mí!”. Semejante oración habría sido la prueba de una gran fe si ella

hubiera vivido en Betania o en Jerusalén; pero cuando leemos que esta mujer era de “la región de Tiro y de Sidón”, esa oración bien podría parecernos sorprendente. Debería enseñarnos que es la gracia, y no el lugar de nacimiento, lo que hace a las personas ser creyentes. Podríamos vivir en la casa de un profeta, como Giezi, el criado de Eliseo y, sin embargo, seguir sin arrepentirnos, sin creer y apegados al mundo. Podríamos vivir en mitad de la superstición y de las tinieblas de la idolatría, como la muchacha que servía a la mujer de Naamán y, sin embargo, ser fieles testigos de Dios y de su Cristo. No perdamos la esperanza respecto al alma de nadie tan solo porque le haya tocado vivir en un contexto desfavorable. Es posible habitar en la región de Tiro y de Sidón y aun así sentarse un día en el Reino de Dios.

Vemos, en segundo lugar, que *la aflicción resulta ser, en ocasiones, una bendición para el alma de una persona*.

Aquella madre cananea había atravesado, sin duda, una prueba muy dura. Había visto a su amada hija atormentada por un demonio, y no había podido proporcionarle ningún alivio. Pero aquel problema la condujo hasta Cristo y le enseñó a orar. Sin el problema, quizá habría vivido y muerto en una despreocupada ignorancia y no habría visto nunca a Jesús: ciertamente fue bueno para ella haber sido afligida (cf. Salmo 119:71 LBLA).

Fijémonos bien en esto. No hay nada que muestre nuestra ignorancia tanto como nuestra impaciencia cuando tenemos problemas. Olvidamos que cada cruz es un mensaje de Dios, y que su propósito final es nuestro bien. El propósito de las pruebas es hacernos pensar, alejarnos del mundo, encaminarnos a la Biblia, hacernos caer de rodillas. La salud es una cosa buena, pero la enfermedad es aún mejor si nos lleva hasta Dios. La prosperidad es una gran misericordia, pero la adversidad es otra mayor si nos acerca a Cristo. Cualquier cosa, *cualquier cosa* es mejor que vivir en la despreocupación y morir en el pecado. Es mil veces mejor ser afligido, como la madre cananea, y, como ella, acudir a Cristo, que vivir acomodadamente, como el rico “necio”, y al final morir sin Cristo y sin esperanza (cf. Lucas 12:20).

Vemos, en tercer lugar, que *muchas veces el pueblo de Cristo tiene menos gracia y menos compasión que las que tuvo el propio Cristo*.

La mujer cuya historia estamos leyendo no halló mucho favor en los discípulos de nuestro Señor. Tal vez consideraron que alguien que habitaba en la región de Tiro y de Sidón era indigno de recibir la ayuda de su Maestro. El caso es que le dijeron: “Despídela”.

Hay demasiadas muestras de esta actitud entre muchos que profesan ser creyentes y así se llaman a sí mismos. Suelen desalentar a quienes buscan a Cristo, en vez de ayudarlos a avanzar. Están siempre dispuestos a dudar de la autenticidad de la gracia de los principiantes, porque es pequeña, y a tratarlos como Saulo fue tratado cuando fue por primera vez a Jerusalén después de su conversión: “No [creían] que fuese discípulo” (Hechos 9:26). Guardémonos de ceder terreno a tal actitud; procuremos tener más de la mente de Cristo. Como Él, seamos mansos y bondadosos, alentando siempre con nuestro comportamiento a aquellos que buscan la salvación; ante todo, digámosles a los hombres sin cesar que no deben juzgar a Cristo por los cristianos. Asegurémosles que hay mucho más en ese Maestro misericordioso que aun en los mejores de entre sus siervos. Puede que Pedro, Santiago y Juan digan de un alma afligida: “Despídela”, pero semejante palabra no ha salido nunca de la boca de Cristo. Quizá a

veces nos haga esperar mucho tiempo, como hizo con esta mujer, pero nunca nos despedirá con las manos vacías.

Vemos, en último lugar, que *se nos da un gran ánimo a perseverar en la oración, tanto por nosotros mismos como por los demás*.

Es difícil imaginar un ejemplo de esta verdad mejor que el que tenemos en este pasaje. La oración de esta madre afligida pareció, al principio, haber pasado totalmente desapercibida: Jesús "no le respondió palabra". Pero ella continuó orando. Las palabras que finalmente le dirigió nuestro Señor sonaron desalentadoras: "No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel". Pero ella continuó orando: "¡Señor, socórreme!". Las palabras que nuestro Señor dijo en segundo lugar fueron aún menos alentadoras que las primeras: "No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos". Pero "la esperanza que se demora" no atormentó su corazón (cf. Proverbios 13:12). Aun después de aquello tampoco se calló; aun después de aquello encuentra un modo de suplicar que se le concedan unas pocas "migajas" de misericordia. Y al final su importunidad obtuvo una generosa recompensa: "Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres". Nunca se ha roto aquella promesa: "Buscad, y hallaréis" (Mateo 7:7).

Acordémonos de esta historia *cuando oremos por nosotros mismos*. A veces tenemos la tentación de pensar que no conseguimos nada con nuestras oraciones, y que lo mismo nos daría dejar de hacerlas por completo. Resistámonos a esa tentación; proviene del diablo. Tengamos fe, y sigamos orando. Sigamos orando contra los pecados que nos acucian, contra el espíritu de este mundo y contra las asechanzas del diablo, y no desmayemos. "Perseveremos en la oración" pidiendo fuerzas para cumplir con nuestros deberes, gracia para soportar las pruebas y consuelo para cada problema. Tengamos la seguridad de que ningún otro tiempo está tan bien invertido como el que cada día pasemos sobre nuestras rodillas. Jesús nos escucha, y llegado el momento que Él haya escogido, nos dará una respuesta.

Acordémonos de esta historia *cuando intercedamos por los demás*. ¿Tenemos hijos cuya conversión ansiamos? ¿Tenemos familiares y amigos por cuya salvación nos impacientamos? Sigamos el ejemplo de esta mujer cananea, y presentemos ante Cristo el estado de sus almas. Mencionémosle sus nombres día y noche, y no descansemos hasta obtener una respuesta. Puede que tengamos que esperar muchos años; puede que nos parezca que oramos en vano y que intercedemos sin ningún resultado; pero no nos rindamos nunca, mientras dure nuestra vida. Tengamos fe en que Jesús no cambia, y que el que escuchó a la mujer cananea y le concedió lo que pedía también nos escuchará a nosotros y un día nos dará paz como respuesta.

Mateo 15:29–39

El comienzo de este pasaje contiene tres puntos que merecen una atención especial por nuestra parte. Por ahora nos concentraremos

exclusivamente en estos tres.

En primer lugar, advirtamos *cuántas más molestias se toma la gente para aliviar sus enfermedades físicas que por sus almas*. Leemos que “se acercó mucha gente a Jesús que traía consigo a cojos, ciegos, mudos, mancos, y otros muchos enfermos”. No cabe duda que muchos de ellos habrían hecho un viaje de muchos kilómetros y habrían tenido que hacer tremendos esfuerzos. No hay nada tan difícil y aparatoso como mover a un enfermo. Pero la esperanza de ser sanado estaba allí, a su alcance, y tal esperanza lo es todo para alguien que está enfermo.

Si nos sorprende la conducta de aquella gente es que sabemos poco sobre la naturaleza humana. No nos debe sorprender en absoluto. Creían que la salud era la mayor de las bendiciones terrenales; creían que el dolor era la prueba más difícil de soportar. No se puede razonar contra lo que se siente. Imaginemos a un hombre que siente que sus fuerzas le están fallando; ve cómo su cuerpo se deteriora y su cara empalidece; nota que está perdiendo el apetito; se da cuenta, en resumen, de que está enfermo y le hace falta un médico. Si se le hablase de un médico que no vive lejos y con fama de no equivocarse nunca preparando remedios curativos, iría a verlo sin vacilación.

No olvidemos, sin embargo, que nuestras almas están mucho más enfermas que nuestros cuerpos, y aprendamos una lección a partir del comportamiento de esta gente. Nuestras almas están afectadas por una enfermedad mucho más arraigada, mucho más grave y mucho más difícil de curar que ningún otro mal que la carne pueda contraer. Están verdaderamente apestadas por el pecado. Tienen que ser sanadas, y sanadas eficazmente, o perecerán eternamente. ¿Conocemos esto de veras? ¿Lo sentimos? ¿Somos conscientes de nuestra enfermedad espiritual? Desgraciadamente, solo hay una respuesta para estas preguntas. La mayor parte de la Humanidad no lo siente en absoluto. Sus ojos están cegados. Son completamente inconscientes de su peligro. Por su salud física abarrotan las salas de espera de los médicos; por su salud física hacen largos viajes, para encontrar un aire más puro; pero por la salud de sus almas ni siquiera se detienen a pensar. ¡Dichoso ciertamente aquel hombre o aquella mujer que ha descubierto la enfermedad que afecta a su alma! Esa persona no descansará hasta que haya encontrado a Jesús. Los problemas no le parecerán nada importante. ¡“Vida, vida; vida eterna” (*) es lo que está en juego! Estimará “todas las cosas como pérdida”, para ganar a Cristo y ser sanado (cf. Filipenses 3:8).

En segundo lugar, advirtamos *la maravillosa facilidad y poder con que nuestro Señor sanó a todos los que le fueron traídos*. Leemos que “la multitud se maravillaba, viendo a los mudos hablar, a los mancos sanados, a los cojos andar, y a los ciegos ver; y glorificaban al Dios de Israel”.

En estas palabras observamos un vívido símbolo del poder de nuestro Señor Jesucristo para sanar almas enfermas por el pecado. No hay ninguna afección de corazón que Él no pueda curar. No hay ningún tipo de achaque espiritual que Él no pueda vencer. La fiebre de la lujuria, la parálisis del amor al mundo, el lento debilitamiento de la indolencia y la pereza, la enfermedad cardíaca de la incredulidad; todas, todas ellas, remiten cuando Él envía su Espíritu a uno de los hijos de los hombres. Él puede poner un cántico nuevo en los labios de un pecador y hacerle hablar con amor de ese Evangelio del que una vez se burló y blasfemó; puede abrir los ojos del entendimiento de un

hombre y hacerle ver el Reino de Dios; puede abrir los oídos de un hombre y hacer que sienta el deseo de oír su voz y seguirle adondequiera que vaya; puede darle a un hombre que una vez anduvo por el camino espacioso que lleva a la perdición el poder para pasar a andar por el camino de la vida; puede hacer que las manos que una vez fueron instrumentos del pecado le sirvan y hagan su voluntad. Aún no ha pasado la época de los milagros. Toda conversión es un milagro. ¿Hemos sido testigos alguna vez de un caso real de conversión? Entonces sepamos que vimos en él la mano de Cristo. No habríamos visto nada que fuera verdaderamente más grandioso si hubiéramos visto a nuestro Señor hacer a los mudos hablar y a los cojos andar, cuando estuvo sobre la Tierra.

¿Nos gustaría saber lo que debemos hacer si queremos ser salvos? ¿Sentimos que nuestra alma está enferma, y deseamos hallar una cura? Lo único que tenemos que hacer es acudir a Cristo por medio de la fe, y pedirle alivio a Él. Él no cambia; 1800 años no han hecho ninguna diferencia en Él. Muy alto, a la mano derecha de Dios, sigue siendo el gran Médico. Sigue recibiendo "a los pecadores" (Lucas 15:2). Sigue siendo poderoso para sanar.

En tercer lugar, advirtamos *la gran compasión de nuestro Señor Jesucristo*. Leemos que "Jesús, llamando a sus discípulos, dijo: Tengo compasión de la gente". Una gran multitud de hombres y mujeres es siempre una visión muy solemne. Debería conmover nuestros corazones el sentir que cada uno de ellos es un pecador moribundo, y que cada uno de ellos tiene un alma que necesita salvarse. Nadie parece haber sentido tanto jamás, al ver una multitud, como Cristo.

Es un hecho curioso y significativo que, de todos los sentimientos que nuestro Señor experimentó cuando estuvo en este mundo, ninguno se menciona tanto como la "compasión". Su alegría, su tristeza, su gratitud, su ira, su asombro, su celo aparecen descritos en ciertas ocasiones. Pero ninguno de estos sentimientos se menciona con tanta frecuencia como la "compasión". El Espíritu Santo parece querer hacernos ver que esta era la característica distintiva de su carácter, y el sentimiento predominante en su mente cuando estuvo entre los hombres. Nueve veces (sin contar las expresiones de este sentimiento en las parábolas), nueve veces ha hecho el Espíritu que aparezca esa palabra —"compasión"— escrita en los Evangelios.

Hay algo muy conmovedor e instructivo en este hecho. En la Palabra de Dios no hay nada escrito por casualidad: existe una razón especial por la que se ha escogido cada una de sus expresiones. Esa palabra —"compasión"— fue escogida de manera especial, sin duda, para nuestro provecho.

Esa palabra debería animar a todos aquellos que estén vacilando en cuanto a comenzar a andar por los caminos de Dios. Que recuerden que su Salvador tiene una gran "compasión". Los recibirá de gracia; los perdonará con generosidad; nunca más se acordará de sus iniquidades pasadas; proveerá para todas sus necesidades en abundancia. Que no tengan miedo. La misericordia de Cristo es un pozo profundo, cuyo fondo nadie ha hallado jamás.

Esa palabra debería confortar a los santos y siervos del Señor cuando se sientan cansados. Que se acuerden de que Jesús es "compasivo" (*). Sabe cómo es el mundo en que viven; conoce el cuerpo de un hombre, y todas sus debilidades; conoce las maquinaciones del enemigo de los hombres, el diablo. Que no se

desanimen: el Señor se compadece de su pueblo. Quizá sientan que la debilidad, la incapacidad y la imperfección están impresas en todos sus actos, pero que no se olviden de esas palabras que dicen: “Nunca decayeron sus misericordias” (Lamentaciones 3:22).

Mateo 16:1–12

En estos versículos encontramos a nuestro Señor bajo el ataque de la incansable enemistad de los fariseos y los saduceos. Por lo general, estas dos sectas estaban enemistadas entre sí; de la persecución de Cristo, no obstante, hicieron una causa común. ¡Verdaderamente, la suya era una alianza nada santa! Y, sin embargo, con cuánta frecuencia vemos esto mismo en nuestros días. Hombres cuyas opiniones y costumbres son totalmente contrarias coinciden en su odio por el Evangelio y unen sus fuerzas para obstaculizar su progreso. “Nada hay nuevo debajo del sol” (Eclesiastés 1:9).

El primer punto de este pasaje que merece una atención especial es *la repetición que hace nuestro Señor de ciertas palabras que ya utilizara en una ocasión anterior*. Dice: “La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás”. Si buscamos el capítulo 12 de este Evangelio, y el versículo 39, encontraremos que ya había dicho una vez exactamente lo mismo.

Puede que esta repetición les parezca a algunos una cuestión trivial y sin importancia. Pero, en realidad, no lo es. Nos aclara un asunto que ha confundido las mentes de muchos que han amado sinceramente la Biblia, y debería, por tanto, examinarse con especial atención.

Esta repetición nos muestra que nuestro Señor tenía la costumbre de *decir las mismas cosas una y otra vez*. No se conformaba diciendo una cosa una sola vez, sin volver a repetirla nunca más. Es evidente que tenía por costumbre exponer ciertas verdades varias veces, para fijarlas así en las mentes de sus discípulos más profundamente. Conocía la debilidad de nuestras memorias para cuestiones espirituales; sabía que nos acordamos mejor de lo que oímos dos veces que de lo que oímos una. Por consiguiente sacó de su tesoro cosas viejas así como nuevas.

Ahora bien, ¿qué nos enseña todo esto? Nos enseña que no debemos preocuparnos tanto por *armonizar* las narraciones que encontramos en los cuatro Evangelios, como a muchos les gusta hacer. No debe deducirse que las palabras de nuestro Señor que aparecen tanto en S. Mateo como en S. Lucas se dijeran siempre en el mismo momento, ni que los acontecimientos en que se enmarcan tengan que ser necesariamente los mismos. Puede que S. Mateo esté describiendo un hecho de la vida de nuestro Señor, y S. Lucas otro distinto, y que las palabras de nuestro Señor hayan sido exactamente iguales en ambas ocasiones. Intentar hacer de dos acontecimientos uno solo, porque las palabras utilizadas fueran idénticas, ha puesto muchas veces en grandes apuros a los estudiosos de la Biblia. Es mucho más seguro adoptar la posición expuesta aquí: que a veces nuestro Señor utilizó

las mismas palabras en ocasiones diferentes.

El segundo punto que merece una atención especial en estos versículos es *la solemne advertencia que nuestro Señor aprovecha para hacerles a sus discípulos*. Es obvio que le dolían en su corazón las falsas doctrinas que veía entre los judíos, y la perniciosa influencia que estas tenían. Nuestro Señor aprovecha la oportunidad para avisarles del peligro. “Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos”. Fijémonos bien en lo que dicen esas palabras.

¿A quién se dirigía esta advertencia? A los doce apóstoles; a los primeros ministros de la Iglesia de Cristo; ¡a hombres que lo habían dejado todo por el Evangelio! ¡Aun a ellos se les hace una advertencia! Aun los mejores hombres siguen siendo simplemente hombres, y en cualquier momento pueden caer en tentación. “El que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12). Si queremos amar la vida y ver días buenos, no pensemos nunca que no necesitamos ese consejo: “Mirad, guardaos”.

¿De qué advierte nuestro Señor a sus apóstoles? De la “doctrina” de los fariseos y de los saduceos. Los fariseos —se nos dice con frecuencia en los Evangelios— eran formalistas que confiaban en su propia justicia; los saduceos eran escépticos, librepensadores y medio infieles. ¡Aun así, hombres como Pedro, Santiago y Juan debían guardarse de sus doctrinas! ¡Verdaderamente, aun el mejor y más santo de los creyentes tiene que estar siempre alerta!

¿Qué imagen emplea nuestro Señor para describir las falsas doctrinas de las que advierte a sus discípulos? Las llama “levadura”. Al igual que la levadura, podrían parecer una cosa muy pequeña en comparación con toda la masa de la Verdad; al igual que la levadura, una vez que fuesen aceptadas empezarían a actuar de manera secreta y silenciosa; al igual que la levadura, cambiarían progresivamente la naturaleza misma de la religión con la que se mezclaran. ¡Cuántas cosas contiene a menudo una sola palabra! De lo que los Apóstoles se tenían que guardar no era solamente el peligro evidente de la herejía, sino también la “levadura”.

Hay mucho en todo esto que pide a gritos la atención de todos aquellos que profesan ser cristianos. El aviso que nuestro Señor da en este pasaje ha sido descaradamente pasado por alto. Bueno habría sido para la Iglesia de Cristo que se hubieran estudiado tanto las advertencias del Evangelio como sus promesas.

Recordemos, pues, que este comentario de nuestro Señor acerca de “la levadura de los fariseos y de los saduceos” estaba dirigido a todas las épocas. No se dirigía únicamente a la generación a la que se le dijo con palabras: su propósito era el beneficio perpetuo de la Iglesia de Cristo. Aquel que lo pronunció lo hizo con una visión profética de la historia futura del cristianismo. El gran Médico sabía bien que las doctrinas de los fariseos y las doctrinas de los saduceos serían las dos mayores enfermedades debilitadoras de su Iglesia, hasta el fin del mundo. Quería que supiéramos que siempre habrá fariseos y saduceos entre las filas del ejército cristiano; que nunca dejarán de tener sucesores; que su estirpe nunca se extinguirá. Puede que cambie su nombre, pero su espíritu siempre será el mismo. De modo que nos exhorta, diciendo: “Mirad, guardaos”.

Por último, prestemos atención a este aviso de forma personal, teniendo un celo santo por nuestras propias almas. Recordemos que vivimos en un mundo en el que el fariseísmo y el saduceísmo

sostienen una lucha constante por el dominio de la Iglesia de Cristo. Algunos quieren añadirle cosas al Evangelio, y otros quieren quitarle cosas; algunos querrían enterrarlo, y otros querrían talarlo hasta dejarlo en nada; algunos lo ahogarían amontonando sobre él añadiduras, y otros lo desangrarían sustrayendo sus verdades. Ambas partes coinciden en un solo punto: ambas matarían y destruirían la vida del cristianismo si lograran salirse con la suya. Velemos y oremos respecto a ambos errores, y estemos alerta. No añadamos nada al Evangelio para agradar al fariseo católico romano; no quitemos nada del Evangelio, para agradar al saduceo modernista. Que nuestro principio sea “la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad”, sin ningún añadido ni ninguna sustracción.

Mateo 16:13–20

Algunas palabras de este pasaje han originado dolorosas diferencias y divisiones entre los cristianos. Los hombres han porfiado y discutido su significado hasta perder la paciencia y, sin embargo, no han logrado convencerse unos a otros. Tendrá que bastarnos el considerar brevemente las palabras que son el objeto de la controversia, para luego pasar a lecciones más prácticas.

¿Qué es, pues, lo que debemos entender cuando leemos esas extraordinarias palabras de nuestro Señor: “Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia”? ¿Quiere esto decir que el apóstol Pedro había de ser el cimiento sobre el que se construiría la Iglesia de Cristo? Tal interpretación parece, como poco, extremadamente improbable. Hablar de un hijo de Adán propenso al error y falible como si hubiera de ser el cimiento del templo espiritual no concuerda mucho con el lenguaje habitual de la Escritura. Ante todo, hay que destacar que no existe razón alguna por la que nuestro Señor no podría haber dicho: “Sobre *ti* edificaré mi iglesia” si fuera eso lo que pretendía decir, en vez de: “Sobre *esta roca* edificaré mi iglesia”.

El auténtico significado de “la roca” mencionada en este pasaje parece ser la verdad del mesiazgo y la divinidad de nuestro Señor, que Pedro acababa de confesar. Es como si nuestro Señor hubiera dicho: “Es apropiado que te llames Pedro, que significa ‘piedra’, pues tú has confesado esa gran *verdad* sobre la que, como si fuera una roca, edificaré mi Iglesia”.

¿Y qué es lo que debemos entender cuando leemos la promesa que nuestro Señor le hace a Pedro: “A ti te daré las llaves del reino de los cielos”? ¿Quiere esto decir que se le iba a conceder a Pedro el derecho de admisión de almas en el Cielo? Semejante idea es absurda. Esa tarea es la prerrogativa especial de Cristo (Apocalipsis 1:18). ¿Quieren decir esas palabras que Pedro había de tener alguna primacía o superioridad respecto a los demás apóstoles? No existe la más mínima prueba de que esas palabras tuvieran tal significado en la época del Nuevo Testamento, ni de que Pedro tuviera una posición o dignidad superiores a las del resto de los doce.

El auténtico significado de la promesa hecha a Pedro parece ser que él había de tener el privilegio especial de ser quien por primera vez abriera la puerta de la salvación tanto a los judíos como a los gentiles. Esto se cumplió con toda exactitud cuando predicó el día de Pentecostés a los judíos y cuando visitó al gentil Cornelio en su propia casa. En ambas ocasiones utilizó "las llaves" y abrió de par en par la puerta de la fe. Y parece que él mismo fue consciente de ello: "Dios —dice— escogió que los gentiles oyesen por mi boca la palabra del evangelio y creyesen" (Hechos 15:7).

¿Qué es, por último, lo que debemos entender cuando leemos las palabras: "Todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos"? ¿Quiere esto decir que el apóstol Pedro había de tener poder para perdonar los pecados y absolver a los pecadores? Semejante idea menoscaba el oficio especial de Cristo como nuestro gran Sumo Sacerdote. Nunca vemos a Pedro, ni a ningún otro de los apóstoles, ejercer este poder, ni una sola vez. Ellos mismos remiten siempre a los hombres a Cristo.

El auténtico significado de esta promesa parece ser que Pedro y sus compañeros, los Apóstoles, habían de recibir la comisión especial de enseñar con autoridad el camino de la salvación. Igual que los sacerdotes del Antiguo Testamento declaraban autoritativamente quién se había limpiado de la lepra, los Apóstoles fueron comisionados para "declarar y pronunciar" autoritativamente a quién se le habían perdonado sus pecados. Además de esto, recibirían una inspiración especial para disponer reglas y normas para orientar a la Iglesia en cuestiones disputables. Algunas cosas las tendrían que "atar", o prohibir; otras las tendrían que "desatar", o permitir. La decisión tomada en el Concilio de Jerusalén, de que los gentiles no tenían que ser circuncidados, fue un ejemplo del ejercicio de tal poder (Hechos 15:19). Pero esta comisión estaba limitada únicamente a los Apóstoles. Al terminar su ejercicio no tenían sucesores. Con ellos comenzó, y con ellos acabó.

Vamos a dejar aquí estas palabras controvertidas; para nuestra edificación personal basta, probablemente, lo que ya se ha dicho sobre ellas. Tan solo recordemos que, cualquiera que sea el sentido con el que los hombres las interpreten, no tienen nada que ver con lo que enseña la Iglesia de Roma. Pasemos ahora a prestar atención a asuntos que conciernen de un modo más cercano a nuestras almas.

En primer lugar, admiremos *la noble confesión que hace en este pasaje el apóstol Pedro*. En respuesta a la pregunta de nuestro Señor —"Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?"— le dice: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente".

Puede que, a primera vista, un lector descuidado no vea nada de extraordinario en estas palabras del Apóstol; quizá piense que lo extraordinario es el gran elogio que obtienen de los labios de nuestro Señor. Pero tales pensamientos nacen de la ignorancia y de la falta de reflexión. Los hombres olvidan que es muy diferente creer en la misión divina de Cristo viviendo entre quienes profesan ser cristianos, de creer en ella viviendo entre judíos incrédulos y de corazones endurecidos. El mérito de la confesión de Pedro radica en que la hizo cuando eran muy pocos los que estaban con Cristo, y muchos los que estaban contra Él. La hizo cuando los gobernantes de su propio país, los escribas, los sacerdotes y los fariseos, estaban todos en contra de su Maestro; la hizo cuando nuestro Señor había tomado "forma de

siervo", sin riquezas, sin dignidad real, sin ningún rasgo visible de ser Rey. Hacer aquella confesión en aquel momento requería una gran fe y un carácter muy decidido. La confesión misma, como dice Brentius, "era el epítome de todo el cristianismo, y un compendio de la verdadera doctrina de la religión". Fue por eso por lo que nuestro Señor le dijo: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás".

Haremos bien en imitar ese efusivo celo y afecto que Pedro demostró en esta ocasión. Se podría decir, quizá, que tendemos demasiado a subestimar a este santo hombre por su inestabilidad ocasional y su triple negación de su Señor. Hacerlo es un grave error. A pesar de todas sus faltas, Pedro era un siervo de Cristo sincero, ferviente y resuelto; a pesar de todas sus imperfecciones, ha establecido un modelo para nosotros, modelo que muchos cristianos harían bien en seguir. Un celo como el suyo puede tener altibajos, y a veces puede carecer de firmeza en su propósito; un celo como el suyo puede desviarse del camino, y a veces puede cometer errores lamentables; pero un celo como el suyo no se debe despreciar. Es un celo que despierta a los que están dormidos, mueve a los perezosos, contagia a los demás sus ganas de esforzarse. No hay nada peor en la Iglesia de Cristo que la pereza, la tibieza y el aletargamiento. Bueno habría sido para la cristiandad que hubiera habido más cristianos como Simón Pedro o Martín Lutero.

Asegurémonos, a continuación, de que *comprendemos lo que nuestro Señor quiere decir cuando habla de "su iglesia"*.

La Iglesia que Jesús promete edificar sobre una roca es "la bendita compañía de todos los fieles". No es la Iglesia visible de una nación concreta, ni de un país concreto, ni de un lugar concreto: es todo el conjunto de creyentes de todas las épocas, lenguas y razas. Es una Iglesia compuesta por todos aquellos que han sido lavados en la sangre de Cristo, vestidos con la justicia de Cristo, regenerados por el Espíritu de Cristo, que están unidos a Cristo por la fe y que son "carta de Cristo" en sus vidas; es una Iglesia en la que cada miembro ha sido bautizado por el Espíritu Santo y es verdadera y auténticamente santo; es una Iglesia que consiste en un cuerpo: todos los que son parte de él son "de un corazón" y "de un mismo sentir", defienden las mismas verdades y creen en las mismas doctrinas como necesarias para la salvación. Es una Iglesia que solo tiene una Cabeza, la cual no es sino Jesucristo: "Él es la cabeza del cuerpo" (Colosenses 1:18).

Guardémonos de errores en este aspecto. Pocas palabras se malinterpretan tanto como "Iglesia"; pocos errores han hecho tanto daño a la causa de la verdadera religión. La ignorancia en cuanto a esta cuestión ha sido una inagotable fuente de intolerancia, sectarismo y persecución. Los hombres han peleado y disputado acerca de iglesias episcopales, presbiterianas e independientes, como si fuera necesario para la salvación pertenecer a alguna en particular, y como si al pertenecer a una de ellas se perteneciese sin lugar a dudas a Cristo. Todo este tiempo se han olvidado de la única Iglesia verdadera, fuera de la cual no hay salvación en absoluto. En el día final no tendrá ninguna importancia a qué iglesia hayamos ido a adorar a Dios, si no somos miembros de la auténtica Iglesia de los elegidos de Dios.

Por último, fijémonos en *las gloriosas promesas que nuestro Señor le hace a su Iglesia*. Dice: "Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella".

El significado de esta promesa es que el poder de Satanás no

destruirá nunca al pueblo de Cristo. Aquel que introdujo el pecado y la muerte en la primera creación, tentando a Eva, no podrá arruinar la nueva jamás eliminando a los creyentes. El cuerpo místico de Cristo no puede perecer, ni deteriorarse. Aunque muchas veces sea perseguido, afligido, atribulado y humillado, nunca se le podrá poner fin: sobrevivirá a la ira de faraones y emperadores romanos. Iglesias visibles, como la de Éfeso, quizá sean reducidas hasta la nada, pero la verdadera Iglesia nunca morirá. Como la zarza que vio Moisés, podrá arder, pero no se consumirá. *Todos y cada uno* de sus miembros serán llevados a salvo hasta la gloria. A pesar de las caídas, de los fracasos y de los defectos, y a pesar del mundo, de la carne y del diablo, ningún miembro de la verdadera Iglesia se podrá perder jamás (Juan 10:28).

Mateo 16:21–23

Al comienzo de estos versículos encontramos a nuestro Señor revelando a sus discípulos una grandiosa pero alarmante verdad. Esa verdad era que se acercaba la hora de su muerte en la Cruz. Por primera vez les presenta a sus mentes el asombroso anuncio de que "le era necesario ir a Jerusalén, y padecer, y ser muerto". No había venido a la Tierra a establecer un reino, sino a morir. No había venido a reinar y a ser servido, sino a derramar su sangre en sacrificio y a dar su vida en rescate por muchos.

Nos es prácticamente imposible imaginar lo extraña e incomprensible que debió parecerles esta noticia a sus discípulos. Al igual que la mayoría de los judíos, no podían concebir la idea de un Mesías que hubiera de sufrir. No entendían que el capítulo 53 de Isaías tenía que cumplirse literalmente; no se dieron cuenta de que el propósito de todos los sacrificios de la Ley era anunciarles la muerte del auténtico Cordero de Dios. No pensaban más que en la gloriosa Segunda Venida del Mesías, que aún está por llegar, al final del mundo. Pensaban tanto en la corona del Mesías que se olvidaron de su Cruz. Haremos bien en recordar esto, pues un correcto entendimiento de esta cuestión revela con mayor claridad las lecciones que el pasaje contiene.

Aprendemos, en primer lugar, de estos versículos, que *puede haber mucha ignorancia espiritual aun en un verdadero discípulo de Cristo*.

No podemos encontrar una prueba más clara de esto que la conducta del apóstol Pedro en este pasaje. Intenta disuadir a nuestro Señor de sufrir en la Cruz: "Ten compasión de ti —le dice—; en ninguna manera esto te acontezca". No veía cuál era la magnitud del propósito de la venida de nuestro Señor al mundo. Sus ojos estaban cegados respecto a la necesidad de la muerte de nuestro Señor. ¡De hecho, hizo lo que pudo para impedir que aquella muerte se produjese! Pero sabemos que Pedro era un hombre convertido: creía de veras que Jesús era el Mesías. Su corazón estaba limpio a los ojos de Dios.

Estas cosas tienen por objeto enseñarnos que no debemos pensar que los hombres buenos sean infalibles porque son buenos, ni que

otros hombres no tengan gracia porque la que tienen es pequeña y débil. Un hermano puede poseer dones excepcionales y ser una luz resplandeciente en la Iglesia de Cristo, pero no olvidemos que es un hombre y que, como tal, puede cometer graves errores. Puede que el conocimiento de otro hermano sea escaso; puede que se equivoque en su juicio de muchos aspectos de doctrina; puede que sus errores sean tanto de palabra como de hecho. No obstante, ¿tiene fe y amor para con Cristo? ¿Tiene a Cristo por Cabeza? Si es así, tengamos paciencia con él. Lo que ahora no ve, quizá lo vea más adelante. Puede que, como Pedro, ahora esté en tinieblas y que, sin embargo, también como Pedro, disfrute un día de la plena luz del Evangelio.

Aprendamos, en segundo lugar, de estos versículos, que *ninguna otra doctrina de la Escritura es tan importante como la de la muerte expiatoria de Cristo*.

No podemos encontrar una prueba más clara de esto que el lenguaje que utiliza nuestro Señor al reprender a Pedro. Se refiere a él con el horrible nombre de “Satanás”, como si fuera su enemigo y estuviese haciendo el trabajo del diablo al intentar impedir su muerte. A aquel que hacía muy poco había llamado “bienaventurado”, ahora le dice: “¡Quítate de delante de mí! […]; me eres tropiezo”. Al hombre cuya noble confesión acababa de elogiar en gran manera, ahora le dice: “No pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres”. Nunca pronunciaron los labios de nuestro Señor palabras tan duras como estas. El error que causó tan severa reprensión de tan amoroso Salvador para tan buen discípulo debió de ser ciertamente un error muy grave.

Lo cierto es que nuestro Señor quiere que consideremos la crucifixión la verdad central del cristianismo. Una comprensión correcta de su muerte vicaria, y de los beneficios que se derivan de ella, constituye el cimiento mismo de la religión de la Biblia. No olvidemos esto nunca. Los hombres podrán diferir de nosotros en asuntos como el gobierno de la Iglesia o la forma de adorar y, sin embargo, llegar seguros al Cielo. Pero en el aspecto de la muerte expiatoria de Cristo como medio para alcanzar la paz, solo existe una verdad. Si nos equivocamos en esto, estaremos perdidos para siempre. En muchos asuntos, los errores no son más que una enfermedad de la piel, pero un error en cuanto a la muerte de Cristo es como una enfermedad del corazón. Afirmemos nuestros pies en esto; que nada nos mueva de esta posición. La suma de toda nuestra esperanza ha de ser que Cristo “murió por nosotros” (1 Tesalonicenses 5:10). Si dejamos a un lado esa doctrina, no tendremos la más mínima esperanza sólida.

Mateo 16:24–28

Para poder apreciar la relación de estos versículos con el contexto, debemos recordar las ideas erróneas que los discípulos de nuestro Señor tenían respecto al propósito de su venida al mundo. Igual que le

sucedió a Pedro, no les entraba en la cabeza la idea de la crucifixión: pensaban que Jesús había venido a instaurar un reino terrenal; no entendían que era necesario que sufriera y muriera. Soñaban con recibir honores mundanos y recompensas transitorias al servicio de su Maestro; no comprendían que los verdaderos cristianos, como el propio Cristo, tienen que ser "perfeccionados por medio de aflicciones". Nuestro Señor corrige estos malentendidos con unas palabras de particular solemnidad, que haremos bien en guardar en nuestros corazones.

Aprendamos, en primer lugar, de estos versículos, que *los hombres deben estar dispuestos a enfrentarse a problemas y a negarse a sí mismos, para seguir a Cristo*.

Nuestro Señor disipa los ingenuos sueños de sus discípulos diciéndoles que sus seguidores tienen que "tomar su cruz". El Reino glorioso que esperaban no se iba a instaurar en aquel preciso instante. Tenían que estar preparados para enfrentarse a la persecución y a la aflicción si querían ser sus siervos; tenían que estar dispuestos a "perder sus vidas" si querían salvar sus almas.

Es bueno que todos comprendamos bien este punto. No debemos ignorar que el auténtico cristianismo conlleva una cruz diaria en esta vida, si bien nos ofrece una corona de gloria en la vida venidera. La carne ha de ser crucificada a diario; se ha de resistir al diablo a diario; se ha de vencer al mundo a diario. Hay una guerra que luchar, y una batalla que pelear. Todas estas cosas acompañan inseparablemente a la verdadera religión: sin ellas, no se puede ganar el Cielo. Ningún otro refrán es tan cierto como el viejo dicho: "Sin cruz, no hay corona". Si no hemos aprendido esto nunca por nuestra propia experiencia, nuestras almas no están en buena forma.

Aprendamos, en segundo lugar, de estos versículos, que *no hay nada tan valioso como el alma de un hombre*.

Nuestro Señor enseña esta lección haciendo una de las preguntas más solemnes que contiene el Nuevo Testamento. Es una pregunta tan conocida, y que se repite tan a menudo, que la gente suele olvidar la profundidad de su carácter; pero esta pregunta tendría que resonar en nuestros oídos como una trompeta cuando seamos tentados a descuidar nuestros intereses eternos: "¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?".

Solo se puede dar una respuesta a esa pregunta. No existe nada en la Tierra, ni debajo de la Tierra, que nos pueda compensar por la pérdida de nuestra alma; no hay nada que el dinero pueda comprar, ni que el hombre pueda dar, que se pueda decir que es comparable a nuestra alma. El mundo y todo lo que hay en él es transitorio: todo ello está marchitándose, pereciendo y muriendo. El alma es *eterna*: esa sola palabra es la clave de todo el asunto. Dejemos que penetre hasta lo más profundo de nuestros corazones. ¿Se encuentra nuestra religión en un estado de indecisión? ¿Tenemos miedo de nuestra cruz? ¿Nos parece el camino demasiado estrecho? Si es así, dejemos que resuenen en nuestros oídos las palabras de nuestro Maestro: "¿Qué aprovechará al hombre […]?", y no dudemos más.

Aprendamos, por último, que *la Segunda Venida de Cristo será el momento en que su pueblo recibirá su recompensa*. "El Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras".

En este dicho de nuestro Señor se halla una gran sabiduría, cuando

se considera en el contexto de los versículos que lo preceden. Él conoce el corazón del hombre; sabe lo rápidamente que nos desanimamos y que, como el Israel de antaño, nos impacientamos "por causa del viaje" (Números 21:4 LBLA). Por esa razón, nos entrega una promesa rebosante de gracia. Nos recuerda que aún tiene que venir por segunda vez, algo tan cierto como que vino una primera, y nos dice que será entonces cuando sus discípulos recibirán sus "bienes" (Lucas 16:25). Un día habrá gloria, honra y recompensa en abundancia para todos aquellos que hayan servido y amado a Jesús, pero habrá de ser en la dispensación de la Segunda Venida, no de la primera. Lo amargo tiene que llegar antes que lo dulce; la cruz antes que la corona. La primera venida es la dispensación de la crucifixión; la segunda, la del Reino. Debemos someternos a ser partícipes de la humillación de nuestro Señor, si deseamos tener parte en su gloria.

Y ahora, no dejemos estos versículos sin examinarnos a nosotros mismos seriamente en cuanto a las cuestiones que contienen. Hemos oído hablar de la necesidad de tomar la cruz y negarnos a nosotros mismos: ¿la hemos tomado, y cargamos con ella a diario? Hemos oído hablar del valor del alma: ¿vivimos como si de veras lo creyéramos? Hemos oído hablar de la Segunda Venida de Cristo: ¿ansiamos que suceda, con esperanza y con gozo? ¡Dichoso el hombre que puede responder afirmativamente a estas preguntas!

Mateo 17:1–13

Estos versículos recogen uno de los acontecimientos más extraordinarios del ministerio de nuestro Señor sobre la Tierra: el acontecimiento que se suele llamar "la transfiguración". Su lugar en el orden del relato es muy apropiado e instructivo. La parte final del capítulo anterior nos mostró la Cruz; ahora se nos permite aquí misericordiosamente vislumbrar algo de la recompensa futura. Los corazones que acababan de ser entristecidos por la descripción sin tapujos de los sufrimientos de Cristo son ahora inmediatamente alentados por una visión de la gloria de Cristo. Fijémonos bien en esto. Muchas veces se nos pasan algunos detalles al no tener en cuenta la relación entre un capítulo y otro de la Palabra de Dios.

No cabe duda que hay algunas cosas misteriosas en la visión que aquí se nos describe. Tiene que ser así necesariamente. Aún estamos en el cuerpo: nuestros sentidos están acostumbrados a las cosas ordinarias y materiales; nuestras ideas y nuestra percepción acerca de los cuerpos glorificados y los santos muertos han de ser forzosamente vagas e imperfectas. Contentémonos procurando destacar las lecciones prácticas que la transfiguración tiene por objeto enseñarnos.

Lo primero que hallamos en estos versículos es *un magnífico modelo de la gloria en la que aparecerán Cristo y los suyos cuando Él venga por segunda vez*.

No puede haber mucha duda, que este era uno de los objetivos principales de aquella maravillosa visión. Su propósito era animar a los

discípulos permitiéndoles vislumbrar algo de las buenas cosas que aún han de llegar. Aquel “rostro resplandeciente como el sol” y aquellos “vestidos blancos como la luz” tenían por objeto darles a los discípulos una cierta idea de la majestad con que Jesús se aparecerá al mundo cuando venga por segunda vez, acompañado por todos sus santos. Se levantó una punta del velo para mostrarles la auténtica dignidad de su Maestro. Se les enseñó que la razón por que aún no había de aparecerse al mundo como Rey era sencillamente que aún no había llegado la hora de ponerse sus vestiduras reales. No es posible sacar ninguna otra conclusión de las palabras utilizadas por S. Pedro al escribir acerca de esto. Refiriéndose claramente a la transfiguración, dice lo siguiente: “[Hemos] visto con nuestros propios ojos su majestad” (2 Pedro 1:16).

Es bueno que fijemos firmemente en nuestras mentes la futura gloria de Cristo y de su pueblo. Desgraciadamente, somos propensos a olvidarla. No hay muchos indicios visibles en el mundo que señalen a ella: “Todavía no vemos que todas las cosas [estén] sujetas [bajo los pies de Cristo]” (Hebreos 2:8). El pecado, la incredulidad y la superstición abundan. Hay miles que, poco más o menos, están diciendo: “No queremos que éste reine sobre nosotros” (cf. Lucas 19:14). Aún no se ha manifestado lo que su pueblo ha de ser; sus cruces, sus tribulaciones, sus debilidades y sus luchas sí que son manifiestas, pero hay pocos indicios de su recompensa futura. Guardémonos de ceder terreno a las dudas en este sentido; acallemos esas dudas leyendo de nuevo el relato de la transfiguración. Hay una gloria preparada para Jesús, y para todos los que creen en Él, que el corazón humano no puede ni imaginar. Y no solo ha sido prometida, sino que además tres testigos de confianza han visto parte de ella. Uno de ellos dice: “Vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre” (Juan 1:14). Sin duda, aquello que se ha visto podrá ser creído.

Lo que en segundo lugar hallamos en estos versículos es *una prueba irrefutable de la resurrección del cuerpo, y de la existencia de vida después de la muerte*. Se nos dice que Moisés y Elías aparecieron de forma visible en la gloria, junto a Cristo; fueron vistos con un cuerpo. Se les oyó hablar con nuestro Señor. Habían pasado 1480 años desde que Moisés murió y fue enterrado; habían transcurrido más de 900 años desde que Elías “subió al cielo en un torbellino”. ¡No obstante, Pedro, Santiago y Juan los vieron vivos!

Fijémonos muy bien en esta parte de la visión. Merece la mayor atención. Seguro que todos pensamos, si es que hemos reflexionado en esto alguna vez, que el estado de los que han muerto es una cuestión fascinante y misteriosa. Uno tras otro, los enterramos fuera de nuestra vista; los acostamos en sus estrechos lechos y ya no los volvemos a ver, y sus cuerpos se convierten en polvo. ¿Pero volverán, de veras, a vivir? ¿Volveremos, de veras, a verlos alguna vez? ¿Devolverá, de veras, la tumba a los muertos en el día final? Estas preguntas se pasarán de vez en cuando por las mentes de algunos, a pesar de todas las clarísimas aseveraciones de la Palabra de Dios.

Ahora bien, en la transfiguración tenemos la más clara de las pruebas de que los muertos volverán a vivir. Vemos a dos hombres que se aparecen en la Tierra, en sus respectivos cuerpos, que habían estado mucho tiempo separados de “la tierra de los vivientes”; en ellos tenemos una garantía de la resurrección de todos los hombres. A todos los que han vivido sobre la Tierra se les hará revivir y se les pedirán

cuentas; no faltará ni uno. No existe eso que llaman “la aniquilación”. A todos los que han dormido en Cristo se los hallará a salvo: los patriarcas, los profetas, los Apóstoles, los mártires, y hasta el más humilde siervo de Dios de nuestros días. “Aunque ya no los veamos, siguen vivos en la presencia de Dios”. “Dios no es Dios de muertos, sino de vivos” (Lucas 20:38). Sus almas viven, tan cierto como que vivimos nosotros, y aparecerán al final de los tiempos con cuerpos glorificados, tan cierto como que Moisés y Elías aparecieron en aquel monte. ¡Estos son ciertamente pensamientos muy solemnes! La resurrección existe, así que es oportuno que hombres como Félix tiemblen. La resurrección existe, así que es oportuno que hombres como Pablo se regocijen.

Por último, hallamos en estos versículos *un extraordinario testimonio de la infinita superioridad de Cristo sobre todos aquellos que nacen de mujer*.

Este punto lo pone de manifiesto la voz del Cielo que oyeron los discípulos. Pedro, desconcertado por la visión celestial, y sin saber qué decir, propuso construir tres enramadas, una para Cristo, otra para Moisés y otra para Elías. Parece como si hubiera querido poner a aquel que entregó la Ley y al profeta a la misma altura que su divino Maestro, como si los tres fueran iguales. Inmediatamente, se nos dice, su propuesta recibió una reprimenda tajante. Una nube cubrió a Moisés y a Elías, y ya no los volvieron a ver. Al mismo tiempo, vino una voz de la nube que repitió las solemnes palabras que ya se dijeran en el bautismo de nuestro Señor: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd”. El propósito de aquella voz era enseñarle a Pedro que había allí uno mucho mayor que Moisés y que Elías. Moisés fue un fiel siervo de Dios, y Elías fue un audaz testigo de la Verdad, pero Cristo estaba muy por encima de cualquiera de los dos. Él era el Salvador al cual señalaban continuamente la Ley y los Profetas; Él era el verdadero Profeta, a quien todos debían escuchar (Deuteronomio 18:15). Moisés y Elías fueron grandes hombres en sus tiempos, pero Pedro y sus compañeros tenían que recordar que, tanto en naturaleza como en dignidad y en oficio, estaban muy por debajo de Cristo. Este era el auténtico Sol; aquellos, las estrellas que dependían de su luz cada día. Él era la raíz; ellos, las ramas. Él era el Señor; ellos, los siervos. La bondad que ellos tuvieron era derivada; la de Cristo era la original, y era suya propia. Se puede honrar a Moisés y a los profetas como hombres santos, pero si se quiere ser salvo se ha de tener a Cristo solamente como Señor, y gloriarse únicamente en Él. “A él oíd”.

Advirtamos, en estas palabras, la contundente lección que se le da a toda la Iglesia de Cristo. La naturaleza humana tiene una constante tendencia a “oír a los hombres”. Obispos, sacerdotes, diáconos, papas, cardenales, concilios, predicadores presbiterianos y ministros independientes: todos ellos son exaltados continuamente en lugares que Dios nunca pretendió que tuvieran, y se da lugar a que prácticamente usurpen el honor que le pertenece a Cristo. Guardémonos todos de tal tendencia, y estemos alerta. Que resuenen siempre en nuestros oídos esas solemnes palabras de la visión: “A [Cristo] oíd”.

Aun los mejores hombres no son más que meros hombres (y esto aun en el mejor de los casos). Los patriarcas, los profetas y los Apóstoles —así como los mártires, los padres, los reformadores y los puritanos— son, todos ellos, pecadores que necesitan un Salvador;

fueron, en sus vidas, santos, muy útiles y dignos de gran honor, pero pecadores al fin y al cabo. No se debe permitir jamás que tales personas se interpongan entre Cristo y nosotros. Solo Él es “el Hijo, en quien [el Padre] tiene complacencia”; solo Él ha sido señalado y autorizado para dar el pan de vida; solo Él tiene las llaves en sus manos, “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Romanos 9:5). Asegurémonos de que oímos su voz y le seguimos; valoremos toda enseñanza religiosa tan solo en la medida en que nos guíe hacia Jesús. El resumen y la esencia de la religión salvadora es “oír a Cristo”.

Mateo 17:14–21

En este pasaje leemos otro de los grandes milagros de nuestro Señor. Sana a un muchacho lunático y poseído por un demonio.

Lo primero que nos encontramos en estos versículos es *un vívido símbolo de la terrible influencia que Satanás ejerce a veces sobre los jóvenes*. Se nos habla del hijo de cierto hombre, “lunático, y que padecía muchísimo”. Se nos dice cómo el espíritu malo lo empujaba hacia la destrucción de su cuerpo y su alma: “Muchas veces [caía] en el fuego, y muchas en el agua”. Se trataba de uno de esos casos de posesión satánica que, si bien en tiempos de nuestro Señor eran bastante comunes, no se ven apenas en nuestros días; pero podemos imaginar fácilmente que, cuando ocurrían, tenían que ser particularmente angustiosos para los familiares del afectado. Ya es doloroso de por sí ver los cuerpos de nuestros seres queridos atormentados por la enfermedad; ¡cuánto más debía serlo ver el cuerpo y la mente totalmente bajo la influencia del diablo! “Aparte del Infierno mismo —dice el obispo Hall—, no podía haber mayor dolor”.

Pero no debemos olvidar que hay muchos casos de dominio espiritual de Satanás sobre la gente joven, tan dolorosos, a su manera, como el que se describe en este pasaje. Hay miles de jóvenes que parecen haberse entregado por completo a las tentaciones de Satanás, y a ser “cautivos a voluntad de él” (2 Timoteo 2:26). Se desentienden de todo temor de Dios y de todo respeto a sus mandamientos; se entregan a deseos y placeres diversos; corren como locos hacia todo desenfreno de disolución; se niegan a escuchar el consejo de sus padres, profesores y ministros; no piensan para nada en la salud, ni en el carácter, ni en las normas de respeto de este mundo. Hacen todo lo posible por destruirse a sí mismos, tanto el cuerpo como el alma, en el presente y para la eternidad; se hacen esclavos de Satanás voluntariamente. ¿Quién no conoce a jóvenes así? Se los puede hallar en la ciudad y en el campo, entre los ricos y entre los pobres. Sin duda, tales jóvenes son una lamentable prueba de que, si bien en estos tiempos Satanás no suele poseer el cuerpo de un hombre, sí que sigue ejerciendo un temible dominio de las almas de algunos.

No obstante, se ha de recordar que aun en casos de jóvenes como estos, no debemos perder nunca la esperanza. Debemos recordar el infinito poder de nuestro Señor Jesucristo. Aunque el caso del

muchacho cuya historia leemos en estos versículos era muy grave, este “quedó sano desde aquella hora” en la que fue llevado a Cristo. Los padres, los profesores y los ministros no deben dejar de orar por los jóvenes, aun por los peores. Aunque en este momento sus corazones parezcan muy duros, aún pueden ser ablandados; aunque en este momento su perversión parezca total, aún pueden ser sanados. Aún pueden arrepentirse y convertirse, como John Newton, y su estado final vendrá a ser mejor que el primero. ¿Quién sabe? Hagamos uno de nuestros más firmes principios, al leer los milagros de nuestro Señor, no perder la esperanza respecto a la conversión de ningún alma jamás.

Lo que en segundo lugar encontramos en estos versículos es *un tremendo ejemplo del efecto debilitador de la incredulidad*. Cuando vieron que el demonio sucumbió al poder de nuestro Señor, sus discípulos le preguntaron ansiosamente: “¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera?”. Y recibieron una respuesta rebosante de profundísima instrucción: “Por vuestra poca fe”. ¿Querían saber cuál había sido la causa de su triste fracaso a la hora de intentar ayudar al muchacho? Fue la falta de fe.

Meditemos bien este punto, y aprendamos sabiduría. La fe es la clave del éxito en la guerra cristiana; la incredulidad conduce inevitablemente a la derrota. Si dejamos que nuestra fe decaiga y se deteriore siquiera una vez, todas nuestras virtudes decaerán con ella. El valor, la paciencia, la longanimidad y la esperanza se marchitarán y se consumirán muy pronto: la fe es la raíz de la que dependen todas ellas. Los mismos israelitas que una vez atravesaron triunfantes el mar Rojo, en otra ocasión rehuyeron cobardemente el peligro cuando llegaron a la frontera de la tierra prometida. Su Dios era el mismo que los había sacado de la tierra de Egipto, y su líder era el mismo Moisés que había hecho tantas maravillas ante sus ojos, pero su fe ya no era la misma. Cedieron a dudas vergonzosas acerca del amor y el poder de Dios. “No pudieron entrar a causa de incredulidad” (Hebreos 3:19).

Encontramos, en último lugar, en estos versículos, que *el reino de Satanás no se puede destruir sin mucho esfuerzo y diligencia*. Esa parece ser la lección del versículo que concluye el pasaje que estamos considerando: “Este género no sale sino con oración y ayuno”. Esas palabras dan la impresión de contener una pequeña reprimenda para los discípulos. Tal vez se les hubieran subido a la cabeza algunos de sus éxitos pasados; tal vez en la ausencia de su Maestro hubieran tenido menos cuidado con sus métodos que cuando Él estaba con ellos. En cualquier caso, nuestro Señor les hace una clara indicación de que no se puede bajar la guardia jamás en la lucha contra Satanás. Les advierte que ninguna victoria contra el príncipe de este mundo será fácil: sin firmeza en la oración y diligencia en la mortificación de sí mismos, se encontrarían muchas veces en situaciones de fracaso y de derrota.

La lección expuesta aquí es de suma importancia. “Ojalá —dice Bullinger— nos agradara esta parte del Evangelio tanto como aquellas que nos conceden la libertad”. Todos somos propensos a adquirir el hábito de llevar a cabo actos religiosos de un modo irreflexivo y mecánico. Como cuando el pueblo de Israel estaba enorgullecido por la caída de Jericó, tendemos a decirnos a nosotros mismos que los hombres del ejército enemigo “son pocos” (Josué 7:3), y pensamos: “No hace falta que invirtamos todas nuestras fuerzas”. Como Israel,

muchas veces aprendemos a base de amargas experiencias que no se pueden ganar las batallas espirituales sin pelear duro. Nunca se debe tratar el arca del Señor irreverentemente: nunca se debe hacer la obra de Dios descuidadamente.

Ojalá todos recordemos las palabras de nuestro Señor a sus discípulos, y las podamos utilizar en la práctica. Tanto en el púlpito como en la tribuna, en la Escuela Dominical como en la calle, en nuestro tiempo de oración familiar como en el de lectura privada de la Biblia, guardemos nuestro espíritu diligentemente. Cualquiera que sea lo que hagamos, hagámoslo según nuestras fuerzas (Eclesiastés 9:10). Subestimar a nuestros enemigos es un error mortal. Mayor es el que está por nosotros que el que está contra nosotros; pero, con todo, no se debe despreciar al que está contra nosotros. Él es "el príncipe de este mundo"; es un "hombre fuerte" que, armado, guarda su casa, y al que no se le podrán "saquear sus bienes" sin luchar contra él. "No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades" (Efesios 6:12). Necesitamos tomar toda la armadura de Dios, y no solo tomarla, sino también utilizarla. Podemos estar seguros de que quienes ganan más victorias contra el mundo, contra la carne y contra el diablo son aquellos que más oran en privado, y golpean su cuerpo, poniéndolo en servidumbre (cf. 1 Corintios 9:27).

Mateo 17:22–27

Estos versículos recogen un suceso de la historia de nuestro Señor que no relata ningún otro de los evangelistas. Tiene lugar un extraordinario milagro, con el que se proporciona el pago del impuesto que se debía pagar para el servicio del Templo. Hay tres puntos sobresalientes en el pasaje, que merecen ser examinados atentamente.

Fijémonos, en primer lugar, en *el perfecto conocimiento que nuestro Señor tiene de todo lo que se dice y hace en este mundo*. Se nos cuenta que "los que cobraban las dos dracmas" fueron a ver a Pedro y "le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga las dos dracmas? Él dijo: Sí". Es evidente que nuestro Señor no estaba presente cuando se hizo esta pregunta y se dio esa respuesta y, sin embargo, tan pronto como Pedro llegó a la casa, nuestro Señor le preguntó: "¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran los tributos o los impuestos?". Nuestro Señor mostró así que sabía cómo había transcurrido la conversación tan bien como si la hubiera oído, o como si hubiera estado allí mismo, a su lado.

Hay algo indescriptiblemente solemne en la idea de que el Señor Jesús sabe todas las cosas. Hay un ojo que ve todo lo que hacemos cada día; hay un oído que escucha todo lo que decimos cada día. Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta. Esconderlas es imposible; la hipocresía no sirve de nada. Podemos engañar a nuestros ministros, y burlarnos de nuestros familiares y de quienes nos rodean, pero el Señor nos ve tal y como somos. No podemos engañar a Cristo.

Deberíamos esforzarnos por llevar a la práctica esta verdad. Tendríamos que procurar vivir como si el Señor estuviera siempre observándonos, y andar —como Abraham— delante de él (cf. Génesis 17:1). Hagamos nuestro objetivo diario el no decir nada que no nos gustaría que Cristo oyera, y no hacer nada que no nos gustaría que Cristo viese. Sometamos todas las cuestiones difíciles a una sencilla prueba para ver si son buenas o malas: preguntémonos: "¿Qué es lo que haría si Jesús estuviera aquí a mi lado?". Este comportamiento no es extravagante ni absurdo. No es un comportamiento incompatible con ningún deber ni ningún aspecto de nuestras vidas: con lo único que es incompatible es con el pecado. Dichoso aquel que procura ser consciente de la presencia de su Señor, y hacer todo y decir todo como si lo hiciera o dijera delante de Cristo.

Fijémonos, a continuación, en *el omnipotente poder de nuestro Señor sobre toda la creación*. Hace que un pez sea el administrador de su pago del impuesto; hace que una criatura sin conocimiento provea el dinero que había de satisfacer la demanda de los recaudadores de tributos. Con razón dice Jerónimo: "No sé qué admirar más en este pasaje, si la presciencia de nuestro Señor o su grandeza".

Vemos aquí un cumplimiento literal de las palabras del salmista: "Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies: […] Las aves de los cielos y los peces del mar; todo cuanto pasa por los senderos del mar" (Salmo 8:6, 8).

Tenemos aquí una de tantas pruebas de la majestad y grandeza de nuestro Señor Jesucristo. Solo Aquel que en un principio creó las cosas podía exigir, a su voluntad, la obediencia de todas sus criaturas. "En él fueron creadas todas las cosas […] y todas las cosas en él subsisten" (Colosenses 1:16–17). El creyente que sale a hacer la obra de Cristo entre los paganos puede entregarse, confiado, al cuidado de su Señor: está sirviendo a Aquel que tiene todo el poder, aun sobre las bestias de la Tierra. ¡Qué maravilloso es pensar que tan infinitamente poderoso Señor hubiera de condescender a ser crucificado para nuestra salvación! ¡Qué consolador es pensar que cuando venga por segunda vez manifestará gloriosamente al mundo entero su poder sobre todas las cosas creadas! "El lobo y el cordero serán apacentados juntos, y el león comerá paja como el buey; y el polvo será el alimento de la serpiente" (Isaías 65:25).

Fijémonos, por último, en estos versículos, en *la disposición de nuestro Señor para hacer concesiones antes que ocasionar una ofensa*. Podría haber solicitado, justamente, la exención del pago de aquel impuesto. Habría sido justo que Él, que era el Hijo de Dios, no hubiera tenido que contribuir al mantenimiento de la casa de su Padre; Él, que era "mayor que el templo", habría tenido una buena razón para negarse a pagar el mantenimiento de este. Pero nuestro Señor no hace tal cosa. No solicita ninguna exención. Quiere que Pedro pague el dinero que se les pedía. Y declara, al mismo tiempo, su motivo: había que hacerlo "para no ofenderles". "Se hace un milagro —dice el obispo Hall— antes que ofender aun a unos recaudadores de impuestos".

El ejemplo de nuestro Señor en este asunto merece la atención de todos aquellos que profesan ser cristianos y así se llaman a sí mismos. Hay una profunda sabiduría en esas tres palabras: "para no ofenderles". Nos enseñan con gran claridad que existen temas en los que el pueblo de Cristo tiene que tragarse sus opiniones y someterse a lo que se les pida, aunque quizá no estén totalmente de acuerdo con

ello, antes que causar una ofensa y “poner [algún] obstáculo al evangelio de Cristo”. Es indiscutible que no debemos ceder jamás en cuanto a los derechos de Dios, pero a veces no será un problema que cedamos en cuanto a los nuestros. Puede que suene perfectamente bien y que parezca muy heroico estar siempre reclamando tenazmente “¡nuestros *derechos*!”, pero es oportuno dudar, ante un pasaje como este, si esa tenacidad es siempre sabia, y si demuestra tener la mente de Cristo. Hay ocasiones en que un cristiano demuestra tener más gracia sometiéndose que resistiéndose.

Recordemos este pasaje como *ciudadanos y súbditos*. Tal vez no nos gusten todas las medidas políticas de nuestros gobernantes; tal vez no estemos de acuerdo con algunos de los impuestos que nos exijan; pero, después de todo, la gran pregunta es: ¿Hará algún bien a la causa de la religión que me resista al poder establecido? ¿Son esas medidas de veras perniciosas para nuestras almas? Si no es así, mantengamos silencio, “para no ofenderles”. “Un cristiano —dice Bullinger— no debería alterar jamás el orden público por cuestiones de importancia meramente transitoria”.

Recordemos este pasaje como *miembros de una iglesia*. Tal vez no nos guste cada jota y cada tilde de las prácticas y ceremonias utilizadas al tomar la Cena del Señor; tal vez no nos parezca que quienes nos gobiernan en asuntos espirituales hagan siempre lo más acertado; pero, después de todo, ¿son esos puntos en los que no estamos de acuerdo de una importancia verdaderamente vital? ¿Se está poniendo en duda alguna gran verdad del Evangelio? Si no es así, callemos, “para no ofenderles”.

Recordemos este pasaje como *miembros de la sociedad*. Tal vez haya usos y costumbres en la sociedad en que nos haya tocado vivir que para nosotros, como cristianos, sean cosas sin interés, sin utilidad y sin provecho, ¿pero son cuestiones de principios? ¿Hacen daño a nuestras almas? ¿Hará algún bien a la causa de la religión que nos neguemos a respetarlas? Si no es así, sometámonos pacientemente, “para no ofenderles”.

¡Bueno sería para la Iglesia y para el mundo que estas tres palabras de nuestro Señor se hubieran estudiado, meditado y utilizado más a menudo! ¡Quién sabe el daño que le habrá hecho a la causa del Evangelio la escrupulosidad malsana y la falsamente llamada diligencia! Ojalá todos recordemos el ejemplo del gran Apóstol de los gentiles: “Lo soportamos todo, por no poner ningún obstáculo al evangelio de Cristo” (1 Corintios 9:12).

Mateo 18:1–14

Lo primero que se nos enseña en estos versículos es *la necesidad de la conversión, y de que esta se manifieste por una humildad como la de un niño*. Los discípulos fueron a nuestro Señor con la pregunta: “¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?”. Hablaron como hombres cuyo entendimiento estuviera solo a medias, y llenos de expectativas

carnales. Recibieron una respuesta calculada para despertarlos de su fantasía, una respuesta que contiene una verdad fundamental del cristianismo: “Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (LBLA).

Dejemos que estas palabras penetren muy profundamente en nuestros corazones. Sin conversión, no hay salvación. Todos necesitamos un cambio radical de nuestra naturaleza: tal y como es, no tiene ni fe en Dios, ni temor a Él, ni amor por Él. “Nos es necesario nacer de nuevo” (cf. Juan 3:7). Tal y como somos, estamos absolutamente incapacitados para habitar en la presencia de Dios. El Cielo está cerrado para nosotros a menos que nos “convirtamos”. Y esto es así para todos los grupos, clases y rangos de la Humanidad: todos nacen en pecado y son hijos de ira, y todos ellos, sin excepción, necesitan nacer de nuevo y ser hechos criaturas nuevas. Tiene que hacérsenos entrega de un corazón nuevo, y tiene que ponerse en nuestro interior un espíritu nuevo; las cosas viejas tienen que pasar, y todas han de ser hechas nuevas. Es bueno haber sido bautizado y haber entrado a formar parte de la Iglesia cristiana, y hacer uso de los medios de gracia cristiana, pero, con todo, ¿“nos hemos convertido”?

¿Queremos saber si nos hemos convertido de veras? ¿Queremos saber cuál es el método con el que debemos ponernos a prueba? El indicio más seguro de una conversión auténtica es la humildad. Si de verdad hemos recibido el Espíritu Santo, se verá en que nuestra actitud es mansa y parecida a la de un niño. Como los niños, tendremos una opinión humilde respecto a nuestra sabiduría y nuestras fuerzas, y dependeremos mucho de nuestro Padre en los cielos. Como los niños, no buscaremos grandes cosas en este mundo, sino que teniendo sustento y abrigo, y el amor de un Padre, estaremos contentos con eso. ¡Es, ciertamente, una prueba que llega hasta lo más hondo de nuestros corazones! Pone al descubierto la irrealidad de muchas presuntas conversiones. Es fácil convertirse de un partido político a otro, de una secta a otra, de tener una opinión a tener otra distinta, pero tales “conversiones” no salvan el alma de nadie. Lo que todos necesitamos es una conversión del orgullo a la humildad, de tener un alto concepto de nosotros mismos a tener uno más bajo, de la presunción a la modestia, de pensar como el fariseo a pensar como el publicano. Es una conversión de ese tipo la que tenemos que experimentar, si deseamos ser salvos. Esas son las conversiones que proceden del Espíritu Santo.

La siguiente cosa que se nos enseña en estos versículos es *el grave pecado de poner obstáculos en el camino de los creyentes*. Las palabras del Señor Jesús respecto a este punto son particularmente solemnes: “¡Ay del mundo por los tropiezos! […] ¡Ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo!”.

Ponemos “tropiezos” u obstáculos en el camino de las almas de los hombres siempre que hacemos algo que los aparta de Cristo, o que los desvía del camino de la salvación, o que les hace sentir repulsión por la verdadera religión. Puede que lo hagamos directamente, al perseguir, ridiculizar, rebatir o disuadir su voluntad de servir a Cristo; o puede que lo hagamos indirectamente, al vivir de una forma que no concuerda con nuestra profesión de fe, o al hacer con nuestra conducta que el cristianismo no sea atractivo ni agradable. Siempre que hagamos algo así, estaremos cometiendo, según se deduce claramente de las palabras de nuestro Señor, un pecado grave.

Hay algo realmente temible en la doctrina que aquí se expone; debería despertarnos el deseo de someternos a un exhaustivo examen de conciencia. No basta con desear hacer el bien en este mundo: ¿estamos completamente seguros de no estar haciendo algún daño? Quizá no persigamos abiertamente a quienes sirven a Cristo, ¿pero estamos perjudicando a alguien con nuestra actitud o nuestro ejemplo? Es horrible pensar en el daño que puede llegar a hacer una sola persona cuya vida no concuerde con su profesión religiosa. Tal persona le da un buen pretexto al infiel, le da al hombre mundano una excusa para mantenerse en su indecisión, pone freno a quienes andan buscando la salvación y causa desánimo a los santos. Es, en definitiva, un sermón vivo, pero un sermón del diablo. Solo cuando llegue el día final se revelará la tremenda perdición de almas que los "tropiezos" habrán producido en la Iglesia de Cristo. Una de las acusaciones que Natán presentó contra David fue esta: "Has dado ocasión de blasfemar a los enemigos del Señor" (2 Samuel 12:14 LBLA).

La siguiente cosa que se nos enseña en estos versículos es *la realidad del castigo futuro, después de la muerte*. Nuestro Señor utiliza dos expresiones muy duras al hablar de esto. Habla de "ser echado en el fuego eterno" y también de "ser echado en el infierno de fuego".

El significado de esas palabras es claro, inconfundible. En el mundo venidero existe un lugar de indescriptible sufrimiento, al que serán enviados para siempre quienes hayan muerto sin haberse arrepentido y sin haber creído. En la Escritura se revela un "hervor de fuego" que antes o después devorará a todos los adversarios de Dios (Hebreos 10:27). La misma fiable Palabra que ofrece un Cielo para todos aquellos que se arrepientan y se conviertan declara con total claridad que habrá un Infierno para todos los impíos.

No nos dejemos engañar por nadie que nos venga con palabras vanas acerca de tan terrible cuestión. En estos últimos días se han levantado hombres que niegan la eternidad de ese castigo futuro, repitiendo el viejo argumento del diablo de que no moriremos (cf. Génesis 3:4). No cedamos ante sus razonamientos, por muy convincentes que suenen. Mantengámonos firmes en "las sendas antiguas". El Dios de amor y de misericordia es también un Dios de justicia: Él, con toda certeza, "dará la paga". El diluvio en tiempos de Noé y la destrucción de Sodoma por el fuego tenían por objeto mostrarnos lo que Dios hará un día. Ninguna otra boca ha hablado con tanta claridad acerca del Infierno como la de Cristo. Aquellos cuyo corazón esté endurecido por el pecado descubrirán, a su pesar, que "la ira del Cordero" existe (Apocalipsis 6:16).

Lo último que se nos enseña en estos versículos es *el valor que Dios da aun al más pequeño y humilde de los creyentes*. "No es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños".

El propósito de estas palabras es alentar a todos los verdaderos cristianos, no solo a niños pequeños. El contexto en el que se encuentran —la parábola de las noventa y nueve ovejas y una que se descarrió— parece indicárnoslo sin dejar lugar a dudas. Su propósito es mostrarnos que nuestro Señor Jesús es un Pastor que cuida con mucho amor a cada una de las almas que se le han confiado. Él quiere tanto a la más joven, a la más débil y a la más enclenque de su rebaño como a la más fuerte; no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de su mano. Él las guiará con cuidado por el desierto de este mundo, y no las

fatigará ni un solo día, para que no muera ninguna de ellas (cf. Génesis 33:13). Él las llevará en sus brazos al atravesar todas las dificultades, y las defenderá de todos sus enemigos. Aquello que dijo una vez se cumplirá literalmente: “De los que me diste, no perdí ninguno” (Juan 18:9). Teniendo semejante Salvador, ¿quién temerá comenzar a esforzarse por ser un buen cristiano? Teniendo semejante Pastor, ¿quién, que haya comenzado a hacerlo, temerá perderse?

Mateo 18:15–20

Estas palabras del Señor Jesús contienen una expresión que muchas veces ha sido utilizada indebidamente. La orden de “oír a la iglesia” ha sido interpretada de tal manera que contradice otros pasajes de la Palabra de Dios. Se le ha dado un falso lugar en el campo de la autoridad de la Iglesia visible en asuntos de doctrina, y de ese modo se ha hecho de ella una excusa para llevar a cabo muchos actos de tiranía eclesiástica. Pero el hecho de que se haya abusado de algunas verdades de la Escritura no debe tentarnos a querer prescindir de ellas. No debemos rechazar categóricamente ningún texto porque algunos lo hayan pervertido y convertido en veneno.

Fijémonos, en primer lugar, en *lo admirables que son las reglas que nuestro Señor establece para arreglar las diferencias entre hermanos*.

Si, por desgracia, otro miembro de la Iglesia de Cristo nos hace algún daño, el primer paso que se debe dar es visitarlo “estando [uno mismo] y él solos” y decirle lo que ha hecho mal. Puede que nos haya hecho ese daño sin querer, como Abimelec a Abraham (Génesis 21:26); puede que su comportamiento tenga una explicación, como el de las tribus de Rubén, de Gad y de Manasés cuando edificaron un altar de regreso a su tierra (Josué 22:24); en todo caso, esta actitud amistosa, fiel y directa es la que tiene más probabilidades de “ganar” al hermano, si es que va a poder ser “ganado”. “La lengua blanda quebranta los huesos” (Proverbios 25:15). ¿Quién sabe si quizá dirá inmediatamente: “Estaba equivocado”, y procurará reparar el daño y compensarlo de sobra?

Sin embargo, si esta forma de proceder no da ningún buen resultado, se ha de dar un segundo paso. Debemos “tomar con nosotros a uno o dos” que nos acompañen, y decirle a nuestro hermano lo que ha hecho mal estando ellos presentes para escucharlo. ¿Quién sabe si quizá su conciencia se dolerá al ver que otros han sabido lo de su mal comportamiento, y quizá se avergüence y se arrepienta? Si no es así, al menos tendremos testigos que corroborarán que hicimos todo lo que pudimos para hacer ver a nuestro hermano su error, y que él se negó deliberadamente a hacer las paces cuando se lo propusimos.

Por último, si esa segunda forma de proceder no funciona, debemos explicar todo el asunto a la *congregación* cristiana de la que seamos miembros: tenemos que decírselo “a la iglesia”. ¿Quién sabe si el corazón que ha permanecido impasible ante reprimendas privadas

quizá cambiará ante el temor a que su comportamiento se haga de dominio público? Si no es así, solo queda una cosa que podamos hacer con el caso de nuestro hermano: debemos, tristemente, considerarlo como alguien que se ha desentendido de todos los principios cristianos, y cuya vida ha pasado a ser gobernada por una ética que no es mejor que la de "un gentil o un publicano".

Este pasaje es un hermoso ejemplo de la mezcla de sabiduría y amorosa consideración que hay en la enseñanza de nuestro Señor. ¡Qué gran conocimiento demuestra tener de la naturaleza humana! No hay nada que le haga tanto daño a la causa de la religión como las disputas entre cristianos: habría que tomar todas las medidas posibles, y tomarse las molestias que hicieran falta, para prevenir que salgan a la luz. ¡Qué delicada consideración muestra hacia la sensibilidad de la pobre raza humana! Se evitarían muchas indiscreciones escandalosas si tuviéramos una mayor disposición a practicar la regla de "estando tú y él solos". ¡Bueno sería para la Iglesia y para el mundo que esta parte de la enseñanza de nuestro Señor se estudiara y se obedeciera con más cuidado! Existirán diferencias y divisiones mientras exista este mundo, pero muchas de ellas serían erradicadas de forma inmediata si se pusiera en práctica la recomendación que describen estos versículos.

En segundo lugar, fijémonos en *lo claro que es el argumento que tenemos en estos versículos a favor del ejercicio de la disciplina en una congregación cristiana*.

Nuestro Señor ordena que las disputas entre cristianos que no se puedan solucionar de otra manera sean llevadas ante la iglesia o asamblea cristiana a la que pertenezcan, para que esta tome una decisión. "Dilo —dice el Señor— a la iglesia". Deja claro con esto que es su deseo que toda congregación que se llama a sí misma cristiana tenga en cuenta la conducta moral de sus miembros, ya sea por la acción colectiva de toda la congregación o por la de un grupo de líderes y ancianos en quienes esta delegue su autoridad. Deja también claro su deseo de que toda congregación tenga el poder de negar a miembros desobedientes y obstinados su participación en las diversas ordenanzas. "Si no oyere a la iglesia —dice—, tenle por gentil y publicano". No dice ni una palabra en cuanto a castigos transitorios o a la privación de derechos civiles: la única clase de castigo que permite que la Iglesia imponga es espiritual; y cuando tales castigos se hayan impuesto correctamente, se han de considerar con todo respeto. "Todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo". Esta parece ser la esencia de la enseñanza de nuestro Señor respecto a la disciplina eclesiástica.

No se puede negar que todo este asunto está plagado de dificultades. En ninguna otra cuestión se ha notado tan claramente la influencia del mundo en un área de acción de las iglesias; en ninguna otra cuestión han cometido las iglesias tantos errores, a veces por una soñolienta negligencia, y otras por una grave ceguera. Es indudable que se ha pervertido el poder de excomulgar y se ha abusado de él terriblemente, si bien, como dice Quesnel, "deberíamos temer más a nuestros pecados que a todas las excomuniones del mundo". Con todo, es imposible negar, teniendo un pasaje como este ante nosotros, que la disciplina de la Iglesia tiene su lugar en la mente de Cristo y que su finalidad, cuando se ejerce con sabiduría, es la de fomentar la salud y el bienestar de una iglesia. No puede ser bueno que se permita a todo

tipo de personas, inclusive perversas e impías, asistir a la Cena del Señor, sin orden ni concierto; es la obligación ineludible de todo cristiano utilizar su influencia para impedir que tal situación llegue a suceder. Nunca se podrá lograr una comunión perfecta en este mundo, pero la pureza ha de ser nuestro objetivo. Un nivel cada vez más elevado como requisito para aceptar a nuevos miembros demostrará ser siempre uno de los mejores indicios de la prosperidad de una iglesia.

Fijémonos, en último lugar, en *el ánimo tan misericordioso que Cristo da a quienes se reúnen en su nombre*. Dice: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos". Esas palabras son una prueba contundente de la divinidad de nuestro Señor. Solo Dios puede estar en más de unlugar al mismo tiempo.

Hay consuelo en esas palabras para todos aquellos a quienes gusta reunirse para una actividad religiosa. En toda asamblea pública de adoración, en toda congregación de oración y de alabanza, en toda reunión misionera, en toda lectura pública de la Biblia, allí está presente el Rey de reyes; allí acude el propio Cristo. Es posible que muchas veces nos desanimemos por el reducido número de los presentes en tales ocasiones, comparado con el número de los que se reúnen para fines mundanos; puede que a veces nos resulte difícil soportar los insultos y las burlas de un mundo desabrido, que grita, como el enemigo de antaño: "¿Qué hacen estos débiles [creyentes]?" (Nehemías 4:2). Pero no tenemos motivos para estar abatidos: podemos depositar con toda seguridad nuestra confianza en estas palabras de Jesús. En todas las reuniones como las mencionadas tenemos la compañía de Cristo mismo.

Hay una solemne reprimenda en esas palabras para todos aquellos que descuidan la adoración pública de Dios y nunca asisten a reuniones religiosas. Le vuelven la espalda a la sociedad del Señor de señores, y pierden la oportunidad de conocer al mismísimo Cristo. No sirve decir que el desarrollo de las reuniones religiosas se caracteriza por la debilidad y la flojedad, ni que quedarse en casa es igual de bueno que ir a la iglesia; las palabras de nuestro Señor deberían acallar tales razonamientos inmediatamente. Sin duda, no es sabio hablar desdeñosamente de una reunión en la que Cristo está presente.

¡Ojalá todos pensemos bien en estas cosas! Si ya nos hemos reunido con el pueblo de Dios para un propósito espiritual con anterioridad, perseveremos y no nos avergoncemos de ello. Si hasta el día de hoy hemos despreciado tales reuniones, meditemos sobre nuestros caminos y aprendamos sabiduría.

Mateo 18:21–35

En estos versículos el Señor Jesús trata un asunto de suma importancia: el perdón de las ofensas. Vivimos en un mundo perverso, y es inútil pensar que podamos evitar ser maltratados, por mucho cuidado que pongamos en nuestro comportamiento. Saber cómo

actuar si se es maltratado es de gran importancia para nuestras almas.

En primer lugar, *el Señor Jesús establece como regla general que debemos perdonar a los demás siempre*. Pedro hizo la pregunta: "¿Cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?", y esta es la respuesta que recibió: "No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete".

La regla que se establece aquí debe, por supuesto, interpretarse con sensatez. Nuestro Señor no está diciendo que haya que pasar por alto las transgresiones de la ley de nuestro país, ni las del buen orden de la sociedad; tampoco está diciendo que debamos permitir que la gente cometa robos y agresiones impunemente; lo que nos dice es que hemos de tener una actitud misericordiosa y perdonadora hacia nuestros hermanos. Tenemos que aguantar mucho, y soportar mucho, en vez de discutir; tenemos que aceptar muchas cosas, y someternos a muchas cosas, en vez de pelear; tenemos que dejar a un lado todo lo que tenga que ver con la malicia, las riñas, la venganza y las represalias. Semejantes sentimientos solo son dignos de paganos: son absolutamente impropios de un discípulo de Cristo.

¡Qué mundo tan feliz sería el nuestro si esta regla de nuestro Señor se conociera mejor y se obedeciera más! ¡Cuántos sufrimientos de la Humanidad tienen su origen en disputas, peleas, pleitos y una obstinada tenacidad en cuanto a lo que los hombres llaman "sus derechos"! ¡Cuántos se podrían evitar por completo si los hombres estuvieran más dispuestos a perdonar, y desearan más la paz! Que no se nos olvide nunca que un fuego no puede arder y arder sin combustible; del mismo modo, hacen falta dos personas para que haya una disputa. Tomemos todos la determinación, con la ayuda de Dios, de no ser nunca una de las dos. Tomemos la determinación de devolver bien por mal, y bendición por maldición, para así disipar la enemistad y transformar a nuestros enemigos en amigos (Romanos 12:20). Era uno de los excelentes rasgos del carácter del arzobispo Cranmer que si alguien le hacía algún daño, tal persona podía contar con su amistad.

En segundo lugar, nuestro Señor nos da *dos poderosas razones para tener una actitud perdonadora*. Nos cuenta una historia de un hombre que le debía una cantidad enorme de dinero a su señor, y "no podía pagar"; no obstante, llegada la hora de hacer cuentas, su señor tuvo compasión de él y "le soltó y le perdonó la deuda". Nos cuenta que este mismo hombre, después de haber sido perdonado, se negó a perdonarle a un consiervo una deuda de una cantidad irrisoria; llegó hasta a meterlo en prisión, y no quiso reducir su demanda en lo más mínimo. Nos cuenta cómo se libró del castigo este hombre perverso y cruel, quien, tras haber recibido misericordia, sin duda debiera haber mostrado misericordia a los demás. Finalmente, termina la parábola con las impactantes palabras: "Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas".

Queda claro en esta parábola que uno de los motivos para perdonar a los demás tendría que ser el recuerdo de que todos necesitamos el perdón de Dios. Un día tras otro nos quedamos cortos en muchas cosas, "dejando sin hacer lo que deberíamos hacer, y haciendo lo que no deberíamos"; nos hace falta, un día tras otro, obtener misericordia y perdón. Las ofensas que nuestros semejantes cometen contra nosotros son insignificantes, comparadas con nuestras ofensas contra Dios. Sin

duda, no le corresponde a pobres criaturas falibles como nosotros el obsesionarnos señalando las faltas de nuestros hermanos, ni el ser reacios a perdonarlas.

Otro motivo para perdonar a los demás tendría que ser el recuerdo del día del Juicio, y de la regla con la que todos seremos medidos en aquel día. No habrá perdón en aquel día para quienes no hayan perdonado. Tales personas no serían aptas para el Cielo: no podrían apreciar un hogar cuyo único título de propiedad es “la misericordia”, y donde “la misericordia” es el tema de los cánticos eternamente. Sin duda, si deseamos ser puestos a la derecha de Jesús cuando se siente en el trono de su gloria, debemos aprender, mientras estemos sobre la Tierra, a perdonar.

Dejemos que estas verdades penetren profundamente en nuestros corazones. Es una triste realidad que el perdón es uno de los deberes cristianos que menos se practican; es triste ver la gran cantidad de amargura, falta de misericordia, rencor, rudeza y crueldad que hay entre los hombres. Sin embargo, en pocos deberes ponen las Escrituras del Nuevo Testamento tanta insistencia como en este, y son pocos los deberes cuya desobediencia supone tan claramente la exclusión de un hombre del Reino de Dios.

¿Queremos poder dar pruebas de que estamos en paz con Dios, de que hemos sido lavados en la sangre de Cristo, de que hemos nacido del Espíritu y de que hemos sido hechos hijos de Dios por medio de la adopción y la gracia? Entonces, recordemos este pasaje; al igual que nuestro Padre celestial, seamos perdonadores. ¿Nos ha hecho alguien algún mal? Perdonémosle en este mismo día. Como dice Leighton: “Deberíamos perdonarnos poco a nosotros mismos, y mucho a los demás”.

¿Queremos hacerle bien al mundo? ¿Queremos tener una influencia positiva sobre los demás, y hacerles ver la hermosura de la verdadera religión? Entonces, recordemos este pasaje. Un hombre que no siente interés por las doctrinas puede, no obstante, apreciar el carácter perdonador de otro.

¿Queremos crecer en la gracia, y ser más santos en todos nuestros caminos, palabras y obras? Entonces, recordemos este pasaje. Nada contrista tanto al Espíritu Santo, y causa tanta oscuridad espiritual en nuestras almas, como que cedamos a un espíritu pendenciero e inmisericorde (cf. Efesios 4:30–32).

Mateo 19:1–15

En estos versículos tenemos una declaración de la mente de Cristo en cuanto a dos temas de gran importancia. Uno es la relación entre maridos y mujeres; el otro, cómo se debe considerar a los niños en lo que respecta a sus almas.

Es difícil sobrestimar la importancia de estos dos temas; el bienestar de las naciones y la felicidad de la sociedad están íntimamente ligadas a un correcto entendimiento de ellos. Una nación

no es más que un conjunto de familias. El buen funcionamiento de una familia depende totalmente de que se guarde el mayor de los respetos por la unión matrimonial, y de una buena educación de los hijos. Deberíamos estar agradecidos porque la gran Cabeza de la Iglesia pronunció un juicio claro acerca de ambas cuestiones.

En lo que se refiere al matrimonio, nuestro Señor enseña que *la unión de marido y mujer no debería romperse nunca, excepto por la mayor de las causas, es decir, que haya tenido lugar un acto de infidelidad*.

En la época en que nuestro Señor estuvo en la Tierra, se permitían los divorcios entre los judíos por las razones más frívolas e insignificantes. Aunque la práctica del divorcio había sido tolerada por Moisés para evitar males mayores, como la crueldad o el asesinato, se había convertido paulatinamente en un gigantesco abuso, fuente además, sin duda, de mucha inmoralidad (cf. Malaquías 2:14–16). La observación hecha por los discípulos de nuestro Señor muestra el estado deplorablemente decadente del sentimiento popular al respecto. Dijeron: “Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse”. Lo que en realidad querían decir, por supuesto, era que “si un hombre no se puede deshacer de su mujer por una causa leve y en cualquier momento, es mejor no casarse en primer lugar”. ¡Semejante lenguaje, proveniente de las bocas de los Apóstoles, ciertamente suena raro!

Nuestro Señor presenta un concepto muy novedoso para la orientación de sus discípulos. En primer lugar, funda su juicio en la institución original del matrimonio: cita las palabras utilizadas al principio de Génesis, donde se describe la creación del hombre y la unión de Adán y Eva, como prueba de que ninguna otra relación se debe considerar tan importante como la existente entre un marido y su mujer. La relación entre un padre y su hijo puede parecer muy íntima, pero hay una que lo es aún más: “El hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer”. A continuación, respalda la cita con sus propias, y muy solemnes, palabras: “Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre”. Por último, presenta la grave acusación de que un matrimonio contraído después de un divorcio por causas leves y frívolas, es un quebrantamiento del séptimo mandamiento: “Cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera”.

Es evidente, por el tenor mismo del pasaje, que la relación matrimonial debería ser estimada con gran reverencia y honra entre los cristianos. Es una relación que fue instituida en el paraíso, en la época de la inocencia del hombre, y ha sido escogida como ejemplo de la unión mística entre Cristo y su Iglesia: es una relación a la que nada, excepto la muerte, debería poner término. Es una relación que tiene, con toda seguridad, la mayor de las influencias sobre aquellos a quienes une, para alegría o para tristeza, para bien o para mal. Es una relación que no debe producirse nunca sin haber pedido consejo, ni sin darle importancia, ni sin pensarlo seriamente, sino con seriedad, con prudencia y con la debida consideración. Es un hecho lamentablemente cierto que los matrimonios que no se piensan bien son una de las principales causas de infelicidad, y es de temer que también lo sean, con demasiada frecuencia, de pecado.

En lo que se refiere a los niños, hallamos en estos versículos que nuestro Señor nos instruye *tanto por palabra como por obra, y tanto por precepto como por ejemplo*. “Le fueron presentados unos niños,

para que pusiese las manos sobre ellos, y orase". Está claro que eran niños pequeños, demasiado jóvenes para recibir instrucción, pero no demasiado jóvenes para poder ser beneficiados por la oración. Los discípulos parecieron pensar que eran indignos de la atención de su Maestro, y reprendieron a quienes los habían traído. Pero esto hizo que la gran Cabeza de la Iglesia pronunciara una solemne declaración: "Jesús dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos".

Hay algo muy interesante tanto en el lenguaje como en el acto de nuestro Señor en esta ocasión. Todos sabemos lo débil que es un niño pequeño, tanto en mente como en cuerpo: de todas las criaturas que nacen en el mundo, ninguna es tan indefensa y necesitada. Sabemos quién era Aquel que en ese momento atendió a los niños, sacando tiempo de su ajetreado ministerio entre los adultos para "poner las manos sobre ellos y orar": era el eterno Hijo de Dios, el gran Sumo Sacerdote, el Rey de reyes, en quien todas las cosas subsisten, "el resplandor de la gloria del Padre, y la imagen misma de su sustancia" (Hebreos 1:3). ¡Qué imagen tan instructiva la que este acto pone ante nuestros ojos! No es de extrañar que la gran mayoría de la Iglesia de Cristo haya visto siempre en este pasaje un argumento sólido, aunque indirecto, en favor del bautismo infantil.

Aprendamos de estos versículos que el Señor Jesús tiene un amoroso interés por las almas de los niños pequeños. Es probable que Satanás los odie de forma especial; es seguro que Jesús los ama de forma especial. Aunque son jóvenes, no están fuera del área de sus pensamientos ni de su atención. Ese gran corazón suyo tiene espacio para el bebé en una cuna igual que para el rey en su trono; trata a todos los niños como poseedores, en sus pequeños cuerpos, de un principio inmortal que sobrevivirá a las pirámides de Egipto y verá el Sol y la Luna ser apagados en el día final. Con un pasaje como este ante nosotros, sin duda tenemos un buen motivo para esperar la salvación de todos los niños que mueren en su infancia. "De los tales es el reino de los cielos".

Por último, saquemos de estos versículos ánimo para intentar grandes cosas en la instrucción religiosa de los niños. Tratémoslos desde sus primeros años como a quienes tienen almas que se habrán de salvar o de perder, y esforcémonos por llevarlos a Cristo; asegurémonos de que conocen la Biblia tan pronto como tengan un mínimo de entendimiento; oremos con ellos, y oremos por ellos, y enseñémosles a orar ellos solos. Podemos estar seguros de que Jesús mira con agrado tales esfuerzos, y está siempre dispuesto a bendecirlos; podemos estar seguros de que tales esfuerzos no son en vano. La semilla que se siembra en la infancia suele crecer al cabo de un tiempo. ¡Dichosa aquella iglesia en la que se cuida a los miembros más jóvenes igual que a los comulgantes de más edad! La bendición de Aquel que fue crucificado estará, con toda seguridad, sobre esa iglesia. Él "puso las manos" sobre los niños pequeños, y oró por ellos.

Mateo 19:16–22

Estos versículos nos muestran en detalle una conversación que mantuvieron nuestro Señor Jesucristo y un joven que acudió a Él a hacerle una pregunta acerca del camino que conduce a la vida eterna. Como todas las conversaciones entre nuestro Señor y un individuo que han sido recogidas en los Evangelios, merece una atención especial. La salvación es un asunto individual: todo aquel que desee ser salvo tiene que hablar personalmente y en privado con Cristo acerca de su alma.

En el caso de este joven vemos, por un lado, que *una persona puede desear la salvación y, sin embargo, no salvarse*. Aquí tenemos a alguien que, en una época de abundante incredulidad, se acerca por su propia decisión a Cristo. No lo hace para que se le sane de una enfermedad; no lo hace para pedirle por un hijo; lo hace para hablar de su alma. Él inicia el diálogo, con una pregunta muy franca: "Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?". Sin duda, podríamos haber pensado: "He aquí un caso prometedor; este joven no es un gobernante ni un fariseo, con todos sus prejuicios, sino alguien que va buscando una esperanza". Pero al final, este mismo joven "se va triste", y ya no encontramos nada escrito que nos indique que se convirtiera.

No debemos olvidar nunca que los buenos sentimientos en materia de religión, que no van acompañados de nada más, no provienen de la gracia de Dios. Quizá conozcamos la Verdad de un modo intelectual; quizá sintamos nuestra conciencia presionada muchas veces; quizá se despierten en nosotros sentimientos religiosos, y tengamos una gran preocupación por nuestra alma, y derramemos muchas lágrimas; pero nada de esto es una conversión. No es la genuina obra salvadora del Espíritu Santo.

Por desgracia, esto no es todo lo que hay que decir sobre el asunto. Los buenos sentimientos que no van acompañados de nada más no solo no son señal de la gracia, sino que son hasta peligrosos, y mucho, si nos contentamos con ellos y no *actuamos* además de *sentir*. Es una observación muy profunda de ese gran maestro en materia moral que es el obispo Butler, que "las impresiones pasivas, repetidas muchas veces, pierden paulatinamente toda su fuerza; las acciones, repetidas muchas veces, producen un hábito en la mente del hombre; los sentimientos, consentidos muchas veces sin que den lugar a sus correspondientes acciones, terminan por no tener ninguna influencia".

Apliquemos esta lección a nuestra propia situación. Puede que nosotros mismos sepamos lo que es sentir temores, esperanzas y deseos religiosos. Guardémonos de depositar nuestra confianza en ellos. No nos conformemos hasta que tengamos el testimonio del Espíritu en nuestros corazones, de que hemos nacido de nuevo y somos criaturas nuevas; no descansemos jamás hasta que sepamos que nos hemos arrepentido de veras, y que nos hemos "asido de la esperanza puesta delante de nosotros" en el Evangelio. Es bueno tener sentimientos; pero es mucho mejor convertirse.

Vemos, por otro lado, en el caso de este joven, que *las personas no convertidas suelen tener una gran ignorancia en cuanto a cuestiones espirituales*. A este joven que se había acercado a hacerle una pregunta, nuestro Señor le señala la regla eterna del bien y el mal: la Ley moral. Al ver que habla tan efusivamente de "hacer" cosas, lo pone a prueba con una orden calculada para revelar el verdadero estado de su corazón: "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos"; hasta le repite la segunda de las tablas de la Ley; e

inmediatamente el joven responde, confiado: “Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta?”. Su ignorancia de la espiritualidad de los estatutos de Dios es tan absoluta que no duda ni por un instante que los haya cumplido perfectamente. Parece completamente desconocedor de que los mandamientos afectan a los pensamientos y a las palabras, además de a los actos, y de que si Dios hubiera de juzgarlo en ese mismo momento, “no le [podría] responder a una cosa entre mil” (Job 9:3). ¡Qué tinieblas debía de haber en su mente en cuanto a la naturaleza de la Ley de Dios! ¡Qué pobres debían de ser sus ideas respecto a la santidad que Dios requiere de nosotros!

Es, por desgracia, un hecho que la ignorancia como la de este joven es lamentablemente común en la Iglesia de Cristo. Hay miles de personas bautizadas que no saben más acerca de las principales doctrinas del cristianismo que el mayor de los paganos; decenas de miles llenan las iglesias y capillas cada semana, que desconocen por completo el alcance de la pecaminosidad del hombre. Se aferran obstinadamente a la vieja idea de que, de un modo u otro, sus acciones pueden salvarlos, y, cuando un ministro los visita en su lecho de muerte, demuestran ser tan ciegos como si nunca hubieran oído la Verdad en absoluto. Esto es tan cierto que, de hecho, “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura” (1 Corintios 2:14).

Vemos, por último, en el caso de este joven, que *un ídolo al que se ama en el corazón puede suponer la perdición eterna de un alma*. Nuestro Señor, que sabía lo que había en el hombre, le muestra por fin a este joven, que se había acercado a Él, su gran pecado. La misma voz que penetraba los corazones, que le dijo a la mujer samaritana: “Vé, llama a tu marido” (Juan 4:16), le dice a este joven: “Anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres”. Entonces se descubre el punto débil de su carácter. Resulta que, a pesar de todas sus esperanzas y deseos de alcanzar la vida eterna, había una cosa que amaba más que su alma, y esa cosa era su dinero. No pasa la prueba. Se le pesa en la balanza y es hallado falto (cf. Daniel 5:27). Y la historia termina con las lamentables palabras: “Se fue triste, porque tenía muchas posesiones”.

Tenemos en esta historia una prueba más de esa verdad que es que “raíz de todos los males es el amor al dinero” (1 Timoteo 6:10). Tenemos que poner a este joven en nuestra memoria junto a Judas, Ananías y Safira, y tenemos que aprender a guardarnos de la codicia. Desgraciadamente, es una roca en la que miles de personas encallan continuamente. Apenas habrá algún ministro del Evangelio que no pueda señalar a unos cuantos de su congregación que, hablando en términos humanos, “no están lejos del reino de Dios”, pero que nunca parecen avanzar lo más mínimo. Sienten deseos; tienen sentimientos; albergan intenciones; tienen esperanzas; ¡pero de ahí no pasan! ¿Y por qué? Porque les gusta el dinero.

Antes de dejar el pasaje, hagámonos a nosotros mismos la prueba. Fijémonos en el efecto de sus palabras sobre nuestra alma. ¿Somos honrados y sinceros al profesar nuestro deseo de ser verdaderos cristianos? ¿Nos hemos deshecho de todos nuestros ídolos? ¿No hay ningún pecado secreto que estemos practicando a escondidas, y que no queramos perder? ¿No hay ninguna cosa ni persona a la que amemos, ocultamente, más que a Cristo y a nuestra propia alma? Estas son preguntas a las que se debe dar una respuesta. La auténtica

explicación del desdichado estado de muchos que oyen el Evangelio es su idolatría espiritual. No debe sorprendernos que S. Juan nos diga: “Guardaos de los ídolos” (1 Juan 5:21).

Mateo 19:23–30

Lo primero que aprendemos en estos versículos es *el inmenso peligro que las riquezas entrañan para las almas de quienes las poseen*. El Señor Jesús declara que “difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos”. Y llega aún más lejos. Utiliza un dicho proverbial para ratificar su afirmación: “Es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios”.

Pocas afirmaciones de nuestro Señor suenan más sorprendentes que esta; pocas son tan opuestas a las opiniones y prejuicios de la Humanidad; pocas son tan escasamente creídas; y, sin embargo, es verdad, y digna de ser recibida por todos. Las riquezas, que todo el mundo desea y por las que los hombres se esfuerzan y trabajan, y envejecen antes de tiempo, son la posesión más peligrosa que hay. Suelen causarle graves daños al alma; conducen a los hombres a muchas tentaciones; absorben los pensamientos y los sentimientos de los hombres; atan pesadas cargas en los corazones, y hacen el camino al Cielo más difícil de lo que ya es de por sí.

Guardémonos del amor al dinero. Es posible utilizarlo correctamente y hacer el bien con él, pero por cada uno que lo utiliza bien, hay miles que lo utilizan mal, haciéndose daño a sí mismos y a los demás. Que el hombre mundano haga del dinero un ídolo, si quiere, y que piense que la felicidad es proporcional a su posesión; pero que el cristiano, quien profesa tener “tesoros en el cielo”, ponga su rostro como un pedernal (*) ante el espíritu del mundo en este aspecto. Que no adore el oro. El mejor hombre a los ojos de Dios no es el que más dinero tiene, sino el que posee mayor gracia.

Pidamos cada día en oración por las almas de los ricos. No se les debe envidiar, sino tener una gran lástima. Llevan cargas pesadas en la carrera cristiana; de todos los hombres, son los que menos probabilidades tienen de correr de tal manera que obtengan el premio (cf. 1 Corintios 9:24). Su prosperidad en este mundo supone muchas veces su perdición en el mundo venidero. Con razón contiene la Letanía de la Iglesia de Inglaterra (**) las palabras: “En todo tiempo, de la riqueza, líbranos, buen Señor”.

La segunda cosa que aprendemos en este pasaje es *el poder omnipotente de la gracia de Dios en el alma*. Los discípulos se asombraron al oír a nuestro Señor hablar así de los ricos. Lo que dijo era tan contrario a todas sus ideas en cuanto a las ventajas de poseer riquezas, que exclamaron sorprendidos: “¿Quién, pues, podrá ser salvo?”. Obtuvieron de nuestro Señor una respuesta llena de misericordia: “Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible”. El Espíritu Santo puede guiar aun al más rico de entre los hombres a buscarse un tesoro en el Cielo. Puede hacer que aun los

reyes arrojen sus coronas a los pies de Jesús, y estimen todas las cosas como pérdida por el Reino de Dios. La Biblia nos da una prueba tras otra de esto. Abraham era muy rico y, sin embargo, fue el Padre de los fieles; Moisés podría haber sido un príncipe o un rey en Egipto, pero dejó su brillante futuro por Aquel que es invisible; Job era el hombre más rico del Oriente y, sin embargo, fue un siervo predilecto de Dios; David, Josafat, Josías y Ezequías fueron todos ellos monarcas muy ricos, pero amaron el favor de Dios más que sus grandezas terrenales. Todos estos casos nos muestran que "no hay nada que sea difícil para el Señor", y que la fe puede crecer aun en el más improbable de los terrenos.

Retengamos firmemente esta doctrina, y no la soltemos jamás. Ni el lugar donde vive, ni sus circunstancias, excluyen a ningún hombre del Reino de Dios: no perdamos nunca la esperanza respecto a la salvación de nadie. Es indudable que los ricos necesitan una gracia especial, y que están expuestos a tentaciones especiales. Pero el Señor Dios de Abraham, de Moisés, de Job y de David no cambia: el mismo que los salvó a ellos a pesar de sus riquezas puede también salvar a otros. Lo que Él hace, ¿quién lo estorbará? (Isaías 43:13).

La última cosa que aprendemos en estos versículos es *el inmenso ánimo que el Evangelio ofrece a quienes lo dejan todo por Cristo*. Se nos dice que Pedro le preguntó a nuestro Señor qué recibirían él y los otros apóstoles por haber dejado todo lo poco que tenían por Él. Obtuvo una respuesta rebosante de gracia. A todos los que hagan un sacrificio por Cristo se les dará una gran recompensa: "recibirán cien veces más, y heredarán la vida eterna".

Esta promesa tiene algo que infunde un gran aliento. Pocas personas en estos tiempos, exceptuando quienes se convierten de entre los paganos, se encuentran con el dilema de tener que abandonar sus hogares, sus familias o sus tierras debido a su fe; pero pocos son los verdaderos cristianos que no tendrán que atravesar muchos problemas, de un modo u otro, si de veras permanecen fieles a su Señor. Aún no "se ha quitado el tropiezo de la Cruz": muchos creyentes en nuestro propio país se enfrentan a las risas, la burla, los insultos y aun a la persecución familiar. En muchos casos, la decisión de obedecer el Evangelio de Cristo supone la pérdida del favor del mundo, y que ciertos lugares y situaciones pasen a ser peligrosos. Todos los que se vean ante pruebas de este tipo pueden hallar consuelo en la promesa de estos versículos. Jesús previó su necesidad y pronunció estas palabras para que les sirvieran de consuelo.

Podemos estar seguros de que jamás hombre alguno lo perderá absolutamente todo por seguir a Cristo. Puede que el creyente parezca sufrir pérdidas durante algún tiempo, al principio de su vida como cristiano decidido; puede que se desanime mucho por las aflicciones que le sobrevendrán a causa de su fe; pero que tenga la seguridad de que no será un perdedor a largo plazo. Cristo puede darnos amigos que compensarán de sobra los que perdamos; Cristo puede hacer que se nos abran corazones y hogares mucho más amorosos y hospitalarios que los que se nos cierren; ante todo, Cristo puede darnos paz en nuestras conciencias, gozo interior, una grandiosa esperanza y un sentimiento de felicidad, que compensarán más que de sobra todo aquello que es agradable y terrenal y que hayamos rechazado por Él. Él ha dado su regia palabra de que será así. Nadie ha visto jamás que esa promesa no se cumpliera: confiemos en ella, y no

temamos.

Mateo 20:1–16

No se puede negar que existen varias dificultades en la parábola que contienen estos versículos. La clave para su correcta explicación ha de buscarse en el pasaje que concluye el capítulo anterior. *Allí* encontramos al apóstol Pedro haciéndole a nuestro Señor una pregunta extraordinaria: "Nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?". *Allí* encontramos a Jesús dando una extraordinaria respuesta. Le hace una promesa especial a Pedro, así como al resto de sus discípulos: les dice que un día "se sentarán sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel". Y les hace una promesa general a todos aquellos que sufran pérdidas por su causa: "Recibirán cien veces más, y heredarán la vida eterna".

Ahora bien, hemos de tener en cuenta que Pedro era judío; como muchos judíos, probablemente había crecido rodeado de ignorancia en lo que respecta al propósito de Dios para la salvación de los gentiles; de hecho sabemos, por lo que leemos en Hechos, que fue necesaria una visión del Cielo para disipar aquella ignorancia (Hechos 10:28). También hemos de tener en cuenta que Pedro y sus condiscípulos eran débiles en fe y en conocimiento. Es probable que tendieran a darle mucha importancia a sus propios sacrificios por Cristo, y que fueran propensos al engreimiento y a la confianza en su propia justicia. Nuestro Señor era bien consciente de ambas cosas. Por consiguiente, cuenta esta parábola para el beneficio particular de Pedro y sus compañeros. Nuestro Señor penetró sus corazones, vio la medicina espiritual que necesitaban y se la proporcionó al instante. En dos palabras, advirtió que su orgullo estaba creciendo y les dio una lección de humildad.

Al disponernos a exponer esta parábola, no hace falta que examinemos con demasiado detalle el significado del "denario", de "la plaza", del "mayordomo" ni de las "horas": tales indagaciones suelen ensombrecer la exposición con muchas palabras que, en realidad, no tienen una base firme. Con razón dice un gran teólogo que "la teología de las parábolas no es discutible". El consejo de Crisóstomo merece nuestra atención; dice: "No es correcto que se investiguen, con gran curiosidad, y palabra por palabra, todos los detalles de una parábola, sino que, una vez aprendido el propósito para el que se pensó, se ha de recoger este como fruto y no preocuparse más de ningún otro aspecto". Dos lecciones principales parecen destacar en esta parábola, y contener el alcance general de su significado. Nos contentaremos con estas dos.

Aprendemos, en primer lugar, que *al llamar a las naciones a conocerle, Dios ejerce una gracia libre, soberana e incondicional*. Él llama a las familias de la Tierra para que pasen a formar parte de la Iglesia visible en el momento que Él escoge, y del modo que Él escoge.

Esta verdad la vemos expuesta de forma maravillosa en la historia

de la relación de Dios con el mundo. Vemos cómo los hijos de Israel son llamados y elegidos para ser el pueblo de Dios al comienzo “del día”; vemos cómo algunos de los gentiles son llamados más tarde, por la predicación de los Apóstoles; vemos cómo otros son llamados en nuestros días, mediante la obra de los misioneros; vemos cómo otros, como los millones de chinos e indios que hay, siguen “estando desocupados, porque nadie los ha contratado”. ¿Y por qué sucede esto? No lo sabemos. Lo único que sabemos es que a Dios le complace privar a las iglesias de todo orgullo, y quitarles toda ocasión de jactarse: no permitirá nunca que las ramas más viejas de su Iglesia miren con desdén a las más jóvenes. Su Evangelio ofrece el perdón y la paz con Dios por medio de Cristo a los paganos de nuestros días igual que se lo ofreció a S. Pablo; los habitantes de Tirunelveli y de Nueva Zelanda (*) que se conviertan, serán recibidos en el Cielo igual que el más santo de los patriarcas que murieron hace 3500 años. Se ha quitado la antigua barrera que dividía a judíos y gentiles. No hay nada que impida que un pagano convertido pueda ser un “coheredero y copartícipe de la misma esperanza” de un creyente israelita. Los gentiles, convertidos “a la hora undécima” del mundo, serán herederos de la gloria con tanto derecho como los judíos, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el Reino de los cielos mientras que muchos de los hijos del Reino serán echados a las tinieblas de afuera. Ciertamente, “los postreros serán primeros”.

Aprendemos, en segundo lugar, que *al salvar a individuos, así como al llamar a las naciones a conocerle, Dios es soberano y no da cuentas de sus actos*. Él “tiene misericordia de quien tiene misericordia”, lo cual también hace en el momento que Él escoge (Romanos 9:15).

Vemos ejemplos de esta verdad en todas partes en la Iglesia de Cristo, en el ámbito de la experiencia. Vemos a un hombre llamado al arrepentimiento y la fe muy temprano en su vida, como Timoteo, que luego trabaja en la viña del Señor durante cuarenta o cincuenta años y, por otro lado, vemos a un hombre llamado “a la hora undécima”, como el ladrón en la cruz, que es librado como “un tizón arrebatado del incendio”: un día, un pecador impenitente y endurecido, y al día siguiente en el paraíso; sin embargo, el tenor mismo del Evangelio nos hace creer que ambos hombres han sido perdonados de igual modo ante Dios. Ambos han sido lavados de igual modo en la sangre de Cristo, y vestidos con la justicia de Cristo; ambos están de igual modo justificados, y han sido aceptados, y serán hallados a la derecha de Cristo en el día final.

Es indudable que esta doctrina le sonará extraña al cristiano de poca experiencia y conocimiento. Es una doctrina que desconcierta el orgullo de la naturaleza humana, que no le deja a quien confía en su propia justicia nada de lo que jactarse, que pone a todos los hombres a un mismo nivel, humillando así a algunos y dándoles motivos para murmurar; pero no es posible rechazarla sin rechazar todo el mensaje de la Biblia. Una fe en Cristo auténtica, aunque haya nacido hace solo un día, justifica a un hombre delante de Dios tan plenamente como la de alguien que haya seguido a Cristo durante cincuenta años. La justicia a la que apelará Timoteo en el día del Juicio es la misma a la que lo hará el ladrón arrepentido: ambos serán salvos solo por gracia; ambos se lo deberán todo a Cristo. Puede que esto no nos guste, pero es la doctrina de esta parábola, y no solo de esta parábola, sino de todo el Nuevo Testamento. ¡Dichoso aquel que puede recibir esta

doctrina con humildad! Como bien dice el obispo Hall: “Si bien algunos tienen motivos para alabar la generosidad de Dios, nadie tiene motivos para quejarse”.

Antes de dejar esta parábola, armemos nuestras mentes con algunas advertencias muy necesarias. Esta es una porción de la Escritura que se suele tergiversar y sacar de contexto. Muchas veces los hombres no han sacado de ella leche, sino veneno.

Guardémonos de deducir, de ningún detalle de esta parábola, que la salvación se haya de obtener, en alguna medida, por pequeña que sea, mediante las obras: suponer tal cosa es negar toda la enseñanza de la Biblia. Lo que un creyente recibe en el mundo venidero es una cuestión de gracia, no de deuda: Dios no es deudor nuestro nunca ni en ningún sentido; nosotros, aun cuando hemos hecho todo lo que debíamos hacer, somos siervos inútiles (cf. Lucas 17:10).

Guardémonos de deducir de esta parábola que la diferencia entre judíos y gentiles haya sido eliminada totalmente por el Evangelio: suponer tal cosa es contradecir muchas profecías muy claras, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo. En el aspecto de la justificación, no hay diferencia entre el creyente judío y el creyente griego; pero en el aspecto de los privilegios nacionales, Israel sigue siendo un pueblo especial, “no contado entre las naciones”. Dios tiene muchos designios respecto al pueblo judío que aún no se han cumplido.

Guardémonos de deducir de esta parábola que todas las almas salvadas vayan a compartir el mismo nivel de gloria: suponer tal cosa es contradecir muchas afirmaciones muy claras de la Escritura. El título que da derecho al Cielo a todos los creyentes es, sin lugar a dudas, el mismo: la justicia de Cristo. Pero no todos tendrán el mismo lugar en el Cielo: “Cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor” (1 Corintios 3:8).

Por último, guardémonos de deducir de esta parábola que alguien pueda aplazar, sin correr peligro, su arrepentimiento hasta el final de sus días: suponer tal cosa es engañarnos a nosotros mismos de forma peligrosísima. Cuanto más tiempo se niegan los hombres a obedecer la voz de Cristo, menos probabilidades tienen de ser salvos. “He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación” (2 Corintios 6:2). Muy pocos son los que se salvan en sus lechos de muerte. Un ladrón en la cruz fue salvado para que nadie pierda la esperanza; pero solo uno, para que nadie se haga vanas ilusiones. Una confianza errónea en esas palabras —“la hora undécima”— ha supuesto la perdición de miles de almas.

Mateo 20:17–23

Lo primero que debemos advertir en estos versículos es *el anuncio tan claro que el Señor Jesucristo hace de que su muerte se acerca*. Por tercera vez lo encontramos declarando a sus discípulos la asombrosa verdad de que Él, su Maestro, capaz de obrar maravillas, pronto habrá de sufrir y morir.

El Señor Jesús supo desde un primer momento todo lo que le iba a suceder. La traición de Judas Iscariote, la feroz persecución por parte de los principales sacerdotes y los escribas, el juicio injusto, la entrega a Poncio Pilato, las burlas, los azotes, la corona de espinas, la Cruz, la crucifixión entre dos malhechores, los clavos, la lanza: todas estas cosas, sin excepción, se extendían ante su mente como una sucesión de imágenes.

¡Cuánto aumenta el sufrimiento saber que este va a suceder, como bien saben aquellos que han vivido la espera de alguna temible operación quirúrgica! Sin embargo, nada de esto echó atrás a nuestro Señor. Él mismo dijo: "No fui rebelde, ni me volví atrás. Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos" (Isaías 50:5–6). Vio el Calvario a lo lejos durante toda su vida y, sin embargo, caminó con calma hacia él, sin desviarse ni a la derecha ni a la izquierda. Sin duda, no hubo jamás "dolor como [su] dolor", ni amor como su amor.

El Señor Jesús sufrió voluntariamente. Cuando murió en la Cruz, no fue porque no tuviera poder para impedirlo: sufrió intencionadamente, deliberadamente, por su propia y libre voluntad (Juan 10:18). Sabía que sin el derramamiento de su sangre no se lograría la remisión del pecado del hombre; sabía que Él era el Cordero de Dios, que había de morir para quitar el pecado del mundo; sabía que su muerte era el sacrificio que había sido señalado y que tenía que ser ofrecido para expiar la iniquidad. Sabiendo todo esto, fue voluntariamente a la Cruz; dispuso su corazón para acabar la grandiosa obra que había venido al mundo a hacer. Era muy consciente de que todo giraba en torno al eje de su muerte, y de que, sin ella, sus milagros y su predicación habrían hecho relativamente poco por el mundo. No es de extrañar que en tres ocasiones llamara la atención de sus discípulos al hecho de que "le era necesario" morir. ¡Bienaventurados y dichosos aquellos que conocen el verdadero significado e importancia de los sufrimientos de Cristo!

La segunda cosa que debemos advertir en estos versículos es *la mezcla de ignorancia y fe que se puede hallar aun en cristianos sinceros*. Vemos a la madre de Santiago y Juan acercarse a nuestro Señor con sus dos hijos, presentándole de parte de ellos una extraña petición. Le pide que "en su reino, sus hijos se sienten el uno a su derecha y el otro a su izquierda". Parece haber olvidado todo lo que Jesús acababa de decir acerca de sus sufrimientos; su mente impaciente no piensa más que en la gloria del Señor. Las claras advertencias del Señor en cuanto a la crucifixión parecen no haberles servido de nada a sus hijos: sus mentes no pensaban más que en su trono y en el día de su poder. Había mucha fe en su petición, pero había aún más flaqueza. Había algo digno de elogio, y es que podían ver en Jesús de Nazaret a un Rey que había de venir, pero había también mucho digno de reproche, y es que no recordaban que había de ser crucificado antes de poder reinar. Verdaderamente, "el deseo de la carne es contra el Espíritu" en todos los hijos de Dios, y Lutero lleva razón al afirmar que "la carne siempre busca ser glorificada antes de ser crucificada".

Hay muchos cristianos que se parecen mucho a esta mujer y a sus hijos. Ven las cosas de Dios en parte, y las conocen en parte; tienen suficiente fe para seguir a Cristo; tienen suficiente conocimiento para odiar el pecado y salirse del mundo; sin embargo, de muchas verdades del cristianismo tienen un desconocimiento lamentable. Hablan de

forma ignorante, actúan de forma ignorante y cometen muchos trágicos errores. Su conocimiento de la Biblia es muy limitado; su percepción de sus propios corazones es muy pequeña. Pero en estos versículos se nos enseña que debemos tener paciencia con tales personas, pues el Señor los ha recibido. No debemos menospreciarlos como si fueran impíos que no han conocido la gracia, tan solo porque ignoren ciertas cosas; tenemos que recordar que quizá haya una fe auténtica en el fondo de sus corazones, aunque encima haya mucha escoria. Debemos pensar en el hecho de que los hijos de Zebedeo, cuyo conocimiento una vez fue tan imperfecto, llegaron a ser más tarde columnas de la Iglesia de Cristo; del mismo modo, un creyente puede comenzar su carrera entre densas tinieblas y, sin embargo, llegar a ser al final un hombre poderoso en las Escrituras, y un digno sucesor de Santiago y de Juan.

La última cosa que debemos advertir en estos versículos es *la solemne reprimenda con la que nuestro Señor responde a la ignorante petición de la madre de los hijos de Zebedeo, así como a los dos hijos*. Les dice: “No sabéis lo que pedís”. Habían pedido tener parte en la recompensa de su Maestro, pero sin considerar que primero tenían que ser participantes de los padecimientos de su Maestro (1 Pedro 4:13). Habían olvidado que quienes quisieran estar junto a Cristo en la gloria, tenían que beber de su vaso y ser bautizados con su bautismo; no entendieron que son aquellos que cargan con la cruz, y solo ellos, quienes recibirán la corona. Con razón podía decirles nuestro Señor: “No sabéis lo que pedís”.

¿Pero no cometemos nosotros nunca la misma equivocación que cometieron los hijos de Zebedeo? ¿No caemos nunca en su mismo error, haciendo peticiones que no hemos pensado ni calculado? ¿No decimos muchas veces en oración cosas sin “calcular el costo”, y pedimos que se nos concedan ciertas cosas sin reflexionar en lo que implica nuestro ruego? Estas son preguntas que llegan a lo más hondo de nuestro corazón, y es de temer que probablemente muchos de nosotros no podamos darles una respuesta satisfactoria.

Pedimos que nuestras almas sean salvadas y vayan al Cielo cuando muramos. Es ciertamente una petición muy buena. ¿Pero estamos dispuestos a tomar la cruz y seguir a Cristo? ¿Estamos preparados para dejar el mundo por Él? ¿Estamos listos para despojarnos del viejo hombre y revestirnos del nuevo, listos para luchar, para esforzarnos y para correr de tal manera que obtengamos el premio? ¿Estamos preparados para resistir a un mundo burlón y sufrir penalidades por Cristo? ¿Qué diremos a todo esto? Si no estamos preparados para ello, puede que nuestro Señor también nos diga a nosotros: “No sabéis lo que pedís”.

Pedimos que Dios nos haga santos y buenos. Es ciertamente una petición muy buena. ¿Pero estamos preparados para ser santificados mediante cualquier proceso que Dios, en su sabiduría, nos pida que cumplamos? ¿Estamos listos para ser purificados por la aflicción, apartados del mundo por la pérdida de nuestros seres queridos, y acercados a Dios por medio de pérdidas, enfermedades y tristezas? ¡Desgraciadamente, son preguntas muy difíciles! Pero si no estamos listos, bien podría ser que nuestro Señor nos dijera: “No sabéis lo que pedís”.

Dejemos estos versículos con la solemne resolución de pensar bien qué es lo que hacemos cuando nos acercamos a Dios en oración.

Guardémonos de peticiones irreflexivas, que no hayamos calculado bien, y precipitadas. Como bien dijo Salomón: “No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios” (Eclesiastés 5:2).

Mateo 20:24–28

Estos versículos son pocos en número, pero contienen lecciones de gran importancia para todos aquellos que profesan ser cristianos. Veamos cuáles son.

En primer lugar, aprendemos aquí que *puede haber orgullo, celos y deseos de preeminencia aun entre auténticos discípulos de Cristo*. ¿Qué dice la Escritura? “Cuando los diez oyeron” lo que habían pedido Santiago y Juan, “se enojaron contra los dos hermanos”.

El orgullo es uno de los pecados más antiguos y maliciosos; por él cayeron los ángeles, pues “no guardaron su dignidad” (Judas 6). Por el orgullo se incitó a Adán y Eva a comer el fruto prohibido: no estaban contentos con lo que tenían, y creyeron que “serían como Dios”. Lo que más daño les hace a los santos de Dios, tras su conversión, es el orgullo. Lleva razón Hooker, al decir que “el orgullo es un vicio que se ancla con tal firmeza a los corazones de los hombres que, si pudiéramos librarnos de todas nuestras faltas una por una, sin lugar a dudas lo encontraríamos en último lugar, y sería el más difícil de eliminar”. Hay un dicho, peculiar pero muy cierto, del obispo Hall, que es que “el orgullo es la prenda interior que nos quitamos en último lugar, y la que primero nos ponemos”.

En segundo lugar, aprendemos aquí que *el verdadero secreto de la grandeza en el Reino de Cristo es una vida de abnegación por los demás*. ¿Qué dice la Escritura? “El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo”.

La regla que utiliza el mundo para medir la grandeza y la que utiliza el Señor Jesús, son muy distintas. Son más que distintas: son totalmente opuestas. Entre los hijos de este mundo se piensa que el hombre con más grandeza es el que tiene más tierras, más dinero, más criados, mejor posición social y más poder terrenal; entre los hijos de Dios se considera el más grande al que más hace para fomentar la felicidad espiritual y transitoria de sus semejantes. La verdadera grandeza no consiste en recibir, sino en dar; no en la acumulación codiciosa de bienes, sino en hacer el bien a los demás; no en ser servido, sino en servir; no en quedarse sentado y esperar a ser atendido, sino en salir y atender a otros. Los ángeles de Dios ven algo mucho más agradable en la obra de un misionero que en la de un buscador de oro en Australia. Se interesan mucho más por los esfuerzos de hombres como Howard y Judson que por las victorias de generales, los discursos políticos de estadistas o los consejos de Estado de reyes. Recordemos esto, y guardémonos de buscar una grandeza falsa: que nuestro objetivo sea esa grandeza que es la única

verdadera. Hay una mina de profunda sabiduría en las palabras de nuestro Señor: “Más bienaventurado es dar que recibir” (Hechos 20:35).

En tercer lugar, aprendemos aquí que *se espera de todo verdadero cristiano que tome al Señor Jesucristo como ejemplo*. ¿Qué dice la Escritura? Que debemos servirnos unos a otros, “como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir”.

El Señor Dios ha provisto misericordiosamente a su pueblo de todo lo necesario para su santificación. A quienes “siguen la santidad”, les ha dado los preceptos más claros, los mejores motivos y las promesas más alentadoras. Pero eso no es todo. Además, les ha proporcionado el modelo y ejemplo más perfecto: la vida de su propio Hijo. Nos ordena que, fijándonos en esa vida, construyamos la nuestra; nos ordena que andemos siguiendo los pasos de esa vida (1 Pedro 2:21). Es el modelo que debemos esforzarnos por imitar en lo que concierne a nuestro carácter, nuestras palabras y nuestras obras, en este mundo perverso. “¿Habría hablado así mi Maestro? ¿Se habría comportado así mi Maestro?”. Estas son las preguntas con las que deberíamos ponernos a prueba cada día.

¡Qué gran lección de humildad nos da esta verdad! ¡Qué exámenes de conciencia tan profundos debería causar en nuestro interior! ¡Con qué voz tan potente nos insta a despojarnos “de todo peso y del pecado que nos asedia”! (Hebreos 12:1). “¡Cómo no [deben] andar en santa y piadosa manera de vivir” quienes profesan tener como modelo a Cristo! ¡Qué religión tan pobre e inservible la que hace que un hombre se conforme con una profesión solo de palabra y vacía, mientras su vida es impía e inmunda! Por desgracia, aquellos que no saben lo que es tener a Cristo como ejemplo descubrirán al final que Él tampoco sabe nada de ellos, aunque afirmen pertenecer a su pueblo redimido. “El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Juan 2:6).

Por último, aprendamos de estos versículos que *la muerte de Cristo fue un sacrificio expiatorio por el pecado*. ¿Qué dice la Escritura? “El Hijo del Hombre […] vino […] para dar su vida en rescate por muchos”.

Esta es la verdad más grandiosa de la Biblia. Asegurémonos de que la hemos asido firmemente, y no la soltemos jamás. Nuestro Señor Jesucristo no murió meramente como un mártir, ni como un magnífico ejemplo de sacrificio y abnegación: quienes no ven más que *esto* en su muerte, no están ni remotamente cerca de la Verdad; no se dan cuenta de cuál es la mismísima piedra angular del cristianismo, y se quedan sin conocer el consuelo del Evangelio. Cristo murió como un sacrificio por el pecado del hombre; murió para expiar la iniquidad humana; murió para limpiarnos de nuestro pecados mediante la ofrenda de sí mismo; murió para redimirnos de la maldición que todos merecíamos, y para satisfacer la justicia de Dios, que de otro modo nos habría tenido que condenar. ¡No olvidemos esto nunca!

Todos somos, por naturaleza, deudores. Le debemos a nuestro santo Creador 10 000 talentos, y no tenemos con qué pagar. No podemos expiar nuestras propias transgresiones, pues somos débiles y frágiles, y no hacemos sino acrecentar nuestra deuda cada día que pasa. Pero, ¡alabado sea Dios!, lo que nosotros no podíamos hacer, Cristo vino al mundo a hacerlo por nosotros; la deuda que nosotros no podíamos pagar, Él se hizo cargo de ella: para pagarla, murió por nosotros en la Cruz. “Se ofreció a sí mismo […] a Dios” (Hebreos 9:14). “Padeció […]

por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Pedro 3:18). ¡Una vez más, no olvidemos esto nunca!

No dejemos este pasaje sin antes preguntarnos: ¿Dónde está nuestra humildad? ¿Cuál es nuestro concepto de la verdadera grandeza? ¿Cuál es nuestro ejemplo? ¿Cuál es nuestra esperanza? La vida, y vida eterna, depende de la respuesta que demos a estas preguntas. Dichoso el hombre que de veras es humilde, y se esfuerza por hacer el bien en el mundo que le toca vivir, que anda en los pasos de Jesús, y deposita toda su esperanza en el rescate que la sangre de Cristo ha pagado por él. ¡Ese hombre es un auténtico cristiano!

Mateo 20:29–34

En estos versículos tenemos un conmovedor relato de cierto suceso en la historia de nuestro Señor. Sana a dos ciegos que estaban sentados junto al camino, cerca de Jericó. Las circunstancias de este suceso contienen varias lecciones muy interesantes, que todo cristiano haría bien en recordar.

Para empezar, hemos de destacar *la fe tan grande que a veces se puede encontrar donde quizá menos se podría haber esperado*. Aunque estos dos hombres eran ciegos, creían que Jesús podía ayudarles. Nunca vieron ningún milagro de los que hizo nuestro Señor; solo lo conocían por lo que habían oído hablar de Él, pues no lo habían visto cara a cara; sin embargo, en cuanto oyeron que Él pasaba, “clamaron, diciendo: ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!”.

Semejante fe bien puede hacernos sentir vergüenza. Con todos nuestros libros que recogen los hechos, y las vidas de los santos, y colecciones de obras de teología, qué pocos hay que sepan lo que es una confianza simple, como la de un niño, en la misericordia de Cristo y en su poder; y aun entre los creyentes, muchas veces el grado de fe es extrañamente desproporcionado respecto a los privilegios de que se disfruta. Muchos hombres iletrados, que a duras penas pueden leer su Nuevo Testamento, poseen un espíritu de confianza inamovible en la defensa de Cristo, mientras que algunos teólogos muy eruditos sufren el acoso de dudas y preguntas en sus mentes. Aquellos que, en términos humanos, deberían ser los primeros, muchas veces son los últimos, y los que deberían ser últimos, primeros.

Por otro lado, hemos de destacar *qué sabio es aprovechar toda oportunidad de buscar el bien de nuestras almas*. Estos ciegos “estaban sentados junto al camino”; si no lo hubieran hecho, tal vez no habrían sido sanados nunca. Jesús no volvió a pasar por Jericó, así que probablemente ya no habrían vuelto a encontrarse con Él jamás.

En este hecho tan simple vemos la importancia de utilizar diligentemente los medios que nos proporciona la gracia. No olvidemos nunca la casa de Dios; no descuidemos nunca reunirnos con el pueblo de Dios; no pasemos por alto nunca la lectura de nuestras Biblias; no dejemos nunca que decaiga la práctica de la oración privada. Estas

cosas, como está claro, no nos salvarán sin la gracia del Espíritu Santo: miles de personas las hacen, pero continúan muertas en sus delitos y pecados. Pero es precisamente en la práctica de estas cosas donde las almas se convierten y se salvan; estas cosas son los caminos por los que anda Jesús. Quienes "se sientan junto al camino" son los que más probabilidades tienen de ser sanados. ¿Somos conscientes de la enfermedad que afecta a nuestras almas? ¿Tenemos el deseo, por pequeño que sea, de acudir al gran Médico? Si es así, no debemos esperar cruzados de brazos, diciendo: "Si he de ser salvo, lo seré de todos modos". Debemos ponernos en pie e ir al camino por donde anda Jesús; ¿quién sabe si quizá pasará muy pronto, y si lo hará por última vez? Sentémonos cada día "junto al camino".

Hemos de destacar también *el valor del esfuerzo y la perseverancia en la búsqueda de Cristo*. Estos ciegos fueron "reprendidos" por la gente que acompañaba a nuestro Señor; les dijeron que "callasen". Pero no iban a conseguir hacerlos callar de esa forma; sentían vivamente su necesidad de ayuda, y no les importaba nada la recriminación que les habían hecho. "Clamaron aún más, diciendo: ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!".

En este aspecto de su conducta tenemos un ejemplo importantísimo. No nos debe disuadir la oposición, ni nos deben desanimar las dificultades, al empezar a buscar la salvación de nuestras almas. Tenemos que "orar siempre, y no desmayar" (Lucas 18:1); tenemos que recordar la parábola de la viuda "molesta", y la del amigo que fue a medianoche a pedir prestados tres panes; como ellos, tenemos que insistir en nuestra petición ante el trono de la gracia, y decir: "No te dejaré, si no me bendices" (Génesis 32:26). Puede que nuestros amigos, familiares y vecinos no sean amables con nosotros, y nos reprochen nuestra firmeza; puede que encontremos frialdad y falta de apoyo donde pensábamos hallar ayuda; pero no dejemos que ninguna de estas cosas nos eche atrás. Si somos conscientes de nuestra enfermedad y queremos encontrar a Jesús, el gran Médico, y si conocemos nuestros pecados y deseamos que nos sean perdonados, perseveremos. "Los violentos" arrebatan el reino de los cielos (cf. Mateo 11:12).

Por último, hemos de destacar *la gran gracia que el Señor Jesús tiene para con los que le buscan*. "Deteniéndose Jesús, los llamó". Llamó a los ciegos y les preguntó qué era lo que querían; escuchó su ruego, e hizo lo que le pidieron. "Compadecido, les tocó los ojos, y en seguida recibieron la vista".

Vemos aquí un ejemplo de esa vieja verdad que nunca se puede conocer demasiado bien: que el corazón de Cristo está lleno de misericordia para con los hijos de los hombres. El Señor Jesús es un Salvador no solamente poderoso, sino también misericordioso, bondadoso y lleno de gracia, hasta un punto que nuestras mentes no pueden ni imaginar. Con razón decía el apóstol Pablo que "el amor de Cristo […] excede a todo conocimiento" (Efesios 3:19). Como él, pidamos en oración poder "conocer" mejor ese amor. Lo necesitamos cuando comenzamos a andar por el camino cristiano, como personas arrepentidas, pobres y temblorosas, y como niños en la gracia; lo necesitamos también más tarde, en nuestro avanzar por el camino angosto, del que a veces nos desviamos, en el que a veces tropezamos, y en el que otras veces nos desanimamos; lo necesitaremos en el atardecer de nuestras vidas, cuando atravesemos

el “valle de sombra de muerte”. Aferrémonos, pues, al amor de Cristo con firmeza, y tengámoslo en nuestras mentes cada día. Nunca sabremos, hasta que despertemos en el otro mundo, cuánto le debemos.

Mateo 21:1–11

Estos versículos contienen un pasaje muy especial de la vida de nuestro Señor Jesucristo. Describen su entrada pública en Jerusalén, cuando llegó a esa ciudad por última vez, antes de ser crucificado.

Hay algo particularmente llamativo en este suceso de la historia de nuestro Señor. La narración se asemeja a la descripción del regreso de un rey conquistador a su ciudad: “Una multitud muy numerosa” lo acompaña en una especie de procesión triunfal; se oyen gritos y expresiones de alabanza a su alrededor: “Toda la ciudad se conmovió”. El acontecimiento entero es peculiarmente distinto del tenor de la vida pasada de nuestro Señor; parece curiosamente impropio del comportamiento de Aquel que no voceaba, ni contendía, ni dejaba que se oyera en las calles su voz, que en otras ocasiones se apartó de las multitudes y que a veces le dijo a quienes sanaba: “Mira, no digas a nadie nada” (Marcos 1:44). Y, sin embargo, este acontecimiento tiene una explicación. Las razones de esta entrada pública no son difíciles de encontrar; veamos cuáles eran.

La verdad lisa y llana es que nuestro Señor sabía bien que se acercaba el final de su ministerio terrenal; sabía que se acercaba la hora en que debía acabar la grandiosa obra que vino a hacer, muriendo por nuestros pecados en la Cruz; sabía que había terminado su último viaje, y que ya no quedaba nada por hacer en su ministerio terrenal, salvo ser ofrecido en sacrificio en el monte Calvario. Conocedor de todo esto, ya no trató de ocultar el secreto, como hiciera en el pasado; conocedor de todo esto, estimó oportuno entrar de forma particularmente solemne y pública en el lugar donde había de ser entregado a la muerte. No era apropiado que el Cordero de Dios hubiera de ir a morir al Calvario en solitario y en secreto: era necesario que, antes de que se ofreciera el gran sacrificio por el pecado del mundo, los ojos de todos viesen a la víctima. Era adecuado que el acto que coronaba la vida de nuestro Señor se llevara a cabo con la mayor notoriedad posible. Fue por esto por lo que hizo tal entrada pública; fue por esto por lo que atrajo sobre sí la mirada de la perpleja multitud; fue por esto por lo que “toda Jerusalén se conmovió”. La sangre expiatoria del Cordero de Dios estaba a punto de ser derramada: este acto no había de hacerse “en algún rincón” (Hechos 26:26).

Es bueno recordar estas cosas. Muchas personas, al leer este pasaje, no prestan suficiente atención al verdadero significado de la conducta de nuestro Señor en este momento de su vida. Ahora debemos considerar las lecciones prácticas que estos versículos parecen exponer.

En primer lugar, advirtamos en estos versículos *un ejemplo del*

conocimiento perfecto de nuestro Señor Jesucristo. Envía a dos de sus discípulos a una aldea; les dice que allí encontrarán el asna en la que Él había de montar; les da la respuesta para la pregunta de los dueños del asna; les dice que cuando den esa respuesta, les permitirán llevarle el asna; y todo sucede exactamente como Él lo predice.

No hay nada oculto a los ojos de nuestro Señor; para Él no hay secretos. Estemos solos o con otros, sea de noche o de día, haciendo algo en privado o públicamente, Él conoce todos nuestros caminos. Aquel que vio a Natanael debajo de la higuera no ha cambiado. Adondequiera que vayamos, y por mucho que nos alejemos del mundo, nunca estaremos fuera del alcance de la vista de Cristo.

Este pensamiento debería tener un efecto represivo y santificador en nuestras almas. Todos sabemos la influencia que tiene la presencia de los reyes de este mundo sobre sus súbditos: la naturaleza misma nos enseña a vigilar nuestras lenguas, aspecto y comportamiento cuando nos hallamos ante los ojos de un rey. La percepción del conocimiento perfecto que nuestro Señor Jesucristo tiene de todos nuestros caminos debería surtir el mismo efecto en nuestros corazones. No hagamos nada que no nos gustaría que Cristo viese, ni digamos nada que no nos gustaría que Cristo oyese; procuremos vivir, movernos y ser (cf. Hechos 17:28) recordando en todo momento la presencia de Cristo; comportémonos como lo habríamos hecho si hubiéramos caminado junto a Él, en la compañía de Santiago y Juan, a la orilla del mar de Galilea. Esta es la forma en que uno se prepara para el Cielo. Allí "estaremos siempre *con el Señor*" (1 Tesalonicenses 4:17).

En segundo lugar, advirtamos en estos versículos *un ejemplo de cómo se cumplieron las profecías en cuanto a la primera venida de nuestro Señor*. Se nos dice que su entrada pública cumplió las palabras de Zacarías: "Tu Rey viene a ti, manso, y sentado sobre una asna".

Se ve aquí cómo esa predicción se cumplió de manera literal y exacta. Las palabras que el profeta habló por el Espíritu Santo no se cumplieron en sentido figurado: todo lo que él dijo, sucedió; todo lo que predijo, fue hecho. Habían pasado 550 años desde que se hizo la predicción, y fue entonces, cuando llegó la hora señalada, que el Mesías cuya venida había sido prometida hacía tanto tiempo llegó a Sion, literalmente "sentado sobre una asna". Sin duda, la mayor parte de los habitantes de Jerusalén no verían nada especial en aquel detalle: el velo cubría sus corazones; pero a nosotros no se nos ha dejado duda alguna en cuanto al cumplimiento de la profecía. Se nos dice claramente que "todo esto aconteció para que se cumpliese".

Es evidente que se pretende que, a raíz del cumplimiento de la Palabra de Dios en el pasado, tengamos una cierta comprensión del modo en que se cumplirá en el futuro. Tenemos derecho a esperar que las profecías de la *Segunda Venida* de Cristo se vayan a cumplir igual de literalmente que las de la *primera*. La primera vez vino a esta Tierra, literalmente, en persona; la segunda vez vendrá a esta Tierra, literalmente, en persona. Vino una vez en un estado de humillación, literalmente, a sufrir; vendrá otra vez en gloria, literalmente, a reinar. Todas las predicciones relativas a los detalles de su primera venida se hicieron una realidad literal; exactamente lo mismo sucederá a su regreso. Todo lo que se ha profetizado acerca de la restauración del pueblo judío, el juicio de los impíos, la incredulidad del mundo y la reunión de los elegidos se cumplirá hasta el último detalle. No

olvidemos esto. Tener un principio fijo de interpretación es de primordial importancia en el estudio de las profecías aún no cumplidas.

Por último, advirtamos en estos versículos *un tremendo ejemplo del inexistente valor del favor humano*. De todas aquellas personas que componían las multitudes que admiraban a nuestro Señor y se apiñaban en torno a Él cuando entró en Jerusalén, nadie permaneció a su lado cuando fue entregado en manos de hombres impíos. Muchos que gritaron: "¡Hosanna!", cuatro días más tarde gritaron: "¡Fuera, fuera, crucifícale!".

Esto es un fiel reflejo de la naturaleza humana; es también una prueba de la absoluta necedad que es pensar más en la alabanza de los hombres que en la de Dios. La popularidad es en realidad lo más veleidoso e incierto que existe; se tiene un día, pero al día siguiente ha desaparecido; es un cimiento de arena, que con toda seguridad supondrá el desastre para aquellos que edifican sobre él. No deseemos la popularidad. Busquemos el favor de Aquel que "es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos" (Hebreos 13:8). Cristo no cambia nunca: a quienes ama, los amará hasta el final. Su favor permanece para siempre.

Mateo 21:12–22

Tenemos en estos versículos el relato de dos acontecimientos extraordinarios en la historia de nuestro Señor. En ambos había algo eminentemente simbólico y ejemplar; ambos eran emblemas de cosas espirituales. Bajo la superficie de cada uno de ellos hay lecciones de una instrucción muy solemne.

El primer acontecimiento que exige nuestra atención es *la visita de nuestro Señor al Templo*. Encontró la casa de su Padre en un estado que lamentablemente reflejaba cómo sería más adelante el estado general de la Iglesia judía: todo en desorden, y todo en un gran desenfreno. Encontró que los patios de aquel santo edificio habían sido escandalosamente profanados por la actividad de negocios mundanos. Cambios, compras y ventas estaban teniendo lugar entre sus muros; *allí mismo* había negociantes dispuestos a proporcionarles a los judíos que venían de lejanos países cualquier sacrificio que quisieran; *allí mismo* se sentaban los cambistas, dispuestos a cambiar dinero de otros países por la moneda que en aquel entonces se utilizaba en aquella tierra. Bueyes, ovejas, cabras y palomas estaban expuestos allí para ser vendidos, como si aquel lugar fuera un mercado: se podía oír el tintineo de las monedas allí, como si aquellos patios santos fueran un banco o una lonja. Tales fueron las cosas que presenció nuestro Señor. Vio toda aquella escena con una santa indignación. "Echó fuera a todos los que vendían y compraban"; luego "volcó las mesas de los cambistas". Nadie opuso resistencia, pues sabían que llevaba razón; nadie se quejó, pues a todos les pareció que no estaba haciendo más que reformar un abuso notorio, que había sido permitido vilmente con el único propósito de ganar dinero. Con razón hizo resonar en los oídos

de los asombrados negociantes, cuando salían apresuradamente del Templo, esas solemnes palabras de Isaías: “Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones”.

Vemos en la conducta de nuestro Señor en esta ocasión un impactante ejemplo de lo que hará cuando venga de nuevo, por segunda vez. Purificará a su Iglesia visible igual que purificó el Templo; la limpiará de todo aquello que la corrompa y haga iniquidad en ella, y echará a todos los amantes del mundo fuera de su recinto; no permitirá que ningún adorador del dinero, ni ningún amante de las ganancias, tenga un hueco en aquel glorioso Templo que Él exhibirá al final ante el mundo. ¡Ojalá nos esforcemos todos por vivir cada día con la expectativa de esa venida! ¡Ojalá nos juzguemos a nosotros mismos, para no ser condenados, ni echados fuera, en aquel día de juicio y examen! Deberíamos considerar a menudo esas palabras de Malaquías: “¿Quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿O quien podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores” (Malaquías 3:2).

El segundo acontecimiento que exige nuestra atención en estos versículos es *la maldición de la higuera estéril que pronuncia nuestro Señor*. Se nos cuenta cómo, teniendo hambre, nuestro Señor se acercó a una higuera que había junto al camino, pero “no halló nada en ella, sino hojas solamente; y le dijo: Nunca jamás nazca de ti fruto. Y luego se secó la higuera”. Este es un caso que prácticamente no tiene paralelo en todo el ministerio de nuestro Señor; es prácticamente la única ocasión en que le vemos haciendo que una de sus criaturas sufra para poder así enseñar una verdad espiritual. En aquella higuera seca había una lección de las que nos hacen examinarnos a nosotros mismos; esa higuera predica un sermón que haremos bien en escuchar.

Esa higuera, llena de hojas, pero sin fruto, era un vívido símbolo de lo que era la Iglesia judía en el tiempo en que nuestro Señor estuvo sobre la Tierra. La Iglesia judía lo tenía todo para hacer una representación de cara al exterior: tenía el Templo, los sacerdotes, el culto diario, las fiestas anuales, las Escrituras del Antiguo Testamento, los grupos de los levitas, el sacrificio de la mañana así como el de la tarde. Pero bajo estas hojas de excelente apariencia, la Iglesia judía estaba absolutamente desprovista de fruto. No tenía gracia, ni fe, ni amor, ni humildad, ni espiritualidad, ni una santidad auténtica ni deseos de recibir a su Mesías (Juan 1:11). Y por ello, al igual que la higuera, la Iglesia judía había de secarse muy pronto. Había de ser desnudada de todos sus ornamentos externos, y sus miembros habían de ser esparcidos por toda la faz de la Tierra; Jerusalén había de ser destruida; el Templo había de ser quemado; el sacrificio diario había de desaparecer; el árbol había de secarse hasta la mismísima raíz. Y así ocurrió. Ningún otro tipo se cumplió jamás de forma tan literal. En todo judío errante vemos una rama de la higuera que fue maldecida.

Pero no debemos detenernos aquí. Podemos hallar aún más instrucción en este suceso que estamos considerando. Estas cosas fueron escritas para nosotros, así como para los judíos.

¿No es cierto que toda aquella rama de la Iglesia visible de Cristo que no da fruto, corre el terrible peligro de convertirse en una higuera seca? Sin lugar a dudas, así es. Hacer una profesión de elevado carácter eclesiástico sin que en realidad haya santidad entre el pueblo,

o tener una confianza desmesurada en los concilios, obispos, liturgias y ceremonias, mientras que el arrepentimiento y la fe han caído en el olvido, son cosas que han supuesto la ruina de muchas iglesias visibles en el pasado, y puede que aún lo sean de muchas más. ¿Dónde están las que en otro tiempo fueran las famosas iglesias de Éfeso, y Sardis, y Cartago, e Hipona? Todas ellas han desaparecido. Tenían hojas, pero no tenían ningún fruto. La maldición de nuestro Señor vino sobre ellas: se convirtieron en higueras secas. Se pronunció su sentencia: "Cortad [los árboles]" (Daniel 4:23). Recordemos esto. Guardémonos del orgullo en nuestras iglesias; no nos ensoberbezcamos, sino temamos (Romanos 11:20).

Por último, ¿no es cierto que todo aquel que profesa ser cristiano, pero no da fruto, corre el terrible peligro de convertirse en una higuera seca? No puede haber duda alguna de que así es. Mientras un hombre se contente simplemente con las *hojas* de la religión, "teniendo nombre de que vive aunque en realidad esté muerto" (cf. Apocalipsis 3:1) y teniendo una apariencia de santidad aunque carezca de poder, estará exponiendo su alma a un gran peligro. Mientras se conforme yendo a la iglesia o capilla, participando de la Cena del Señor y recibiendo el nombre de "cristiano", pero sin que su corazón cambie y sin dejar sus pecados, estará provocando a Dios diariamente a cortarlo de raíz, y así dejarlo ya sin remedio. ¡El fruto, el fruto! ¡El fruto del Espíritu es la única prueba segura de que estamos unidos a Cristo para salvación, y de que estamos en el camino hacia el Cielo! ¡Ojalá penetre esto muy hondo en nuestros corazones, y no lo olvidemos nunca!

Mateo 21:23–32

Estos versículos contienen una conversación entre nuestro Señor Jesucristo y los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo. Aquellos encarnizados enemigos de toda justicia vieron la sensación que habían causado la entrada pública en Jerusalén y la purificación del Templo, e inmediatamente se abalanzaron sobre nuestro Señor, como abejas, procurando encontrar alguna cosa de la que acusarle.

Observemos, en primer lugar, *lo dispuestos que están siempre los enemigos de la Verdad para cuestionar la autoridad de todo aquel que hace el bien más que ellos*. Los principales sacerdotes no tienen nada que decir acerca de la enseñanza de nuestro Señor: no presentan ninguna acusación ni contra la vida ni la conducta de Jesús, ni contra las de sus seguidores. La cuestión en la que se concentran es su comisión: "¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quién te dio esta autoridad?".

La misma acusación se ha presentado muchas veces contra los siervos de Dios, cuando han luchado por frenar el progreso de la corrupción eclesiástica. Es el viejo motor que ha movido a los hijos de este mundo a procurar detener el progreso de avivamientos y reformas; es el arma que se blandió ante los ojos de los reformadores, puritanos y metodistas del siglo pasado; es la flecha envenenada que a

menudo se dispara contra misioneros locales y predicadores laicos en el día de hoy. Son muchísimos los que no se interesan en absoluto por la evidente bendición de Dios sobre la obra de un hombre, si este no ha sido enviado por su secta o partido. No les importa lo más mínimo que un humilde obrero en la viña de Dios pueda haber sido el instrumento utilizado para la conversión de muchas almas; siguen clamando lo mismo: "¿Con qué autoridad haces estas cosas?". El éxito de ese hombre, para ellos no es nada: quieren saber cuál ha sido su comisión. Sus curaciones, para ellos no son nada: quieren ver sus títulos. No dejemos que nos sorprenda ni nos influya el oír casos semejantes. Es la vieja acusación que fue presentada contra el propio Cristo; "nada hay nuevo debajo del sol" (Eclesiastés 1:9).

Observemos, en segundo lugar, *la consumada sabiduría con que nuestro Señor respondió a la pregunta que se le había hecho*. Sus enemigos le preguntaron cuál era su autoridad para hacer las cosas que hacía. Es indudable que pretendían hacer de su respuesta un pretexto para acusarle. Él conocía la intención de su consulta, y les dijo: "Yo también os haré una pregunta, y si me la contestáis, también yo os diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo, o de los hombres?".

Debemos tener muy claro que esta respuesta de nuestro Señor no era una evasiva; pensar tal cosa es un grave error. La pregunta que contrapuso era, en realidad, una respuesta a la pregunta de sus enemigos. Sabía que no se atreverían a negar que Juan el Bautista fue "un hombre enviado de Dios"; sabía que, una vez que admitieran aquello, solo tendría que recordarles lo que Juan había testificado acerca de Él. ¿No había declarado Juan que era "el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo"? ¿No había proclamado Juan que Jesús era el Poderoso, que "[bautizaría] con el Espíritu Santo"? En resumen, la pregunta de nuestro Señor fue un ataque frontal dirigido a las conciencias de sus enemigos. Si reconocían la autoridad divina de la misión de Juan el Bautista, también tendrían que reconocer la divinidad de la suya; si admitían que Juan había venido enviado por el Cielo, tendrían que admitir que Jesús era el Cristo.

Pidamos en oración que, en este mundo tan difícil, se nos dé la misma clase de sabiduría que nuestro Señor demostró tener aquí. Verdaderamente, deberíamos actuar siempre siguiendo la instrucción de S. Pedro y estar siempre preparados para presentar razón de la esperanza que hay en nosotros, con mansedumbre y reverencia (cf. 1 Pedro 3:15). No debería acobardarnos que alguien nos pregunte acerca de los principios de nuestra santa religión, sino que tendríamos que estar dispuestos en todo momento a defender y explicar nuestra forma de actuar; pero para ello no debemos olvidar nunca que "la sabiduría es provechosa para dirigir" y que hemos de esforzarnos por hablar sabiamente en defensa de una buena causa. Las palabras de Salomón merecen reflexión: "Nunca respondas al necio de acuerdo con su necedad, para que no seas tú también como él" (Proverbios 26:4).

En último lugar, observemos en estos versículos *el inmenso ánimo que nuestro Señor les ofrece a quienes se arrepienten*. Esto lo vemos expuesto muy gráficamente en la parábola de los "dos hijos". A ambos se les dijo que fuesen a trabajar en la viña de su padre; uno de los hijos, como los disolutos publicanos, se negó rotundamente a obedecer durante cierto tiempo, pero "después, arrepentido, fue"; el otro, como los formalistas fariseos, fingió estar dispuesto a ir, pero al final no fue.

“¿Cuál de los dos —pregunta nuestro Señor— hizo la voluntad de su padre?”. Aun sus enemigos se vieron obligados a responder: “El primero”.

Que sea uno de los firmes principios de nuestro cristianismo que el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo tiene una disposición infinita para recibir a pecadores arrepentidos. Nada importa lo que un hombre haya sido en el pasado. ¿Está arrepentido, y ha acudido a Cristo? Entonces, las cosas viejas pasaron y todas han sido hechas nuevas. Nada importa lo elevada y confiada que sea la profesión religiosa de un hombre. ¿Ha dejado de veras sus pecados? Si no es así, su profesión es abominable a los ojos de Dios, y él mismo está aún bajo la maldición. Por lo que respecta a nosotros, tengamos ánimo, aunque hayamos sido grandes pecadores hasta ahora: tan solo arrepintámonos y creamos en Cristo, y habrá esperanza para nosotros. Animemos también a otros a arrepentirse; abrámosle la puerta de par en par aun al primero de entre los pecadores. Aquella vieja promesa nunca fallará: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9).

Mateo 21:33–46

La parábola contenida en estos versículos iba dirigida de manera especial a los judíos. Ellos son los labradores descritos en ella: sus pecados se nos muestran aquí como en un cuadro. De esto no puede haber duda: está escrito que “hablaba de ellos”.

Pero no debemos hacernos la ilusión de que esta parábola no contenga ningún mensaje para los gentiles. Hay lecciones que han sido escritas aquí para nosotros, así como para los judíos. Veamos cuáles son.

Vemos, en primer lugar, *qué privilegios tan distinguidos ha agradado a Dios conceder a algunas naciones*.

Dios escogió a Israel para que fuese “un pueblo propio” para sí. Los apartó de las demás naciones de la Tierra y les concedió innumerables bendiciones; les dio revelaciones acerca de sí mismo, mientras el resto de la Tierra permanecía en tinieblas; les dio la Ley, y los pactos y los oráculos de Dios, mientras el mundo entero a su alrededor era dejado sin nada. En resumen, Dios trató a los judíos como el hombre que cerca y cultiva un terreno, y deja todo el campo alrededor sin cultivar y sin ser aprovechado. La viña del Señor era la casa de Israel (Isaías 5:7).

¿Y acaso no tenemos nosotros privilegios? Indudablemente, tenemos muchos. Tenemos la Biblia, y libertad para que sea leída por todos; tenemos el Evangelio, y permiso para que sea escuchado por todos; tenemos misericordias espirituales en abundancia, de las cuales 500 millones de nuestros semejantes no tienen ningún conocimiento. ¡Qué agradecidos deberíamos estar! El hombre más pobre de toda Inglaterra puede afirmar cada mañana: “Hay 500 millones de almas inmortales que están mucho peor que yo. ¿Quién soy yo, para ser distinto a ellos? Bendice, alma mía, al Señor”.

Vemos, a continuación, *el mal uso que las naciones hacen a veces de sus privilegios*.

Cuando el Señor apartó a los judíos de los otros pueblos, tenía derecho a esperar que le sirvieran y que obedecieran sus leyes. Cuando un hombre se ha esforzado trabajando en una viña, tiene derecho a esperar su fruto. Pero Israel no le devolvió a Dios lo que le debía por todas sus misericordias. Se mezclaron con las naciones paganas, y aprendieron sus obras (Salmo 106:35); endurecieron sus corazones en el pecado y en la incredulidad; se volvieron a los ídolos; no guardaron los preceptos de Dios; despreciaron el Templo de Dios; se negaron a escuchar a sus profetas; maltrataron a aquellos que Él envió a llamarlos al arrepentimiento; finalmente, llegaron a la culminación de su maldad, matando al mismísimo Hijo de Dios, Cristo el Señor.

¿Y qué estamos haciendo nosotros con nuestros privilegios? Esta es ciertamente una pregunta muy seria, y que debería hacernos reflexionar. Es de temer que no estamos, como nación, viviendo como corresponde a la luz que hemos recibido, ni andando como es digno de nuestras muchas misericordias. ¿No hemos de confesar, para nuestra vergüenza, que hay millones entre nosotros que parecen vivir totalmente “sin Dios en el mundo”? ¿No hemos de reconocer que en muchas ciudades y en muchos pueblos no parece que Cristo tenga ningún discípulo, ni que se crea apenas en la Biblia? No sirve de nada cerrar nuestros ojos ante estos hechos. El fruto que el Señor recibe de su viña en nuestro país, comparado con lo que debería recibir, es vergonzosamente escaso. Bien podría dudarse si no le estaremos provocando tanto como los judíos.

Vemos, a continuación, *qué terribles ajustes de cuentas hace Dios a veces con las naciones e iglesias que hacen un mal uso de sus privilegios*.

Llegó un momento en que la paciencia de Dios para con los judíos se terminó. Cuarenta años después de la muerte de nuestro Señor, la copa de su iniquidad acabó de llenarse y recibieron un severo castigo por sus muchos pecados. Su ciudad santa, Jerusalén, fue destruida; su Templo fue incendiado; ellos mismos fueron esparcidos sobre la faz de la Tierra. El reino de Dios les fue quitado, y se le dio a gente que produciría sus frutos.

¿Nos ocurrirá a nosotros lo mismo alguna vez? ¿Caerá el juicio de Dios sobre esta nación nuestra por su infertilidad a pesar de sus muchas misericordias? ¿Quién sabe? Bien podemos clamar como el profeta y decir: “Señor Jehová, tú lo sabes”. Lo único que nosotros sabemos es que muchos juicios han venido sobre muchas iglesias y naciones en los últimos 1800 años. El Reino de Dios ha sido arrebatado de las iglesias africanas, y el poder mahometano ha asolado la mayoría de las iglesias de Asia. En cualquier caso, le corresponde a todos los creyentes de nuestro país interceder mucho por él. No hay nada que ofenda más a Dios que el menosprecio de los privilegios. Se nos ha dado mucho, y mucho se nos demandará.

Vemos, por último, *el poder de la conciencia aun en los hombres impíos*.

Los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo finalmente se dieron cuenta de que la parábola de nuestro Señor iba dirigida a ellos especialmente: la punta de sus palabras finales era demasiado afilada como para que no la sintieran. “Entendieron que hablaba de ellos”.

En toda congregación hay muchos que oyen el Evangelio que se

encuentran en exactamente la misma situación que aquellos infelices. Saben que lo que oyen domingo tras domingo es todo verdad; saben que hay algo que no está bien en ellos mismos, y que cada sermón que escuchan los condena; pero no tienen ni la voluntad ni el valor para reconocerlo. Son demasiado orgullosos, o demasiado amigos del mundo, como para confesar sus pecados pasados, tomar la cruz y seguir a Cristo. Guardémonos todos de tan terrible estado mental. El día final revelará que en las conciencias de muchos que oían los sermones había más actividad que lo que los predicadores podían imaginar. Entonces se descubrirá que decenas y cientos de miles conocían, como los principales sacerdotes, la acusación de sus propias conciencias y, sin embargo, habrán muerto sin haberse convertido.

Mateo 22:1–14

La parábola que se relata en estos versículos tiene un significado muy amplio. El primer nivel de su alcance se refiere indiscutiblemente a los judíos. Pero no debemos pensar que se refiera exclusivamente a ellos. Contiene lecciones muy profundas para todos aquellos entre quienes se predica el Evangelio; es un ejemplo gráfico espiritual que nos habla aun en este día, si tenemos oídos para oír. La observación de cierto teólogo muy erudito es sabia y cierta: “Las parábolas son como piedras preciosas con muchas facetas, talladas de tal forma que desprenden su brillo en más de una dirección”.

Fijémonos, en primer lugar, en que *la salvación proclamada por el Evangelio se compara con una fiesta de bodas*. El Señor Jesús nos dice que “un rey hizo fiesta de bodas a su hijo”.

En el Evangelio hay una gran provisión para todas las necesidades del alma del hombre: puede proporcionarnos todo lo necesario para aliviar el hambre y la sed espirituales. El perdón, la paz con Dios, una esperanza viva en este mundo y gloria en el que ha de venir: todas estas cosas se nos ofrecen en gran abundancia. Es un “banquete de manjares suculentos”. Y toda esta provisión se debe al amor del Hijo de Dios, Jesucristo nuestro Señor, el cual nos ofrece la posibilidad de una unión con Él, volver a acogernos en la familia de Dios como hijos amados, vestirnos con su justicia, darnos un lugar en su Reino y presentarnos sin mancha delante del trono de su Padre en el día final. El Evangelio, en resumen, es un ofrecimiento de alimento para el hambriento, de gozo para el afligido, de un hogar para el desamparado, de un amigo lleno de amor para el que está perdido. Es “buenas noticias”. Dios ofrece, por medio de su Hijo amado, que el hombre pecador pueda acercarse a Él. No olvidemos esto. “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:10).

Fijémonos, en segundo lugar, en que *las invitaciones del Evangelio son abiertas, plenas, generales e ilimitadas*. El Señor Jesús nos cuenta en la parábola que los siervos del rey dijeron a los que habían sido

convidados: “Todo está dispuesto; venid a las bodas”.

A Dios no le falta nada que sea necesario para la salvación de las almas de los pecadores: nadie podrá decir jamás que al final no fue salvo por culpa de Dios. El Padre está preparado para amar y recibir; el Hijo está preparado para perdonar y limpiar la culpa; el Espíritu está preparado para santificar y renovar; los ángeles están preparados para regocijarse por el pecador arrepentido; la gracia está preparada para ayudarle; la Biblia está preparada para instruirle; el Cielo está preparado para ser su hogar eternamente. Solo una cosa es necesaria, y es que el pecador también ha de estar preparado y dispuesto. No olvidemos esto tampoco. No seamos quisquillosos con esta cuestión, ni tratemos de buscarle tres pies al gato. Dios será hallado inocente de la sangre de todas las almas condenadas. El Evangelio siempre describe a los pecadores como seres *responsables* y que tienen que rendir cuentas; el Evangelio le presenta a toda la Humanidad una puerta abierta: nadie está excluido de ninguno de sus ofrecimientos. Aunque esos ofrecimientos solo son eficaces para los creyentes, son suficientes para todo el mundo; aunque pocos entran por la puerta estrecha, todos son invitados a entrar.

Fijémonos, en tercer lugar, en que *la salvación del Evangelio es rechazada por muchos que reciben el ofrecimiento*. El Señor Jesús nos dice que aquellos a quienes los siervos del rey invitaron a la boda, “sin hacer caso, se fueron”.

Hay miles de personas que oyen el Evangelio y no sacan de él ningún beneficio en absoluto. Lo escuchan domingo tras domingo, y año tras año, y no creen para salvación de su alma. No sienten una especial necesidad de él; no ven ninguna hermosura especial en él; puede que no lo odien, ni se opongan a él ni se burlen de él, pero el hecho es que no lo reciben en sus corazones. Hay otras cosas que les atraen más. Su dinero, sus tierras, su negocio o sus placeres son para ellos cuestiones mucho más interesantes que sus almas. Es el suyo un estado mental terrible, pero también terriblemente común. Examinemos nuestros corazones y asegurémonos de que no es el nuestro. El pecar abiertamente puede que mate a “sus miles”, pero la indiferencia y el rechazo del Evangelio matan a “sus diez miles”. Multitudes darán con sus huesos en el Infierno no tanto por haber quebrantado abiertamente los Diez Mandamientos como por no haber hecho caso a la Verdad. Cristo murió por ellos en la Cruz, pero ellos le rechazaron.

Fijémonos, por último, en que *todos los que falsamente profesan tener fe, en el día final serán descubiertos, desenmascarados y condenados para la eternidad*. El Señor Jesús nos dice que cuando por fin la fiesta de bodas estuvo llena de invitados, el rey entró para verlos y “vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda”. Le preguntó cómo había entrado allí sin estarlo, y no obtuvo respuesta; entonces ordenó a sus siervos que “lo ataran de pies y manos, y lo echaran”.

Siempre habrá falsos creyentes en la Iglesia de Cristo mientras dure este mundo. “En esta parábola —dijo alguien, con mucha razón— un solo réprobo representa a todos los demás”. Es imposible leer los corazones de los hombres: nunca se eliminará por completo la presencia de engañadores e hipócritas entre las filas de quienes se hacen llamar “cristianos”. Mientras un hombre que profesa sumisión al Evangelio viva de forma correcta de cara al exterior, no podemos atrevernos a afirmar que no esté revestido de la justicia de Cristo. Pero

en el día final no habrá engaño posible: el infalible ojo de Dios distinguirá quiénes forman parte de su pueblo y quiénes no. Solo la fe auténtica se librará del fuego de su Juicio; todo cristianismo falso será pesado en la balanza y hallado falto (cf. Daniel 5:27); solo los verdaderos creyentes se sentarán a la mesa en la cena de las bodas del Cordero. De nada le servirá al hipócrita haber sido un gran conversador en materia de religión, ni haber tenido fama de ser un cristiano eminente entre los hombres. Su triunfo será momentáneo: se le quitará su plumaje prestado y estará en pie, desnudo y temblando, ante el tribunal de Dios, sin habla, habiéndose condenado a sí mismo, sin esperanza, indefenso. Se le echará a las tinieblas de afuera, para su vergüenza, y así segará lo que sembró. Bien puede decir nuestro Señor que “allí será el lloro y el crujir de dientes”.

Aprendamos sabiduría a partir de las solemnes imágenes que nos muestra esta parábola, y procuremos hacer firme nuestra vocación y elección. Nosotros también somos parte de aquellos a quienes se les dice: “Todo está dispuesto; venid a las bodas”. Asegurémonos de “no desechar al que habla”; no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios. El tiempo se acerca. Muy pronto, el Rey entrará para ver a los invitados; ¿estamos vestidos de boda, o no? ¿Nos hemos revestido de Cristo? Esa es la gran pregunta que se desprende de esta parábola. ¡Ojalá no descansemos jamás, hasta poder dar una respuesta afirmativa! ¡Ojalá resuenen esas penetrantes palabras cada día en nuestros oídos: “Muchos son llamados, y pocos escogidos”!

Mateo 22:15–22

Vemos en este pasaje el primero de una serie de sutiles ataques que se dirigieron contra nuestro Señor en los últimos días de su ministerio terrenal. Sus enemigos mortales, los fariseos, se dieron cuenta de la influencia que estaba ejerciendo, tanto con sus milagros como con su predicación; estaban decididos a hacerle callar de algún modo, o a matarlo, así que intentaron “sorprenderle en alguna palabra”. Enviaron a “los discípulos de ellos con los herodianos” para ponerle a prueba con una pregunta difícil: querían tentarle a decir algo que pudiera servirles de pretexto para presentar una acusación contra Él. Pero su plan —se nos dice en estos versículos— fracasó totalmente: no consiguieron nada con su agresivo ataque, y se batieron en retirada en medio de una gran confusión.

Lo primero que exige nuestra atención en estos versículos es *el lenguaje halagador con el que abordaron a nuestro Señor sus enemigos*. “Maestro —le dijeron—, sabemos que eres amante de la verdad, y que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres”. ¡Qué bien hablaban estos fariseos y herodianos! ¡Qué palabras tan dulces y melosas las suyas! Pensaron, sin duda, que con buenas palabras y hermosos discursos conseguirían que nuestro Señor bajara la guardia. De ellos se podría decir en verdad que “los dichos de su boca son más

blandos que mantequilla, pero guerra hay en su corazón; suaviza[n] sus palabras más que el aceite, mas ellas son espadas desnudas" (Salmo 55:21).

Todo aquel que profesa ser cristiano ha de estar siempre alerta y guardarse de los halagos. Nos equivocamos, y mucho, si pensamos que la persecución y el maltrato son las únicas armas del arsenal de Satanás; ese astuto enemigo tiene otros medios para hacernos mal, y sabe bien cómo utilizarlos. Sabe cómo envenenar almas con la seductora amabilidad del mundo, cuando no puede asustarlas con sus "dardos de fuego" ni con la espada. No ignoremos sus maquinaciones. "Con su sagacidad [...] destruirá a muchos" (Daniel 8:25).

Tenemos una lamentable tendencia a olvidar esta verdad; pasamos por alto los muchos ejemplos que Dios nos ha dado en la Escritura para nuestra instrucción. ¿Qué produjo la caída de Sansón? No fueron los ejércitos de los filisteos, sino el amor fingido de una mujer filistea. ¿Qué hizo que Salomón se apartara de Dios? No la fuerza de los enemigos externos, sino las lisonjas de sus muchas mujeres. ¿Cuál fue la causa del mayor error que cometiera el rey Ezequías? No la espada de Senaquerib, ni las amenazas del Rabsaces, sino los halagos de los mensajeros del rey de Babilonia. Acordémonos de estas cosas, y estemos alerta. Muchas veces, la paz supone la ruina de las naciones más que la guerra; las cosas dulces ocasionan muchas más enfermedades que las amargas; el Sol hace que el viajero se quite sus ropas protectoras mucho antes que los vientos del Norte. Guardémonos del adulador. Cuando más peligroso es Satanás es cuando se aparece como ángel de luz; cuando más peligroso es el mundo para el cristiano es cuando le sonríe. Cuando Judas traicionó a su Señor, lo hizo con un beso. El creyente que no se deja influir por la desaprobación del mundo hace bien, pero el que no se deja influir por sus lisonjas hace mejor.

La segunda cosa que exige nuestra atención en estos versículos es *la maravillosa sabiduría de la contestación que nuestro Señor les dio a sus enemigos*. Los fariseos y herodianos habían preguntado si era lícito dar tributo a César, o si no lo era. Seguramente pensaban que habían formulado una pregunta que nuestro Señor no podría responder sin cederles ventaja. Si hubiera contestado sencillamente que *era lícito* pagar aquel tributo, le habrían denunciado ante el pueblo como alguien que despreciaba los privilegios de Israel y que consideraba que los hijos de Abraham ya no eran libres, sino esclavos de un poder extranjero. Si, por otro lado, hubiera contestado que *no era lícito* pagar el tributo, le habrían denunciado ante los romanos como un incitador de sedición y alguien que se rebelaba contra el César negándose a pagar sus impuestos. Pero la conducta de nuestro Señor los dejó completamente desconcertados. Les pide que le enseñen "la moneda del tributo". Les pregunta de quién es el rostro impreso en la moneda. "De César", le responden. Reconocen así que el emperador romano César tiene una cierta autoridad sobre ellos, al utilizar dinero en el que aparece su imagen y su inscripción, pues aquel que acuña la moneda de curso legal es siempre el gobernante de la nación donde se utiliza. Y entonces reciben una respuesta, innegablemente concluyente, a su pregunta: "Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios".

El principio que establecen estas conocidas palabras es sumamente importante. Existe *una* obediencia que todo cristiano le debe al gobierno civil bajo el que vive, en todos los aspectos que sean

transitorios y no puramente espirituales. Puede que no esté de acuerdo con todos los requisitos de ese gobierno civil, pero tiene que someterse a las leyes del Estado, mientras tales leyes estén en vigor. Tiene que "dar a César lo que es de César". Existe *otra* obediencia, que el cristiano le debe al Dios de la Biblia en todos los aspectos puramente espirituales. Ninguna pérdida transitoria, ni ninguna privación de derechos civiles, ni ninguna ofensa que pueda causarse al poder vigente han de tentar jamás al cristiano a hacer algo que la Escritura prohíba claramente. Puede que se encuentre en una situación muy difícil, y que tenga que sufrir mucho a causa de su conciencia, pero no debe ceder en lo que sean requisitos incuestionables de la Escritura. Si el César acuñara un nuevo Evangelio, no habría que obedecerlo. Debemos "dar a Dios lo que es de Dios".

Este es, indiscutiblemente, un asunto muy complicado y delicado. Es cierto que la Iglesia no debe absorber al Estado; no es menos cierto que el Estado no debe absorber a la Iglesia. Quizá no haya habido ninguna otra cuestión que haya ocasionado tantas pruebas para los hombres que han permanecido fieles a sus conciencias; sobre ninguna otra cuestión han discutido tanto los hombres piadosos como la de solucionar el problema de "dónde terminan las cosas del César y empiezan las de Dios". El poder *civil*, por una parte, ha usurpado muchas veces y de forma terrible los derechos de la conciencia, como descubrieron, para su mal, los puritanos ingleses en los tristes tiempos de los Estuardos; el poder *espiritual*, por otra parte, ha querido muchas veces extender su dominio demasiado lejos, para quitarle al César el cetro de sus manos, como sucedió cuando la Iglesia de Roma pisoteó al rey Juan de Inglaterra. Para poder juzgar correctamente toda cuestión de este tipo, cada cristiano que de veras lo sea ha de pedir continuamente en oración "la sabiduría que es de lo alto". Al hombre cuyo ojo es bueno (*) y que pide diariamente gracia y un sentido común práctico, no se le dejará nunca equivocarse mucho.

Mateo 22:23–33

Este pasaje describe una conversación entre nuestro Señor Jesucristo y los saduceos. Estos infelices —"que decían que no hay resurrección"— intentaron, como los fariseos y los herodianos, confundir a nuestro Señor con preguntas difíciles. Al igual que ellos, esperaban "sorprenderle en alguna palabra" y rebajar su fama entre la gente. Y, como ellos, se quedaron completamente desconcertados.

Observemos, en primer lugar, que *las objeciones absurdas que los escépticos ponen a las verdades de la Biblia ya se daban hace mucho tiempo*. Los saduceos querían demostrar que la doctrina de la resurrección y de la vida venidera era absurda, así que se acercaron a nuestro Señor con una historia que probablemente inventaron para la ocasión. Le dijeron que cierta mujer se había casado con siete hermanos de forma consecutiva, habiendo muerto todos ellos sin tener hijos; entonces le preguntaron "de cuál de los siete" sería ella mujer en

el mundo venidero, cuando todos resucitaran. El propósito de la pregunta era claro, transparente. Lo que en realidad pretendían era desprestigiar la doctrina de la resurrección; lo que querían hacer era insinuar que con toda seguridad habría confusión, y dificultades, y un indecoroso desorden, si las personas volvieran a vivir después de muertas.

No debe sorprendernos nunca encontrar objeciones parecidas presentadas contra las doctrinas de la Escritura, y especialmente contra aquellas que se refieren al mundo venidero. Nunca, probablemente, faltarán "hombres perversos" que "meterán las narices" en cosas desconocidas y pondrán como excusa para su incredulidad dificultades imaginarias. Las *suposiciones* son una de las fortalezas favoritas en las que a una mente incrédula le gusta atrincherarse; una mente así suele crearse una sombra de su propia imaginación y luchar con ella, como si fuera una verdad; una mente así suele negarse a considerar el tremendo conjunto de claras evidencias en las que el cristianismo encuentra apoyo, y se concentra en una sola dificultad que, a su parecer, es imposible de resolver. Ni las palabras ni los razonamientos de tales personas deberían hacer tambalearse nuestra fe en lo más mínimo. Para empezar, hemos de recordar que tiene que haber necesariamente cosas profundas y misteriosas en una religión que procede de Dios, y que un niño puede hacer preguntas que ni el más grande de los filósofos puede contestar. Además, hemos de recordar que hay innumerables verdades en la Biblia que son claras e inequívocas. Lo primero que debemos hacer es prestar atención a estas, y creerlas y obedecerlas; si lo hacemos así, no tenemos por qué dudar que muchas cosas que ahora no comprendemos no vayan a aclararse; si lo hacemos así, podemos estar seguros de que lo que no comprendemos ahora, lo entenderemos después (cf. Juan 13:7).

Observemos, en segundo lugar, *el extraordinario texto que nuestro Señor cita como prueba de la realidad de una vida venidera*. Les presenta a los saduceos las palabras que Dios habló a Moisés en la zarza ardiente: "Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob" (cf. Éxodo 3:6). A continuación añade el comentario: "Dios no es Dios de muertos, sino de vivos". Cuando Moisés escuchó estas palabras, Abraham, Isaac y Jacob llevaban muchos años muertos y enterrados; habían pasado dos siglos desde que Jacob, el último de los tres, fue llevado a la tumba; sin embargo, Dios habló de ellos dando a entender que aún eran parte de su pueblo, y habló de sí mismo dando a entender que Él aún era su Dios. No dijo "Yo fui su Dios", sino "Yo *soy*".

Quizá en nuestro caso, no seamos habitualmente tentados a dudar de la verdad de que habrá una resurrección y una vida venidera, pero, por desgracia, es fácil creer verdades de un modo teórico y no obstante no llevarlas a la práctica. A la gran mayoría de nosotros nos vendría bien meditar en la grandiosa verdad que nuestro Señor expone aquí, y darle un lugar prominente en nuestros pensamientos. Fijemos en nuestras mentes que los muertos, en cierto sentido, aún viven. A nuestros ojos, han fallecido y han dejado de existir, pero a los ojos de Dios viven, y un día saldrán de sus tumbas para recibir cada uno su sentencia para la eternidad. No existe eso que llaman "la aniquilación"; tal idea es un engaño despreciable. El Sol, la Luna y las estrellas, así como las sólidas montañas y el profundo mar, un día serán reducidos a nada; pero el más débil bebé del más pobre de los hombres vivirá por

toda la eternidad en otro mundo. ¡Que no se nos olvide esto nunca! Dichoso aquel que puede decir de corazón las palabras del Credo de Nicea: “Espero la resurrección de los muertos, y la vida del mundo venidero”.

Observemos, por último, *la descripción que nuestro Señor hace del estado de las personas tras la resurrección*. Nuestro Señor acalla las fantasiosas objeciones de los saduceos haciéndoles ver que estaban totalmente confundidos en cuanto a la verdadera naturaleza del estado de una persona resucitada. Daban por hecho que tendría que ser necesariamente una existencia carnal, ordinaria, como la de la Humanidad en la Tierra; nuestro Señor les dice que en el mundo que ha de venir tendremos un cuerpo real, material y, sin embargo, de una constitución y necesidades muy distintas de las del cuerpo que tenemos ahora. Se ha de recordar que habla solo de quienes serán salvos: no menciona para nada a los que se perderán. Dice: “En la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles de Dios en el cielo”.

Sabemos muy poco de cómo será la vida venidera en el Cielo. Puede que nuestras ideas más claras procedan de considerar lo que *no* será, en vez de lo que será. Es un estado en el que ya no tendremos hambre nunca más, ni sed; en el que no habrá enfermedad ni dolor; en el que no existirán la vejez ni la muerte. Ya no habrá necesidad de matrimonios, nacimientos y una sucesión continua de habitantes: aquellos a quienes se les permita la entrada en el Cielo habitarán allí para siempre. Y, cambiando de negaciones a afirmaciones, sí que hay una cosa que se nos dice muy claramente: seremos “como los ángeles de Dios”. Como ellos, serviremos a Dios de forma perfecta, resuelta e incansable; como ellos, estaremos siempre en la presencia de Dios; como para ellos, será siempre nuestro placer hacer su voluntad; como ellos, daremos toda la gloria al Cordero. Estas cosas son muy profundas, pero son todas ellas verdad.

¿Estamos preparados para esa vida? ¿La disfrutaríamos si se nos permitiera tener parte en ella? ¿Es para nosotros un placer *ahora* reunirnos con el pueblo de Dios y servir a Dios? ¿Sería un placer para nosotros ser ángeles? Estas son preguntas solemnes. Nuestros corazones han de pensar en las cosas celestiales mientras aún vivimos en esta Tierra si esperamos ir al Cielo cuando resucitemos en el otro mundo (Colosenses 3:1–4).

Mateo 22:34–46

Al comienzo de este pasaje hallamos a nuestro Señor respondiendo a la pregunta de cierto intérprete de la Ley, que le había preguntado cuál era “el gran mandamiento de la ley”. Esa pregunta no se hizo con buena voluntad, pero tenemos razones para agradecer que se hiciera, pues obtuvo de nuestro Señor una respuesta repleta de valiosa instrucción. De este modo vemos cómo de un mal puede venir un bien.

Debemos destacar *el admirable resumen que contienen estos*

versículos de nuestro deber para con Dios y nuestro prójimo. Jesús dice: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente”. Luego añade: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Finalmente dice: “De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas”.

¡Qué simples son estas dos reglas y, sin embargo, qué exhaustivas! ¡Qué rápido se pueden decir esas palabras y, sin embargo, cuánto contienen! ¡Qué lección de humildad constituyen, y qué condena! ¡Cuánto nos demuestran la necesidad diaria que tenemos de misericordia y de la preciosa sangre expiatoria! Bueno sería para el mundo que estas reglas se conocieran mejor y se practicasen más.

El amor es el gran secreto de la verdadera obediencia a Dios. Cuando sintamos por Él lo que un niño siente por su padre, entonces nos agradará hacer su voluntad; sus mandamientos no nos parecerán gravosos, ni trabajaremos para Él sintiéndonos como esclavos atemorizados por el látigo; será nuestro placer procurar guardar sus leyes, y nos afligirá transgredirlas. Nadie hace tan bien su trabajo como aquellos que lo hacen por amor; el temor al castigo o el deseo de una recompensa son principios de mucho menos poder. Quienes mejor hacen la voluntad de Dios son aquellos que la hacen de corazón. ¿Queremos educar bien a nuestros hijos? Entonces, enseñémosles a *amar* a Dios.

El amor es el gran secreto de un comportamiento correcto con nuestros semejantes. Quien ama a su prójimo no deseará hacerle ningún daño voluntariamente, ya sea a su persona, su propiedad o su carácter. Pero no se detendrá ahí: deseará hacerle el bien en todo; se esforzará por fomentar su bienestar y su felicidad en todo; procurará aliviar sus penas y aumentar sus alegrías. Cuando un hombre nos ama, confiamos en él; sabemos que nunca nos hará ningún daño intencionadamente, y que en todo momento de necesidad seguirá siendo nuestro amigo. ¿Nos gustaría enseñarles a nuestros hijos a comportarse debidamente con los demás? Enseñémosles a amar a todo el mundo como a sí mismos y a hacer con los hombres todas las cosas que quieran que los hombres hagan con ellos.

¿Pero cómo se consigue ese amor a Dios? No es un sentimiento natural. “Nacemos en pecado”, y, como pecadores que somos, tenemos miedo de Él; ¿cómo, pues, podremos amarle? No podremos amarle de veras hasta que estemos en paz con Él, por medio de Cristo. Cuando sepamos que nuestros pecados han sido perdonados, y que hemos sido reconciliados con nuestro santo Creador, entonces, y solo entonces, le amaremos y tendremos el Espíritu de adopción. La fe en Cristo es la verdadera fuente de amor a Dios: quienes más aman son aquellos que se saben perdonados de más cosas. “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19).

¿Y cómo se consigue ese amor a nuestro prójimo? Este tampoco es un sentimiento natural. Nacemos siendo egoístas, aborrecibles y aborreciéndonos unos a otros (Tito 3:3). No podremos amar a nuestros semejantes como debemos hasta que nuestros corazones sean transformados por el Espíritu Santo: nos es necesario nacer de nuevo; debemos despojarnos del viejo hombre y vestirnos del nuevo, y tener “ese sentir que hubo también en Cristo Jesús”. Entonces, y solo entonces, nuestros fríos corazones tendrán un amor verdaderamente divino para con todos. “El fruto del Espíritu es amor” (Gálatas 5:22).

Dejemos que estas cosas penetren en nuestros corazones. En estos

últimos días se habla mucho, aunque superficialmente, acerca del "amor" y la "caridad"; los hombres profesan admirar estas virtudes y desean ver un aumento de ellas, pero ocurre que odian los únicos principios que pueden producirlas. Permanezcamos firmes en "las sendas antiguas". No podemos tener frutos y flores sin raíces; no podemos tener amor a Dios y a los hombres sin fe en Cristo y sin regeneración. El modo en que se debe extender el verdadero amor por el mundo es proclamando la expiación de Cristo y la obra del Espíritu Santo.

La última parte del pasaje contiene *una pregunta que nuestro Señor les hizo a los fariseos*. Tras haber contestado con una sabiduría perfecta a las preguntas de sus adversarios, Él finalmente les pregunta: "¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?". Ellos le responden inmediatamente: "De David". Él entonces les pide que le expliquen por qué David le llama "Señor" en el libro de los Salmos (Salmo 110:1). "Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo?". Entonces sus enemigos se quedaron callados: "Nadie le podía responder palabra". Los escribas y los fariseos, desde luego, conocían el Salmo que había citado, pero no podían explicar su aplicación, pues solo podrían hacerlo si admitieran la preexistencia y divinidad del Mesías. Pero los fariseos no admitirían tal cosa; tenían una idea fija en cuanto al Mesías, y era que había de ser un hombre como cualquiera de ellos; de este modo se puso al descubierto al mismo tiempo su desconocimiento de las Escrituras, aunque afirmaran saber sobre ellas más que nadie, y su percepción ordinaria, carnal, de la verdadera naturaleza de Cristo. Bien puede decir Mateo, por inspiración del Espíritu Santo, que "nadie […] osó […] desde aquel día preguntarle más".

No dejemos estos versículos sin antes utilizar de forma práctica la solemne pregunta de nuestro Señor: "¿Qué pensáis del Cristo?". ¿Qué pensamos de su persona y de sus oficios? ¿Qué pensamos de su vida, y qué pensamos de su muerte por nosotros en la Cruz? ¿Qué pensamos de su resurrección, su ascensión y su intercesión a la derecha de Dios? ¿Hemos gustado de su gracia? ¿Nos hemos aferrado a Él por la fe? ¿Hemos experimentado que Él es infinitamente valioso para nuestras almas? ¿Podemos decir de veras: "Él es mi Redentor y mi Salvador, mi Pastor y mi Amigo"?

Estas son preguntas muy serias. ¡No descansemos jamás, hasta que podamos darles una respuesta afirmativa! No nos será de ningún provecho leer cosas acerca de Cristo si no estamos unidos a Él mediante una fe viva. Pongamos, pues, a prueba nuestra religión una vez más, haciéndonos esta pregunta: "¿Qué pensamos de Cristo?".

Mateo 23:1–12

Comenzamos aquí a considerar un capítulo que, en cierto sentido, es el más extraordinario de los cuatro Evangelios: contiene las últimas palabras que el Señor Jesús pronunció dentro del Templo. Esas últimas

palabras consisten en un desenmascaramiento fulminante de los escribas y los fariseos y una severa recriminación de sus doctrinas y sus prácticas. Sabiendo perfectamente bien que su tiempo sobre la Tierra se acercaba a su fin, nuestro Señor ya no oculta su opinión acerca de los principales maestros de los judíos. Sabiendo que pronto habría de dejar solos a sus seguidores, como a ovejas en medio de lobos, les hace una clara advertencia sobre los falsos pastores que les rodeaban.

El capítulo entero es un magnífico ejemplo de valentía y fidelidad a la hora de denunciar el error. Es una prueba tremenda de que aun el más amoroso de los corazones puede utilizar duras palabras de reprobación; por encima de todo, es una terrible evidencia de la culpa de los maestros infieles. Mientras permanezca este mundo, este capítulo debería ser una advertencia y un faro para todos los ministros de religión: ningún otro pecado es tan grave a los ojos de Cristo como el suyo.

En los doce primeros versículos del capítulo vemos, en primer lugar, que *se debe hacer una distinción entre el oficio de un falso maestro y su ejemplo*. "Los escribas y los fariseos se sentaban en la cátedra de Moisés": para bien o para mal, ocupaban el puesto de maestros públicos principales en materia de religión entre los judíos; por muy indigna que fuera su posesión de la posición de autoridad, su oficio los hacía merecedores de respeto. Pero si bien su oficio había de respetarse, sus malas vidas no debían ser imitadas, y aunque había de observarse su enseñanza, siempre que fuese conforme a la Escritura, no debía obedecerse cuando contradijera a la Palabra de Dios. Utilizando las palabras de un gran teólogo: "Se les debía escuchar cuando enseñaban lo que Moisés enseñó". Pero nada más. Que esto era lo que nuestro Señor quería decir se desprende claramente del tenor mismo del capítulo que estamos leyendo; en él se denuncia la doctrina falsa, además de la práctica falsa.

El deber que aquí se nos expone es de gran importancia. Existe una tendencia en la mente humana a adoptar constantemente posiciones extremas; si no consideramos el oficio del ministro con veneración idolátrica, posiblemente lo trataremos con un desprecio indecente. Es necesario que nos guardemos de ambos extremos. Por mucho que desaprobemos la práctica de un ministro, o disintamos de su enseñanza, no debemos olvidarnos nunca de respetar su oficio; tenemos que mostrar nuestra disposición a honrar la comisión, al margen de lo que opinemos de quien ostenta el oficio. El ejemplo del apóstol Pablo en cierta ocasión es digno de mención: "No sabía, hermanos, que era el sumo sacerdote; pues escrito está: No maldecirás a un príncipe de tu pueblo" (Hechos 23:5).

Vemos, en segundo lugar, en estos versículos, que *la inconsecuencia, la ostentación y el deseo de preeminencia entre quienes profesan la fe, son particularmente desagradables para Cristo*. Por lo que respecta a *la inconsecuencia*, hay que destacar que lo primero que nuestro Señor dice acerca de los fariseos es que "dicen, y no hacen". Les decían a otros que hicieran lo que ellos mismos no practicaban. Por lo que respecta a *la ostentación*, nuestro Señor declara que hacían todas sus obras "para ser vistos por los hombres"; se hacían sus filacterias —que eran tiras de pergamino con un texto escrito en ellas y que muchos judíos llevaban puestas— de un tamaño exagerado; se hacían los "flecos", o bordes, de sus vestiduras, que

Moisés ordenó a los israelitas llevar para recordar a Dios, de una anchura excesiva (Números 15:38); y todo ello, con el propósito de llamar la atención y hacer a la gente pensar que eran muy santos. Por lo que respecta al *deseo de preeminencia*, nuestro Señor nos dice que a los fariseos les encantaba que les ofrecieran "los primeros asientos" en lugares públicos, y que se dirigieran a ellos con títulos halagadores. Nuestro Señor recrimina todas estas cosas, y quiere que velemos y oremos para guardarnos de todas ellas. Son pecados que destruyen el alma: "¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros?" (Juan 5:44). Bueno habría sido para la Iglesia de Cristo que este pasaje hubiera sido meditado con mayor ahínco, y que su mensaje se hubiera obedecido con mayor dedicación. Los fariseos no son los únicos que han impuesto normas austeras a otros hombres, ni que han fingido un comportamiento de santidad, ni que han amado la alabanza de los hombres. Los anales de la Historia de la Iglesia muestran que lamentablemente han sido muchos los cristianos que han seguido sus pasos muy de cerca. ¡Ojalá recordemos esto, y seamos sabios! Es perfectamente posible que un hombre de nuestro país, bautizado, sea por dentro un fariseo desde los pies a la cabeza.

Vemos, en tercer lugar, en estos versículos, que *los cristianos no le deben dar a ningún hombre ni los títulos ni los honores que le corresponden solamente a Dios, y a su Cristo*. No debemos "llamar padre [nuestro] a nadie en la tierra".

La regla que se establece aquí ha de interpretarse dentro del contexto de toda la Escritura. No se nos prohíbe tener a los ministros en mucha estima y amor por causa de su obra (1 Tesalonicenses 5:13). Aun S. Pablo, uno de los santos más humildes, llamó a Timoteo su "hijo en la fe", y a los corintios les dice: "Yo os engendré por medio del evangelio" (1 Corintios 4:15). Pero, con todo, hemos de tener mucho cuidado de no dar, de manera irreflexiva, a los ministros un lugar y un honor que no les pertenece; no debemos permitir jamás que se interpongan entre Cristo y nosotros. Aun los mejores de entre los mejores no son infalibles. No son sacerdotes que puedan hacer un sacrifico de expiación por nosotros, ni mediadores que puedan hacerse cargo de la defensa de nuestras almas ante Dios: son "hombres de igual naturaleza" que nosotros (cf. Hechos 14:15 LBLA), que necesitan la misma sangre purificadora y al mismo Espíritu renovador; hombres apartados para un llamamiento muy elevado y santo, pero al fin y al cabo meramente hombres. No olvidemos nunca estas cosas. Semejantes advertencias siempre vienen bien: la naturaleza humana escogería siempre apoyarse en un ministro visible antes que en un Cristo invisible.

Vemos, por último, que *ninguna otra virtud debería distinguir al cristiano tanto como la humildad*. Quien quiera ser grande a los ojos de Cristo tiene que fijarse una meta totalmente distinta de la de los fariseos: su objetivo no debe ser gobernar la Iglesia, sino servirla. Con razón dice Baxter que "la *grandeza* en la Iglesia consiste en ser *grandemente* servicial". El deseo del fariseo era recibir honores y que lo llamaran "maestro"; el deseo del cristiano ha de ser hacer el bien y darse a sí mismo, y todo lo que tiene, al servicio de los demás. Esta es verdaderamente una meta muy elevada, pero no debemos contentarnos jamás con una menor. Tanto el ejemplo de nuestro bendito Señor como la orden directa de las epístolas apostólicas piden de nosotros que "nos revistamos de humildad" (cf. 1 Pedro 5:5).

Busquemos esa bendita virtud cada día; ninguna otra es tan hermosa, por mucho que el mundo la desprecie; ninguna otra es mejor evidencia de una fe salvadora y una auténtica conversión a Dios; ninguna otra recibe tantos elogios de parte de nuestro Señor. De todos sus dichos, casi ninguno se repite tan a menudo como el que concluye el pasaje que hemos leído: “El que se humilla será enaltecido”.

Mateo 23:13–33

En estos versículos tenemos las acusaciones que nuestro Señor presentó contra los maestros judíos, divididas en ocho secciones. De pie en medio del Templo, con una multitud de oyentes a su alrededor, nuestro Señor denuncia públicamente los principales errores de los escribas y fariseos, sin escatimar palabras. Ocho veces utiliza la solemne expresión “¡Ay de vosotros!”; siete veces los llama “hipócritas”; dos veces se refiere a ellos como “guías ciegos”, otras dos como “necios y ciegos” y una vez como “serpientes y generación de víboras”. Fijémonos bien en sus palabras. Nos enseñan una solemne lección. Muestran lo absolutamente abominable que es la actitud de los escribas y los fariseos a los ojos de Dios, en cualquier forma en que aparezca.

Observemos brevemente las ocho acusaciones que hace nuestro Señor, y a continuación procuremos sacar del pasaje en su conjunto algo de enseñanza general.

El primer “ay” de la lista va dirigido contra la oposición sistemática de los escribas y los fariseos al progreso del Evangelio. Cerraban “el reino de los cielos”: ni entraban ellos, ni dejaban que otros lo hicieran; se negaron a escuchar la voz de alarma de Juan el Bautista; no quisieron reconocer a Jesús, cuando apareció entre ellos como su Mesías, e intentaban detener a los judíos que se interesaban por Él. No querían creer el Evangelio, y hacían todo lo que les era posible para impedir que otros lo creyeran; esto fue un grave pecado.

El segundo “ay” de la lista va dirigido contra la codicia y la actitud jactanciosa de los escribas y los fariseos. “Devoraban las casas de las viudas, y como pretexto hacían largas oraciones”: se aprovechaban de la credulidad de las mujeres débiles y desprotegidas, fingiendo una gran devoción, hasta llegar a ser sus dirigentes espirituales. No vacilaban en abusar de esa influencia, obtenida de manera injusta, para su propio beneficio transitorio, es decir, en dos palabras, para ganar dinero por medio de la religión; esto también fue un grave pecado.

El tercer “ay” de la lista va dirigido contra el celo de los escribas y los fariseos por reclutar nuevos partidarios. “Recorrían mar y tierra para hacer un prosélito”: se esforzaban sin cesar por conseguir que otros hombres se unieran a su grupo y adoptaran sus ideas. No lo hacían con ninguna intención de beneficiar en lo más mínimo a las almas de los hombres, ni de acercarlas a Dios; lo hacían únicamente para engrosar las filas de su secta y aumentar el número de sus

partidarios, aumentando así su importancia. Su celo religioso provenía del sectarismo, no del amor de Dios; también esto fue un grave pecado.

El cuarto “ay” de la lista va dirigido contra las doctrinas de los escribas y los fariseos respecto a los juramentos. Hacían distinciones muy sutiles entre un tipo de juramento y otro; enseñaban el principio jesuítico de que algunos juramentos eran de obligado cumplimiento por parte de los hombres, pero otros no; concedían más importancia a los juramentos hechos “por el oro” que se ofrecía en el Templo, que a los que se hacían “por el templo” propiamente dicho. Al hacerlo, le restaban importancia al tercer mandamiento; y al hacer que los hombres sobrestimaran el valor de las limosnas y las ofrendas, promovían sus propios intereses; esto también fue un grave pecado.

El quinto “ay” de la lista va dirigido contra la práctica de los escribas y los fariseos de exaltar aspectos de la religión que en realidad eran nimiedades, por encima de otros más serios; es decir, la práctica de poner las últimas cosas en primer lugar, y las primeras en último lugar. Le daban mucha importancia a diezmar “la menta” y otras hierbas, como si quisieran obedecer la Ley de Dios a la perfección, pero lo cierto era que, al mismo tiempo que hacían aquello, descuidaban deberes muy importantes y claros, como la justicia, la caridad y la honradez; también esto fue un grave pecado.

El sexto y séptimo “ayes” de la lista tienen demasiadas cosas en común para dividirlos. Van dirigidos contra una característica general de la religión de los escribas. Consideraban la pureza y decencia exteriores por encima de la santificación y pureza de corazón interiores; instituyeron el deber religioso de limpiar “la parte de fuera” de vasos y platos, mientras que olvidaban a su propio “hombre interior”: eran como sepulcros blanqueados, limpios y hermosos en su parte externa, pero cuyo interior estaba repleto de toda clase de corrupción. Así también, por fuera, a la verdad se mostraban justos, pero por dentro estaban llenos de hipocresía e iniquidad. Esto también fue un grave pecado.

El último “ay” de la lista va dirigido contra el fingido respeto de los escribas y los fariseos por la memoria de los santos ya muertos. Edificaban “los sepulcros de los profetas” y adornaban “los monumentos de los justos”; sin embargo, sus propias vidas demostraban que eran iguales que “aquellos que mataron a los profetas”: su propia conducta era una prueba diaria de que preferían a los santos muertos antes que vivos. Los mismos hombres que simulaban honrar a los profetas muertos no vieron ninguna hermosura en un Cristo vivo; también esto fue un grave pecado.

Tal es la triste descripción que nuestro Señor hace de los maestros judíos. Pasamos, pues, a considerar otras cosas con un sentimiento de lástima y humildad. Es una temible exposición de la morbosa anatomía de la naturaleza humana; es una descripción que por desgracia se ha repetido una y otra vez a lo largo de la historia de la Iglesia de Cristo. No hay ninguna característica de la actitud de los escribas y los fariseos de la que no se pueda sacar fácilmente un ejemplo paralelo en las vidas de muchos que se han hecho llamar “cristianos”.

Aprendamos del pasaje como conjunto, lo deplorable que era el estado de la nación judía cuando nuestro Señor estuvo sobre la Tierra. Si así eran los maestros, ¡cómo debía de ser la miserable ignorancia de quienes recibían su enseñanza! Verdaderamente, la iniquidad de Israel

había llegado a su límite. Era ya, en verdad, hora de que naciera “el sol de justicia”, y de que se predicara el Evangelio.

Aprendamos del pasaje en su conjunto lo abominable que es la hipocresía a los ojos de Dios. A estos escribas y fariseos no se les acusa de ser ladrones ni asesinos, sino de ser hipócritas hasta lo más profundo de su ser. Al margen de cualquier otra cosa que seamos en nuestra fe, tengamos la determinación de no ser falsos; esforcémonos por ser siempre honrados y sinceros.

Aprendamos del pasaje como conjunto, lo terriblemente peligrosa que es la situación de un ministro infiel. Ya es malo de por sí ser ciego; pero ser un guía ciego, es mil veces peor. Ningún otro hombre es tan sumamente perverso como un ministro inconverso, y ninguno será juzgado con tanta severidad como él. De tal hombre se puede decir ese solemne refrán: “Es como un piloto inexperto: no muere solo”.

Por último, guardémonos de deducir de este pasaje que lo más seguro, en materia de religión, es no hacer ninguna profesión de fe. Esto sería adoptar una posición extrema y peligrosa. El hecho de que haya hombres hipócritas no quiere decir que no exista una profesión auténtica; el hecho de que haya falsificadores de moneda no quiere decir que todo el dinero sea falso. Si hemos dado testimonio de conocer a Cristo, no dejemos que la hipocresía nos impida seguir haciéndolo, ni que nos mueva de nuestra firmeza. Sigamos hacia adelante, puestos los ojos en Jesús y depositando nuestra confianza en Él, pidiendo en oración cada día ser librados del error y diciendo, como David: “Sea mi corazón íntegro en tus estatutos” (Salmo 119:80).

Mateo 23:34–39

Estos versículos forman la conclusión del discurso de nuestro Señor Jesucristo acerca de los escribas y los fariseos. Son las últimas palabras que dirigió como maestro público a un grupo de gente. La ternura y la compasión características de nuestro Señor brillan con más fuerza hacia el final de su ministerio. Aunque al dejar a sus enemigos, estos seguían en su incredulidad, Él demuestra que los amó y tuvo compasión de ellos hasta el final.

Aprendemos, en primer lugar, de estos versículos, que *Dios muchas veces se toma grandes molestias por hombres impíos*. Les envió a los judíos “profetas y sabios y escribas”. Les hizo muchas advertencias; les mandó un mensaje tras otro; no les permitió que siguieran pecando sin reprenderlos. No podrían decir que nadie les dijo lo que habían hecho mal.

Dios trata de esa misma manera, por lo general, a los cristianos que en realidad no se han convertido. No los destruye en sus pecados sin antes llamarlos al arrepentimiento: llama a las puertas de sus corazones mediante enfermedades y aflicciones; arremete contra sus conciencias mediante sermones, o por medio del consejo de amigos; les pide que consideren sus caminos abriendo la tumba delante de ellos, y quitándoles sus ídolos. Ellos normalmente no entienden lo que

significa todo eso; suelen estar ciegos y sordos a los mensajes de su gracia; pero al final sí que verán su mano, aunque quizá demasiado tarde. Se darán cuenta entonces de que Dios habló de una y aun de dos maneras, pero ellos no lo entendieron (cf. Job 33:14). Descubrirán que a ellos también, igual que a los judíos, se les enviaron profetas, sabios y escribas. En cada situación providencial había una voz: "Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis?" (Ezequiel 33:11).

Aprendemos, en segundo lugar, de estos versículos, que *Dios se fija en el trato que reciben sus mensajeros y ministros, y un día pedirá cuentas por ello*. Los judíos, como nación, habían tratado muchas veces a los siervos de Dios de una manera absolutamente vergonzosa; muchas veces se habían portado con ellos como con sus enemigos, porque les dijeron la verdad. A algunos los habían perseguido, a otros los habían azotado y a otros hasta los mataron. Tal vez pensaran que no iban a tener que dar cuentas de su comportamiento; pero nuestro Señor les dice que se equivocaban. Había un ojo que veía todos sus actos; había una mano que tomaba nota de cada vez que derramaban sangre inocente, en libros de memoria eterna. Las palabras que Zacarías —"a quien mataron entre el templo y el altar"— dijo al morir serían, después de 850 años, vindicadas como ciertas: "Jehová lo vea y lo demande" (2 Crónicas 24:22). En tan solo unos pocos años, tendría lugar una demanda de sangre en Jerusalén como jamás había presenciado este mundo. La ciudad santa sería destruida. La nación que había asesinado a tantos profetas caería bajo el hambre, la peste y la espada; y aun quienes escaparan serían esparcidos a los cuatro vientos y se convertirían, como Caín el asesino, en "errantes y extranjeros en la tierra". Todos sabemos de qué modo tan literal se cumplieron aquellas palabras. Con razón podía decir nuestro Señor: "De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación".

A todos nos conviene recordar esta lección. Tenemos una lamentable tendencia a pensar que "lo pasado, pasado está", y que las cosas que pasaron antes de nuestro tiempo, que finalizaron y que ya pertenecen a la Historia, no volverán a salir a la superficie. Pero olvidamos que para Dios "un día es como mil años" y que los acontecimientos que ocurrieron hace 1000 años están tan frescos en su memoria como los que han ocurrido en esta misma hora. Dios "busca lo que ha pasado" (Eclesiastés 3:15 LBLA) y, ante todo, buscará explicaciones del trato que se haya dado a sus santos. La sangre de los primeros cristianos, derramada por los emperadores romanos; la sangre de los valdenses y de los albigenses, y la de los que sufrieron la masacre de S. Bartolomé; la sangre de los mártires que fueron quemados durante la Reforma, y la de aquellos que murieron a manos de la Inquisición; de todas, de todas ellas, se habrá de rendir cuentas. Como dice el viejo refrán: "La piedra de moler de la justicia de Dios muele despacio, pero muele muy fino". El mundo aún habrá de ver que "ciertamente hay Dios que juzga en la tierra" (Salmo 58:11).

Que aquellos que persiguen al pueblo de Dios en nuestros días piensen bien lo que están haciendo. Que sepan que todo aquel que hiere, o insulta, o desdeña o calumnia a otros por su fe comete un grave pecado. Que sepan que Cristo se da cuenta de cada ocasión en que alguien persigue a su prójimo porque es mejor que él, o porque ora, lee la Biblia y piensa en su alma. Aquel que dijo: "El que os toca, toca la niña de [mi] ojo" (Zacarías 2:8) sigue vivo. El día del Juicio

revelará que el Rey de reyes pedirá cuentas a todos los que hayan insultado a sus siervos.

Aprendemos, por último, de estos versículos, que *quienes son condenados para la eternidad lo son por culpa propia*.

Las palabras de nuestro Señor Jesucristo son verdaderamente tremendas. Dice: “Quise juntar a tus hijos, pero no quisiste”.

Hay algo particularmente merecedor de atención en esa expresión; nos aclara una cuestión misteriosa, que las explicaciones humanas suelen ensombrecer. Nos muestra que Cristo siente lástima y misericordia por muchos que no son salvos, y que el gran secreto de la perdición del hombre es su falta de voluntad. Aunque el hombre es impotente por naturaleza, incapaz de elaborar un buen pensamiento por sí mismo, y carece de poder para decidirse a tener fe y acercarse a Dios, parece, no obstante, tener una gran habilidad para causar la perdición de su alma. Aunque no tiene poder para el bien, sí que lo tiene para el mal. Solemos decir, con toda la razón, que un hombre no puede hacer nada por sí mismo, pero debemos recordar siempre que donde en realidad radica su impotencia es en su *voluntad*. La voluntad de arrepentirse y de creer no se la puede conceder ningún hombre a sí mismo, pero la voluntad de rechazar a Cristo y de querer hacer las cosas a su manera todo el mundo la posee por naturaleza, y si al final alguien no se salva, será esa voluntad lo que habrá supuesto su perdición. “*No queréis* venir a mí —dice Cristo— para que tengáis vida” (Juan 5:40).

Dejemos este asunto con el reconfortante pensamiento de que para Cristo no hay nada imposible. Aun el corazón más duro puede ofrecérsele “voluntariamente en el día de su poder” (Salmo 110:3). La gracia, sin lugar a dudas, es irresistible; pero no olvidemos nunca que la Biblia describe al hombre como un ser *responsable*, y que dice de algunos que resisten “siempre al Espíritu Santo” (Hechos 7:51). Tenemos que entender que la perdición de los condenados no se deberá a que Cristo no haya tenido la voluntad de salvarlos, ni a que ellos quisieran ser salvos pero no pudieran, sino a que no quisieron venir a Cristo. La razón para defender nuestra postura ha de ser siempre la de este pasaje que estamos considerando: Cristo quiere juntar a los hombres consigo, pero ellos *no quieren* ser juntados; Cristo quiere salvar a los hombres, pero ellos *no quieren* ser salvados. Tengamos como uno de los firmes principios de nuestra religión que la salvación de un hombre, si es salvo, se debe únicamente a Dios, y la perdición de un hombre, si es condenado, se debe únicamente a él mismo. Lo malo que hay en nosotros es todo nuestro; lo bueno, si es que hay algo de bueno en nosotros, es todo de Dios. Los que se salven en el mundo venidero darán a Dios toda la gloria; los que se pierdan en el mundo venidero descubrirán que ellos mismos causaron su propia perdición (Oseas 13:9).

Mateo 24:1–14

Estos versículos dan comienzo a un capítulo repleto de profecía; profecía de la cual una gran parte aún no se ha cumplido; profecía que debiera suscitar un gran interés entre todos los verdaderos cristianos. Es un asunto "al cual —nos dice el Espíritu Santo—, haremos bien en estar atentos" (cf. 2 Pedro 1:19).

Todos los pasajes de la Escritura como este deberían considerarse con gran humildad, y pidiendo fervientemente en oración la enseñanza del Espíritu. Ninguna otra cuestión ha enfrentado tan radicalmente a los creyentes como la interpretación de la profecía; ninguna otra cuestión ha ocasionado tanto como esta que los prejuicios de un grupo, el dogmatismo de otro y la extravagancia de un tercero le hayan robado a la Iglesia verdades que Dios deseaba que fueran de bendición. Como bien dice cierto teólogo: "¿Qué no habrá que los hombres vean, o no vean, según les convenga para establecer sus propias opiniones predilectas?".

Para entender el significado de todo este capítulo hemos de tener cuidado de no perder de vista la pregunta que dio origen al discurso de nuestro Señor. Al salir por última vez del Templo, los discípulos, con su orgullo natural judío, habían dirigido la atención de su Maestro a los espléndidos edificios que lo componían. Para su sorpresa y asombro, Él les dice que en muy poco tiempo todo aquello iba a ser destruido. Estas palabras parecen haber penetrado muy hondo en las mentes de los discípulos. Se acercaron a Él cuando estaba sentado en el monte de los Olivos, y le preguntaron con una ansiedad evidente: "Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?". En estas palabras se halla la clave para saber a qué se refiere la profecía que ahora tenemos ante nosotros. Abarca tres cosas: una es la destrucción de Jerusalén; otra, la Segunda Venida personal de Cristo; y la tercera es el fin del mundo. Indudablemente, en algunas partes del capítulo estos tres asuntos están tan entrelazados que es difícil separarlos y desenredarlos, pero todos ellos aparecen claramente en el capítulo, y sin ellos no se le puede dar una explicación justa.

Los primeros catorce versículos de la profecía los ocupan lecciones generales de aplicación y alcance muy variados. Parecen referirse con igual intensidad a la terminación de las dispensaciones tanto judía como cristiana, acontecimientos que son un vívido reflejo el uno del otro. Ciertamente exigen una atención especial por nuestra parte, pues somos aquellos "a quienes han alcanzado los fines de los siglos" (1 Corintios 10:11). Pasemos ahora a ver cuáles son esas lecciones.

La primera lección general que tenemos ante nosotros es *una advertencia sobre los engaños*. Las primeras palabras del discurso son: "Mirad que nadie os engañe".

No es posible imaginar una advertencia más necesaria que esta. Satanás conoce bien el valor de la profecía, y siempre se ha esforzado por desprestigiar el asunto. Cuántos falsos Cristos y falsos profetas surgieron antes de la destrucción de Jerusalén lo demuestran categóricamente las obras de Josefo. De cuántas maneras se ciegan continuamente los ojos de los hombres en nuestros días respecto a las cosas venideras se puede probar fácilmente. El irvingismo y el mormonismo se han hecho lamentablemente populares como argumentos para rechazar todo lo concerniente a la doctrina de la Segunda Venida de Cristo. Velemos, y estemos alerta.

No dejemos que nadie nos engañe respecto a los *hechos* principales

de la profecía aún no cumplida, diciéndonos que son imposibles, ni respecto al *modo* en que sucederán, diciéndonos que es poco probable y contrario a la experiencia del pasado. No dejemos que nadie nos engañe respecto al *tiempo* en que se cumplirán las profecías aún no cumplidas, ni fijando fechas, por un lado, ni, por el otro, indicándonos que debemos esperar a que se convierta el mundo entero. Que nuestra única guía en todos estas cuestiones sea lo que la Escritura dice claramente, y no las interpretaciones tradicionales de los hombres. Que no nos avergüence decir que esperamos un cumplimiento literal de la profecía aún no cumplida; reconozcamos abiertamente que hay muchas cosas que no comprendemos, pero sigamos defendiendo tenazmente nuestra posición, teniendo mucha fe, esperando con paciencia y sin dudar que un día todas las cosas serán aclaradas. Ante todo, recordemos que la primera venida del Mesías para *sufrir* era el acontecimiento más improbable que se podría haber imaginado, y no dudemos de que, igual que vino literalmente, en persona, a sufrir, también vendrá literalmente otra vez, en persona, a *reinar*.

La segunda gran lección que tenemos ante nosotros es *una advertencia sobre las expectativas demasiado optimistas y extravagantes en cuanto a las cosas que han de suceder antes de que llegue el fin*. Es una advertencia tan sumamente importante como la anterior. Bueno habría sido para la Iglesia que no se hubiera descuidado tanto esta advertencia.

No debemos esperar un reino de paz, felicidad y prosperidad universales antes de la llegada del fin; si así lo hacemos, nos estaremos engañando a nosotros mismos en gran manera. Nuestro Señor nos dice que estemos preparados para presenciar “guerras, pestes, hambres” y persecución. No podemos esperar la paz hasta que no llegue el momento del regreso del Príncipe de paz: entonces, y solo entonces, se transformarán las espadas en rejas de arado, y las naciones dejarán de adiestrarse para la guerra; entonces, y solo entonces, la tierra dará su fruto (Isaías 2:4; Salmo 67:6).

No debemos esperar una época de pureza universal en la doctrina y la práctica de la Iglesia de Cristo antes de la llegada del fin; si así lo hacemos, estaremos cometiendo un grave error. Nuestro Señor nos dice que estemos preparados para presenciar la aparición de “falsos profetas”, una “multiplicación de la maldad” y un “enfriamiento del amor de muchos”. Todos los que profesan ser cristianos no recibirán la Verdad, y la santidad no se extenderá entre los hombres, hasta que regrese la gran Cabeza de la Iglesia, y Satanás sea atado; entonces, y solo entonces, habrá una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga (Efesios 5:27).

No debemos esperar que todo el mundo se vaya a convertir antes de la llegada del fin; si así lo hacemos, estaremos cometiendo un grave error. “El Evangelio ha de ser *predicado* en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones”, pero no debemos pensar que vayamos a presenciar que sea universalmente *creído*. Sí que “tomará de entre los hombres un pueblo para Dios” en todo lugar donde se predique fielmente, mediante el testimonio de Cristo, pero la gran reunión de las naciones no tendrá lugar hasta que Cristo vuelva; entonces, y solo entonces, se llenará la Tierra del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar (Hechos 15:14; Habacuc 2:14).

Fijemos estas cosas en nuestros corazones y recordémoslas bien. Son verdades eminentemente pertinentes en nuestro tiempo presente.

Aprendamos a tener expectativas moderadas en cuanto a los resultados de la actividad existente en la Iglesia de Cristo, y nos ahorraremos muchas decepciones; apresurémonos a extender el Evangelio por el mundo, pues “el tiempo es *corto*”, no largo. Se acerca la noche, “cuando nadie puede trabajar”. Se avecinan tiempos difíciles. Puede que pronto haya herejías y persecuciones que debilitarán y confundirán a las iglesias; puede que pronto las naciones se estremezcan por una feroz guerra de principios; puede que pronto se cierren para siempre las puertas que ahora tenemos abiertas para hacer el bien; puede que aún veamos con nuestros propios ojos el Sol del cristianismo caer como el del judaísmo, entre nubes y tormentas. Ante todo, anhelemos el regreso de nuestro Señor. ¡Ojalá tengamos todos el deseo de orar a diario diciendo: “Ven, Señor Jesús”! (Apocalipsis 22:20).

Mateo 24:15–28

Uno de los temas principales de esta parte de la profecía de nuestro Señor es la toma de Jerusalén por el ejército romano. Ese tremendo acontecimiento tuvo lugar unos cuarenta años después de que se pronunciaran las palabras que acabamos de leer. Un relato detallado de ello se puede hallar en los escritos del historiador Josefo: esos escritos son el mejor comentario de las palabras de nuestro Señor; son una prueba magnífica de la exactitud de cada pequeño detalle de sus predicciones. Los horrores y penalidades que sufrieron los judíos durante el sitio de su ciudad sobrepasan a los de cualquier otro del que se tenga constancia; fue verdaderamente un tiempo de “tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo”.

A algunos les sorprende ver que se le concede tanta importancia a la toma de Jerusalén; preferirían creer que el capítulo entero aún está por cumplirse. Tales personas olvidan que Jerusalén y el Templo eran el corazón de la antigua dispensación judía; con su destrucción, al viejo sistema mosaico le llegó su fin. El sacrificio diario, las fiestas anuales, el altar, el lugar santísimo, el sacerdocio, eran partes esenciales de la religión revelada, pero solo hasta que llegó Cristo: entonces cesaron. Cuando Cristo murió en la Cruz, la función de aquellas cosas terminó; eran cosas muertas, y solo faltaba enterrarlas. Pero no era apropiado que esto hubiera de suceder en silencio. Era de esperar que el fin de una dispensación que había sido dada con tanta solemnidad en el monte Sinaí estuviera caracterizado por una solemnidad especial; era de esperar que la destrucción del Templo santo, en el que tantos de los antiguos santos habían visto “la sombra de los bienes venideros” (Hebreos 10:1), fuese el tema de una profecía. Y así fue. El Señor Jesús predice de forma particular la desolación de “el lugar santo”. El gran Sumo Sacerdote describe el fin de la dispensación que había sido un ayo para llevar a los hombres a Él (cf. Gálatas 3:24).

Pero no debemos suponer que esta parte de la profecía de nuestro Señor se refiera exclusivamente a la primera toma de Jerusalén. Es

más que probable que las palabras de nuestro Señor tengan otra aplicación, aún más profunda. Es más que probable que se refieran a un *segundo sitio de Jerusalén*, que aún ha de suceder, cuando Israel haya regresado a su tierra, y a una *segunda tribulación* para sus habitantes, a la que solo podrá poner término la venida de nuestro Señor Jesucristo. Tal interpretación de este pasaje asombrará a algunos. Pero quienes dudan que sea correcta harían bien en examinar el último capítulo del profeta Zacarías, así como el último capítulo de Daniel. Esos dos capítulos hablan de cosas muy solemnes, y aclaran mucho estos versículos que ahora estamos leyendo y su relación con los versículos inmediatamente posteriores.

Ahora nos toca considerar las lecciones que este pasaje contiene para nuestra propia edificación personal. Son lecciones claras e inequívocas; al menos en ellas no hay ninguna sombra de duda.

Para empezar, vemos que *huir del peligro puede ser a veces el correcto deber de un cristiano*. Nuestro Señor mismo ordenó a su pueblo que, en determinadas circunstancias, "huyeran".

El siervo de Cristo, desde luego, no ha de ser un cobarde. Ha de confesar a su Maestro delante de los hombres; ha de estar dispuesto a morir, si es necesario, por la Verdad; pero al siervo de Cristo no se le pide que busque el peligro, si este no viene de por sí en el cumplimiento de su deber. No tiene que avergonzarle utilizar medios razonables para procurar su seguridad personal, cuando su muerte en el puesto del deber no vaya a tener ningún beneficio. Hay una profunda sabiduría en esta lección. Los verdaderos mártires no son siempre aquellos que se exponen a morir, y que parecen ansiar que los decapiten o los quemen en la hoguera. Hay ocasiones en que se demuestra tener una mayor gracia callando, y esperando, y orando, y esperando la llegada de oportunidades, que desafiando a los adversarios y apresurándose a entablar la batalla. ¡Ojalá tengamos sabiduría para saber cómo actuar en tiempo de persecución! Se puede ser demasiado imprudente, igual que se puede ser un cobarde, y es posible limitar la propia capacidad de ayudar a los demás siendo demasiado apasionado igual que siendo demasiado insensible.

Vemos aquí, por otro lado, que *al hacer esta profecía, nuestro Señor menciona de forma particular el día de reposo*. "Orad —dice— que vuestra huida no sea [...] en día de reposo".

Este hecho merece una atención especial. Vivimos en una época en que la obligatoriedad de que los cristianos respeten el día de reposo se niega frecuentemente, aun por parte de algunos creyentes. Nos dicen que ya no nos afecta ni más ni menos que la Ley ceremonial. Es difícil ver cómo se puede reconciliar esta opinión con las palabras que nuestro Señor pronunció en aquella solemne ocasión. Parece mencionar el día de reposo intencionadamente, dentro del marco de la predicción de la destrucción definitiva del Templo y de las ceremonias mosaicas, como para darle al día un cierto honor. Parece estar diciendo que si bien su pueblo sería absuelto del yugo de los sacrificios y las ordenanzas, aún quedaría un día de reposo que tendrían que guardar (Hebreos 4:9). Quienes defiendan la santidad del domingo harían bien en recordar este texto, pues les da una prueba de mucho peso.

Vemos también, por otro lado, que *los elegidos de Dios son siempre el objeto del amor especial de Dios*. Nuestro Señor los menciona dos veces en este pasaje. "Por causa de los escogidos, los días de tribulación serán acortados". No será posible "engañar a los

escogidos”.

Aquellos a quienes Dios ha elegido para salvación en Cristo son aquellos a quienes Dios ama de manera especial en este mundo: son joyas entre los demás hombres. Se preocupa más por ellos que por los reyes en sus tronos si dichos reyes no son personas convertidas; escucha sus oraciones; ordena todos los acontecimientos de las naciones, y aun las guerras, para su bien y su santificación; los protege mediante su Espíritu; no permite que ni hombre ni diablo los arrebate de su mano. No importa qué tribulación le sobrevenga al mundo: los elegidos de Dios están a salvo. ¡Ojalá no descansemos jamás hasta saber que somos parte de esa bendita compañía! No hay nadie que pueda afirmar no serlo. Las promesas del Evangelio están abiertas a todos. ¡Ojalá procuremos hacer firme nuestra vocación y elección! Los elegidos de Dios son un pueblo que “clama a él día y noche”. Cuando Pablo vio la fe, la esperanza y el amor de los tesalonicenses, conoció “su elección” (Lucas 18:7; 1 Tesalonicenses 1:4).

Vemos, por último, en estos versículos, que *cuando quiera que tenga lugar la Segunda Venida de Cristo, sucederá muy rápidamente*. Será “como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente”.

Esta es una verdad muy práctica que siempre deberíamos tener presente en nuestras mentes. Que nuestro Señor Jesús vendrá de nuevo en persona a este mundo, lo sabemos por la Escritura; que lo hará en un período de gran tribulación, también lo sabemos; pero la precisa época, año, mes, día y hora, son cosas que se nos han ocultado. Lo único que sabemos es que será un acontecimiento muy repentino. Está claro que nuestro deber, pues, es vivir siempre preparados para su regreso. Andemos por fe, y no por vista; creamos en Cristo, sirvamos a Cristo, sigamos a Cristo, y amemos a Cristo: viviendo así, cuando quiera que Cristo regrese estaremos listos para encontrarnos con Él.

Mateo 24:29–35

En esta parte de su profecía, nuestro Señor describe su Segunda Venida en la que juzgará al mundo. Este, en todo caso, parece ser el significado natural del pasaje; cualquier otra interpretación más simple supone forzar demasiado el lenguaje de la Escritura. Si las solemnes palabras utilizadas aquí no se refieren nada más que a la llegada de los ejércitos romanos a Jerusalén, entonces seríamos capaces de explicar en un minuto cualquier cosa que aparece en la Biblia. El suceso descrito aquí es uno de mucho mayor importancia que el avance de un ejército terrenal; es nada menos que el acto de clausura de la dispensación actual: la Segunda Venida personal de Jesucristo.

Estos versículos nos enseñan, en primer lugar, que *cuando el Señor Jesús regrese a este mundo, lo hará con especial gloria y majestad*. Vendrá “sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria”. Ante su presencia, aun el Sol, la Luna y las estrellas se oscurecerán, y “las

potencias de los cielos serán conmovidas".

La Segunda Venida personal de Cristo será tan distinta de la primera como distinta puede ser una cosa de otra. La primera vez vino como "varón de dolores, experimentado en quebranto"; nació en un pesebre en Belén, en la humildad y la humillación; tomó para sí forma de siervo, y fue despreciado y desechado entre los hombres; fue traicionado y entregado en manos de hombres impíos, condenado en un juicio injusto, escarnecido, azotado, coronado con espinas y finalmente crucificado entre dos ladrones. La segunda vez vendrá como Rey de toda la Tierra, con majestad real; los mismísimos príncipes y los hombres poderosos de este mundo se presentarán ante su trono para recibir una sentencia para la eternidad; delante de Él callará toda boca, se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor. ¡Ojalá recordemos esto todos! Cualquiera que sea lo que hagan ahora los hombres impíos, en el día final no habrá burlas, ni sorna respecto a Cristo, ni infidelidad. Los siervos de Jesús harán bien en esperar con paciencia: un día el mundo entero reconocerá que su Maestro es el Rey de reyes.

Estos versículos nos enseñan, en segundo lugar, que *cuando Cristo regrese a este mundo, se ocupará primeramente de su pueblo creyente*. "Enviará a sus ángeles", y estos "juntarán a sus escogidos".

Cuando Cristo regrese en gloria y el Juicio comience, los verdaderos cristianos estarán perfectamente a salvo. Ni un cabello de sus cabezas ha de caer en tierra; ni un hueso del cuerpo místico de Cristo será quebrado. Hubo un arca para Noé en los días del diluvio; hubo una Zoar para Lot cuando Sodoma fue destruida; habrá un refugio para todos los creyentes en Jesús, cuando la ira de Dios caiga finalmente sobre este mundo perverso. Aquellos ángeles gloriosos que se regocijaban en el Cielo cuando un pecador se arrepentía, arrebatarán con gozo al pueblo de Cristo para que reciban a su Señor en el aire. El día de la Segunda Venida de Cristo será, sin duda alguna, un día terrible, pero los creyentes pueden esperar su llegada sin temor.

Cuando Cristo regrese en gloria, los verdaderos cristianos serán, por fin, reunidos. Los santos de todo tiempo y de toda lengua serán convocados y sacados de cada nación; todos estarán allí, desde Abel el justo hasta la última de las almas que se conviertan a Dios, y desde el más antiguo de los patriarcas hasta el más pequeño de los bebés que no hayan hecho más que respirar y morir. Pensemos en lo feliz que será aquella ocasión, cuando toda la familia de Dios esté por fin reunida. Si nos ha parecido agradable conocer a algún que otro creyente de vez en cuando en la Tierra, ¡cuánto más lo será encontrarnos con "una gran multitud que nadie puede contar"! Ciertamente, podemos estar contentos cargando la cruz y sufriendo separaciones durante unos pocos años. Estamos en camino hacia un día en que nos encontraremos y ya no nos separaremos más.

Estos versículos nos enseñan, en tercer lugar, que *hasta que Cristo regrese a esta Tierra, los judíos seguirán siendo un pueblo separado*. Nuestro Señor nos dice que "no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca".

La existencia continuada de los judíos como nación propiamente dicha es innegablemente un gran milagro; es una de esas pruebas de la veracidad de la Biblia que los infieles nunca pueden refutar. Sin tierra, sin rey, sin gobierno (*), dispersos por el mundo durante 1800 años, los judíos no son, sin embargo, absorbidos por los pueblos de los

países donde viven, transformándose en franceses, ingleses o alemanes, sino que habitan solos (cf. Números 23:9). Esto no puede deberse sino al "dedo de Dios" (Éxodo 8:19). La nación judía se alza ante el mundo como una respuesta aplastante a las dudas de los infieles y como un libro vivo que demuestra que la Biblia es la verdad. Pero no debemos considerar a los judíos solamente como un testimonio de la verdad de la Escritura; hemos de ver en ellos una continua garantía del hecho de que el Señor Jesús va a regresar un día. Igual que el sacramento de la Cena del Señor, los judíos testifican de la realidad de la Segunda Venida, así como de la primera. Recordemos esto. Veamos en cada judío errante una prueba de que la Biblia es la verdad, y de que Cristo regresará un día.

Por último, estos versículos nos enseñan que *las predicciones de nuestro Señor se cumplirán con toda seguridad*. Dice: "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán".

Nuestro Señor conocía bien la incredulidad innata de la naturaleza humana. Sabía que en los postreros días vendrían burladores, que dirían: "¿Dónde está la promesa de su advenimiento?" (2 Pedro 3:3–4). Sabía que cuando regresara, la fe sería escasa en la Tierra. Predijo que muchos rechazarían y despreciarían las solemnes predicciones que acababa de hacer, y dirían que son improbables, inverosímiles y absurdas. Nos advierte que nos guardemos de tales pensamientos escépticos, y lo hace con un aviso particularmente solemne: nos dice que, digan lo que digan los hombres, y piensen lo que piensen, sus palabras se cumplirán a su debido tiempo y no "pasarán" sin ser hechas realidad. ¡Ojalá consideremos todos su advertencia seriamente! Vivimos en una época de incredulidad. Fueron pocos los que creyeron el anuncio de la primera venida de nuestro Señor, y son pocos los que creen el anuncio de la segunda (Isaías 53:1). Procuremos no dejarnos contagiar, y creamos para la salvación de nuestras almas. No estamos leyendo "fábulas artificiosas", sino verdades muy profundas e importantes; ¡que Dios nos dé un corazón de fe para creerlas!

Mateo 24:36–51

Algunos versículos de este pasaje se sacan muchas veces fuera de su contexto. "La venida del Hijo del Hombre" se describe frecuentemente como si fuera lo mismo que la muerte; los textos que hablan de la incertidumbre del tiempo de su venida se utilizan en epitafios, considerándose apropiados para las tumbas. Pero no hay un argumento sólido para semejante aplicación de este pasaje. La muerte es una cosa, y la venida del Hijo del Hombre es otra muy distinta; el tema de estos versículos no es la muerte, sino la Segunda Venida de Jesucristo. Recordemos esto. Es un hecho muy grave que se fuerce la Escritura y se utilice dándole un significado que no sea el auténtico.

Lo primero que exige nuestra atención en estos versículos es *la terrible descripción que nos ofrecen del estado del mundo en el tiempo*

en que el Señor Jesús regresará.

El mundo no se convertirá cuando Cristo regrese; se encontrará en el mismo estado en que estaba en el día del diluvio. Cuando llegó el diluvio, los hombres estaban "comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento", absortos en sus actividades mundanas, ignorando totalmente las repetidas advertencias de Noé. No veían señales de que fuera a haber un diluvio; no creían estar en ningún peligro; pero al final el diluvio llegó, repentinamente, "y se los llevó a todos". Todos aquellos que no estaban con Noé dentro del arca, se ahogaron: todos ellos fueron llevados de golpe a sus juicios, sin haber recibido el perdón, sin haberse convertido y sin estar preparados para su encuentro con Dios. Y nuestro Señor dice que "así será también la venida del Hijo del Hombre".

Fijémonos bien en este texto, y guardémoslo en nuestras mentes. Circulan muchas opiniones extrañas acerca de este asunto, aun entre creyentes. No nos engañemos pensando que todos los paganos se convertirán, y la Tierra será llena del conocimiento de Dios, antes de la llegada del Señor; no nos hagamos la ilusión de que no puede ser cierto que "el fin de todas las cosas se acerca" porque aún haya mucha impiedad tanto en la Iglesia como en el mundo. Tales ideas reciben una respuesta claramente contradictoria en el pasaje que ahora tenemos ante nosotros: los tiempos de Noé son un símbolo de los tiempos en que regresará Cristo. Entonces se descubrirá que millones de personas que profesan ser cristianas son en realidad descuidadas, incrédulas, sin Dios, sin Cristo, mundanas, y no están preparadas para encontrarse con su Juez. Asegurémonos de no ser hallados entre ellas.

La segunda cosa que exige nuestra atención es *la terrible separación que tendrá lugar cuando Cristo regrese*. Leemos, dos veces, que "uno será tomado, y otro será dejado".

Los hombres piadosos y los impíos están ahora mismo mezclados; tanto en la congregación como en el lugar de adoración, y tanto en la ciudad como en el campo, los hijos de Dios y los hijos del mundo están todos juntos. Pero no será siempre así. El día que nuestro Señor regrese habrá por fin una división definitiva. En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta, se hará la separación de los dos grupos para toda la eternidad. Se separará a mujeres de sus maridos, a padres de sus hijos, a hermanos de sus hermanas, a señores de sus siervos, a predicadores de sus oyentes. Cuando el Señor aparezca, no habrá tiempo para el arrepentimiento ni para ningún cambio de opinión: todos serán tomados *tal y como estén*, y segarán lo que hayan sembrado. Los creyentes serán arrebatados a la gloria, la honra y la vida eterna; quienes no crean serán dejados en medio de "vergüenza y confusión perpetua" (Daniel 12:2). ¡Bienaventurados y dichosos aquellos cuyo corazón está resuelto a seguir a Cristo! No se podrá deshacer su unión jamás: durará eternamente. ¿Quién podrá describir el gozo de aquellos que serán tomados, cuando vuelva el Señor? ¿Quién podrá imaginar la desgracia de aquellos que serán dejados? ¡Ojalá pensemos en estas cosas, y "meditemos sobre nuestros caminos"!

La última cosa que exige nuestra atención en estos versículos es *el deber práctico de velar mientras se espera la Segunda Venida de Cristo*. "Velad —dice nuestro Señor— porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor [...] Estad preparados; porque el Hijo del

Hombre vendrá a la hora que no pensáis".

Esta es una cuestión que nuestro bendito Maestro frecuentemente nos insta a considerar; rara vez le vemos hablando de la Segunda Venida sin aprovechar para ordenarnos que "velemos". Él conoce la somnolencia de nuestra naturaleza; sabe lo rápidamente que olvidamos aun los aspectos más serios de la religión; conoce los esfuerzos incesantes de Satanás por oscurecer la gloriosa doctrina de su regreso; así que nos arma haciéndonos unas profundas exhortaciones a mantenernos despiertos, si no queremos caer en la perdición eterna. ¡Ojalá que todos tengamos oídos para oírlas!

Los verdaderos creyentes tendrían que vivir como centinelas. El día del Señor viene como ladrón en la noche; deberían esforzarse por estar siempre alerta. Deberían comportarse como el soldado de guardia de un ejército en territorio enemigo; tienen que estar resueltos, con la ayuda de Dios, a no dormirse en sus puestos. Aquello que escribió S. Pablo merece meditarse bien: "No durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios" (1 Tesalonicenses 5:6).

Los verdaderos creyentes tendrían que vivir como siervos buenos cuyo señor no está en casa. Deberían esforzarse por estar siempre preparados para el regreso de su Señor, sin permitir nunca el sentimiento: "Mi Señor tarda en venir"; deberían procurar guardar sus corazones de tal modo que, cuando Cristo aparezca, le puedan hacer en ese mismo instante un recibimiento afable y amoroso. Qué profundas son esas palabras: "Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así". Bien podemos dudar que seamos verdaderos creyentes en Jesús si no estamos preparados para que, en cualquier momento, nuestra fe sea transformada en vista.

Dejemos el capítulo sintiendo su solemnidad. Las cosas que acabamos de leer piden a gritos que examinemos a fondo nuestros corazones. Procuremos tener la seguridad de que estamos en Cristo, y que tendremos un arca de refugio cuando amanezca sobre el mundo el día de la ira; esforcémonos por vivir de tal manera que al final seamos llamados "bienaventurados", y no se nos deseche para siempre. Por último, pero no por ello menos importante, alejemos de nuestras mentes la opinión popular de que la profecía aún no cumplida es una cuestión de conjeturas, y no una cuestión práctica. Si las cosas que hemos estado considerando no son prácticas, entonces no existe nada que pueda llamarse "religión práctica". Con razón decía S. Juan que "todo aquel que tiene *esta esperanza en él*, se purifica a sí mismo, así como él es puro" (1 Juan 3:3).

Mateo 25:1–13

El capítulo que acabamos de comenzar es una continuación del discurso profético de nuestro Señor en el monte de los Olivos. El tiempo al que se refiere es obvio e inequívoco: hay, de principio a fin, una referencia continua a la Segunda Venida de Cristo, así como al fin del mundo. El capítulo en sí contiene tres secciones principales. En la

primera, nuestro Señor utiliza su Segunda Venida como argumento para exhortar a la vigilancia y al ejercicio de una religión sincera, lo cual hace contando la parábola de las diez vírgenes. En la segunda, utiliza su Segunda Venida como argumento para exhortar a la diligencia y la fidelidad, lo cual hace contando la parábola de los talentos. En la tercera, concluye su discurso describiendo el gran día del Juicio, en un pasaje que, en cuanto a majestad y hermosura, no tiene paralelo en el Nuevo Testamento.

La parábola de las diez vírgenes, que acabamos de leer, contiene lecciones particularmente solemnes y alarmantes. Veamos cuáles son.

Para empezar, vemos que *la Segunda Venida de Cristo encontrará a su Iglesia como un conjunto heterogéneo, en el que habrá tanto cosas malas como buenas*.

El conjunto de quienes profesan componer la Iglesia se compara aquí con “diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo”; todas ellas tenían lámparas, pero solo cinco llevaban aceite en sus vasijas para alimentar la llama; todas ellas profesaban tener un mismo propósito, pero solo cinco eran verdaderamente “prudentes”, y el resto eran “insensatas”. La Iglesia visible de Cristo está justo en la misma situación: todos sus miembros están bautizados en el nombre de Cristo, pero en realidad no todos oyen su voz y le siguen; a todos se les llama “cristianos”, y todos profesan pertenecer a la religión cristiana, pero no todos tienen la gracia del Espíritu en sus corazones, ni son de veras lo que profesan ser. Nuestros propios ojos nos dicen que la situación es así ahora; el Señor Jesús nos dice que la situación será así cuando Él vuelva. Fijémonos bien en esta descripción. Es un ejemplo que nos da una lección de humildad. Aun con toda nuestra predicación y oración; aun con toda nuestra enseñanza y nuestras visitas; aun con todos nuestros esfuerzos misioneros en otros países, y provisiones de la gracia en el nuestro, ¡al final se descubrirá que muchos están “muertos en sus delitos y pecados”! La impiedad e incredulidad de la naturaleza humana es un asunto del que todos tenemos mucho que aprender.

Vemos, por otro lado, que *la Segunda Venida de Cristo, cuando quiera que suceda, tomará a los hombres por sorpresa*.

Esta verdad se nos muestra en la parábola de un modo muy impactante. “A la medianoche”, cuando las vírgenes estaban durmiendo, se oyó un grito: “¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!”. Será exactamente igual cuando Jesús regrese al mundo. Encontrará a la inmensa mayoría de la Humanidad en una absoluta incredulidad, y totalmente desprevenida; encontrará a la mayor parte de su pueblo creyente en un estado espiritual somnoliento e indolente. Las cosas seguirán estando, tanto en la ciudad como en el campo, igual que ahora; la política, el comercio, la agricultura, las compras, las ventas y la búsqueda del placer seguirán absorbiendo la atención de los hombres igual que ahora; los ricos seguirán viviendo rodeados de lujo, y los pobres seguirán murmurando y quejándose; las iglesias seguirán estando llenas de divisiones, y seguirán riñendo por nimiedades; se seguirá discutiendo sobre controversias teológicas; los ministros seguirán llamando a los hombres al arrepentimiento, y la gran mayoría en todas las congregaciones seguirá aplazando el día en que tomar la decisión. En mitad de todo esto, el Señor Jesús aparecerá repentinamente. A la hora que nadie piensa, se llamará al espantado mundo a dejar todos sus asuntos y presentarse ante su legítimo Rey.

Hay algo indescriptiblemente terrible en la sola idea, pero así está escrito y así será. Con razón dijo cierto ministro al morir: “Ninguno de nosotros está, en realidad, más que medio despierto”.

Vemos, a continuación, que *cuando el Señor vuelva muchos descubrirán, demasiado tarde, el valor de la religión salvadora*.

La parábola nos dice que cuando llegó el esposo, las vírgenes insensatas dijeron a las prudentes: “Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan”. A continuación nos dice que, como las prudentes no tenían aceite de sobra, las insensatas fueron a “comprar para sí mismas”. Por último nos dice que volvieron cuando ya la puerta se había cerrado, y pidieron, en vano, que se les dejara entrar: “¡Señor, señor —gritaron—, ábrenos!”. Todas estas expresiones son símbolos tremendos de cosas que han de ocurrir. Asegurémonos de que no descubrimos que son ciertas en nuestra propia experiencia, lo cual sería para nuestra eterna perdición.

Podemos estar seguros de que un día tendrá lugar un cambio de opinión global en cuanto a la necesidad de tomarse el cristianismo seriamente. En estos tiempos, como seguramente ya nos habremos dado cuenta, a la gran mayoría de quienes profesan ser cristianos el cristianismo en realidad no les importa en absoluto: no sienten su pecado, ni tienen amor a Cristo, ni saben lo que es nacer de nuevo. Para ellos, el arrepentimiento, la fe, la gracia y la santidad son meramente “palabras que se dicen”; son temas que o bien no les gustan, o bien no les preocupan. Pero esta situación llegará un día a su fin. El conocimiento, la convicción, el valor del alma, la necesidad de un Salvador son cosas que un día surgirán en las mentes de los hombres como un relámpago. ¡Pero será demasiado tarde! Cuando regrese el Señor, será demasiado tarde para ir a comprar aceite. Los errores que no se descubran antes de aquel día, serán irreparables.

¿Somos alguna vez objeto de burlas, o perseguidos, o considerados necios por nuestra religión? Soportémoslo con paciencia, y oremos por quienes nos persiguen; no saben lo que hacen, y un día ciertamente cambiarán de opinión. Llegará el momento en que les oiremos admitir que nosotros fuimos los “prudentes” y ellos los “insensatos”. El mundo entero reconocerá un día que los santos de Dios escogieron la opción más sabia.

Vemos, por último, en esta parábola, que *cuando Cristo regrese, los verdaderos cristianos recibirán una gran recompensa por todo lo que hayan sufrido a causa de su Maestro*. Se nos dice que cuando volvió el esposo, “las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta”.

Los verdaderos cristianos serán los únicos que estarán “preparados” cuando tenga lugar la Segunda Venida. Lavados en la sangre de la expiación, vestidos con la justicia de Cristo y renovados por el Espíritu, se encontrarán con su Señor sin temor y se sentarán a la mesa en la cena de las bodas del Cordero, y de allí no saldrán jamás. Esta es, sin duda, una grandiosa esperanza.

Los verdaderos cristianos estarán con su Señor; con Aquel que los amó y se entregó a sí mismo por ellos; con Aquel que compartió sus padecimientos y los llevó en sus brazos durante la peregrinación de sus vidas; con Aquel al que amaron de corazón y siguieron fielmente sobre la Tierra, a pesar de su gran debilidad y sus muchas lágrimas. Esta es también, sin duda, una grandiosa esperanza.

Al final se cerrará la puerta: se cerrará a todo dolor y aflicción; se

cerrará a un mundo malo y perverso; se cerrará a las tentaciones del diablo; se cerrará a toda duda y temor; se cerrará para no volver a abrirse jamás. Esta, podemos decir de nuevo, es sin duda una grandiosa esperanza.

Recordemos estas cosas; son dignas de meditarse, y son todas ellas verdad. Puede que el creyente tenga que sufrir mucha tribulación, pero le espera un abundante consuelo. “Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría” (Salmo 30:5). El día del regreso de Cristo lo compensará todo, sin lugar a dudas.

Dejemos esta parábola con la firme resolución de no conformarnos con nada que no sea la morada de la gracia en nuestros corazones. La lámpara y el nombre de “cristiano”, así como la profesión y las ordenanzas del cristianismo, son cosas buenas en sí mismas, pero no son esa cosa que solamente es necesaria (cf. Lucas 10:42). No descansemos nunca hasta que sepamos que tenemos el aceite del Espíritu en nuestros corazones.

Mateo 25:14–30

La parábola de los talentos, que acabamos de leer, se parece mucho a la de las diez vírgenes. Ambas dirigen nuestra atención a un mismo acontecimiento muy importante: la Segunda Venida de Jesucristo. Ambas nos hablan de las mismas personas: los miembros de la que profesa ser la Iglesia de Cristo. Las vírgenes y los siervos son un solo grupo de gente, pero se considera a este grupo de gente desde perspectivas distintas y se lo divide en dos partes contrarias. La diferencia principal entre estas parábolas es su lección práctica: la vigilancia es la clave de la primera; la de la segunda, la diligencia. La historia de las vírgenes exhorta a la Iglesia a velar; la historia de los talentos exhorta a la Iglesia a esforzarse.

Aprendemos, en primer lugar, de esta parábola, que *todo cristiano ha recibido algo de Dios*. Todos nosotros somos los “siervos” de Dios, a quienes se nos ha confiado un cierto número de “talentos”.

La palabra “talentos” es una expresión a la que, curiosamente, se ha alejado de su significado original. Normalmente solo se utiliza al hablar de personas con habilidades o dones extraordinarios: se dice de ellas que tienen mucho “talento”. Este uso de la expresión es una invención moderna. En el sentido con el que nuestro Señor utilizó la palabra en esta parábola, se refiere a todas las personas bautizadas sin excepción. Todos tenemos “talentos” a los ojos de Dios; todos “tenemos talento”.

Cualquier cosa con la que podamos dar gloria a Dios es un “talento”. Nuestros dones, nuestra influencia, nuestro dinero, nuestro conocimiento, nuestra salud, nuestras fuerzas, nuestro tiempo, nuestros sentidos, nuestra capacidad de razonar, nuestro intelecto, nuestra memoria, nuestros afectos, los privilegios que tenemos como miembros de la Iglesia de Cristo, las ventajas que nos concede la posesión de la Biblia: todas estas cosas, todas ellas, son talentos. ¿De

dónde vinieron estas cosas? ¿Qué mano nos las dio? ¿Por qué somos lo que somos? ¿Por qué no somos gusanos de los que se arrastran por la tierra? Solo hay una respuesta a estas preguntas: todo lo que tenemos es un préstamo de Dios; somos administradores de Dios; somos deudores de Dios. Dejemos que este pensamiento penetre hasta lo más profundo de nuestros corazones.

Aprendemos, en segundo lugar, que *muchos hacen un mal uso de los privilegios y misericordias que reciben de Dios*. Se nos habla en la parábola de un hombre que "cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor". Ese hombre representa a una gran parte de la Humanidad.

Escondemos nuestro talento cuando desechamos las oportunidades de dar gloria a Dios que se nos presentan. El hombre bautizado que desprecia la Biblia, el que descuida la oración y el que quebranta el día de reposo; el hombre incrédulo, el carnal y el mundano; el hombre frívolo, el irreflexivo y el que solo busca su propio placer; el hombre que ama su dinero, el codicioso y el que se entrega a excesos; todos, todos ellos son iguales: son personas que entierran el dinero de su Señor en la tierra. Todos ellos tienen luz que no utilizan; todos ellos podrían ser mejores de lo que son. Pero todos le roban a diario a Dios, pues Él les ha dado en préstamo muchas cosas y ellos no le devuelven nada. Las palabras de Daniel al rey Belsasar se pueden aplicar perfectamente a toda persona inconversa: "Al Dios que tiene en su mano tu propio aliento y es dueño de todos tus caminos, no has glorificado" (Daniel 5:23 LBLA).

Aprendemos, en tercer lugar, que *todos los que profesan ser cristianos habrán de rendir cuentas a Dios un día*. La parábola nos dice que "después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos".

A todos nos espera un Juicio. Si no fuera así, nada de lo que dice la Biblia tendría sentido; negarlo no es sino tergiversar la Escritura. Nos espera un juicio conforme a nuestras obras, cierto, estricto e inevitable. Ya seamos de posición social elevada o baja, ricos o pobres, cultos o incultos, todos tendremos que comparecer ante el tribunal de Dios y recibir nuestra sentencia para la eternidad. No habrá escapatoria posible; no habrá donde esconderse. Al final habremos de encontrarnos con Dios cara a cara. Tendremos que rendir cuentas de cada uno de los privilegios que se nos concedieron, y de cada rayo de luz que tuvimos; hallaremos que se nos tratará como a criaturas responsables, y que a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará. Acordémonos de esto cada día de nuestras vidas, y examinémonos a nosotros mismos, para que no seamos condenados por el Señor (cf. 1 Corintios 11:31–32).

Aprendemos, en cuarto lugar, que *los verdaderos cristianos recibirán una abundante recompensa en aquel gran día en que se arreglen las cuentas*. La parábola nos dice que a los siervos que habían utilizado bien el dinero de su señor, se los elogió llamándolos "buenos" y "fieles" y se les dijo que entraran "en el gozo de su señor".

Estas palabras rebosan consuelo para todos los creyentes, y bien puede ocurrir que nos llenen de asombro y sorpresa. Aun el mejor de los cristianos es una pobre y débil criatura que necesita la sangre expiatoria todos los días de su vida; pero aun el más bajo y humilde de los creyentes descubrirá un día que se le habrá considerado uno de los siervos de Cristo, y que su trabajo en el Señor no habrá sido en vano. Comprobará, para su asombro, que los ojos de su Señor vieron más

hermosura en sus esfuerzos por agradarle de lo que él mismo apreció jamás; descubrirá que todas y cada una de las horas invertidas en el servicio a Cristo, y todas y cada una de las palabras dichas por su causa, se han escrito en un "libro de memoria" (Malaquías 3:16). Que los creyentes recuerden esto y cobren ánimo. Puede que la cruz sea pesada ahora, pero la gloriosa recompensa lo compensará todo. Como bien dice Leighton: "Aquí entran en nosotros algunas gotas de gozo, pero allí seremos nosotros los que entraremos en el gozo".

Aprendemos, por último, que *todos los miembros de la Iglesia de Cristo que no hayan dado fruto serán condenados y desechados en el día del Juicio*. La parábola nos dice que al siervo que enterró el dinero de su señor se le recordó que "sabía" cómo era el carácter de su señor, y lo que este esperaba de él, así que no tenía excusa; nos dice que se le condenó por "malo", "negligente" e "inútil", y se le echó a "las tinieblas de afuera". A continuación, nuestro Señor añade las solemnes palabras: "Allí será el lloro y el crujir de dientes".

En el día final, un cristiano que en realidad no se haya convertido no tendrá ninguna excusa. Las razones por que ahora finge estar justificado serán vanas e inútiles: el Juez de toda la Tierra hará lo que es justo; la perdición del alma condenada será por su propia culpa. Esas palabras de nuestro Señor —"Sabías […]"— deberían resonar con fuerza en los oídos de muchos hombres y penetrarles hasta el corazón. Miles de personas viven, en este mismo día, "sin Cristo" y sin convertirse, ¡y, sin embargo, fingen no poder remediarlo! Y todo este tiempo "*saben*", en sus conciencias, que son culpables. Entierran su talento, y no hacen todo lo que pueden. ¡Dichosos aquellos que descubren esto a tiempo! Todo se revelará en el día final.

Dejemos esta parábola con la solemne resolución, por la gracia de Dios, de no conformarnos nunca profesando la fe cristiana sin practicarla. No *hablemos* de religión solamente: actuemos; no *sintamos* la importancia de la religión solamente: hagamos algo. No se nos dice que el siervo inútil fuera un asesino, ni un ladrón, ni siquiera que hubiera malgastado el dinero de su señor, sino que *no hizo nada*, ¡y esto supuso su perdición! Guardémonos de ser cristianos que no hacen nada; tal cristianismo no procede del Espíritu de Dios. "No hacer mal —dice Baxter— es el elogio de una piedra, no de un hombre".

Mateo 25:31–46

Nuestro Señor Jesucristo describe en estos versículos el día del Juicio y algunas de las cosas más importantes que acontecerán. Pocos pasajes en toda la Biblia son tan solemnes y penetrantes como este. Ojalá que lo leamos con la profunda y seria atención que merece.

Advirtamos, en primer lugar, *quién será el Juez en el día final*. Leemos que será "el Hijo del Hombre": el mismísimo Jesucristo.

Aquel Jesús que nació en un pesebre en Belén, y tomó para sí forma de siervo; que fue despreciado y desechado entre los hombres, y en muchas ocasiones no tuvo dónde recostar su cabeza; que fue

condenado por los príncipes de este mundo, golpeado, azotado y clavado en la Cruz; aquel mismo Jesús juzgará al mundo cuando venga en su gloria. A Él le ha dado el Padre todo el Juicio (Juan 5:22). A Él se doblará al final toda rodilla, y toda lengua confesará que Él es el Señor (Filipenses 2:10–11).

Que los creyentes piensen en esto, y tengan consuelo. Aquel que se sentará en el trono en aquel "día grande y terrible" (Malaquías 4:5) es su Salvador, su Pastor, su Sumo Sacerdote, su Hermano mayor, su Amigo. Cuando le vean, no tendrán por qué alarmarse.

Que los inconversos piensen en esto, y teman. Su Juez será ese mismo Cristo cuyo Evangelio desprecian ahora, y cuyas invitaciones de gracia se niegan a escuchar. ¡Qué grande será su perturbación en el día final, si continúan en su incredulidad y mueren en sus pecados! Que cualquier otro los condenara en el día del Juicio sería ya de por sí terrible, pero ser condenados por Aquel que deseaba salvarlos será más que terrible. Con razón dice el salmista: "Honrad al Hijo, para que no se enoje" (Salmo 2:12).

Advirtamos, en segundo lugar, *quién será juzgado en el día final*. Leemos que delante de Cristo "serán reunidas todas las naciones".

Todas las personas que han vivido a todo lo largo de la Historia rendirán cuentas de sí mismas un día, ante el tribunal de Cristo; todas habrán de obedecer la citación del gran Rey y presentarse ante Él para recibir sus sentencias. Aquellos que no quisieron adorar a Cristo en la Tierra se encontrarán con que forzosamente tienen que acudir a su gran proceso, cuando regrese para juzgar al mundo.

A todos los que sean juzgados se los dividirá en dos grandes grupos. Ya no habrá distinciones entre reyes y súbditos, señores y siervos, disidentes y miembros de la Iglesia oficial; no contarán para nada las posiciones sociales ni las denominaciones, pues las cosas viejas ya habrán pasado. Si hay gracia o si no la hay; si se ha producido una conversión o si no; si se ha tenido fe o no; esta será la única distinción en el día final. Todos los que sean hallados "en Cristo" serán puestos entre las ovejas "a su derecha"; todos los que no sean hallados "en Cristo" serán puestos entre los cabritos "a su izquierda". Como bien dice Sherlock: "Nuestras separaciones no nos servirán de nada, a menos que procuremos pertenecer al conjunto de las ovejas de Cristo cuando venga a hacer el Juicio".

Advirtamos, en tercer lugar, *cómo se hará el Juicio en el día final*. Leemos aquí varios detalles sobresalientes, a este respecto; veamos cuáles son.

El Juicio Final será un juicio basado en la evidencia. Las obras de los hombres serán los testigos a los que se llamará a prestar declaración, y en particular sus obras caritativas. La cuestión a determinar no será simplemente lo que dijimos, sino lo que hicimos; no simplemente lo que profesamos, sino lo que practicamos. Nuestras obras, por supuesto, no nos justificarán: somos justificados "por fe sin las obras de la Ley" (Romanos 3:28); pero la autenticidad de nuestra fe será probada por nuestras vidas. La fe, por sí misma, si no tiene obras, es una fe muerta (Santiago 2:17).

El Juicio Final será un juicio que traerá consigo gozo para todos los verdaderos creyentes. Escucharán esas preciosas palabras: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino"; su Señor los reclamará como suyos y los confesará delante de su Padre y de los santos ángeles; descubrirán que el pago que Él da a sus siervos fieles es nada menos

que “un reino”. ¡Aun el más bajo, humilde y pobre de la familia de Dios recibirá una corona de gloria, y será un rey!

El Juicio Final será un juicio que traerá consigo perturbación para todos los inconversos. Escucharán esas terribles palabras: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno”; la gran Cabeza de la Iglesia revelará que no son suyos delante de la congregación de todo el mundo; descubrirán que puesto que “sembraron para su carne, de la carne habrán de segar corrupción” (Gálatas 6:8). No quisieron escuchar a Cristo, cuando les dijo: “Venid a mí, y yo os haré descansar”, así que tendrán que oírle decir: “Apartaos de mí, al fuego eterno”; no quisieron cargar con su Cruz, así que no podrán tener un lugar en su Reino.

El Juicio Final será un juicio que sacará a la luz el carácter tanto de los perdidos como de los salvos. Los que estén a su mano derecha, las ovejas de Cristo, seguirán estando revestidos de humildad (cf. 1 Pedro 5:5); se maravillarán al ver aun una de sus obras declarada públicamente y elogiada. Los que estén a su mano izquierda, los que no pertenecen a Cristo, seguirán estando ciegos y confiados en su propia justicia. No serán conscientes de haber desechado a Cristo: “Señor —le dirán—, ¿cuándo te vimos, y no te servimos?”. Que este pensamiento llegue bien hondo en nuestros corazones. El carácter que se posea en la Tierra será una posesión eterna en el mundo venidero: los hombres resucitarán con el mismo corazón con el que mueran.

Advirtamos, en último lugar, *cuál será la conclusión del día del Juicio*. Esa conclusión se nos explica con palabras que nunca deberíamos olvidar: “[Los impíos] irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna”.

El estado en que se entra después del Juicio es inmutable y eterno. La amargura de los condenados y la dicha de los salvos son, tanto una como otra, perpetuas. Que nadie nos engañe en cuanto a esto; se ha revelado claramente en la Escritura: la eternidad de Dios, y la del Cielo y la del Infierno, tienen una misma base. Tan cierto como que Dios es eterno: así de cierto es que el Cielo es un día infinito, sin noche, y el Infierno una noche infinita, sin día.

¿Quién podrá describir la bienaventuranza de la vida eterna? La capacidad humana no la puede concebir; solo se puede medir mediante contrastes y comparaciones. Un descanso eterno, tras épocas de guerra y conflictos; la compañía eterna de los santos, tras la batalla contra un mundo perverso; un cuerpo eternamente glorioso y libre de dolor, tras la lucha con la debilidad y la enfermedad; una visión eterna de Jesús, cara a cara, tras solo haber oído y creído; todas estas cosas supondrán una verdadera bienaventuranza. Y aún no sabemos ni la mitad de lo que será.

¿Quién podrá describir la amargura del castigo eterno? Es algo absolutamente indescriptible e inconcebible. El dolor eterno del cuerpo; el eterno aguijón de la acusación de la conciencia; la eterna convivencia de los impíos con el diablo y sus ángeles; el eterno recuerdo de oportunidades desaprovechadas y de haber despreciado a Cristo; la perspectiva eterna de un futuro sin consuelo y sin esperanza; todas estas cosas supondrán ciertamente una gran amargura. Son suficientes para hacer que nos zumben los oídos y se nos hiele la sangre, y aun así esta descripción no es nada comparada con la realidad.

Dejemos estos versículos examinándonos a nosotros mismos seriamente. Preguntémonos a qué lado de Cristo es más probable que

nos encontremos en el día final. ¿Estaremos a su derecha o a su izquierda? Dichoso aquel que no descansa hasta que puede dar una respuesta satisfactoria a esta pregunta.

Mateo 26:1–13

Nos acercamos a la escena final del ministerio terrenal de nuestro Señor Jesucristo. Hasta ahora hemos leído el relato de sus discursos y sus actos; muy pronto leeremos el relato de sus sufrimientos y muerte. Hasta ahora le hemos visto como el gran Profeta; muy pronto le veremos como el gran Sumo Sacerdote.

Esta es una parte de la Escritura que debería leerse con especial reverencia y atención. El lugar en que nos encontramos es tierra santa. Aquí vemos cómo la simiente de la mujer hirió a la serpiente en la cabeza; aquí vemos el Gran Sacrificio al que todos los sacrificios del Antiguo Testamento señalaban desde hacía mucho tiempo; aquí vemos cómo se derramó la sangre que "limpia de todo pecado" y se dio muerte al Cordero que "quita el pecado del mundo" (1 Juan 1:7; Juan 1:29). En la muerte de Cristo vemos la revelación del gran misterio: cómo Dios puede ser justo, y al mismo tiempo justificar a los impíos. No es de extrañar que los cuatro Evangelios contengan una descripción detallada de este maravilloso acontecimiento. En otros momentos de la historia de nuestro Señor, a veces encontramos que lo que un Evangelista dice, los otros tres no lo mencionan; pero cuando llegamos a la crucifixión, encontramos que los cuatro la describen minuciosamente.

Concentrándonos en estos versículos que acabamos de leer, observemos en primer lugar *con cuánto cuidado dirige nuestro Señor la atención de sus discípulos al asunto de su muerte*. Les dijo: "Sabéis que dentro de dos días se celebra la pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado".

La relación existente entre estas palabras y el capítulo que las precede es inmensa. Nuestro Señor acababa de hablar acerca de su Segunda Venida en poder y gloria, al final del mundo; acababa de describir el Juicio Final, y todas las cosas terribles que lo acompañarían; acababa de referirse a sí mismo como el Juez, ante cuyo trono serían reunidas todas las naciones; entonces, acto seguido, sin pausa ni intervalo, pasa a hablar de su crucifixión. Mientras las maravillosas predicciones de su gloria final aún resonaban en los oídos de sus discípulos, les habla una vez más de sus inminentes sufrimientos; les recuerda que debe morir como sacrificio por el pecado antes de empezar a reinar como Rey; que debe llevar a cabo la expiación en la Cruz antes de ponerse su corona.

No podemos darle demasiada importancia a la muerte expiatoria de Cristo; es el hecho primordial de los contenidos en la Palabra de Dios, en el que los ojos de nuestra alma debieran estar siempre fijos. Sin el derramamiento de su sangre, no hay remisión del pecado. Es la verdad fundamental del cristianismo y el eje en el que todo su sistema gira.

Sin ella, el Evangelio es un arco sin piedra angular, un edificio hermoso pero sin cimiento, un sistema solar sin Sol. Hemos de considerar importante la encarnación de nuestro Señor, así como su ejemplo, sus milagros y sus parábolas, sus obras y sus palabras; pero hay algo que debemos considerar más importante que todas esas cosas: su muerte. Gocémonos en la esperanza de su Segunda Venida personal y su Reino milenario, pero no pensemos más en otra cosa, ni aun en estas verdades tan gloriosas, que en la expiación de la Cruz. Después de todo, esta es la verdad esencial de la Escritura: que "Cristo murió por nuestros pecados". Volvamos a meditar en esto día tras día; hagamos de esto el alimento diario de nuestras almas. Puede que algunos, como los griegos de antaño, se rían de esta doctrina, llamándola "locura", pero no nos avergoncemos nunca de decir, como Pablo: "Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo" (Gálatas 6:14).

Observemos, en segundo lugar, en estos versículos, *cómo le agrada a Cristo honrar a aquellos que le honran*.

Se nos dice que mientras estaba "en casa de Simón el leproso", llegó una mujer y derramó sobre su cabeza un perfume de gran precio, estando Él sentado a la mesa. Esto lo hizo, sin duda, como un gesto de reverencia y amor: había recibido de Él un beneficio para su alma, así que pensó que ninguna muestra de honor que pudiera darle a cambio era demasiado costosa. Pero este acto suscitó la desaprobación de algunos de los que lo presenciaron; dijeron que fue un "desperdicio", y que habría sido mejor vender el perfume y dar el dinero a los pobres. Nuestro Señor reprende inmediatamente a tan insensibles criticones. Les dice que la mujer "ha hecho una buena obra", y que Él la acepta y aprueba; entonces añade una sorprendente predicción: "Dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella".

En este pequeño incidente podemos ver con qué precisión conocía nuestro Señor las cosas que habían de suceder, y lo fácil que le resulta conceder un honor. Esta profecía que hizo acerca de aquella mujer se cumple a diario ante nuestros ojos: en todo lugar donde se lee el Evangelio de S. Mateo, lo que ella hizo se da a conocer. Muchos de los hechos y títulos de reyes, emperadores y generales están tan completamente olvidados como si hubieran sido escritos en arena, pero el acto de gratitud de una humilde mujer cristiana se ha escrito en más de 150 idiomas (*) y es conocido en todo el mundo. El elogio del hombre no dura más que unos pocos días; el elogio de Cristo permanece para siempre. El camino que conduce a la honra duradera es honrar a Cristo.

Por último, pero no por ello menos importante, vemos en este incidente un glorioso adelanto de cosas que habrán de ocurrir en el día del Juicio. En aquel gran día se descubrirá que ningún honor que se le haya hecho a Cristo en esta vida habrá caído en el olvido. Ni los discursos de oradores parlamentarios, ni las hazañas de hombres de guerra, ni las obras de poetas y pintores, recibirán mención alguna en aquel día; pero el acto más pequeño que la mujer cristiana más débil haya hecho por Cristo, o por sus miembros, será hallado entre las páginas de un libro de memoria eterna. No faltará en ellas ninguna palabra ni ningún gesto de amabilidad, ni ningún "vaso de agua fría", ni ningún "vaso de alabastro de perfume". Puede que aquella mujer no poseyera oro ni plata; puede que no tuviera una cierta posición social,

ni poder, ni influencia; pero si amaba a Cristo, y confesaba a Cristo, y se esforzaba por Cristo, su memoria será hallada en lo alto, y recibirá su elogio delante de la congregación de todo el universo.

¿Sabemos lo que es esforzarse por Cristo? Si es así, cobremos ánimo y sigamos esforzándonos. ¿Qué mejor motivo de ánimo podemos desear que el que vemos aquí? Puede que el mundo se ría y se burle de nosotros; puede que nuestras razones sean malinterpretadas; puede que se difame nuestro comportamiento; puede que a nuestros sacrificios por Cristo los llamen "desperdicio": que digan que desperdiciamos nuestro tiempo, nuestro dinero o nuestras fuerzas. No dejemos que nada de esto nos afecte. El ojo de Aquel que se sentó en casa de Simón en Betania está sobre nosotros; se fija en todo lo que hacemos, y en ello tiene complacencia. Estemos "firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que [nuestro] trabajo en el Señor no es en vano" (1 Corintios 15:58).

Mateo 26:14–25

Leemos, al comienzo de este pasaje, cómo nuestro Señor Jesucristo fue entregado en manos de sus enemigos mortales. Los sacerdotes y los escribas, a pesar de su afán por darle muerte, no sabían cómo llevar a cabo su propósito por miedo a que hubiera un alboroto entre el pueblo; justo en ese momento se les ofreció un instrumento ideal para ejecutar sus planes, en la persona de Judas Iscariote. Aquel falso apóstol se comprometió a entregar a su Maestro en sus manos a cambio de treinta piezas de plata.

Hay pocas páginas negras en toda la Historia que lo hayan sido tanto como las que describen el carácter y la conducta de Judas Iscariote; no existe una evidencia tan terrible de la maldad humana. Uno de nuestros poetas ha dicho que "peor que los colmillos de una serpiente es el hijo ingrato"; ¿pero qué se podrá decir de un discípulo que traicionaría a su propio Maestro, de un apóstol que vendería a Cristo? Este fue, sin duda, uno de los tragos más amargos de la copa de sufrimiento que bebió nuestro Señor.

Aprendamos, en primer lugar, de estos versículos, que *un hombre puede disfrutar de grandes privilegios, y hacer una gran profesión de fe* y, sin embargo, *su corazón puede seguir todo el tiempo sin estar reconciliado con Dios*.

Judas Iscariote tuvo los mayores privilegios religiosos posibles. Fue escogido como apóstol y compañero de Cristo; fue testigo de los milagros de nuestro Señor, y escuchó sus sermones; vio lo que Abraham y Moisés no vieron, y oyó lo que David e Isaías no oyeron; vivió en la compañía de los once apóstoles; fue un colaborador de Pedro, Santiago y Juan; pero aun con todo esto, su corazón nunca cambió. Se aferró a un pecado que le era especialmente deleitoso.

Judas Iscariote hizo una digna profesión religiosa; no había nada que fuera incorrecto, inapropiado o impropio en su conducta externa. Al igual que los otros apóstoles, parecía creer y haberlo dejado todo por

Cristo; como ellos, fue enviado a predicar y a hacer milagros. Ninguno de los once pareció sospechar que fuera un hipócrita. Cuando nuestro Señor dijo: “Uno de vosotros me va a entregar”, nadie dijo: “¿Será Judas?”. Todo aquel tiempo su corazón siguió sin cambiar.

Debemos fijarnos bien en estas cosas; son una profunda lección de humildad y de instrucción. Como la mujer de Lot, Judas ha de ser un faro para toda la Iglesia. Pensemos mucho en él, y cuando lo hagamos, digamos: “Examíname, oh Señor, y prueba mi corazón, y ve si hay en mí camino de perversidad”. Tengamos la determinación, por la gracia de Dios, de no conformarnos nunca con nada que no sea una conversión de corazón profunda y completa.

Aprendamos, en segundo lugar, de estos versículos, que *el amor al dinero es uno de los mayores peligros para el alma de un hombre*. No es posible imaginar una prueba más clara de esto que el caso de Judas. Esa despreciable pregunta —“¿Qué me queréis dar?”— revela el pecado secreto que fue su perdición. Había dejado muchas cosas por Cristo, pero no su codicia.

Las palabras del apóstol Pablo deberían resonar a menudo en nuestros oídos: “Raíz de todos los males es el amor al dinero” (1 Timoteo 6:10). La historia de la Iglesia está repleta de ejemplos de esta verdad. Por dinero, José fue vendido por sus hermanos; por dinero, Sansón fue entregado a los filisteos; por dinero, Giezi engañó a Naamán y le mintió a Eliseo; por dinero, Ananías y Safira intentaron engañar a Pedro; por dinero, el Hijo de Dios fue entregado en manos de hombres impíos. Parece ciertamente asombroso que se pueda desear tanto la causa de tanto mal.

Guardémonos todos bien del amor al dinero. Tal amor abunda en el mundo de hoy; es una peste muy extendida. Miles de personas que aborrecerían la sola idea de adorar a un dios que exigiera de ellos una entrega absoluta no se avergüenzan, sin embargo, de hacer del dinero un ídolo. Cualquiera puede ser víctima del contagio, desde el menor hasta el mayor. Es posible amar el dinero sin tenerlo, igual que se puede tener dinero y no amarlo: es un mal que actúa de forma engañosa, y nos lleva cautivos antes de que podamos darnos cuenta de que nos ha encadenado. Si se le permite tomar el mando siquiera un momento, endurecerá, paralizará, cauterizará, congelará, secará y marchitará nuestras almas. Fue la causa de la caída de un apóstol de Cristo; asegurémonos de que no lo es de la nuestra. Una grieta puede hundir un barco; un pecado no mortificado puede ser la perdición de un alma.

Deberíamos recordar con frecuencia esas solemnes palabras: “¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?”; “Nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar”. Esta debiera ser nuestra oración diaria: “No me des pobreza ni riquezas; manténme del pan necesario” (Proverbios 30:8). Nuestro continuo objetivo tendría que ser tener riquezas de gracia. Quienes “*quieren* enriquecerse” de posesiones materiales suelen terminar descubriendo que tomaron la peor de las decisiones (1 Timoteo 6:9). Como Esaú, han cambiado su destino eterno por un pequeño placer transitorio. Como Judas Iscariote, se han vendido a sí mismos a la perdición perpetua.

Aprendamos, por último, de estos versículos, *la situación irreparable de todos los que mueren sin haberse convertido*. Las palabras de nuestro Señor a este respecto son particularmente

solemnes; refiriéndose a Judas, dice: “Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido”.

Esa frase solo admite una interpretación. Enseña claramente que es mejor no haber vivido jamás, que vivir sin fe y morir sin misericordia. Morir en tal estado es estar perdido para siempre; es una caída de la que ya nadie se puede levantar; es una pérdida totalmente irrecuperable. En el Infierno no hay posibilidades de cambio: el abismo que separa al Cielo del Infierno no lo puede atravesar ningún hombre.

Esa frase no se habría utilizado si hubiera algo de verdad en la doctrina de la salvación universal. Si fuera cierto que antes o después todo el mundo llegará al Cielo, y que tarde o temprano el Infierno se quedará vacío, no se podría afirmar que habría sido mejor para un hombre “no haber nacido”. El Infierno no sería un lugar terrible si tuviera fin; se podría soportar pasar por él, si después de millones de años hubiera una esperanza de libertad y de acceder al Cielo. Pero la salvación universal no tiene cabida en la Escritura: la enseñanza de la Palabra de Dios sobre esta cuestión es clara y explícita. Hay un gusano que nunca muere, y un fuego que nunca se apaga (Marcos 9:44). “El que no naciere de nuevo”, un día deseará no haber nacido en absoluto. “Es mejor —dice Burkitt— no existir, que no tener una existencia en Cristo”.

Aferrémonos con fuerza a esta verdad, y no la soltemos. Siempre habrá alguien que negará la realidad y la eternidad del Infierno. Vivimos en una época en que una morbosa caridad lleva a muchos a exagerar la misericordia de Dios, a costa de su justicia, y en que falsos maestros se atreven a decir que hay un “amor de Dios que baja aun al nivel del Infierno”. Opongámonos a esa enseñanza con un celo santo, y mantengámonos firmes sobre la doctrina de la Sagrada Escritura; que no nos avergüence caminar por las “sendas antiguas”, y creer que hay un Dios eterno, un Cielo eterno y un Infierno eterno. Si nos apartamos siquiera un momento de esta creencia, estaremos abriendo la puerta al escepticismo, y puede que terminemos negando la mismísima doctrina del Evangelio. Podemos estar seguros de que no hay un puente que una a la creencia en la eternidad del Infierno con lo que no es sino pura infidelidad.

Mateo 26:26–35

Estos versículos describen la institución del sacramento de la Cena del Señor. Nuestro Señor era bien consciente de las cosas que habían de suceder, y en su misericordia escogió la última tarde tranquila que podría tener antes de su crucifixión como ocasión en la que hacerle un regalo de despedida a su Iglesia. ¡Cuánto debieron de agradecer este mandato sus discípulos más adelante, cuando recordaran lo que sucedió aquella noche! ¡Qué trágico pensar que ningún otro mandato ha suscitado tan feroces controversias, ni ha sido tan gravemente malinterpretado, como el de la Cena del Señor! Tendría que haber unido a la Iglesia, pero nuestros pecados lo han hecho una causa de

división. Aquello que debería haber sido para nuestro bien se ha transformado, con lamentable frecuencia, en una ocasión de caer.

Lo primero que exige nuestra atención en estos versículos es *el auténtico significado de las palabras de nuestro Señor "Esto es mi cuerpo" y "Esto es mi sangre"*.

No hace falta decir que este asunto ha dividido a la Iglesia visible de Cristo. Ha sido la causa de que se hayan escrito muchos volúmenes de teología muy polémica; pero no debemos abstenernos de tener una opinión firme sobre el asunto porque los teólogos hayan discutido y disentido en cuanto a él. La ausencia de una opinión sólida a este respecto ha dado lugar a la aparición de muchas supersticiones deplorables.

El significado básico de las palabras de nuestro Señor parece ser este: "Este pan *representa* mi cuerpo. Este vino *representa* mi sangre". Nuestro Señor no estaba afirmando que el pan que les estaba ofreciendo a sus discípulos *era* de veras, literalmente, su cuerpo; tampoco estaba afirmando que el vino que les estaba ofreciendo a sus discípulos *era* de veras, literalmente, su sangre. Aferrémonos con firmeza a esta interpretación; hay varias razones muy serias que la respaldan.

La conducta de los discípulos durante la Cena del Señor nos obliga a desechar la creencia de que el pan que recibieron fuera el cuerpo de Cristo, y que el vino que recibieron fuera la sangre de Cristo. Todos ellos eran judíos, y se les había enseñado desde su niñez a creer que era pecado comer carne junto con su sangre (Deuteronomio 12:23–25); sin embargo, no hay nada en la narrativa que indique que las palabras de nuestro Señor les sorprendieran. Es evidente que no percibieron ningún cambio en el pan ni en el vino.

Nuestros sentidos mismos, en este tiempo presente, nos obligan a desechar la creencia de que haya cambio alguno en el pan o el vino en la Cena del Señor; nuestro propio sentido del gusto nos dice que son verdadera y literalmente lo que parecen ser. La Biblia nos pide a veces que creamos cosas que sobrepasan nuestra razón, pero nunca nos ordena que creamos nada que contradiga a nuestros sentidos.

La verdad de la doctrina referente a la naturaleza humana de nuestro Señor nos obliga a desechar la creencia de que el pan de la Cena del Señor pueda ser su cuerpo, o que el vino pueda ser su sangre: "el cuerpo físico de Cristo no puede estar en más de un lugar al mismo tiempo" (*). Si era posible que el cuerpo de nuestro Señor estuviera sentado a la mesa y al mismo tiempo fuera comido por los discípulos, se deduce clarísimamente que no era un cuerpo humano como el nuestro. Pero esto no lo debemos aceptar ni por un instante. La gloria del cristianismo es que nuestro Redentor es un hombre de manera perfecta así como también es Dios de manera perfecta.

Por último, el tono mismo del lenguaje con el que nuestro Señor habló durante la Cena del Señor hace que sea totalmente innecesario interpretar sus palabras literalmente. La Biblia está llena de expresiones parecidas, a las que a nadie se le ocurre dar otro significado que no sea figurado. Nuestro Señor se describe a sí mismo como "la puerta" o "la vid", y sabemos que cuando habla así, está utilizando símbolos y figuras; no hay, por consiguiente, incoherencia en la suposición de que utilizó un lenguaje *figurado* cuando instituyó la Cena del Señor. Y tanto mayor es nuestro derecho a afirmar esto cuando recordamos las serias objeciones que se oponen a la idea de

una interpretación literal de sus palabras.

Guardemos estas cosas en nuestras mentes, y no las olvidemos. En estos tiempos de abundantes herejías es bueno estar bien armado. Las opiniones ignorantes y confusas en cuanto al significado del lenguaje de la Escritura son una de las mayores causas de error en materia de religión.

La segunda cosa que exige nuestra atención en estos versículos es *el propósito y el motivo por los que se instituyó la Cena del Señor*.

Esta es otra cuestión sobre la que prevalecen grandes tinieblas. El sacramento de la Cena del Señor ha sido considerado algo misterioso e incomprensible; el lenguaje impreciso y altisonante por el que muchos autores se han dejado llevar al tratar este asunto ha hecho un daño enorme al cristianismo; pero lo cierto es que en el relato de su institución no hay nada que justifique semejante lenguaje. Cuanto más sencilla sea nuestra opinión acerca de su propósito, más probable será que sea bíblica.

La Cena del Señor no es un sacrificio. No hay ninguna oblación en ella, ni ninguna ofrenda, aparte de la de nuestras oraciones, alabanza y acción de gracias. Desde el día en que Jesús murió, no hicieron falta más ofrendas por el pecado: con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados (Hebreos 10:14). Tanto los sacerdotes como los altares y los sacrificios dejaron de ser necesarios cuando el Cordero de Dios se entregó a sí mismo como ofrenda. La función de aquellas cosas llegó a su fin; su utilidad había finalizado.

La Cena del Señor no tiene poder para beneficiar de ningún modo a aquellos que asisten a ella, si no lo hacen con fe. El mero acto externo de comer el pan y beber el vino es absolutamente inútil a menos que se haga con un corazón que sabe lo que hace. Es un sacramento eminentemente dirigido a las almas vivas, no a las muertas; a las personas convertidas, no a las inconversas.

La Cena del Señor fue establecida para que se recordase continuamente el sacrificio de la muerte de Cristo, hasta que Él vuelva. Los beneficios que concede son de tipo espiritual, no físico; su efecto ha de buscarse en nuestro hombre interior. Su propósito era recordarnos, mediante los símbolos visibles y tangibles del pan y el vino, que la ofrenda del cuerpo y la sangre de Cristo por nosotros en la Cruz es la única expiación posible por el pecado, y la vida del alma de un creyente; su objetivo era facilitar que nuestra pobre y débil fe tuviera una comunión más íntima con nuestro Salvador crucificado, y ayudarnos a nutrirnos espiritualmente del cuerpo y la sangre de Cristo. Es un sacramento para pecadores redimidos, no para ángeles no caídos. Al recibirlo estamos declarando públicamente nuestro sentimiento de culpa y nuestra necesidad de un Salvador; nuestra confianza en Jesús y nuestro amor por Él; nuestro deseo de vivir en Él y nuestra esperanza de vivir con Él. Participando de este sacramento con tal actitud, hallaremos que nuestro arrepentimiento se hará más profundo, nuestra fe crecerá y nuestra esperanza brillará con más fuerza; que nuestro amor aumentará, nuestros mayores pecados se debilitarán y nuestras virtudes se fortalecerán. Nos acercará más a Cristo.

Tengamos siempre presentes estas cosas; es necesario recordarlas en estos últimos días. En ninguna otra parte de nuestra fe tenemos tanta propensión a la tergiversación y la malinterpretación como en la que incumbe a nuestros sentidos. Todo aquello que podemos tocar con

nuestras manos, y ver con nuestro ojos, tendemos a exaltarlo haciendo de ello un ídolo, o a esperar un beneficio de ello como si no fuera más que un amuleto; guardémonos de tal tendencia muy especialmente en lo que se refiere a la Cena del Señor. Ante todo, "tengamos cuidado —como dice la Homilía de la Iglesia de Inglaterra— de no convertir el recuerdo en un sacrificio".

La última cosa que merece una breve mención en este pasaje es *el carácter de los primeros comulgantes*. Esta cuestión rebosa consuelo e instrucción.

El pequeño grupo de personas a quienes se administró por primera vez el pan y el vino, de la mano de nuestro Señor, lo componían los Apóstoles que Él había escogido para que le acompañaran durante su ministerio terrenal. Eran hombres pobres e iletrados, que amaban a Cristo pero que eran muy débiles tanto en fe como en conocimiento; solo entendían una pequeña parte del significado de las palabras y actos de su Maestro; solo comprendían en parte lo frágiles que eran sus propios corazones. Creían estar preparados para morir junto a Jesús y, sin embargo, aquella misma noche todos lo abandonaron y huyeron. Nuestro Señor sabía todo esto perfectamente bien; el estado de sus corazones no le era oculto; ¡y, sin embargo, no les impidió que tomaran la Cena del Señor!

Hay algo muy instructivo en esta circunstancia. Nos enseña claramente que no debemos exigir un gran conocimiento, ni una gran piedad, como requisito indispensable de los comulgantes. Puede que un hombre no sepa mucho, y que sus fuerzas espirituales no sean mayores que las de un niño, pero no por ello se le habrá de excluir de la Cena del Señor. ¿Es verdaderamente consciente de su pecado? ¿Ama de veras a Cristo? ¿Desea de veras servirle? Si es así, debemos animarlo y aceptarlo entre nosotros. Está claro que tenemos que hacer todo lo posible por excluir a quienes no sean dignos de ser comulgantes, pues nadie que no haya recibido misericordia debiera asistir a la Cena del Señor, pero hemos de tener cuidado de no rechazar a alguien a quien Cristo no haya rechazado. No es sabio ser más estricto que nuestro Señor y sus discípulos.

Dejemos el pasaje haciendo un serio examen de nuestras conciencias sobre nuestra propia conducta respecto a la Cena del Señor. ¿La rechazamos cuando se nos ofrece? Si lo hacemos, ¿cómo justificaremos nuestra actitud? No se puede aceptar que digamos que es un sacramento innecesario: decir tal cosa es "derramar menosprecio" sobre el mismísimo Cristo, y declarar nuestra desobediencia a Él. No se puede aceptar que digamos sentirnos indignos de participar en la Cena del Señor: decir tal cosa es afirmar que no estamos preparados para morir, ni para encontrarnos con Dios. Estas son consideraciones muy solemnes; todas las personas que no comulguen deberían meditarlas bien.

¿Somos de los que sí participan en la Cena del Señor? En ese caso, ¿con qué actitud lo hacemos? ¿Asistimos con recapacitación, con humildad y con fe? ¿Entendemos lo que estamos haciendo? ¿Somos de veras conscientes de nuestro pecado y de nuestra necesidad de Cristo? ¿Deseamos de veras vivir una vida cristiana, además de profesar la fe cristiana? ¡Dichosa aquella alma que puede dar una respuesta afirmativa a estas preguntas! Que siga adelante, y perseverará.

Mateo 26:36–46

Los versículos que acabamos de leer describen lo que normalmente se conoce como la angustia de Cristo en Getsemaní. Es un pasaje que sin duda alguna contiene cuestiones profundas y misteriosas. Deberíamos leerlo con reverencia y asombro, pues hay muchas cosas en él que no podemos comprender plenamente.

¿Por qué encontramos a nuestro Señor tan entristecido y angustiado, como aquí se le describe? ¿Qué hemos de entender cuando dice: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte”? ¿Por qué le vemos apartarse de sus discípulos, y postrarse sobre su rostro, y orar a su padre con grandes clamores, y repetir su oración tres veces? ¿Por qué está el todopoderoso Hijo de Dios, que había hecho tantos milagros, tan angustiado e inquieto? ¿Cómo es que Jesús, que había venido al mundo a morir, parece estar a punto de desmayar ante la inminencia de la muerte? ¿A qué se debe todo esto?

Solo hay una respuesta razonable a estas preguntas. El peso que agobiaba el alma de nuestro Señor no era el temor a la muerte, ni de la agonía de esta. Miles de personas han padecido los más agudos sufrimientos físicos y han muerto sin un solo quejido, y lo mismo, sin lugar a dudas, podría haber hecho nuestro Señor. Pero el verdadero peso que abrumaba el corazón de Jesús era el peso del pecado del mundo, el cual parece haberle oprimido en ese momento de forma particularmente fuerte; era la carga de nuestra culpa impuesta sobre Él, que en ese momento cayó sobre Él como sobre la cabeza de un macho cabrío expiatorio. La inmensidad de esa carga no la puede imaginar ningún corazón humano. Solamente lo puede entender Dios. Hace bien la Letanía griega cuando habla de los “inconcebibles sufrimientos de Cristo”. Scott probablemente lleva razón al decir, refiriéndose a esto, que “Cristo, en aquel momento, sufrió tanta amargura del mismo tipo que sufrirán los espíritus condenados como es posible que coexista con una conciencia pura, un amor perfecto a Dios y a los hombres y una absoluta confianza en la gloria del acontecimiento”.

Pero por muy misteriosa que nos pueda parecer esta parte de la historia de nuestro Señor, no debemos pasar por alto las preciosas lecciones de instrucción práctica que contiene. Pasemos ahora a ver cuáles son esas lecciones.

Aprendamos, en primer lugar, que *la oración es el mejor remedio práctico que podemos utilizar en momentos de dificultad*. Vemos que el propio Cristo oró cuando su alma estuvo afligida; todos los verdaderos cristianos deberían hacer lo mismo.

La aflicción es una copa que todos hemos de beber en este mundo de pecado: “como las chispas se levantan para volar por el aire, así el hombre nace para la aflicción” (Job 5:7); no podemos evitarla. De entre todas las criaturas, ninguna es tan vulnerable como el hombre: nuestros cuerpos, nuestras mentes, nuestras familias, nuestros trabajos y nuestros amigos son todos ellos puertas por las que puede entrar la aflicción. Ni aun los más grandes santos pueden declararse exentos: al igual que su Maestro, muchas veces son varones “de dolores”.

¿Pero qué es lo primero que debe hacerse en una época de aflicción? Tenemos que orar. Como Job, hemos de postrarnos y adorar

(Job 1:20); como Ezequías, hemos de extender nuestros problemas delante del Señor (2 Reyes 19:14). La primera persona a quien debemos acudir en busca de ayuda tiene que ser nuestro Dios. Debemos contarle a nuestro Padre celestial todas nuestras penas; debemos creer y confiar en que nada es demasiado trivial o insignificante para exponer ante Él, siempre que lo hagamos con una total sumisión a su voluntad. Uno de los rasgos distintivos de la fe es no callarse nada al hablar con nuestro mejor Amigo; haciendo esto, podemos estar seguros de que obtendremos una respuesta. “Si es posible”, y si lo que pedimos es para la gloria de Dios, será hecho; o bien se nos quitará el aguijón en la carne, o bien se nos dará gracia para soportarlo, como le ocurrió a S. Pablo (2 Corintios 12:9). Ojalá que todos recordemos esta lección para el día de necesidad. Hay un dicho muy cierto que es que “las oraciones son sanguijuelas de amor”.

Aprendamos, en segundo lugar, que *la total sumisión de nuestra voluntad a la voluntad de Dios tendría que ser uno de nuestros objetivos principales en este mundo*. Las palabras de nuestro Señor son un hermoso ejemplo de la actitud que debemos imitar a este respecto; dice: “No sea como yo quiero, sino como tú”; luego vuelve a decir: “Hágase tu voluntad”.

Una voluntad que no ha sido santificada y de la que no se tiene control es una de las mayores causas de infelicidad en esta vida; esto se ve aun en niños pequeños, pues nace al mismo tiempo que nosotros: a todos nos gusta hacer lo que queremos. Queremos y deseamos muchas cosas, y se nos olvida que ignoramos por completo lo que nos conviene y que somos incapaces de escoger por nosotros mismos. ¡Dichoso el hombre que ha aprendido a no tener “deseos” y a contentarse en toda situación! Es una lección que nos cuesta mucho aprender, y que, como S. Pablo, debemos aprender, no en la escuela del hombre mortal, sino en la de Cristo (Filipenses 4:11).

¿Queremos saber si hemos nacido de nuevo, y si estamos creciendo en gracia? Examinemos cómo somos en lo que respecta a nuestra voluntad. ¿Somos capaces de soportar las desilusiones? ¿Somos capaces de aguantar pacientemente pruebas y disgustos inesperados? ¿Somos capaces de ver cómo se frustran nuestros planes predilectos y los proyectos que más acariciamos sin murmurar y sin una sola queja? ¿Somos capaces de sentarnos y estarnos quietos, y sufrir en silencio, así como de ir de aquí para allá y trabajar enérgicamente? Estas son las cosas que demuestran si tenemos o no la mente de Cristo. No se debe olvidar nunca que los sentimientos agradables y las personalidades joviales no son las mejores pruebas de la presencia de la gracia en una persona; una voluntad mortificada es una posesión muchísimo más valiosa. Ni siquiera nuestro Señor pudo regocijarse todo el tiempo; pero siempre pudo decir: “Hágase tu voluntad”.

Aprendamos, por último, que *existe una gran debilidad aun en auténticos discípulos de Cristo, y que les hace falta velar y orar para guardarse de ella*. Vemos aquí a Pedro, Santiago y Juan, aquellos tres apóstoles escogidos, dormir cuando deberían haber estado velando y orando; y vemos cómo nuestro Señor se dirige a ellos con estas solemnes palabras: “Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil”.

Hay una naturaleza doble en todos los creyentes. Aunque están convertidos, renovados y santificados, siguen llevando consigo a todas partes una masa de corrupción interior, un cuerpo de pecado. A esto

se refiere S. Pablo, cuando dice: “Queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente” (Romanos 7:21–23). Esto lo confirma la experiencia de todos los verdaderos cristianos en todas las épocas. Descubren dentro de sí mismos dos principios contrarios, y una batalla constante entre ambos; a esos dos principios alude nuestro Señor, cuando se dirige a sus discípulos medio dormidos: a uno lo llama “carne”, y al otro, “espíritu”. Dice que “el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil”.

¿Pero pasa por alto nuestro Señor esta debilidad de sus discípulos? Lejos esté de nosotros siquiera pensarlo; quienes sacan tal conclusión no entienden lo que nuestro Señor quiso decir. Lo que Él hace es utilizar esa misma debilidad como argumento para defender la necesidad de velar y orar; nos enseña que el hecho mismo de que todo nuestro ser está afectado por la fragilidad debería animarnos continuamente a “velar y orar”.

Si somos personas que conocen la verdadera religión en lo más mínimo, no olvidemos nunca esta lección. Si deseamos caminar con Dios sin dificultad, y no caer, como hicieron David o Pedro, no olvidemos nunca velar y orar. Vivamos como hombres en territorio enemigo, y estemos siempre alerta; no podemos prestar demasiada atención a nuestro caminar; no podemos ser demasiado celosos de nuestras almas. El mundo está lleno de trampas; el diablo trabaja sin cesar: dejemos que las palabras de nuestro Señor resuenen en nuestros oídos cada día, como una trompeta. Puede que a veces nuestros espíritus estén muy dispuestos, pero lo cierto es que nuestra carne es muy débil. Así que velemos siempre, y oremos siempre.

Mateo 26:47–56

En estos versículos vemos cómo empieza a llenarse la copa de los sufrimientos de nuestro Señor Jesucristo. Vemos cómo lo traiciona uno de sus discípulos, cómo los demás lo abandonan y cómo se lo llevan preso sus enemigos mortales. Es indudable que jamás hubo “dolor como [su] dolor”. ¡No olvidemos nunca, cuando leamos esta parte de la Biblia, que la causa de ese dolor fueron nuestros pecados! Jesús fue “entregado por nuestras transgresiones” (Romanos 4:25).

Para empezar, fijémonos, en estos versículos, en *la misericordiosa condescendencia que caracterizó la relación de nuestro Señor con sus discípulos*.

Esto lo demuestra una circunstancia profundamente conmovedora que tuvo lugar en el momento del arresto de nuestro Señor. Antes de que Judas Iscariote guiara a la multitud hasta el lugar donde se encontraba su Maestro, les dio una “señal” para que pudieran distinguir a Jesús de entre sus discípulos en la oscuridad de la noche; les dijo: “Al que yo besare, ése es”. Así pues, cuando se acercó a Jesús, le dijo: “¡Salve, Maestro! Y le besó”. Ese sencillo gesto revela el afecto

de la relación que mantenían los discípulos y nuestro Señor. Es una costumbre muy extendida en los países orientales que cuando un amigo se encuentra con otro, se saluden dándose un beso (Éxodo 18:7; 1 Samuel 20:41); es decir, que cuando Judas besó a nuestro Señor no estaba haciendo sino lo que todos los Apóstoles estaban acostumbrados a hacer cuando veían a su Maestro después de no haberse visto por algún tiempo.

En este pequeño detalle tenemos una fuente de consuelo para nuestras propias almas. Nuestro Señor Jesucristo es un Salvador enormemente misericordioso y condescendiente. No es un "hombre severo" (Lucas 19:21) que aparta de sí a los pecadores y procura guardar la distancia; no es alguien tan distinto de nosotros en cuanto a su naturaleza como para que tengamos que tratarle con un temor reverencial, en vez de con afecto; Él preferiría más bien que le tratáramos como a un Hermano mayor, y como a un Amigo muy querido. Su corazón, ahora que está en el Cielo, es el mismo que tenía cuando estuvo en la Tierra; Él es siempre igual de manso y misericordioso, "condescendiendo con los humildes" (Romanos 12:16 LBLA). Confiemos en Él, y no temamos.

Fijémonos, por otro lado, en que *nuestro Señor condena a aquellos que piensan que pueden utilizar armas carnales para defenderlo a Él y a su causa*. Jesús reprende a uno de sus discípulos por herir a un siervo del sumo sacerdote: le ordena que vuelva su "espada a su lugar", y añade una solemne declaración cuya importancia es de eterna vigencia: "Todos los que tomen espada, a espada perecerán".

La espada tiene una función propia que es legítima. Se puede utilizar de forma justa, en la defensa de una nación contra un opresor; su uso puede llegar a ser absolutamente necesario, para evitar la confusión, el pillaje y la rapiña en la Tierra; pero la espada no debe utilizarse ni para la extensión ni para la defensa del Evangelio. El cristianismo no se ha de instaurar mediante el derramamiento de sangre, ni se ha de exigir que se crea en él por la fuerza. ¡Bueno habría sido para la Iglesia que se hubiera recordado esta frase con más frecuencia! Pocos son los países de la cristiandad en los que no se ha cometido el error de intentar cambiar las ideas religiosas de los hombres mediante el uso de coacción, castigos, encarcelamiento y muerte. ¿Y cuál ha sido el resultado? Las páginas de la Historia nos dan la respuesta. Las guerras más sangrientas han sido aquellas cuyo origen ha sido la diferencia de creencias religiosas; muchas veces, muchas lamentables veces, los propios hombres que más han procurado fomentar tales guerras han hallado en ellas su muerte. ¡Que no se nos olvide esto nunca! Las armas de la guerra cristiana no son carnales, sino espirituales (2 Corintios 10:4).

Fijémonos, por otro lado, en *cómo nuestro Señor se dejó arrestar por su propia voluntad*. No fue llevado preso porque no hubiera podido escapar; podría fácilmente haber hecho que a sus enemigos se los llevara el viento, si lo hubiera estimado oportuno. "¿Acaso piensas —le dice a uno de sus discípulos— que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?".

En esas palabras vemos el secreto de su entrega voluntaria a sus enemigos. Vino con el propósito de cumplir los tipos y las promesas de las Escrituras del Antiguo Testamento, y para proporcionar, en su

cumplimiento, una forma de salvación para el mundo; vino con la intención de ser el auténtico Cordero de Dios, el Cordero de la Pascua; vino voluntariamente a ser el macho cabrío expiatorio sobre el que se habría de expiar la iniquidad del pueblo. Su corazón estaba resuelto a llevar a cabo esta grandiosa obra. Y no podía hacerla sin esconder su poder (cf. Habacuc 3:4) durante algún tiempo; para hacer esa obra, se convirtió en un sufridor voluntario. Fue arrestado, juzgado, condenado y crucificado, todo ello por su propia voluntad.

Prestemos atención a este punto, pues contiene un gran motivo de ánimo. El sufridor voluntario ha de ser, sin duda, un Salvador voluntarioso. El todopoderoso Hijo de Dios, que permitió que los hombres lo ataran y se lo llevaran preso cuando podría habérselo impedido con una sola palabra, ha de tener sin duda una gran voluntad de salvar a las almas que se acerquen a Él. También por esto, pues, aprendamos a confiar en Él, y a no temer.

Fijémonos, por último, en *lo poco que conocen los cristianos la debilidad de sus corazones, hasta que se les pone a prueba*. Tenemos un lamentable ejemplo de esto en el comportamiento de los Apóstoles de nuestro Señor. Los versículos que hemos leído terminan con las palabras: “Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron”. Olvidaron sus confiadas aseveraciones de pocas horas antes; olvidaron que habían afirmado estar dispuestos a morir junto a su Maestro; olvidaron todo, excepto el peligro que ahora tenían delante de ellos. El temor de la muerte les venció, y “dejándole, huyeron”.

¡Cuántos que dicen ser cristianos han hecho lo mismo! ¡Cuántos hay que, dejándose llevar por sus sentimientos emocionados, han prometido que nunca se avergonzarían de Cristo! Después de tomar la Cena del Señor, o de escuchar un sermón impactante, o de asistir a una reunión cristiana, han salido llenos de celo y de amor, y preparados para decirle a todo el que les advirtiera que no se apartaran de Dios: “¿Acaso es tu siervo un perro, para que haga semejante cosa?” (cf. 2 Reyes 8:13). Sin embargo, tras unos pocos días, esos sentimientos se han enfriado y han desaparecido: ha llegado una prueba y han caído ante ella. ¡Han abandonado a Cristo!

Aprendamos de este pasaje una lección de humildad y de recato. Tomemos la determinación, con la ayuda de Dios, de cultivar un espíritu humilde, que no confíe en sí mismo. Fijemos bien en nuestras mentes que no hay nada demasiado malo que no pueda llegar a hacer aun el mejor de entre nosotros, a menos que vele, ore y sea sostenido por la gracia de Dios; y hagamos esta una de nuestras oraciones diarias: “Sosténme, y seré salvo” (Salmo 119:117).

Mateo 26:57–68

En estos versículos leemos cómo nuestro Señor Jesucristo fue llevado ante Caifás, el sumo sacerdote, y fue solemnemente declarado culpable. Era necesario que así fuese. Había llegado el gran día de la expiación: el maravilloso símbolo profético del macho cabrío expiatorio

estaba a punto de cumplirse de manera definitiva. No era sino apropiado que el sumo sacerdote judío hubiera de hacer su parte y declarar que el pecado había sido puesto sobre la cabeza de la víctima, antes de que lo llevaran a ser crucificado (Levítico 16:21). Ojalá que meditemos estas cosas y las entendamos. Había un profundo significado en cada uno de los pasos de la pasión de nuestro Señor.

Observemos en estos versículos que *los principales sacerdotes fueron los principales responsables de la muerte de nuestro Señor*. Debemos recordar que fueron más bien Caifás y sus compañeros, los principales sacerdotes, y no el pueblo judío, quienes llevaron adelante este terrible acto.

Este hecho es muy instructivo, y merece nuestra atención. Es una prueba clara de que la ostentación de un alto cargo eclesiástico no exime a nadie de cometer graves errores en lo referente a doctrina, y tremendos pecados en la práctica. Los sacerdotes judíos podían demostrar que sus raíces se remontaban hasta Aarón, de quien eran sucesores directos; su oficio estaba revestido de una santidad especial, y llevaba consigo responsabilidades particulares; sin embargo, estos mismos hombres fueron los asesinos de Cristo.

Guardémonos de considerar infalible a ningún ministro de religión; su ordenación, por muy escrupulosa que haya sido, no garantiza que no vaya a poder desviarnos del buen camino, y aun ocasionar la perdición de nuestra alma. Tanto la enseñanza como la conducta de todos los ministros ha de ser puesta a prueba mediante la Palabra de Dios; se les debe obedecer en todo aquello en lo que ellos mismos obedezcan a la Biblia, pero nada más. La máxima de Isaías ha de ser nuestra guía: “¡A la Ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Isaías 8:20).

Observemos, en segundo lugar, *con qué claridad declaró nuestro Señor ante el concilio judío su mesiazgo, y su futura venida en gloria*.

Un judío inconverso de nuestro tiempo no podría decirnos que a sus antepasados no se les dijo que Jesús fuera el Mesías. La contestación de nuestro Señor al solemne conjuro del sumo sacerdote sería suficiente como respuesta: le dice al concilio claramente que Él es “el Cristo, el Hijo de Dios”. A continuación les advierte de que si bien aún no se había aparecido en gloria, como ellos esperaban que el Mesías habría hecho, llegará un día en el que lo hará. “Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo”. Habrán de ver a aquel mismo Jesús de Nazaret, al que ellos procesaron en su tribunal, aparecer con plena majestad como el Rey de reyes (cf. Apocalipsis 1:7).

Es un hecho tremendo, que no deberíamos dejar pasar por alto, que las que fueron prácticamente las últimas palabras de nuestro Señor a los judíos eran una predicción advirtiéndoles de su Segunda Venida: les dice claramente que un día habrán de verlo en su gloria. No cabe duda de que estaba haciendo referencia al capítulo 7 de Daniel, al hablar de aquel modo (Daniel 7:13). Pero le hablaba a oídos sordos. La incredulidad, los prejuicios y el fariseísmo los cubría como una espesa nube: jamás ha habido un caso de ceguera espiritual semejante. Con razón contiene la Letanía de la Iglesia de Inglaterra (*) la oración: “De toda ceguera, y de la dureza de corazón, líbranos, buen Señor”.

Observemos, en último lugar, *lo mucho que nuestro Señor tuvo que soportar ante el concilio, entre falso testimonio y burlas*.

La falsedad y la burla son dos de las armas favoritas y más viejas

del diablo. “Es mentiroso, y padre de mentira” (Juan 8:44). Durante todo el ministerio terrenal de nuestro Señor, vemos cómo esas armas se emplean continuamente contra Él. Se le llamó “comilón, y bebedor de vino” y “amigo de publicanos y de pecadores”; se le despreció llamándole “samaritano”. Las escenas finales de su vida no fueron sino acordes con todo su pasado. Satanás provocó a sus enemigos para que a sus heridas añadieran insultos; en cuanto se le declaró culpable, amontonaron sobre Él toda clase de atroces humillaciones: “le escupieron en el rostro, y le dieron de puñetazos”; “le abofetearon” y se mofaron de Él diciéndole: “Profetízanos, Cristo, quién es el que te golpeó”.

¡Qué asombroso y qué extraño suena todo esto! ¡Qué asombroso que el Santo Hijo de Dios se hubiera de someter voluntariamente a tales humillaciones para redimir a semejantes pecadores despreciables como nosotros! ¡Y no menos asombroso es el hecho de que cada pequeño detalle de aquellos insultos había sido profetizado 700 años antes de que se pronunciaran! 700 años antes, Isaías había escrito: “No escondí mi rostro de injurias y de esputos” (Isaías 50:6).

Saquemos de este pasaje una conclusión práctica. No nos sorprendamos nunca si tenemos que soportar burlas, insultos y calumnias, por pertenecer a Cristo. “El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor” (Mateo 10:24). Si sobre nuestro Salvador se amontonaron mentiras e insultos, no debe asombrarnos que las mismas armas se sigan utilizando contra su pueblo. Una de las principales maquinaciones de Satanás es manchar las reputaciones de los hombres piadosos para conseguir que se los desprecie: las vidas de Lutero, Cranmer, Calvino o Wesley nos proporcionan abundantes ejemplos de esto. Si alguna vez se nos llama a sufrir de tal modo, aguantemos con paciencia. Estaremos bebiendo de la misma copa que bebió nuestro amado Señor. Pero hay una gran diferencia: en el peor de los casos, nosotros solo habremos tomado un pequeño sorbo amargo; Él bebió la copa hasta la última gota.

Mateo 26:69–75

Estos versículos relatan un suceso extraordinario y profundamente instructivo: la negación de Cristo por parte del apóstol Pedro. Es uno de esos sucesos que, indirectamente, demuestran la autenticidad de la Biblia. Si el Evangelio hubiera sido meramente una invención humana, nunca se nos habría dicho que uno de sus más importantes predicadores fue en cierto momento tan débil y tan pecador que llegó a negar a su Maestro.

Lo primero que exige nuestra atención es *la magnitud de la naturaleza del pecado que cometió Pedro*.

Fue un grave pecado. Vemos a un hombre que había seguido a Cristo durante 3 años, y que había sido el primero a la hora de profesar su fe en Cristo y su amor por Él; un hombre que había recibido misericordias y beneficios sin límite, y al que Cristo había tratado como

a un amigo íntimo; ¡vemos a dicho hombre negar tres veces que conociera a Jesús! Esto fue muy serio. Fue un pecado cometido en circunstancias muy agravantes: Pedro había sido advertido claramente acerca del peligro que iba a correr, y había oído la advertencia; acababa de recibir el pan y el vino de las manos de nuestro Señor, ¡y de declarar en voz alta que aunque tuviera que morir con Él, no le negaría! Esto también fue muy serio. Fue un pecado cometido ante una provocación aparentemente leve: dos frágiles mujeres hicieron el comentario de que él había estado con Jesús, y unos que estaban por allí dijeron: "Verdaderamente también tú eres de ellos". No da la impresión de que se hiciera ninguna amenaza; no da la impresión de que se manifestara ninguna agresividad; pero fue suficiente para derrotar la fe de Pedro: hizo la negación delante de todos ellos. Lo negó, además, con juramento: maldijo y juró. ¡Es, sin duda, una escena que nos da una lección de humildad!

Fijémonos en esta historia y conservémosla en nuestra memoria; nos enseña claramente que aun los mejores santos no son más que hombres, y que son hombres afectados por muchas debilidades. Un hombre puede convertirse a Dios, tener fe y esperanza, y amor a Cristo, y aun así "ser sorprendido en una falta" y sufrir una caída terrible. Esta historia nos enseña también la necesidad de la humildad: mientras estamos en el cuerpo, estamos en peligro. La carne es débil, y el diablo no descansa; no debemos pensar nunca: "No voy a caer". Esta historia nos señala el deber de practicar la caridad con los hermanos que hayan caído: no hemos de tildar a los hombres como réprobos que no han recibido misericordia, porque alguna vez tropiecen y caigan; hemos de acordarnos de Pedro, y restaurarlos "con espíritu de mansedumbre" (Gálatas 6:1).

La segunda cosa que exige nuestra atención es *la serie de pasos que llevaron a Pedro a negar a su Señor*.

Es un acto de misericordia que estos pasos se hayan recogido en la Escritura para nuestra enseñanza. El Espíritu de Dios se ha asegurado de que fueran escritos para el perpetuo beneficio de la Iglesia de Cristo. Examinémoslos uno por uno.

El primer paso de la caída de Pedro fue la confianza en sí mismo: había dicho que aunque todos se escandalizaran de Jesús, él nunca se escandalizaría. El segundo paso fue la indolencia: su Señor le dijo que velara y orara, pero en lugar de eso él se había quedado dormido. El tercer paso fue una contemporización cobarde: en vez de mantenerse al lado de su Maestro, primero lo había abandonado y luego lo había "seguido de lejos". El último paso fue el juntarse arriesgada e innecesariamente con malas compañías: había entrado en el palacio del sumo sacerdote y se había "sentado con los alguaciles", como si fuera uno de ellos. Y entonces llegó la caída final: la maldición, el juramento y la triple negación. Aunque parece sorprendente, el hecho es que su corazón lo había estado preparando: fue el fruto de las semillas que él mismo había plantado. Comió "el fruto de sus caminos".

Recordemos este episodio de la historia de Pedro; es profundamente instructivo para todos aquellos que profesan ser cristianos y así se hacen llamar. Rara vez ataca a nuestro cuerpo una enfermedad grave sin la aparición previa de una serie de síntomas premonitorios; rara vez le sobreviene a un santo una caída sin una sucesión previa de actos secretos mediante los que se ha ido

apartando de Dios. Tanto la Iglesia como el mundo se quedan a veces estupefactos por la noticia repentina de la mala conducta de alguien que profesaba tener una gran fe; esto causa desánimo y tropiezos entre los creyentes, y gozo y blasfemias entre los enemigos de Dios. Pero si se pudiera saber la verdad, se hallaría que la explicación de la mayoría de esos casos ha sido un alejamiento personal de Dios. Los hombres caen en privado mucho antes de caer en público. El árbol cae con un gran estruendo, pero la putrefacción secreta que lo ha producido no se suele descubrir hasta que ya está en el suelo.

La última cosa que exige nuestra atención es *el dolor que el pecado de Pedro le ocasionó*. Leemos al final del capítulo que "saliendo fuera, lloró amargamente".

Estas palabras merecen más atención de la que normalmente reciben. Hay miles de personas que han leído el relato del pecado de Pedro pero han subestimado sus lágrimas y su arrepentimiento. ¡Ojalá tengamos ojos para ver, y un corazón comprensivo!

En las lágrimas de Pedro vemos la conexión directa que existe entre la infelicidad y el alejamiento de Dios. Dios ha dispuesto, en su misericordia, que en cierto sentido la santidad siempre traerá consigo su propia recompensa. Un corazón afligido y una conciencia intranquila, así como una esperanza difusa y una gran cosecha de dudas, serán siempre las consecuencias del alejamiento de Dios y de una conducta inconsecuente. Las palabras de Salomón describen la experiencia de muchos hijos de Dios que se comportan inconsecuentemente: "De sus caminos será hastiado el necio de corazón" (Proverbios 14:14). Que sea uno de los firmes principios de nuestra religión que si amamos la paz interior habremos de caminar muy cerca de Dios.

En las amargas lágrimas de Pedro vemos la gran señal diferenciadora que existe entre los hipócritas y los verdaderos creyentes. Cuando el hipócrita cae en un pecado, normalmente ya no vuelve a levantarse; no tiene en su interior ese principio vital que lo levante. Cuando el hijo de Dios cae, se vuelve a levantar mediante un verdadero arrepentimiento, y por la gracia de Dios corrige su vida. Que nadie se engañe a sí mismo pensando que puede pecar y quedar impune porque David cometiera adulterio y porque Pedro negara a su Señor. Es indudable que estos santos hombres pecaron gravemente, pero no siguieron viviendo en sus pecados. Se arrepintieron en gran manera, lamentaron sus caídas y detestaron y aborrecieron sus maldades. ¡Bueno sería para muchos que han imitado sus pecados, que imitaran también su arrepentimiento! Demasiadas personas saben cómo fueron sus caídas, pero no sus recuperaciones. Al igual que David y Pedro, han pecado, pero al contrario que ellos, no se han arrepentido.

Todo el pasaje está lleno de lecciones que nunca debieran olvidarse. ¿Profesamos nosotros tener esperanza en Cristo? Entonces fijémonos en la debilidad de un creyente, y en los pasos que llevan a una caída. ¿Nos hemos apartado, por desgracia, de Dios, y hemos dejado nuestro primer amor? Entonces recordemos que el Salvador de Pedro aún vive. Hay misericordia para nosotros igual que la hubo para él, pero hemos de arrepentirnos y buscar esa misericordia, si queremos hallarla. Volvámonos a Dios, y Él se volverá a nosotros: sus misericordias nunca decaen (cf. Lamentaciones 3:22).

Mateo 27:1–10

El comienzo de este capítulo describe la entrega de nuestro Señor Jesucristo en manos de los gentiles. Los principales sacerdotes y los ancianos de los judíos lo llevaron a Poncio Pilato, el gobernador romano. En este incidente podemos ver el dedo de Dios: fue decretado por su providencia que los gentiles, así como los judíos, hubieran de tener parte en el asesinato de Cristo; fue decretado por su providencia que los sacerdotes hubieran de confesar públicamente que "el cetro de Judá" había sido quitado. No podían dar muerte a nadie sin acudir a los romanos: las palabras de Jacob se habían cumplido. El Mesías, "Siloh", ciertamente había venido (cf. Génesis 49:10).

El asunto que ocupa la mayor parte de los versículos que acabamos de leer es el triste fin del falso apóstol, Judas Iscariote. Es un asunto rebosante de instrucción; fijémonos bien en lo que contiene.

En el fin de Judas observamos *una prueba clara de la inocencia de nuestro Señor de todas las acusaciones presentadas contra Él*.

Si había un testigo vivo que pudiera prestar declaración contra nuestro Señor Jesucristo, ese era Judas Iscariote. Escogido como apóstol por Jesús, compañero constante de todos sus viajes, oidor de toda su enseñanza tanto en público como en privado, él debía saber si nuestro Señor había hecho algún mal, ya fuera en palabra o en hecho. Desertor de la compañía de nuestro Señor, responsable de su entrega en manos de sus enemigos, le convenía de manera personal conseguir que se declarara a Jesús culpable. Si pudiera hacer creer a la gente que su antiguo Maestro era un transgresor y un impostor, eso atenuaría y excusaría su conducta.

¿Por qué, pues, no dio ese paso Judas Iscariote? ¿Por qué no se presentó ante el concilio judío y declaró de forma concreta sus acusaciones, si tenía alguna que declarar? ¿Por qué no se aventuró a acompañar a los principales sacerdotes a ver a Pilato, para demostrarle a los romanos que Jesús era un malhechor? Solo hay una respuesta a estas preguntas. Judas no se presentó como testigo porque su conciencia no se lo permitió. Aunque era un hombre perverso, sabía que no podía demostrar nada en contra de Cristo; aunque era malicioso, era muy consciente de que su Maestro era santo, inofensivo, inocente, intachable y sincero. No olvidemos esto nunca. La ausencia de Judas Iscariote en el proceso de nuestro Señor es una entre muchas pruebas de que el Cordero de Dios era "sin defecto": un hombre sin pecado.

En el fin de Judas observamos, por otro lado, que *puede ocurrir que alguien se arrepienta demasiado tarde*. Se nos dice claramente que "Judas [estuvo] arrepentido"; hasta se nos dice que fue a ver a los sacerdotes y les dijo: "He pecado"; sin embargo, es evidente que no se arrepintió para salvación.

Esta cuestión merece una atención especial. Se dice a veces que "nunca es demasiado tarde para arrepentirse". El dicho, por supuesto, es cierto cuando el arrepentimiento es auténtico; pero por desgracia el arrepentimiento tardío no suele ser real. Es posible que un hombre sea consciente de sus pecados y los lamente; que tenga una intensa convicción de culpa y exprese un profundo remordimiento; que sienta herida su conciencia y evidencie un estado mental angustiado, y que no obstante, a pesar de todo esto, no se haya arrepentido de corazón.

La causa de todos esos sentimientos quizá sea la sensación de peligro, o el temor a la muerte, sin que por ello el Espíritu Santo haya efectuado ninguna obra en su corazón.

Guardémonos de depositar nuestra confianza en un arrepentimiento tardío. “He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación”. Un ladrón arrepentido fue salvado en la hora de la muerte para que nadie pierda la esperanza; pero solo uno, para que nadie se haga vanas ilusiones. No aplacemos nunca nada que atañe a nuestras almas, y ante todo no aplacemos el arrepentimiento pensando vanamente que es una cosa que podemos controlar. Las palabras de Salomón sobre el asunto son ciertamente temibles. Nos habla de hombres que llamarán a Dios, pero él no responderá; y lo buscarán de mañana, pero no lo hallarán (cf. Proverbios 1:28).

Observemos, por otra parte, en el fin de Judas, *de qué poco le sirve al final a un hombre la impiedad*. Se nos dice que arrojó las treinta piezas de plata, por las que había vendido a su Maestro, en el Templo y se marchó con gran amargura en su alma. Ese dinero le había costado mucho. Pero no le proporcionó ningún placer, aun mientras lo tuvo; “los tesoros de maldad no serán de provecho” (Proverbios 10:2).

El pecado es, en realidad, el peor de los amos. Sirviéndole se obtienen muchas promesas agradables, pero una total escasez de resultados. Sus deleites son solo transitorios (Hebreos 11:25); su paga es el dolor, los remordimientos, el sentimiento de culpa y, con demasiada frecuencia, la muerte. Quienes siembran para su carne ciertamente siegan corrupción.

¿Tenemos la tentación de cometer un pecado? Acordémonos de las palabras de la Escritura: “Vuestro pecado os alcanzará”, y resistamos la tentación (Números 32:23). Tengamos la seguridad de que tarde o temprano, en esta vida o en la venidera, en este mundo o en el día del Juicio, el pecado y el pecador se encontrarán cara a cara y harán un amargo ajuste de cuentas. Tengamos la seguridad de que de todos los negocios, el pecado es el menos provechoso. Así lo descubrieron, para su pesar, Judas, Acán, Giezi, Ananías y Safira. Con razón dijo S. Pablo: “¿Qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis?” (Romanos 6:21).

Observemos, por último, en el caso de Judas, *cuál puede ser el triste fin de un hombre que, teniendo grandes privilegios, no los utilice correctamente*. Se nos dice que este desdichado “salió, y fue y se ahorcó”. Qué forma tan terrible de morir. Un apóstol de Cristo, que fue un predicador del Evangelio, compañero de Pedro y de Juan, se suicida y llega así apresuradamente a la presencia de Dios, sin estar preparado ni perdonado.

No olvidemos nunca que ningún otro pecador lo es tanto como el que peca contra la luz y el conocimiento. Ninguno provoca tanto la ira de Dios; ninguno, si nos fijamos en la Escritura, ha sido llevado de este mundo tan a menudo mediante actos divinos repentinos y temibles. Acordémonos de la mujer de Lot, de Faraón, de Coré, Datán y Abiram, y de Saúl el rey de Israel: todos ellos son ejemplos de esto. Bunyan dijo algo muy solemne: que “los que más profundo caen en el abismo son los que caen de espaldas”. Está escrito en el libro de Proverbios, que “el hombre que reprendido endurece la cerviz, de repente será quebrantado, y no habrá para él medicina” (Proverbios 29:1). Ojalá que todos nos esforcemos por vivir conforme a la luz que hayamos recibido. Es posible pecar contra el Espíritu Santo: tener un

conocimiento claro de la Verdad en la mente, y al mismo tiempo amar deliberadamente el pecado en el corazón, contribuye a hacerlo en gran manera.

Ahora, pues, ¿cuál es el estado de nuestros corazones? ¿Tenemos alguna vez la tentación de depositar nuestra confianza en nuestro conocimiento y nuestra profesión de fe? Acordémonos de Judas, y estemos alerta. ¿Tenemos tendencia a aferrarnos al mundo y a darle al dinero un lugar prominente en nuestras mentes? Hagamos lo mismo: acordémonos de Judas, y estemos alerta. ¿Estamos jugueteando con algún pecado en particular y engañándonos a nosotros mismos pensando que ya nos arrepentiremos al final? Una vez más: acordémonos de Judas, y estemos alerta. Se le ha puesto ante nosotros como un faro: mirémoslo bien, para no sufrir un naufragio.

Mateo 27:11–26

Estos versículos describen la comparecencia de nuestro Señor ante Poncio Pilato, el gobernador romano. Aquella escena debió de ser asombrosa para los ángeles de Dios. Aquel que un día juzgará al mundo se dejó juzgar y condenar, “aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en si boca” (Isaías 53:9). Aquel de cuya boca un día escucharán Pilato y Caifás sus sentencias eternas soportó en silencio que se pronunciara una sentencia injusta contra Él. Aquellos sufrimientos en silencio cumplieron las palabras de Isaías: “Como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca” (Isaías 53:7). A esos sufrimientos en silencio le deben los creyentes toda su paz y su esperanza. Gracias a ellos en el día del Juicio tendrán confianza quienes por sí mismos no tendrían nada que decir.

Aprendamos, de la conducta de Pilato, *lo lamentable que es el estado de un hombre poderoso pero sin principios*.

Pilato parece haber tenido la convicción interior de que nuestro Señor no había hecho nada que mereciera la muerte: se nos dice explícitamente que “sabía que por envidia le habían entregado”. Si hubiera dependido de su propio juicio imparcial, probablemente habría anulado la acusación presentada contra nuestro Señor y lo habría soltado.

Pero Pilato era el gobernador de un pueblo celoso y turbulento; lo que más deseaba era ganarse su confianza y agradarles; poco le importaba cuánto pudiera pecar contra Dios y contra su propia conciencia, con tal de obtener la alabanza de los hombres. Aunque estaba dispuesto a perdonarle la vida a nuestro Señor, le daba miedo hacerlo si aquello iba a ofender a los judíos; de manera que, tras un débil intento de desviar la furia del pueblo hacia Barrabás, y tras un intento aún más débil de apaciguar su conciencia lavándose las manos públicamente ante el pueblo, ¡al final condenó a Aquel al que él mismo llamó “justo”! No hizo caso a la extraña y misteriosa advertencia que su mujer le hizo llegar después de haber tenido un sueño. Acalló las objeciones de su propia conciencia y “entregó a Jesús para ser

crucificado”.

¡En este hombre tan despreciable vemos un vívido reflejo de muchos gobernantes de este mundo! ¡Cuántos hay que saben que sus actos públicos no están bien pero no tienen el valor suficiente para actuar conforme a su conocimiento! Temen al pueblo y les da pavor que pueda ocurrir que se rían de ellos: ¡no pueden soportar ser impopulares! Igual que peces muertos, se dejan llevar por la corriente. El elogio de los hombres es el ídolo ante el que se inclinan, y a ese ídolo sacrifican sus conciencias, su paz interior y sus almas inmortales.

Cualquiera que sea nuestra situación en la vida, procuremos guiarnos por principios y no por el oportunismo. El elogio de los hombres es una cosa de poco valor, frágil e incierta: se tiene un día, pero al siguiente se ha perdido. Esforcémonos por agradar a Dios, y entonces no nos preocuparemos por tener que agradar a nadie más; temamos a Dios, y entonces no tendremos que temer a nadie más.

Aprendamos, de la conducta de los judíos descrita en estos versículos, *lo profundamente perversa que es la naturaleza humana*.

El comportamiento de Pilato les concedió a los principales sacerdotes y a los ancianos la oportunidad de volver a pensar lo que estaban haciendo. Las dificultades que expuso respecto a la declaración de culpabilidad de nuestro Señor proporcionaron tiempo para recapacitar; pero las mentes de sus enemigos no querían saber nada de recapacitar. Siguieron adelante con su perverso propósito: rechazaron la propuesta que hizo Pilato y prefirieron que se dejara en libertad a un criminal infame llamado Barrabás en vez de a Jesús. Pidieron a gritos que se crucificara a nuestro Señor, y remataron su temeridad cargando sobre sí toda la responsabilidad por la muerte de nuestro Señor, con palabras tremendamente significativas: “Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos”.

¿Y qué había hecho nuestro Señor para que los judíos lo odiaran de tal forma? No era ningún ladrón ni un asesino; no era alguien que hubiera blasfemado a su Dios, o injuriado a sus profetas. Era alguien cuya vida misma era amor; era alguien que “anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo” (Hechos 10:38). Era inocente de toda transgresión de la Ley de Dios y de las leyes de los hombres; ¡no obstante, los judíos lo odiaron y no descansaron hasta que le dieron muerte! Lo odiaban porque les dijo la verdad; lo odiaban porque testificó de ellos, “que sus obras eran malas”; odiaban la luz, porque revelaba las tinieblas que había en ellos. En resumen, odiaban a Cristo porque era justo y ellos eran malos, porque era santo y ellos no, porque condenó el pecado y ellos querían seguir en sus pecados y no deshacerse de ellos.

Fijémonos bien en esto. La gente no se da cuenta de la realidad de la corrupción de la naturaleza humana y no cree en ella; pocas cosas son tan poco populares. Los hombres se imaginan que si alguna vez vieran a una persona perfecta la amarían y la admirarían; se engañan a sí mismos pensando que lo que no les gusta es la inconsecuencia de quienes dicen ser cristianos, y no su religión en sí; olvidan que cuando hubo un hombre verdaderamente perfecto en la Tierra, en la persona del Hijo de Dios, fue odiado y asesinado. Este hecho demuestra casi por sí solo la verdad de un antiguo refrán, que dice que “los hombres inconversos matarían a Dios si pudieran echarle la mano encima”.

No nos sorprendamos al ver la maldad que hay en este mundo. Lamentémosla y esforcémonos por reducirla, pero no nos

sorprendamos al observar su magnitud. No hay nada que el corazón del hombre no sea capaz de concebir, ni que su mano no sea capaz de hacer. Mientras vivamos, desconfiemos de nuestros corazones: aun después de ser renovados por el Espíritu siguen siendo más engañosos que todas las cosas, y perversos (cf. Jeremías 17:9).

Mateo 27:27–44

Estos versículos describen los sufrimientos de nuestro Señor Jesucristo después de ser condenado por Pilato: su sufrimiento a manos de los crueles soldados romanos y su sufrimiento final en la Cruz. Estas dos partes constituyen un relato maravilloso. Es maravilloso cuando recordamos quién fue el que sufrió: ¡el eterno Hijo de Dios! Es maravilloso cuando recordamos por quiénes se padecieron tales sufrimientos. ¡Nosotros y nuestros pecados fuimos la causa de todo ese dolor! “Cristo murió por nuestros pecados” (1 Corintios 15:3).

Advirtamos, en primer lugar, *la magnitud y la realidad de los sufrimientos de nuestro Señor*.

La lista de todos los dolores que soportó el cuerpo de nuestro Señor es ciertamente terrorífica; rara vez se le ha infligido semejante sufrimiento al cuerpo de una persona en las últimas horas de su vida. Aun las tribus más salvajes, con su extrema crueldad, apenas habrían podido acumular tantas atroces torturas sobre un enemigo como las que se amontonaron sobre la carne y los huesos de nuestro amado Señor. Que nunca se nos olvide que tuvo un cuerpo humano real, exactamente igual que el nuestro, igual de sensible, igual de vulnerable e igual de susceptible de sentir un dolor intenso. Y una vez recordado esto, pasemos a considerar lo que ese cuerpo sufrió.

Hemos de recordar que nuestro Señor ya había pasado toda una noche sin dormir y se había fatigado enormemente: lo habían llevado desde Getsemaní hasta el concilio judío, y desde allí a la sala del tribunal de Pilato; lo habían sometido a juicio dos veces, y en ambos lo habían condenado injustamente; lo habían azotado y golpeado cruelmente con varas; y entonces, después de todo ese sufrimiento, se le entregó a los soldados romanos, un cuerpo de hombres que eran auténticos expertos en crueldad y que, de entre todos los hombres, eran de los que menos se podía esperar un trato amable o compasivo. Aquellos hombres despiadados comenzaron inmediatamente a hacerle todo lo que quisieron. “Reunieron alrededor de él a toda la compañía”; le quitaron sus ropas y le pusieron, a modo de burla, un manto de escarlata; tejieron una corona de espinas y se mofaron de Él poniéndosela sobre su cabeza. Entonces se arrodillaron delante de Él, ridiculizándole, como si no fuera más que alguien que había fingido ser un rey; le escupieron, le golpearon en la cabeza y, finalmente, tras ponerle de nuevo sus ropas, lo sacaron de la ciudad a un lugar llamado “Gólgota” y allí lo crucificaron entre dos ladrones.

¿Pero qué era una crucifixión? Tratemos de imaginarlo, para comprender el sufrimiento que conllevaba. Se tendía a la persona

crucificada sobre un madero que tenía otro más pequeño clavado en él transversalmente, cerca de uno de sus extremos, o sobre el tronco de un árbol con dos ramas laterales, que cumplía la misma función: se estiraban sus brazos sobre la sección transversal y le clavaban las manos a la madera con clavos; del mismo modo, se le clavaban los pies al madero vertical de la cruz, y así, estando el cuerpo bien sujeto, se levantaba la cruz y se apuntalaba firmemente en el suelo. Y allí quedaba colgado el desdichado sufridor, hasta que el dolor y el agotamiento acababan con él; no moría rápidamente, pues no se dañaba ninguna parte vital del cuerpo, sino que sufría la más atroz agonía del dolor de sus manos y sus pies, y sin poder moverse. Así era la muerte en la cruz. ¡Así es como Jesús murió por nosotros! Durante seis largas horas estuvo allí colgado, ante la multitud que lo observaba, desnudo y sangrando de la cabeza a los pies; con su cabeza perforada por las espinas y su espalda lacerada por los azotes; con sus manos y pies desgarrados por los clavos; sufriendo las burlas y las injurias de sus crueles enemigos hasta el último momento.

Meditemos con frecuencia sobre esto, y leamos con regularidad el relato de la pasión y la crucifixión de Cristo. Recordemos, no con menos frecuencia, que todos estos terribles sufrimientos fueron soportados sin un murmullo: de la boca de nuestro Señor no salió ni una palabra de impaciencia. En su muerte, igual que en su vida, fue perfecto: hasta el último momento Satanás no halló nada en Él (cf. Juan 14:30).

Observemos, en segundo lugar, que *todos los sufrimientos de nuestro Señor Jesucristo tenían un carácter vicario*. No sufrió por sus propios pecados, sino por los nuestros. En toda su pasión, fue nuestro eminente Sustituto.

Esta verdad es sumamente importante. Sin ella, la historia de los sufrimientos de nuestro Señor, aun con todos sus detalles minuciosos, sería misteriosa e inexplicable. Es una verdad, sin embargo, a la que las Escrituras hacen referencia muy a menudo, y lo hacen además sin ningún “sonido incierto” (1 Corintios 14:8). Se nos dice que Cristo “llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero”; que “padeció [...] por los pecados, el justo por los injustos”; que “[aunque] no conoció pecado, por nosotros [fue hecho] pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”; que fue “hecho por nosotros maldición”; que “fue ofrecido [...] para llevar los pecados de muchos”; que fue “herido [...] por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados” y que Dios “cargó en él el pecado de todos nosotros” (1 Pedro 2:22; 3:18; 2 Corintios 5:21; Gálatas 3:13; Hebreos 9:28; Isaías 53:5, 6). Ojalá que todos nos acordemos de estos textos. Son parte de las rocas que forman los cimientos del Evangelio.

Pero no debemos contentarnos con una vaga creencia general en que los sufrimientos de Cristo sobre la Cruz tuvieran un carácter vicario. Se espera de nosotros que veamos esa verdad en cada una de las partes de su pasión. Podemos seguir todos sus pasos, desde el tribunal de Pilato hasta el momento mismo de su muerte, y verle en cada uno de ellos como nuestro poderoso Sustituto, nuestro Representante, nuestra Cabeza, nuestro Fiador, nuestro Apoderado: el Amigo divino que se prestó a ponerse en nuestro lugar, para pagar el precio de nuestra redención con el incalculable mérito de sus sufrimientos. ¿Se le azotó? Fue para que “por su llaga [fuéramos] nosotros curados”. ¿Se le condenó, aunque era inocente? Fue para que

nosotros fuéramos perdonados, aunque éramos culpables. ¿Llevó una corona de espinas? Fue para que nosotros llevemos un día la corona de gloria. ¿Se le quitaron sus ropas? Fue para que a nosotros se nos vistiera con una justicia eterna. ¿Sufrió burlas e injurias? Fue para que nosotros recibiéramos honores y bendiciones. ¿Se le tuvo por un malhechor, y se le contó "con los inicuos"? Fue para que a nosotros se nos tuviera por inocentes, y justificados de todo pecado. ¿Se dijo de Él que no podía salvarse a sí mismo? Fue para que Él mismo fuera "poderoso para salvar para siempre" a otros (Hebreos 7:25 LBLA). ¿Murió, finalmente, de la forma más dolorosa y vergonzosa posible? Fue para que nosotros pudiéramos vivir eternamente, y ser exaltados hasta la gloria suprema. Meditemos bien sobre estas cosas: son dignas de recordarse. La clave para obtener la paz es tener una correcta comprensión de los sufrimientos vicarios de Cristo.

Cuando terminemos de leer el relato de la pasión de nuestro Señor, hagámoslo con un sentimiento de profunda gratitud. Nuestros pecados son muchos y grandes, pero se ha llevado a cabo por ellos una gran expiación. Hubo un mérito infinito en todos los sufrimientos de Cristo: fueron los sufrimientos de alguien que era Dios además de hombre. Sin duda es apropiado, correcto y un deber ineludible alabar a Dios cada día por la muerte de Cristo.

Por último, pero no por ello menos importante, siempre que leamos el relato de la pasión aprendamos a odiar el pecado con todas nuestras fuerzas. El pecado fue la causa de todo el sufrimiento de nuestro Señor. Nuestros pecados tejieron la corona de espinas; nuestros pecados clavaron los clavos en las manos y los pies de nuestro Señor; nuestros pecados fueron la causa de que se derramara su sangre. Sin duda alguna, pensar en Cristo crucificado debería hacernos aborrecer todo pecado. Como bien dice la Homilía de la Pasión de la Iglesia de Inglaterra: "Que esta imagen de Cristo crucificado esté siempre grabada en nuestros corazones. Que provoque en nosotros odio al pecado, y en nuestras mentes un amor sincero al Dios todopoderoso".

Mateo 27:45–56

En estos versículos leemos la conclusión de la pasión de nuestro Señor Jesucristo. Después de seis horas de agónico sufrimiento, fue obediente hasta la muerte y "entregó el espíritu". Hay tres asuntos en la narración que exigen ser considerados de manera especial; concentraremos nuestra atención en esos tres.

Observemos, en primer lugar, *las extraordinarias palabras que Jesús pronunció poco antes de su muerte*: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?".

Hay un profundo misterio en estas palabras, el cual ningún hombre mortal puede alcanzar a comprender. Indudablemente, lo que hizo que nuestro Señor las dijera no fue meramente el dolor físico; semejante explicación es absolutamente insatisfactoria, y constituye una deshonra para nuestro bendito Salvador. El propósito de tales palabras

era expresar la realidad de la opresión que fue para su alma la inmensa carga de los pecados de todo un mundo; su propósito era mostrar que es cierto y literal que Él fue nuestro Sustituto, que fue hecho pecado y maldición por nosotros y que soportó en su persona la justa ira de Dios contra el pecado de todo un mundo. En aquel terrible momento, Dios "cargó en él el pecado de todos nosotros" hasta lo sumo. Dios "quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento" (Isaías 53:10). Él llevó nuestros pecados: cargó con nuestras transgresiones. Qué pesada debió de ser aquella carga, y qué real y literal debió de ser la sustitución de nuestro Señor por nosotros, para que Él, el eterno Hijo de Dios, llegara a afirmar que por un momento había sido "desamparado".

Dejemos que esa expresión penetre bien hondo en nuestros corazones, y no la olvidemos. No podemos encontrar una prueba mejor de la pecaminosidad del pecado, ni de la naturaleza vicaria de los sufrimientos de Cristo, que ese grito suyo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?". Es un grito que debería despertar en nosotros odio al pecado e impulsarnos a confiar en Cristo.

Observemos, en segundo lugar, *cuántas cosas contienen las palabras que describen el fin de nuestro Señor*. Se nos dice sencillamente que "entregó el espíritu".

Nunca ha habido un último aliento que tuviera tanta trascendencia como este; nunca ha habido un acontecimiento del que dependiera algo tan importante. Los soldados romanos y la multitud embobada alrededor de la cruz no veían nada extraordinario: lo único que veían era una persona que estaba muriendo como cualquier otra, con la agonía y el sufrimiento habituales de una crucifixión. Pero esto se debía a que no eran en absoluto conscientes de las repercusiones eternas de aquel suceso.

Aquella muerte saldaba la totalidad de la grandiosa deuda que los pecadores le deben a Dios, y abría de par en par las puertas de la vida a todos los creyentes; aquella muerte satisfacía los justos requisitos de la santa Ley de Dios y hacía posible que Dios fuese "justo, y el que justifica" a los impíos (Romanos 3:26); aquella muerte no fue un mero ejemplo de abnegación, sino la consecución de la expiación y la propiciación por el pecado del hombre, que afectaba tanto al estado de toda la Humanidad como a su porvenir; aquella muerte solucionaba el dilema de cómo podía Dios ser perfectamente santo y al mismo tiempo perfectamente misericordioso. Le concedió al mundo una fuente en la que poder lavar todo pecado e inmundicia; fue una victoria total contra Satanás, y lo derrotó públicamente; terminó la prevaricación, puso fin al pecado, expió la iniquidad y estableció una justicia perdurable (cf. Daniel 9:24); demostró la pecaminosidad del pecado al ser necesario semejante sacrificio para expiarlo; demostró el amor de Dios por los pecadores al enviar a su propio Hijo a llevar a cabo la expiación. Nunca ha habido, verdaderamente, una muerte igual, ni podría haber otra igual. No es de extrañar que la Tierra temblara cuando Jesús murió en nuestro lugar en el madero maldito; no era para menos cuando los firmes pilares del mundo se estremecieron de asombro: el alma de Cristo había sido entregada "en expiación por el pecado" (Isaías 53:10).

Observemos, por último, *qué milagro tan extraordinario ocurrió en el momento en que murió nuestro Señor, en el centro mismo del Templo judío*. Se nos dice que "el velo del templo se rasgó en dos". La

cortina que separaba el lugar santísimo del resto del Templo, la cual solo podía atravesar el sumo sacerdote, se rasgó de repente “de arriba abajo”.

De todas las señales maravillosas que acompañaron a la muerte de nuestro Señor, ninguna fue tan significativa como esta. La oscuridad durante tres horas en pleno día tuvo que ser un acontecimiento desconcertante; el terremoto que partió las rocas tuvo que ocasionar una conmoción tremenda; pero la repentina rasgadura de arriba abajo del velo tenía un significado, y debió de tocar lo más hondo del corazón de todo judío en su sano juicio. La conciencia de Caifás, el sumo sacerdote, tenía que estar ciertamente endurecida si la noticia de aquella rasgadura del velo no lo llenó de consternación.

Que el velo se rasgara proclamaba la finalización y la extinción de la Ley ceremonial; fue una señal de que ya no era necesaria la antigua dispensación de sacrificios y ordenanzas: su función había llegado a su fin; desde el momento en que Cristo murió, ya no servían para nada. Ya no hacía falta un sumo sacerdote humano, ni un propiciatorio, ni que se rociara sangre, ni que se ofreciera incienso, ni que hubiera un día de expiación: había aparecido por fin el verdadero Sumo Sacerdote; el verdadero Cordero de Dios había sido sacrificado; se había revelado por fin el verdadero propiciatorio. Ya no hacían falta símbolos y sombras. ¡Ojalá recordemos esto todos! Hacer *ahora* un altar, o un sacrificio, o un sacerdocio, es como encender una vela en pleno mediodía.

Que el velo se rasgara proclamaba a toda la Humanidad la apertura del camino de la salvación. El camino que conducía a la presencia de Dios era desconocido para los gentiles, y apenas visible para los judíos, hasta que Cristo murió; pero una vez que Cristo ofreció un sacrificio perfecto y obtuvo la redención eterna, las tinieblas y el misterio habían de desaparecer. Se invitaba ahora a todos a acercarse a Dios sin temor y a dirigirse a Él con confianza, mediante la fe en Jesús. Se abrió una puerta para el mundo entero y se le mostró el camino a la vida. ¡Ojalá recordemos esto todos! Desde el momento en que Jesús murió, ya no se pretendía que el camino de la paz estuviera envuelto en un halo de misterio: no había nada que hubiera de permanecer oculto. El Evangelio era la revelación de un misterio que se le había ocultado a muchas generaciones; envolver la religión en misterio *ahora* es cometer un error en lo que respecta a la más grandiosa característica del cristianismo.

Siempre que leamos el relato de la crucifixión, hagámoslo con un corazón lleno de alabanza. Alabemos a Dios por la confianza que este relato nos da en cuanto al fundamento de nuestra esperanza de recibir el perdón. Puede que nuestros pecados sean muchos y graves, pero el pago que ha hecho nuestro gran Sustituto los compensa más que de sobra. Alabemos a Dios por la visión que este relato nos ofrece del amor de nuestro Padre en los cielos. Aquel que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, sin duda nos dará también con Él todas las cosas (Romanos 8:32). Alabemos a Dios igualmente por la visión que este relato nos ofrece de la compasión de Jesús para con todos los creyentes que componen su pueblo. Él puede compadecerse de nuestras debilidades; Él sabe lo que es sufrir; Él es justo el Salvador que le hace falta a un cuerpo endeble, con un corazón débil, en un mundo impío.

Mateo 27:57–66

Estos versículos contienen el relato de la sepultura de nuestro Señor Jesucristo. Ya solo era necesaria una cosa para confirmar que nuestro Redentor había logrado llevar a cabo la gran obra redentora que había emprendido. Aquel cuerpo santo en el que había cargado nuestros pecados en la Cruz debía ser puesto en la tumba y debía resucitar. Su resurrección había de ser el sello y la piedra angular de toda la obra.

La infinita sabiduría de Dios previó las objeciones que harían los incrédulos y los infieles, y proporcionó respuestas para ellas. ¿Murió de veras el Hijo de Dios? ¿Resucitó de veras? ¿No sería su muerte una ilusión? ¿No sería su resurrección un truco o un engaño? Todas estas objeciones, y muchas más, se habrían presentado sin lugar a dudas si se les hubiera dado la oportunidad. Pero Aquel que conoce "el fin desde el principio" (Isaías 46:10 LBLA) impidió tal posibilidad: guiándolo todo con su providencia, dispuso las cosas de tal manera que la muerte y la sepultura de Jesús no se pudieran poner en duda. Pilato da permiso para que su cuerpo sea sepultado; un discípulo que lo amaba lo envuelve en una sábana y lo pone en un sepulcro nuevo, excavado en la roca, "en el cual todavía no habían sepultado a nadie" (Juan 19:41 LBLA); los principales sacerdotes en persona se aseguran de que haya una guardia en el lugar donde se había puesto el cuerpo. Judíos y gentiles, amigos y enemigos, todos ellos dan testimonio de la gran verdad: que Cristo murió realmente y fue puesto en una tumba. Es un hecho que no se puede disputar. Fue "molido" de veras; "sufrió" de veras; "murió" de veras; fue "sepultado" de veras. Grabemos esto bien en nuestras mentes: merece recordarse.

Aprendamos de estos versículos, para empezar, que *nuestro Señor Jesucristo tiene amigos que nosotros no conocemos*.

No podríamos encontrar un ejemplo tan extraordinario de esta verdad como el que vemos en el pasaje que ahora tenemos ante nosotros. Un hombre llamado José, de Arimatea, llega después de la muerte de nuestro Señor y pide permiso para sepultarlo. No hemos oído hablar de este hombre antes, en ningún período del ministerio terrenal de nuestro Señor, y ya no volvemos a oír hablar de él después. No sabemos nada acerca de él, excepto que era un discípulo que amaba a Cristo y le honraba. En un momento en el que los Apóstoles habían abandonado a nuestro Señor, en el que era peligroso manifestar interés en Él y en el que no parecía haber ningún beneficio terrenal en confesar ser discípulo suyo, José hace su aparición valientemente, pide el cuerpo de Jesús y lo pone en el sepulcro que él mismo había hecho.

Este hecho rebosa consuelo y ánimo. Nos muestra que hay algunas almas que, aunque permanecen calladas y apartadas en esta Tierra, conocen al Señor, y a las cuales el Señor conoce, y de las que, sin embargo, la Iglesia no sabe apenas nada. Nos muestra que existe una "diversidad de dones" entre el pueblo de Cristo: hay quienes dan gloria a Cristo de forma activa, y hay quienes le dan gloria de forma pasiva; hay quienes tienen la vocación de edificar la Iglesia ocupando un puesto público, y hay quienes, como José, solo hacen su aparición en momentos de especial necesidad. Pero todos y cada uno de ellos son guiados por un mismo Espíritu, y todos y cada uno de ellos dan gloria a Dios de diversas formas.

Que estas cosas nos enseñen a tener más esperanza. Tengamos fe en que “vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos” (Mateo 8:11). Quizá haya en algunos rincones oscuros de la cristiandad muchas personas como Simeón, Ana y José de Arimatea, de las que se sabe poco en este tiempo presente, pero que brillarán con un gran resplandor entre las joyas del Señor en el día de su venida.

Aprendamos de estos versículos, por otro lado, que *Dios puede hacer que las estratagemas de hombres impíos resulten en gloria para Él*.

Se nos enseña esta lección de un modo muy gráfico, en la conducta de los sacerdotes y los fariseos tras la sepultura de nuestro Señor. La incansable enemistad de estos desdichados no podía dormir ni aun estando el cuerpo de Jesús en la tumba. Se acordaron de que Él había hablado acerca de “resucitar”, y decidieron impedir, según les pareció que estaba en sus manos, que pudiera suceder. Acudieron a Pilato; obtuvieron de él una guardia de soldados romanos; la pusieron ante la tumba de nuestro Señor para vigilarla; sellaron la piedra. En resumen, hicieron todo lo posible por “asegurar el sepulcro”.

Poco se imaginaban lo que estaban haciendo; poco se imaginaban que, inconscientemente, estaban proporcionando la más completa de las pruebas de la realidad de la inminente resurrección de Cristo. Lo que estaban haciendo era impedir que fuera posible demostrar que hubiera habido algún engaño o truco. Su sello, su guardia y sus precauciones iban a pasar a ser testigos, en pocas horas, de la resurrección de Cristo. Más les valdría haber intentado detener las olas del mar, o impedir que el Sol se alzara en el horizonte, que impedir que Jesús saliera de la tumba. Fueron prendidos en su propia astucia (1 Corintios 3:19): sus propias estratagemas se convirtieron en instrumentos que declararon la gloria de Dios.

La historia de la Iglesia de Cristo está llena de ejemplos de casos parecidos. Las cosas mismas que han parecido ser menos favorables para el pueblo de Dios han resultado ser, en muchas ocasiones, para su bien. ¿Qué daño le hizo a la Iglesia de Cristo “la persecución que hubo con motivo de Esteban”? Los que habían sido esparcidos “[fueron] por todas partes anunciando el evangelio” (Hechos 8:4). ¿Qué daño supuso para S. Pablo ser encarcelado? Le proporcionó tiempo para escribir muchas de esas epístolas que ahora se leen en todo el mundo. ¿Qué daño le hizo, en realidad, “María la Sanguinaria” (*) a la causa de la Reforma inglesa? La sangre de los mártires se convirtió en la semilla de la Iglesia. ¿Qué daño le hace la persecución al pueblo de Dios en nuestros días? Lo único que consigue es acercarlo más a Cristo; lo único que consigue es que se aferren con más fuerza al trono de la gracia, a la Biblia y a la oración.

Que todos los verdaderos cristianos guarden estas cosas en sus corazones, y cobren ánimo. Vivimos en un mundo en el que todo está ordenado por una mano de perfecta sabiduría, y en el que todas las cosas ayudan a bien constantemente para el cuerpo de Cristo. Los poderes de este mundo no son más que herramientas en las manos de Dios; Él las utiliza siempre para sus propósitos, aunque ellos no se den cuenta. Son los instrumentos con los que talla y pule continuamente las piedras vivas de su templo espiritual, y todas sus maquinaciones y planes solo resultarán en alabanza para Él. Tengamos paciencia en tiempos de problemas y de oscuridad, y miremos hacia adelante. Las

cosas mismas que ahora parecen estar en contra nuestra están en realidad ayudando a bien para la gloria de Dios. Ahora no vemos sino la mitad, pero dentro de poco lo veremos todo, y entonces descubriremos que todas las persecuciones que ahora sufrimos estaban, como “el sello” y “la guardia”, contribuyendo a la gloria de Dios. Dios puede hacer que aun la ira del hombre le alabe (cf. Salmo 76:10).

Mateo 28:1–10

El asunto principal que tratan estos versículos es la resurrección de nuestro Señor Jesucristo de entre los muertos. Es una de esas verdades que forman los cimientos mismos del cristianismo y, por consiguiente, ha recibido una atención especial en los cuatro Evangelios. Los cuatro Evangelistas describen minuciosamente cómo nuestro Señor fue crucificado; los cuatro cuentan, con no menos claridad, que resucitó.

No debe sorprendernos que se le dé tanta importancia a la resurrección de nuestro Señor: es el sello y la piedra angular de la gran obra redentora que vino a hacer; es la prueba definitiva de que ha pagado la deuda que se comprometió a pagar por nosotros, de que ha ganado la batalla que luchó para librarnos del Infierno y de que nuestro Padre celestial lo ha aceptado como nuestro Fiador y nuestro Sustituto. Si no hubiera salido nunca de la prisión que era la tumba, ¿cómo habríamos podido estar seguros de que nuestro rescate se ha pagado plenamente? (1 Corintios 15:17). Si no hubiera salido vencedor de su enfrentamiento con el último enemigo, ¿cómo habríamos podido tener la seguridad de que ha derrotado a la muerte y a “[aquel] que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo”? (Hebreos 2:14). Pero gracias a Dios, no se nos deja con la duda: el Señor Jesús fue realmente “resucitado para nuestra justificación”. Los verdaderos creyentes han “[renacido] para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos”; pueden decir sin temor lo mismo que Pablo: “¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó” (Romanos 4:25; 1 Pedro 1:3; Romanos 8:34).

Tenemos razones para estar muy agradecidos por la existencia de tantas pruebas, y tan claras, de esta maravillosa verdad de nuestra religión. Es significativo que, de todos los hechos del ministerio terrenal de nuestro Señor, ninguno se demostró de forma tan incontrovertible como el hecho de que resucitó. La sabiduría de Dios, quien conoce la incredulidad de la naturaleza humana, ha provisto una “gran nube de testigos” de aquel acontecimiento. Nunca ha habido un hecho que les haya costado tanto creer a los amigos de Dios como el de la resurrección de Cristo; nunca ha habido un hecho que los enemigos de Dios hayan deseado tanto desmentir; y, sin embargo, a pesar de la incredulidad de los amigos y del rechazo de los enemigos, es un hecho totalmente demostrado. A toda mente justa e imparcial, las pruebas existentes le parecerán siempre indiscutibles; si nos negáramos a creer que Jesús resucitó, no habría nada en el mundo que

nos fuera posible demostrar.

Advirtamos en estos versículos *la gloria y la majestad con que Cristo resucitó de los muertos*. Se nos dice que "hubo un gran terremoto". Se nos dice también que "un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella". No debemos suponer que nuestro bendito Señor necesitara la ayuda de un ángel para salir de la tumba; no debemos dudar ni por un momento que no resucitara por su propio poder; pero agradó a Dios que a su resurrección la acompañaran y la siguieran señales y prodigios. Le pareció oportuno que la Tierra temblara y que un ángel glorioso apareciera cuando el Hijo de Dios se levantó de entre los muertos como un conquistador.

No dejemos pasar por alto el símbolo y la promesa que las circunstancias de la resurrección de nuestro Señor son de la resurrección de su pueblo creyente. La tumba no pudo retenerlo a Él más allá del tiempo establecido, y tampoco los podrá retener a ellos; un ángel glorioso fue testigo de su resurrección, y ángeles gloriosos serán los mensajeros que reunirán a los creyentes cuando ellos resuciten; Él resucitó con un cuerpo renovado y, sin embargo, real, auténtico y físico, y quienes forman su pueblo también tendrán un cuerpo glorioso y serán como Aquel que es su Cabeza. "Cuando él se manifieste, seremos semejantes a él" (1 Juan 3:2).

Consolémonos con este pensamiento. Al pueblo de Dios muchas veces le toca sufrir pruebas, aflicción y persecución; su pobre tabernáculo terrenal se daña y se desgasta muchas veces a causa de la enfermedad, la debilidad y el dolor; pero aún está por llegar su buena hora. Que esperen con paciencia, y resucitarán en gloria. Cuándo muramos, y dónde estemos enterrados, y qué tipo de funeral tengamos son cosas de poca importancia; la gran pregunta que debemos hacernos es: "¿Cómo será nuestra resurrección?".

Advirtamos, a continuación, *el terror que sintieron los enemigos de Cristo en el momento de su resurrección*. Se nos dice que, al ver al ángel, "los guardas temblaron y se quedaron como muertos". Aquellos tipos duros que eran los soldados romanos, aunque estaban acostumbrados a presenciar cosas terribles, vieron algo que los hizo estremecerse. Su valor se derritió en un instante, cuando apareció un ángel de Dios.

Veamos también en este hecho un símbolo y un emblema de cosas que han de venir. ¿Qué harán los impíos y los malos en el día final, cuando suene la trompeta y Cristo venga en gloria a juzgar al mundo? ¿Qué harán cuando vean a *todos* los muertos, grandes y pequeños, salir de sus tumbas, y a *todos* los ángeles de Dios reunidos alrededor del gran trono blanco? ¿Qué miedos y qué terrores se adueñarán de sus almas cuando descubran que ya no pueden seguir evitando la presencia de Dios, y que finalmente han de encontrarse con Él cara a cara? ¡Ojalá fueran sabios los hombres, y pensaran en el que habrá de ser su fin! ¡Ojalá recordaran que hay una resurrección y un Juicio, y que "la ira del Cordero" existe! (Apocalipsis 6:16).

Advirtamos, a continuación, *las palabras de consuelo que el ángel dijo para todos aquellos que son amigos de Cristo*. Leemos que dijo: "No temáis [...] porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado".

Estas palabras se dijeron con un significado muy profundo. Su propósito era alentar los corazones de los creyentes de toda época,

haciéndoles recordar la futura resurrección; su finalidad era recordarnos que los verdaderos cristianos no tendrán motivos para alarmarse en el día final, al margen de lo que le acontezca al mundo. El Señor aparecerá en las nubes del cielo, y a la Tierra la consumirá el fuego; las tumbas entregarán a los muertos que haya en ellas, y el mar entregará a los muertos que haya en él; se dará comienzo al Juicio, y los libros serán abiertos; los ángeles separarán el trigo de la cizaña y apartarán los peces buenos de los malos; pero en ninguna de estas cosas hay nada que deba hacer temer a los creyentes. Vestidos con la justicia de Cristo, serán hallados sin mancha e irreprensibles; a salvo en la verdadera arca, no sufrirán daño alguno cuando el diluvio de la ira de Dios caiga sobre la Tierra. Entonces se cumplirán plenamente las palabras del Señor: “Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca”. Entonces verán los impíos y los incrédulos que era verdad aquello que se les dijo: “[Bienaventurados aquellos] cuyo Dios es Jehová” (Salmo 33:12).

Advirtamos, por último, *el misericordioso mensaje que el Señor envió a los discípulos después de su resurrección*. Se apareció en persona a las mujeres que habían ido a honrar su cuerpo. Las últimas ante la Cruz y las primeras ante la tumba, tuvieron el privilegio de ser las primeras que vieron a Jesús después de resucitar; y a ellas les encarga que hagan saber la noticia a sus discípulos. Lo primero en lo que pensó fue su pequeño rebaño desperdigado: “Id, dad las nuevas a mis hermanos”.

Hay algo profundamente conmovedor en esas sencillas palabras: “mis hermanos”. Son dignas de mil comentarios solo sobre ellas. Débiles, frágiles y pecadores como eran los discípulos, Jesús aún los llama sus “hermanos”. Los consuela como José consoló a sus hermanos, los cuales lo habían vendido, diciéndoles: “Yo soy José vuestro hermano” (Génesis 45:4). Aunque habían hecho algo totalmente indigno de su profesión, y aunque habían cedido lamentablemente al temor de los hombres, siguen siendo sus “hermanos”. Aunque Él era glorioso en sí mismo, habiendo vencido a la muerte, al Infierno y a la tumba, el Hijo de Dios sigue siendo “manso y humilde de corazón”. Llama a sus discípulos “hermanos”.

Si conocemos la verdadera religión, dejemos este pasaje con un sentimiento de consuelo. Veamos en estas palabras de Cristo un mensaje que nos anima a confiar y no temer. Nuestro Salvador es un Salvador que jamás se olvida de quienes componen su pueblo; se compadece de sus debilidades y no los desecha. Conoce su fragilidad, pero aun así no los rechaza. Nuestro gran Sumo Sacerdote es también nuestro Hermano mayor.

Mateo 28:11–20

Estos versículos forman la conclusión del Evangelio de S. Mateo. Comienzan mostrándonos los disparates que un prejuicio ciego está

dispuesto a creer, antes que creer la Verdad; luego nos muestran la debilidad que hay en los corazones de algunos discípulos, y lo lentos que son para creer; terminan diciéndonos cuáles fueron algunas de las últimas palabras que nuestro Señor pronunció sobre la Tierra, palabras que son tan extraordinarias que exigen y merecen toda nuestra atención.

Observemos, en primer lugar, *el honor que Dios le ha dado a nuestro Señor Jesucristo*. Nuestro Señor dice: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra".

Esta misma verdad la declara S. Pablo en su carta a los filipenses: "Dios [lo] exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre" (Filipenses 2:9). Es una verdad que no le quita nada en absoluto a la realidad de la divinidad de Cristo, como algunos han supuesto ignorantemente. Es sencillamente una declaración de que, en los designios de la eterna Trinidad, Jesús ha sido nombrado, como Hijo del Hombre, heredero de todas las cosas; de que Él es el Mediador entre Dios y los hombres; de que la salvación de todos los que se salvan radica en Él; y de que Él es la gran fuente de misericordia, gracia, vida y paz. "Por [este] gozo puesto delante de él sufrió la cruz" (Hebreos 12:2).

Recibamos esta verdad con reverencia, y aferrémonos a ella con fuerza. Cristo es quien tiene las llaves de la muerte y del Infierno; Cristo es quien ha sido ungido como el único Sacerdote que puede perdonar a los pecadores; Cristo es la única Fuente de agua viva en la que podemos lavarnos; Cristo es el único Príncipe y Salvador que puede conceder el arrepentimiento y la remisión de los pecados. "En Él habita toda plenitud". Él es el camino, la puerta, la luz, la vida, el Pastor, el altar de nuestro refugio. "El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida" (1 Juan 5:12). ¡Ojalá que todos nos esforcemos por comprender esto! Es indudable que los hombres caen fácilmente en el error de no estimar lo suficiente a Dios el Padre y a Dios el Espíritu, pero nunca ha habido alguien que estimara demasiado a Cristo.

Observemos, en segundo lugar, *el deber que Jesús les impone a sus discípulos*. Les da una orden: "Id, y haced discípulos a todas las naciones". No debían guardarse su conocimiento para sí mismos, sino comunicárselo a otros; no debían suponer que la salvación se hubiera revelado solo para los judíos, sino que habían de anunciársela al mundo entero; tenían que esforzarse por hacer discípulos de todas las naciones y decirle a toda la Tierra que Cristo había muerto por los pecadores.

No olvidemos nunca que este solemne mandato sigue estando en pleno vigor. Sigue siendo el ineludible deber de todo discípulo de Cristo hacer todo lo que pueda, tanto en persona como mediante la oración, para que otras personas conozcan a Jesús. Si descuidamos el cumplimiento de este deber, ¿dónde está nuestra fe? ¿Dónde está nuestro amor? Si un hombre no siente el deseo de anunciar el Evangelio a todo el mundo, no estaría fuera de lugar poner en duda si él mismo conoce su valor.

Observemos, en tercer lugar, *la profesión pública de fe que Jesús espera de todos los que creen su Evangelio*. Les dice a sus apóstoles que "bauticen" a quienes recibieran como discípulos.

Es muy difícil imaginar, tras leer este último mandato de nuestro Señor, cómo los hombres pueden eludir la conclusión de que el

bautismo es necesario (siempre que se pueda llevar a cabo). Parece, por otro lado, imposible que se pueda enseñar que estas palabras sean algo distinto de lo que son: un sacramento puramente externo que se ha de administrar a todos aquellos que pasen a formar parte de la Iglesia de Cristo. Que el bautismo externo no es absolutamente necesario para la salvación nos lo enseña claramente el caso del ladrón arrepentido, pues fue al Paraíso sin haber sido bautizado. Que el bautismo externo en sí no suele otorgar ningún beneficio nos lo enseña claramente el caso de Simón el mago, pues a pesar de que había sido bautizado, seguía estando "en hiel de amargura y en prisión de maldad" (Hechos 8:23). Pero afirmar que el bautismo es una cuestión sin ninguna importancia, y que no es necesario utilizarlo en absoluto, parece discrepar de las palabras de nuestro Señor en este pasaje.

La clara lección práctica de estas palabras es la necesidad de una confesión pública de nuestra fe en Cristo. No basta con ser un discípulo secreto: no nos debe avergonzar dejar que los hombres vean a quién pertenecemos y a quién servimos. No debemos comportarnos como si no nos gustara que se sepa que somos cristianos, sino que, tomando nuestra cruz, hemos de confesar a nuestro Maestro delante de todo el mundo. Sus palabras son muy solemnes: "El que se avergonzare de mí […] el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles" (Marcos 8:38).

Observemos, en cuarto lugar, *la obediencia que Jesús espera de todos aquellos que profesan ser sus discípulos*. Les dice a los Apóstoles que les enseñen que guarden todas las cosas que Él les ha mandado.

Esta expresión es muy penetrante. Muestra que no sirve para nada tener meramente el nombre de cristiano y la imagen de serlo; muestra que solo se debe considerar auténticos creyentes a aquellos que viven obedeciendo en la práctica su Palabra y se esfuerzan por hacer las cosas que Él ha mandado. El agua del bautismo y el pan y el vino de la Cena del Señor no podrán, por sí solos, salvar el alma de ningún hombre. No nos sirve de ningún provecho acudir a un lugar de culto y escuchar a ministros de Cristo y asentir al Evangelio, si nuestra religión se reduce únicamente a estas cosas. ¿Cómo son nuestras vidas? ¿Cómo es nuestra conducta diaria, en casa y fuera de ella? ¿Es el Sermón del Monte nuestra regla y nuestra guía? ¿Nos esforzamos por imitar el ejemplo de Cristo? ¿Procuramos hacer las cosas que Él mandó? Estas preguntas deben recibir de nuestra parte una respuesta afirmativa, si queremos estar seguros de haber nacido de nuevo y de ser hijos de Dios. La obediencia es la única prueba de la autenticidad de la fe. Por sí sola, "la fe sin obras está muerta" (Santiago 2:26; cf. 2:17, 20). "Vosotros sois mis amigos —dice Jesús—, si hacéis lo que yo os mando" (Juan 15:14).

Observemos, en quinto lugar, *la solemne mención que nuestro Señor hace de la bendita Trinidad en estos versículos*. Les dice a los Apóstoles que bauticen "en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo".

Este es uno de esos textos grandiosos y clarísimos que enseñan de forma inequívoca la gloriosa doctrina de la Trinidad. Habla del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo como de tres personas distintas, y habla de ellas como iguales entre sí. Tal y como es el Padre, así también es el Hijo, y así también es el Espíritu Santo. Y no obstante, los tres son uno.

Esta verdad es un gran misterio. Conformémonos con aceptarlo y creerlo, y abstengámonos siempre de intentar explicarlo. Es una

necedad pueril negarse a aceptar una cosa porque no la comprendamos. No somos más que pobres gusanos que se arrastran y solo viven un día, y todo lo más que podemos llegar a saber de Dios y de la eternidad es muy limitado; hemos de contentarnos recibiendo la doctrina de la Trinidad con unidad, humildad y reverencia, y sin hacer preguntas vanas. Creamos que ningún alma pecadora puede ser salva sin la obra de las tres personas de la bendita Trinidad, y regocijémonos en el hecho de que igual que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo trabajaron juntos en la creación del hombre, trabajan también juntos para salvarlo. Y detengámonos aquí, sabiendo que podemos recibir de forma práctica lo que no podemos explicar de forma teórica.

Por último, observemos en estos versículos *la misericordiosa promesa con la que Jesús concluye sus palabras*. Les dice a sus discípulos: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”.

Es imposible imaginar palabras más consoladoras, más fortalecedoras, más alentadoras y más santificadoras que estas. Aunque se les dejaba solos, como niños huérfanos en un mundo frío y hostil, los discípulos no debían pensar que se les hubiera abandonado: su Maestro estaría siempre con ellos. Aunque se les pedía que hicieran una obra tan difícil como la de Moisés cuando se le envió ante Faraón, no debían desanimarse: tenían la seguridad de que su Maestro estaría “con ellos”. No había palabras más apropiadas para la situación de aquellos a quienes se dijeron por primera vez; no se pueden concebir palabras más consoladoras para los creyentes de todas las épocas del mundo.

Que todos los verdaderos cristianos se aferren a estas palabras y las conserven en sus mentes. Cristo está con nosotros siempre; Cristo está con nosotros adondequiera que vamos. Cuando vino por primera vez al mundo, lo hizo para ser “Emanuel, […] Dios con nosotros”: ahora, llegado el final de su ministerio terrenal y a punto de partir de este mundo, declara que Él será siempre Emanuel, siempre “con nosotros”. Está con nosotros cada día para exculpar y perdonar; está con nosotros cada día para santificar y fortalecer; está con nosotros cada día para defender y proteger; está con nosotros cada día para dirigir y guiar. Está con nosotros en la tristeza y con nosotros en la alegría; con nosotros en la enfermedad y con nosotros en la salud; con nosotros en la vida y con nosotros en la muerte; con nosotros en el tiempo presente y con nosotros en la eternidad.

¿Qué mayor consolación podrían desear los creyentes? Pase lo que pase, al menos tienen la seguridad de que nunca se quedarán completamente solos y sin un solo amigo, pues Cristo está siempre con ellos. Pueden mirar a la tumba y decir lo mismo que David: “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo” (Salmo 23:4). Pueden mirar al futuro, más allá de la tumba, y decir lo mismo que Pablo: “Estaremos siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4:17). Él lo ha dicho, y guardará su palabra: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Nunca os desampararé, y nunca os dejaré (cf. Hebreos 13:5). No podríamos pedir nada mejor. Sigamos creyendo, y no temamos. No hay nada tan importante como ser un verdadero cristiano. Nadie tiene semejante Rey, semejante Sacerdote, semejante Compañero constante, ni semejante Amigo fiel, como el que tienen los verdaderos siervos de Cristo.